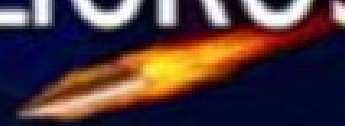
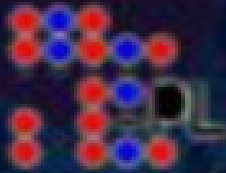
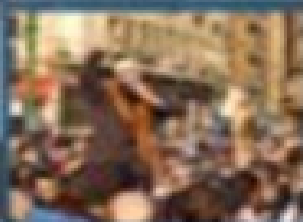


PERIODISMO RIESGOS y PELIGROS



PRENSA LATINA



LETRAS
URGENTES

PERIODISMO RIESGOS y PELIGROS



PERIODISMO RIESGOS Y PELIGROS

Autor: Prensa Latina, Agencia

ISBN: 9789597089543

Generado con: QualityEbook v0.35

PERIODISMO

RIESGOS y PELIGROS

Compilación Margarita González y Luis Melián

Coordinación y compilación:

Luis Melián y Margarita González Edición: Ana María Ruíz

Diseño y composición: Santiago Calderón Hebra

Colectivo de autores, 2014

Sobre la presente edición Prensa Latina, 2014

ISBN 978-959-7089-54-3

PRENSA LATINA

Calle E. No. 404, esquina a 19, El Vedado, La Habana. Edición digital

Prólogo

Fruto de una labor colectiva, a la que aportaron muchos, como puede apreciarse en sus páginas, este libro deviene meritoria motivación para celebrar nuestro 55 aniversario, también oportuna ocasión para recordar y rendir homenaje a todos los que han hecho la historia de Prensa Latina.

Aunque en este texto aparecen los nombres de decenas de nuestros compañeros, bien sabemos que faltan muchos más. Al estar conscientes de ello, a todos los hacemos presentes.

Con «Periodismo, Riesgos y Peligros» saldamos una deuda con nosotros mismos. Ciertamente que buena parte de la historia de PL es conocida, incluidos sus orígenes, asociados a la Operación Verdad por iniciativa del líder histórico de la Revolución cubana, Fidel Castro, del Comandante Ernesto Guevara y la labor de nuestro primer director, Jorge Ricardo Masetti, en llevar a la práctica un proyecto que hoy es una gran realidad.

Este libro nos acerca a varios aspectos de la misión de Prensa Latina y cómo sus profesionales la han cumplido a lo largo de estos años, sin dejar acallar su voz, como presagiaron sus enemigos.

No se trata de una propuesta para concurso, sino de una obra que, por encima de todo, se propone aportar a la historia de nuestra agencia, la de sus hombres y mujeres, para que se conozca más, como digno homenaje a sus protagonistas y muchos otros que la han apoyado de múltiples formas.

Todos seguramente coincidimos en que estas páginas de relatos e imágenes sobre periodismo, situaciones de riesgos, tensiones y peligros vividas en diferentes países desde la fundación de la agencia, el 16 de junio de 1959, constituyen una

importante fuente de información y estímulo para nuestros jóvenes en el desempeño de su misión, dondequiera que estén.

Con este libro recordamos a los fundadores de PL y a quienes la han prolongado en el tiempo hasta convertirla en una obra imperecedera vinculada con las causas y aspiraciones de los pueblos de América Latina y el Caribe, la integración, el progreso y la justicia social.

En ocasión del 55 aniversario, sirva este nuevo acercamiento a la historia de Prensa Latina y de sus trabajadores para reafirmar ese compromiso, nuestra razón de ser y hacer.

PL, tan cubana como latinoamericana y caribeña

Si importante es difundir cuanto acontece en América Latina y el Caribe con un enfoque fiel a su realidad y aspiraciones, hacerlo de Cuba y su Revolución constituye también la razón de ser de Prensa Latina, uno de sus tempranos frutos.

La misión de decir al mundo lo ocurrido en el país caribeño, causas, consecuencias, logros y problemas permanece como un sello distintivo de PL, jamás silenciada, y luego de los años podría decirse que fortalecida y con mayor alcance.

Cuando sobre Cuba y su proceso revolucionario se vertía un océano de informaciones distorsionadas, Prensa Latina constituyó la voz por excelencia que acalló toda campaña del enemigo, siempre apoyada en la verdad y entrega incondicional de su personal como sus principales baluartes.

Hoy, esas credenciales se mantienen tan válidas como siempre, enriquecidas con la experiencia, sacrificios y éxitos de todos estos años.

Si el mundo conoce a Cuba, la respalda, defiende y comparte sus ideales, para nada puede considerarse exagerado decir que Prensa Latina ha contribuido a esa realidad, quizás la mayor recompensa para todos los que han dado vida a PL en casa y en el exterior.

Los periodistas de nuestra agencia han participado en la cobertura de acontecimientos trascendentales del pueblo cubano, como la explosión del vapor La Coubre, la Campaña de Alfabetización, los sucesos de Girón, la Crisis de Octubre, el ciclón Flora, la lucha contra bandidos, el homenaje al Che Guevara tras su muerte, la batalla por el retorno de Elián, el levantamiento del bloqueo impuesto por Estados Unidos contra esta nación y la liberación de los Cinco, entre otros.

Sin ceder ante las limitaciones materiales, incluidas las tecnológicas, el mensaje de Prensa Latina siempre ha llegado a todos los rincones del mundo como expresión de justicia, independencia y solidaridad con las causas más nobles, desde la lucha contra el colonialismo y por el desarrollo, hasta el rechazo a las guerras impuestas a los diferentes pueblos por las potencias.

Y si en un tiempo la misión se cumplió solo desde La Habana y mediante enviados a otras zonas del país, hoy la cobertura de Cuba se hace también desde las corresponsalías de Santiago de Cuba, Camagüey, Ciego de Ávila, Sancti Spíritus, Matanzas y Pinar del Río para una mayor difusión, que en un principio se apoyó en los teletipos y radiofotos como las vías principales y ahora ampliada con servicios de televisión, radio, publicaciones impresas y digitales, entre otras plataformas.

Al hacerlo, Prensa Latina reafirma la pertenencia de Cuba a la comunidad latinoamericano-caribeña, basada en aspiraciones compartidas que tienen sus raíces en una historia común.

Recuerdos de periodista

Por Gabriel García Márquez

Uno de mis mejores recuerdos de periodista es la forma en que el Gobierno revolucionario de Cuba se enteró, con varios meses de anticipación, de cómo y dónde se estaban adiestrando las tropas que habían de desembarcar en la bahía de Cochinos.

La primera noticia se conoció en la oficina central de Prensa Latina, en La Habana, donde yo trabajaba en diciembre de 1960, y se debió a una casualidad casi inverosímil.

Jorge Ricardo Masetti, el director general, cuya obsesión dominante era hacer de Prensa Latina una agencia mejor que todas las demás, tanto capitalistas como comunistas, había instalado una sala especial de teletipos solo para captar y luego analizar en junta de redacción el material diario de los servicios de prensa del mundo entero.

Dedicaba muchas horas a escudriñar los larguísimos rollos de noticias que se acumulaban sin cesar en su mesa de trabajo, evaluaba el torrente de información tantas veces repetido por tantos criterios e intereses contrapuestos en los despachos de las distintas agencias y por último, los comparaba con nuestros propios servicios.

Una noche, nunca se supo cómo, se encontró con un rollo que no era de noticias, sino del tráfico comercial de la Tropical Cable, filial de la All American Cable en Guatemala.

En medio de los mensajes personales había uno muy largo y denso, y escrito en una clave intrincada. Rodolfo Walsh, quien además de ser muy buen periodista había publicado varios libros de cuentos policiacos excelentes, se empeñó en descifrar aquel cable con la ayuda de unos manuales de criptografía que compró en alguna librería vieja de La Habana.

Lo consiguió al cabo de muchas noches insomnes, y lo que encontró dentro no solo fue emocionante como noticia, sino un informe providencial para el Gobierno revolucionario.

El cable estaba dirigido a Washington por un funcionario de la CIA adscrito al personal de la embajada de Estados Unidos en Guatemala, y era un informe minucioso de los preparativos de un desembarco armado en Cuba por cuenta del Gobierno norteamericano. Se revelaba, inclusive, el lugar donde iban a prepararse los reclutas: la hacienda de Retalhuleu, un antiguo cafetal en el norte de Guatemala.

Idea magistral

Un hombre con el temperamento de Masetti no podía dormir tranquilo si no iba más allá de aquel descubrimiento accidental. Como revolucionario y como periodista congénito se empeñó en infiltrar un enviado especial en la hacienda de Retalhuleu.

Durante muchas noches en claro, mientras estábamos reunidos en su oficina, tuve la impresión de que no pensaba en otra cosa. Por fin, y tal vez cuando menos lo pensaba, concibió la idea magistral. La concibió de pronto, viendo a Rodolfo Walsh que se acercaba por el estrecho vestíbulo de las oficinas con su andadura un poco rígida y sus pasos cortos y rápidos.

Tenía los ojos claros y risueños detrás de los cristales de miope con monturas gruesas de carey, tenía una calvicie incipiente con mechones flotantes y pálidos y su piel era dura y con

viejas grietas solares, como la piel de un cazador en reposo.

Aquella noche, como casi siempre en La Habana, llevaba un pantalón de paño muy oscuro y una camisa blanca, sin corbata, con las mangas enrolladas hasta los codos. Masetti me preguntó: «¿De qué tiene cara Rodolfo?». No tuve que pensar la respuesta porque era demasiado evidente. «De pastor protestante», contesté.

Masetti replicó radiante: «Exacto, pero de pastor protestante que vende biblias en Guatemala». Había llegado, por fin, al final de sus intensas elucubraciones de los últimos días.

Como descendiente directo de irlandeses, Rodolfo Walsh era además un bilingüe perfecto. De modo que el plan de Masetti tenía muy pocas posibilidades de fracasar.

Se trataba de que Rodolfo Walsh viajara al día siguiente a Panamá, y desde allí pasara a Nicaragua y Guatemala con un vestido negro y un cuello blanco volteado, predicando los desastres del apocalipsis que conocía de memoria y vendiendo biblias de puerta en puerta, hasta encontrar el lugar exacto del campo de instrucción.

Si lograba hacerse a la confianza de un recluta habría podido escribir un reportaje excepcional. Todo el plan fracasó porque Rodolfo Walsh fue detenido en Panamá por un error de información del Gobierno panameño. Su identidad quedó entonces tan bien establecida que no se atrevió a insistir en su farsa de vendedor de biblias.

Masetti no se resignó nunca a la idea de que las agencias yanquis tuvieran corresponsales propios en Retalhuleu mientras que Prensa Latina debía conformarse con seguir descifrando los cables secretos.

Poco antes del desembarco, él y yo viajábamos a Lima desde México y tuvimos que hacer una escala imprevista para cambiar de avión en Guatemala. En el sofocante y sucio aeropuerto de la Aurora, tomando cerveza helada bajo los oxidados ventiladores de aspas de aquellos tiempos, atormentado por el zumbido de las moscas y los efluvios de frituras rancias de la cocina, Masetti no tuvo un instante de sosiego.

Estaba empeñado en que alquiláramos un coche, nos escapáramos del aeropuerto y nos fuéramos sin más vueltas a escribir el reportaje grande de Retalhuleu. Ya entonces le conocía bastante para saber que era un hombre de inspiraciones brillantes e impulsos audaces, pero que, al mismo tiempo, era muy sensible a la crítica razonable.

Aquella vez, como en algunas otras, logré disuadirle. «Está bien, che», me dijo, convencido a la fuerza. «Ya me volviste a joder con tu sentido común». Y luego, respirando por la herida, me dijo por milésima vez:

—Eres un liberalito tranquilo.

En todo caso, como el avión demoraba, le propuse una aventura de consolación que él aceptó encantado. Escribimos a cuatro manos un relato pormenorizado con base en las tantas verdades que conocíamos por los mensajes cifrados, pero haciendo creer que era una información obtenida por nosotros sobre el terreno al cabo de un viaje clandestino por el país.

Masetti escribía muerto de risa, enriqueciendo la realidad con detalles fantásticos que iba inventando al calor de la escritura. Un soldado indio, descalzo y escualido, pero con un casco alemán y un fusil de la guerra mundial, cabeceaba junto al buzón de correos, sin apartar de nosotros su mirada abismal.

Más allá, en un parquecito de palmeras tristes, había un fotógrafo de cámara de cajón y manga negra, de aquellos que sacaban retratos instantáneos con un paisaje idílico de lagos y cisnes en el telón de fondo.

Cuando terminamos de escribir el relato agregamos unas cuantas diatribas personales que nos salieron del alma, firmamos con nuestros nombres reales y nuestros títulos de prensa, y luego nos hicimos tomar unas fotos testimoniales, pero no con el fondo de cisnes, sino frente al volcán acezante e inconfundible que dominaba el horizonte al atardecer.

Una copia de esa foto existe: la tiene la viuda de Masetti en La Habana. Al final metimos los papeles y la foto en un sobre dirigido al señor general Miguel Ydígoras Fuentes, presidente de la República de Guatemala, y en una fracción de segundo en que el soldado de guardia se dejó vencer por la modorra de la siesta echamos la carta al buzón.

Alguien había dicho en público por esos días que el general Ydígoras Fuentes era un anciano inservible, y él había aparecido en la televisión vestido de atleta a los 69 años, y había hecho maromas en la barra y levantado pesas, y hasta revelado algunas hazañas íntimas de su virilidad para demostrarles a sus televidentes que todavía era un militar entero. En nuestra carta, por supuesto, no faltó una felicitación especial por su ridiculez exquisita.

Masetti estaba radiante. Yo lo estaba menos, y cada vez menos, porque el aire se estaba saturando de un vapor húmedo y helado, y unos nubarrones nocturnos habían empezado a concentrarse sobre el volcán. Entonces me pregunté espantado qué sería de nosotros si se desataba una tormenta imprevista y se cancelaba el vuelo hasta el día siguiente, y el general Ydígoras Fuentes recibía la carta con nuestros retratos antes de que nosotros hubiéramos salido de Guatemala.

Masetti se indignó con mi imaginación diabólica. Pero dos horas después, volando hacia Panamá, y a salvo ya de los riesgos de aquella travesura pueril, terminó por admitir que los liberalitos tranquilos teníamos a veces una vida más larga, porque tomábamos en cuenta hasta los fenómenos menos previsibles de la naturaleza.

Al cabo de veintiún años, lo único que me inquieta de aquel día inolvidable es no haber sabido nunca si el general Ydígoras Fuentes recibió nuestra carta al día siguiente, como lo habíamos previsto durante el éxtasis metafísico.

Masetti en acción

Por Leopoldo Formoso

Es el 4 de marzo de 1960. La mañana transcurre como de costumbre en la redacción. Una decena de compañeros periodistas trabajan en los primeros despachos del día. El silencio es roto solo por el teclear de las máquinas de escribir o por alguna voz del redactor que consulta al secretario de redacción (hoy editor) y la orientación que este le imparte.

De pronto se escucha una fuerte explosión que retumba estremecedora a lo lejos. Y pasados unos minutos otra. Pensamos en alguna bomba colocada por elementos contrarrevolucionarios. Era lo usual por esos días.

Comenzó la labor de indagación, pues a lo lejos y hacia la zona del puerto se observaban columnas de humo en ascenso a través de los ventanales al fondo de la redacción.

Masetti irrumpe en el local al poco rato. Ya tiene la noticia. Acaba de estallar el barco La Coubre, anclado en el puerto, que se presume transporta armas y explosivos provenientes de Bélgica.

Periodista de extraordinaria sensibilidad ante la noticia, vibra con ella. Imparte órdenes dirigidas a obtener un estimado lo más exacto posible de víctimas entre muertos y heridos, y si hay mujeres y niños entre transeúntes y vecinos.

El tiempo corre y ya se produjo una tercera explosión. Un poco más débil.

Los periodistas no alcanzan. Masetti decide enviar a algunos empleados administrativos, en tanto se localiza a los redactores del siguiente turno en sus casas, a fin de recorrer todos los centros de socorro para obtener el número de víctimas. Otros partieron para el puerto. Algunos nos quedamos atentos a la radio y al teléfono, según sus instrucciones.

La inexperiencia de compañeros no habituados a la labor reporteril originó algunas escenas como esta:

El teléfono suena. Masetti descuelga y ansioso inquiere:

—¿Quién habla? Ah. Eres tú Pedro (se refería a uno de los compañeros devenidos reportero en esos instantes).

—Decime che, ¿cuántos muertos y heridos hay por ahí?

—Masetti, ¡esto es horrible! ¡Esto es inenarrable! No se pueden contar. Hay piernas y brazos por todas partes. Los traen las ambulancias. Y la sangre. Los tejidos. ¡Esto es horrible! ¡Horrible!

—Pero che. No te dejés dominar por esa mala impresión. Indaga cuántos son. Necesitamos un estimado lo más exacto posible. Y lo más rápido posible también.

Y el compañero en cuestión, nervioso ante la escena desacostumbrada, no atinaba a cumplir con la misión encomendada. Fue necesario que un periodista fuese en su auxilio.

Similares diálogos entre Masetti y otros compañeros poco o nada habituados a ver correr la sangre a raudales se repitieron ese día. Resultó difícil contar a los mutilados, localizar en las casas de socorro o en centros de asistencia improvisados a tanta víctima dejada por el sabotaje fraguado por la CIA. Pero el objetivo perseguido tuvo éxito. Prensa Latina informaba primero que ninguna

otra agencia y con mayor exactitud acerca de lo ocurrido esa mañana en los muelles.

Muchos tiros... pero pocas fotos

Por Miguel Viñas

Yo diría que desde su fundación, Prensa Latina siempre estuvo en estado de alerta, pues a partir del triunfo de la Revolución era esperada una agresión por parte de Estados Unidos.

Por ello, en la agencia se trabajaba agitadamente. Existía un equipo de periodistas que se entrenaba por si era necesario, en caso de agresión, trasladar la agencia, y para tener los conocimientos necesarios que la hicieran seguir funcionando. Este entrenamiento era solo conocido por la dirección y los compañeros que integraban el equipo. El resto del personal sabía que algo se estaba preparando, pero no tenía los detalles.

Un día, Masetti me preguntó si en caso de agresión los compañeros del laboratorio fotográfico estarían dispuestos a trabajar voluntariamente. Hablé con ellos y todos estuvimos en disposición de hacer lo que fuera necesario. Posteriormente se me ordenó empaquetar una ampliadora y otros equipos para imprimir fotos.

Pero el tiempo fue pasando y no se volvió a hablar más del asunto, aunque los otros compañeros seguían entrenándose.

En una ocasión le pregunté a Masetti por qué nosotros no recibíamos entrenamiento, ya que esto nos tenía preocupados, y me respondió: «Mira che, el día que algo suceda, ustedes serán de los primeros. La agencia tiene buenos periodistas, pero se necesitan también buenas fotos, una noticia detallada, un buen testimonio gráfico para que sea completa y tenga más veracidad».

Sus palabras me llenaron de alegría y al transmitírselas a los compañeros, estos se pusieron muy contentos. Muy pronto yo las recordaría.

Cuando se produjo el ataque mercenario a bahía de Cochinos, Masetti me preguntó si estaba dispuesto a ir como corresponsal de guerra, a lo que respondí que sí con entusiasmo. Ese mismo día fui enviado como corresponsal de guerra.

Al regreso, todos los compañeros me asediaron con preguntas. Yo a todos les contaba con orgullo que había tirado más tiros que los años que iba a vivir. A todos les narraba muy contento mi «hazaña».

Mis anécdotas terminaron cuando fui llamado por el director, a quien referí, lleno de entusiasmo, todo lo que había hecho.

Me escuchó atentamente, luego me miró con fijeza y me dijo que esa no era la misión encomendada, que yo debía tener por fusil la cámara y que en lugar de tirar tiros debí tirar fotos, para así tener un testimonio gráfico y denunciar al mundo al yanqui agresor.

Cuando terminó de hablar me sentí como si un tanque me hubiera pasado por arriba. Entonces me dijo: «Che, no te aflijas, pero que esto te sirva de experiencia futura».

Afortunadamente, el testimonio gráfico existe, porque para suerte mía yo no era el único que debía llevar la cámara como fusil.

Prensa Latina siempre en el Cono Sur

La primera noticia transmitida por la agencia Prensa Latina el 16 de junio de 1959 fue sobre América Latina y para América Latina.

A partir de ahí, y durante estos 55 años, el destino de Prensa Latina estuvo indisolublemente sellado al presente y futuro de esta región, a su indomable voluntad de cambios, a su dura y sangrienta lucha contra su histórico opresor, el imperialismo norteamericano.

Es por ello que Cuba fue el marco natural y lógico para albergar la titánica y cotidiana tarea de romper el monopolio que en esos momentos detentaban las grandes agencias noticiosas norteamericanas.

Para jugar el papel asignado —el de transmitir la voz de la Revolución cubana y latinoamericana— sus periodistas tuvieron que sortear el boicot, la calumnia, la arbitrariedad de las detenciones y hasta, en algunos casos, la tortura y la muerte.

Las sucursales de PL en el área sufrieron las vicisitudes de la situación política del momento y no pocas de sus oficinas fueron clausuradas en la medida en que los Gobiernos de turno acataban el dictado de Washington.

Uno de los primeros cierres de estas oficinas se produjo en Argentina, en 1960, pero hoy su equipo de Buenos Aires mantiene una eficaz labor y vuelca las transmisiones de la central en diferentes medios de difusión de ese país suramericano.

En 1964, el corresponsal brasileño tuvo que hacer un largo periplo clandestino hasta atravesar la frontera con Uruguay y ponerse a salvo, luego de haber difundido los pormenores del golpe militar contra el Gobierno de Joao Goulart, cerrando así un trabajo iniciado ininterrumpidamente desde 1959.

Las dos entrevistas que se realizaron al diplomático inglés Geoffrey Jackson, en 1971, en la Cárcel del Pueblo en Uruguay, pueden integrarse perfectamente a los anales de la historia del periodismo, puesto que ofrecieron primicias mundiales.

En 1971, y a lo largo de casi tres años, el equipo de la agencia en Santiago de Chile transmitió las noticias generadas por el acontecer del Gobierno de la Unidad Popular, coronando un trabajo ininterrumpido desde la instalación de la sucursal en 1959. El golpe militar fascista del 11 de septiembre de 1973 fue advertido en el mundo por un primer flash de Prensa Latina y la muerte heroica del presidente Salvador Allende es conocida por vez primera en la crónica de su corresponsal, «Las últimas horas de La Moneda», que rompió la imagen publicitada desde un primer momento por la junta golpista y difundida por las agencias norteamericanas de noticias.

Prensa Latina jamás dejó de funcionar en América Latina. Los planes del imperialismo para acallarla fracasaron una y otra vez. La solidaridad de los pueblos latinoamericanos hacía que PL tuviera siempre información veraz, precisa, oportuna, de las luchas de esos pueblos contra el enemigo común, a través de corresponsales clandestinos, de revolucionarios honestos que hacían llegar las informaciones a la agencia para ser transmitidas.

En la primera mitad del siglo XIX, el Libertador Simón Bolívar dedicó su atención tanto a la

guerra como a la necesidad de romper el monopolio colonial de la información, alentó el periodismo revolucionario y concibió la ubicación de las comunicaciones en la estrategia general de las luchas de liberación.

En este sentido, Prensa Latina también responde al mandato bolivariano.

Una agencia de noticias como otra cualquiera

(Tomado de *Los que luchan y los que lloran*, ed. 1969)

Las dificultades que Rodolfo Walsh relató haber afrontado en Brasil para abrir las oficinas de PL están consignadas en el prólogo del libro *Los que luchan y los que lloran*, en su edición de 1969; fue durante el Gobierno de Juscelino Kubistchek. Así lo consignó el asesinado escritor y periodista, fundador de Prensa Latina:

«Tuve una idea de lo que esa presión significaba en mayo de 1959, cuando en ruta a La Habana debí hacer escala en Río de Janeiro por 48 horas que se convirtieron en 48 días.

«Se trataba de tomar una oficina, arrendar un canal de teletipo y designar un jefe de corresponsales brasileños. Tres cosas sencillas para las que no existían obstáculos legales. Las dificultades que surgieron eran tan absurdas, que no tenían explicación dentro del marco idílico de la libertad de prensa, la libre competencia y otras fantasías (...) La maquinaria gubernamental chorreaba corrupción y demora en proporciones kafkianas.

«Las dificultades de índole administrativas explican algunos de los inconvenientes de la labor periodística de PL en Brasil. Durante el Gobierno de Kubistchek la policía le hizo, en cierta manera, la guerra psicológica a José Prado Laballós, entonces corresponsal-jefe de la oficina de Prensa en Río.

«Contra Prado se había iniciado un decreto de expulsión del país, trámite que culminó en el período de Janio Quadros y que, más tarde, el Ejecutivo dejó sin efecto. Cercana la agresión mercenaria de Girón, las autoridades brasileñas procedieron a su detención por espacio de cinco horas.

«Sin embargo, los requerimientos policiales continuaron. A ratos, hacía su aparición en la oficina de la agencia un policía que inquiría sobre los métodos de funcionamiento de la misma. Siempre recibía la siguiente respuesta: ‘Nosotros somos una agencia de noticias como cualquier otra’».

Viajando a Río... sin visa

Por José Prado

En los días finales de diciembre de 1960 yo había viajado a La Habana para permanecer allí dos o tres semanas. El 3 de enero de 1961 rompió Estados Unidos sus relaciones con Cuba. En Brasil se comenzó a hablar sobre la posibilidad de que el Gobierno brasileño imitara, una vez más, al de Washington. Masetti me dijo que debía regresar urgentemente a Río de Janeiro «para salvar lo que pudiera de nuestra corresponsalía allí». Las vías para viajar se nos habían puesto difíciles, sobre todo si teníamos que pasar por Caracas. Y esa fue la única vía que encontramos en esos días.

Viajé vía Caracas en compañía de cinco diputados brasileños integrantes de una delegación parlamentaria que había venido a Cuba para asistir a los festejos por el Primero de Mayo. Iba a riesgo de que en Caracas me rechazaran, y tuviera que regresar a La Habana.

Afortunadamente, como veremos a continuación, el avión salió de La Habana con dos horas de retraso y llegó a Caracas con solo media hora de margen para hacer el trasbordo a fin de continuar viaje a Río de Janeiro.

Poco antes de llegar a la capital venezolana los diputados brasileños hablaron con una aeromoza para plantearle el problema de que materialmente no habría tiempo para correr los trámites correspondientes en el aeropuerto con el fin de continuar nuestro viaje.

La aeromoza consultó con sus jefes y luego orientó a los diputados brasileños que al llegar a Caracas descendieran del avión por la escalerilla de los pilotos y se dirigieran a un funcionario de Inmigración que los atendería especialmente para agilizar los trámites.

Entonces preguntó cuántos eran, y uno de los diputados le respondió que cinco. Yo, que estaba junto a ellos le rectifiqué: «No, somos seis». El diputado se dio cuenta de mi intención y confirmó la cifra que yo daba.

Efectivamente, al llegar a Caracas fuimos atendidos urgentemente por un funcionario, que apenas miró nuestra documentación. Fue tal la rapidez con que nos atendió que no se percató de que uno de los pasaportes era cubano, y que no tenía visa ni para el tránsito por Caracas ni para entrar en Brasil. Quince minutos después abordábamos el avión en que continuamos el viaje hasta Río de Janeiro.

Allá surgió otro conflicto, por la falta de visado para ingresar en Brasil. Luego de prolongadas conversaciones, los funcionarios de la Inmigración brasileña, que no se explicaban cómo me habían dejado pasar por Caracas en esas condiciones, aceptaron dejarme desembarcar previo compromiso de la embajada cubana de responsabilizarse con legalizar mi situación.

El funcionario que me atendió en Río de Janeiro no se cansaba de repetir que era la primera vez en los 19 años que llevaba trabajando en el aeropuerto que un pasajero le entraba sin la visa correspondiente. Y eso ocurría en los momentos en que se agudizaban las agresiones y maniobras de todo tipo contra la Revolución cubana.

PL 205 - URGENTE Corresponsal de PL sometido a interrogatorio

Montevideo, jun 3 (PL).- El corresponsal de Prensa Latina, Orlando Contreras, que permaneció detenido más de 48 horas, fue sometido a un interrogatorio netamente político.

A Contreras se le preguntó por qué utilizaba en los despachos de la agencia bajo su responsabilidad el término «Movimiento de Liberación Nacional» (Tupamaros), prohibido por el régimen a la prensa uruguaya, a lo cual respondió que la censura no especifica alcance para las agencias de noticias.

También le pidieron que explicara qué entiende por «pasar a la clandestinidad», y respondió: el término clandestino tiene una connotación de marginalidad.

El periodista chileno, jefe de corresponsales de la agencia latinoamericana, tuvo también necesidad de precisar que la génesis del «Frente Amplio» se explica en sus propios documentos, al ser interrogado sobre si creía que los Tupamaros fueron los fundadores de esa agrupación electoral, integrada por partidos de izquierda y progresistas.

sigue

primer agregado al PL 205 interrogatorio

El interrogatorio derivó luego a preguntas de carácter personal, como la visa con que habían entrado al país Contreras y su familia, cuánto ganaba, quién pagaba su sueldo, de dónde y por intermedio de qué banco recibía sus haberes y el del resto del personal.

Durante los interrogatorios, tanto Contreras como los periodistas de Prensa Latina Jorge Onetti y Sergio Ibarburo fueron tratados con elemental respeto.

Hoy por la mañana, luego de 48 horas de incomunicación, fueron trasladados en un carro celular a la escuela de policía a disposición del poder ejecutivo.

El oficial de guardia de ese instituto armado les informó el régimen de vida en el cuartel, les dijo que ya habían pasado por ahí cuarenta detenidos y que hasta ahora no se había producido ningún disturbio, y que esperaba que esa situación se mantuviera.

Además, les advirtió que, en horas de recreo, no se acercaran a las alambradas, porque el personal de custodia tenía órdenes de disparar.

sigue

segundo agregado al PL 205 interrogatorio

El oficial pidió a los periodistas reciprocidad en el respeto que, dijo, les dispensarían.

Los periodistas de Prensa Latina estuvieron en el cuartel cerca de dos horas hasta que fueron remitidos nuevamente a la jefatura de policía, aunque en ese instante no sabían para donde iban.

Posteriormente, un funcionario subalterno les comunicó que quedaban en libertad de la misma forma sorpresiva y sin mayores explicaciones en que fueron arrestados.

Recién entonces les devolvieron sus documentos de identidad, relojes y otros objetos, sin que nadie, ni policía o civil, diera explicación alguna de lo ocurrido. simplemente se les dijo que

podían retirarse.

El subcomisario Campos, del Departamento Cinco de la Dirección de Información e Inteligencia de la Policía, devolvió a Contreras todos los libros incautados en el allanamiento, incluso cuatro folletos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias Orientales (FARO), enviados a las oficinas de PL anónimamente, al igual que a las demás oficinas de agencias de noticias.

sigue

tercer y último agregado al PL 205 interrogatorio

El subcomisario Campos dispensó a Contreras un trato respetuoso. Onetti e Ibarburu fueron interrogados por funcionarios de menor jerarquía.

A las 21:45 gmt las oficinas de Prensa Latina seguían custodiadas por un policía uniformado y se impide aún acceso al personal de la agencia.

Uruguay: el caso Jackson

Por Félix Olivera

El 13 de abril de 1971 Prensa Latina difundió una entrevista hecha en la clandestinidad al entonces embajador británico en Uruguay, Geoffrey Jackson, secuestrado desde inicios de año por un comando del Movimiento de Liberación Nacional (MLN, tupamaros) y retenido en una de las denominadas Cárcel del Pueblo, cuyo paradero desconocía la policía que lo buscaba afanosamente.

El reportaje fue obra de la periodista uruguaya Maruja Echegoyen, radicada en Londres, colaboradora ocasional de Prensa Latina en la capital británica, quien cedió todos los derechos de publicación a la agencia.

La noticia sirvió de pretexto a las autoridades uruguayas para iniciar acciones contra Prensa Latina, tales como allanamientos a la oficina en Montevideo y a los domicilios del corresponsal jefe, el chileno Orlando Contreras, y otros periodistas que laboraban allí.

Mientras tanto, Evelyn Jackson, esposa del diplomático secuestrado, envió cartas a los periódicos locales que publicaron la entrevista, en las cuales expresaba su profunda satisfacción por haber tenido noticias de su esposo y calificó la información de una «admirable entrevista».

En Uruguay entonces estaba prohibido publicar en la prensa cualquier información relacionada con el MLN y también la palabra tupamaros. La medida había sido derogada justamente una semana antes del secuestro de Jackson, pero con la entrevista difundida tomó vigencia nuevamente la disposición.

El domicilio de Orlando Contreras fue allanado tres veces en el transcurso de dos meses, se procedió a su detención, en la primera acción policiaca, dejándosele en libertad al siguiente día. También fueron detenidos e interrogados los periodistas Julio Rosiello y Sergio Ibarburu, así como Jorge Onetti y hasta el mensajero de la oficina, Eduardo Lima, de 16 años de edad, a pesar de ser menor.

Días después, cuando se efectuó el segundo allanamiento en el domicilio de Contreras, ese periodista se encontraba ausente, pero su esposa fue también molestada por la policía que indagaba por su paradero. Finalmente, el 16 de junio, el régimen de Jorge Pacheco Areco dispuso la clausura de la sucursal de PL.

Asesinato de Luis Martirena

Por Félix Olivera

El 14 de abril de 1972 murieron asesinados a balazos en Montevideo, Uruguay, atacados por agentes de los cuerpos represivos, el periodista Luis Nelson Martirena y su esposa Ivette Giménez Morales, acusados de «mantener estrechos vínculos con los tupamaros».

Sus asesinos, desde el exterior de la casa, les ordenaron salir con las manos en alto, lo que ambos hicieron. Los balearon con ametralladoras calibre 30, fusiles y armas livianas.

Un despacho cablegráfico informó al siguiente día que un testigo presencial escuchó a uno de los agentes expresar mientras Martirena agonizaba desangrándose en el piso: «¿Todavía te movés, querés más balas?», y le hizo tres disparos en la nuca.

Para justificar el crimen, el régimen publicó en un comunicado oficial que los «tupamaros» atrincherados en la vivienda habían resistido durante dos horas. Las hijas del matrimonio salvaron sus vidas al encontrarse en la escuela.

En casa de las víctimas no hubo condiciones ni tiempo para hacer resistencia, ni se ocuparon armas.

Martirena había laborado varios años en Prensa Latina, fue corresponsal en el extranjero y jefe de la Redacción Nacional en la oficina central.

Antes de su asesinato había desarrollado una amplia tarea de propaganda y relaciones exteriores de las guerrillas urbanas tupamaras para incrementar la solidaridad internacional con el pueblo uruguayo y su lucha.

Chile

La batalla informativa de Prelagoch

Por Jorge Luna

Me acosté pensando en los cuatro aviones de guerra que habrían llegado en secreto a Santiago durante el día desde una base de la norteña región de Antofagasta. Era una información fragmentaria, algo más que un rumor, como todas las que circulaban en esas semanas previas al golpe militar de Augusto Pinochet.

Eran las 02:00 horas de la madrugada del 11 de septiembre. Terminaba mi turno de reportero. Acababa de cubrir un violento allanamiento de efectivos de la Fuerza Aérea de Chile (FACH) a una humilde población capitalina, junto a un colega de una radioemisora del Partido Socialista.

Nos enteramos allí del arribo de los aviones gracias a un locuaz sargento que custodiaba a los detenidos de la población en un camión, hasta donde pudimos acercarnos ofreciéndole cigarros.

En esos momentos, parecía una de tantas versiones alarmistas que terminaban en nada. De todas maneras, informé por teléfono a Jorge Timossi, jefe de la corresponsalía, sobre el allanamiento, con más de 20 detenidos, y sobre los cuatro aviones. Me dijo que había similares rumores sobre la Marina en Valparaíso, al occidente de Santiago, pero sin mayores precisiones.

«Descansa», me dijo, y le respondí lo mismo, no sin antes dejarle saber dónde pernoctaría esa madrugada, pues ya habíamos comenzado a dormir en distintos lugares ante amenazas reiteradas de grupos fascistas, como Patria y Libertad.

Despertar de golpe

Alrededor de las 07:30 horas, Pedro Lobaina, otro corresponsal de Prensa Latina, me despertó con golpes en la puerta. «Arrancó el golpe», dijo. «Deja todo y vamos a la oficina». Nos trasladamos en un pequeño Fiat 600 rojo hacia el centro de la ciudad a toda velocidad. Enseguida nos percatamos que, más bien, todo el mundo iba en dirección contraria, saliendo del centro.

Algunos jóvenes, muy excitados, gritaban a los transeúntes «¡hay golpe!, ¡hay golpe!», pero nada respondimos, pues no sabíamos si estaban a favor o en contra. Los controles de carabineros comenzaban a cercar el centro de Santiago, pero logramos llegar hasta la esquina de Ahumada y Moneda, a dos cuadras del Palacio de La Moneda, donde ya se encontraba el presidente Salvador Allende, y a media cuadra de la sede de Prensa Latina.

El Fiat quedó en la intersección con las puertas abiertas. Lobaina fue hacia la oficina y yo, hacia Palacio, pero no pude llegar porque carabineros y soldados estaban evacuando la zona y los gases lacrimógenos ya saturaban la soleada mañana del martes 11.

Prelagoch

Nuestra oficina era conocida internamente como Prelagoch, uniendo a la palabra Praela las últimas letras de Santiago y las primeras de Chile. Allí intercambiamos datos elementales y comentarios con los presentes, todos en disposición de transmitir al exterior lo que estaba ocurriendo en Santiago.

Aparte de Timossi y Lobaina, estaba el periodista Mario Mainadé, quien se alojaba en el segundo piso de Prelagoch. También llegaron temprano, entre otros, Elena Acuña y Omar

Sepúlveda, redactores chilenos, así como Orlando Contreras, también chileno, quien acababa de llegar a Santiago desde La Habana.

En pocos minutos comenzó a llenarse la oficina. Llegaron periodistas amigos preguntando por información sobre el golpe e interesándose por nuestra situación. Recuerdo especialmente a Augusto Carmona, conocido como el «Pelao», columnista de la revista Punto Final y dirigente del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), y su compañera, Lucía Sepúlveda, también periodista militante. Carmona fue asesinado en 1977.

Todos nos sentamos en el piso porque había tiroteos en un edificio frente al nuestro y llegaban esquirlas que rompían el cielo raso de nuestra oficina (ver foto).

Peligro real

En determinado momento, Timossi —quien estaba en comunicación telefónica permanente con La Moneda, la embajada de Cuba en Santiago y numerosos políticos y periodistas— me dijo que era necesario pedir a los visitantes evacuar la oficina, pues corrían peligro real. Eso no fue fácil, porque esos amigos, convencidos de que seríamos allanados, insistían en correr los mismos riesgos que nosotros.

Pero, al final, quedamos Timossi, Lobaina, Mainadé, Sepúlveda, Contreras, Elena Acuña y yo, para informar sobre lo que hasta esos momentos describíamos como una «intentona golpista». A este reducido grupo, Timossi también planteó que quien quisiera podía retirarse, porque él tenía instrucciones de no abandonar Prelagoch.

Nadie se marchó, pero fue en ese mismo instante en que se silenciaron, de pronto, los antiguos teletipos T-100 de la firma alemana Siemens, cuyo ruido nos había acompañado durante tanto tiempo.

Al percatarnos de que los militares habían interrumpido las telecomunicaciones, acudimos a los teléfonos, sospechando que igualmente estarían cortados, pero estos nunca fallaron. Llamamos larga distancia a la oficina de Prensa Latina en Buenos Aires (Argentina), a cuyo corresponsal, José Bodes Gómez, pasamos datos verbalmente. Esa llamada, de horas, jamás fue interrumpida. Fue como lo que hoy sería un chat.

Tregua

A Elena Acuña, una chilena de gran valor personal y compromiso político, Timossi le encomendó la tarea de trasladar a su domicilio (al otro lado de La Moneda) un bolso con dinero y documentos de la agencia para su resguardo y eventual envío a La Habana. Lo cumplió sin el menor temor, pasando directamente frente a la puerta principal de La Moneda, otrora epicentro del combate, lo cual nos comunicó telefónicamente apenas llegó a su domicilio.

Lo hizo aprovechando una breve «tregua» que los golpistas anunciaron poco antes de iniciar el bombardeo del palacio, donde Allende y unos pocos combatientes y funcionarios resistían el acoso.

Luego, sobrevino el ruido de los aviones, cohetes disparados contra el palacio y varias explosiones. Desde la azotea de Prensa Latina, alcanzamos a tomarles fotos a algunos de los pases de los aviones de guerra.

Me acordé entonces del sargento de la madrugada y su información sobre los cuatro aviones de Antofagasta. Nunca pude comprobar si se trataba de los mismos, pero me quedo con el dato.

La Moneda

Conversaciones telefónicas de Timossi con Beatriz Allende, la hija del Presidente, y con otros colaboradores, así como con dirigentes de la Unidad Popular y del MIR, todas en situación de emergencia, eran compartidas en la redacción. Seguimos trasladando resúmenes a la oficina de Argentina.

Fue cuando Timossi informó sobre la muerte del periodista Augusto Olivares, más conocido como «El Perro», amigo y colaborador de Allende, de Cuba y de Prensa Latina. Esa noticia fue impactante y no recuerdo quien la transmitió. Poco después, se precipitaron los hechos. La muerte de Allende y la toma de La Moneda, noticia que a todos nos costó asimilar.

Pusimos la televisión, pero los golpistas, que aún no se habían identificado, mantenían silencio, transmitiendo —entre otros rellenos— marchas militares y dibujos animados.

Solo después del mediodía se mencionó a «la Junta», como firmante de bandos militares, especie de decretos que daban instrucciones a la población, entre ellas una conminación a que todos los extranjeros, como nosotros, se presentaran en el Ministerio de Defensa.

Punto Final

Sentados en el piso, seguimos datando a Buenos Aires, hasta que tocaron a la puerta. Por estar más cerca en ese momento, miré por el visor y vi a un grupo de soldados en el pasillo. Estaban sudorosos y manchados de tizne o cenizas en los rostros.

Se lo comuniqué a Timossi y me instruyó abrirles pero sin dejar que sacaran a nadie de la oficina. Abrí la puerta y un agitado soldado preguntó si éramos de Punto Final (revista de izquierda cuya redacción colindaba con Prelagoch). Le señalé el letrero que colgaba en la puerta, que decía claramente «Prensa Latina, Agencia Informativa Latinoamericana» y cerré.

Minutos después descubrieron la sede de Punto Final, rompieron la puerta e ingresaron como si esperaran una resistencia armada. En realidad, nuestros vecinos, incluido el director de la revista, Manuel Cabieses Donoso, gran periodista y amigo, hacía días que no aparecían por allí por razones de seguridad.

Son 21

Los soldados, todos con una camiseta de cuello alto color naranja, característica de los golpistas, juntaron en medio de la sala de Punto Final libros y revistas, y le prendieron fuego. Esto lo vimos todos los de Prelagoch porque el humo fue intenso y los balcones de ambos apartamentos estaban apenas separados por un muro.

Al ver que los observábamos, los soldados dieron la vuelta y volvieron a tocar la puerta de Prensa Latina, esta vez con mayor insistencia. No recuerdo quién abrió en esa ocasión, pero sí que Timossi insistió en que no nos dejáramos sacar de la oficina.

El que venía al frente (luego los contamos y eran 21 soldados) se puso a gritar, entre insultos, desde el pasillo y sin entrar, que saliéramos «pal camión», lo cual luego supimos era la forma en que trasladaban a los presos hacia el Estadio Nacional.

Ante la negativa de abandonar Prelagoch, los militares entraron a empujones y nos pusieron de cara contra la pared, manos en la nuca, como para un fusilamiento. Fue el momento más peligroso, pero pasó. Uno me tomó del brazo y, a punta de metralleta, me dijo que subiera al segundo piso. Él venía atrás.

Dentro de toda la tensión, acumulada durante meses, surgieron momentos casi cómicos, como cuando llegamos al segundo piso de Prelagoch (el 12 del edificio Unión Central 1010, actualmente Bombero Ossa), donde Mainadé, acabado de ducharse, se echaba talco en paños menores.

No había visto el allanamiento de Punto Final ni sabía que los militares habían entrado a Prelagoch, pues Mainadé sufre de sordera crónica, aunque lo disimula muy bien. Como estaba de espaldas a nosotros, le grité: «Maina, vístete, que tenemos visitas», pero él siguió echándose talco y, sin voltear, respondió algo así como que «la cosa está mala».

Apenas se viró —sorprendido por la presencia del uniformado—, le hice señas para que mantuviera la calma y evitar así cualquier reacción violenta del soldado, a esa altura, mucho más nervioso que nosotros.

Mientras Mainadé se terminaba de vestir, el soldado encontró sobre una mesa su audífono y preguntó qué era. Le explique que sin ese aparato, que en la época era casi del tamaño de una granada de mano, Mainadé no podría oír. No obstante, se los guardó en el bolsillo del pantalón, como si hubiera hallado una importante prueba subversiva.

Los soldados nos sentaron en el piso, cada uno en una esquina, mientras revisaban y rompían papeles. Por eso, no tengo datos de lo que cada cual vivió, aunque mucho después conversamos todos sobre esa jornada. Me tocó la esquina donde estaba el teléfono aún en línea con Buenos Aires. Apenas pude, lo metí dentro de un tacho de basura, para que no vieran que estaba descolgado y conectado.

Cuando se pudo, se informó en voz baja del allanamiento y se desmintió que hubiéramos sido fusilados, como había reportado alguna agencia de noticias. También, lo del fuego en Punto Final.

El Che

Un soldado se ensañó con un gran afiche del Che, que rompió a patadas. Sepúlveda, de 29 años de edad, al igual que yo, se indignó y enrostró al guardia, pero fue contenido a tiempo antes de que la violencia escalara. Alguien le dijo algo así como «Omar, es un pedazo de cartón. No es el Che».

El trasiego de los soldados por nuestro balcón llamó la atención de un grupo de resistencia parapetado en un edificio en construcción sobre la calle Ahumada, frente a Prensa Latina. Comenzaron a disparar y los soldados se tiraron al piso, debajo de los escritorios, hasta que sacaron a Lobaina, Contreras y algún otro al balcón, como «escudos humanos». Fue otro momento peligroso del martes 11.

El asedio «amigo» cesó, pero los militares quedaron muy impresionados por el ataque y algunos comenzaron a cambiar de actitud, como cuestionando su presencia allí. El que cayó a mi lado, muy joven, me preguntó qué noticias había, pues avanzaba la jornada y la televisión no acababa de dar por concluidas las acciones. Me confirmó que su unidad venía de los escombros del Palacio de La Moneda.

Le pregunté dónde vivía su familia y me dijo que en la población «Nueva Habana», un bastión de la resistencia popular. No me constaba, aunque lo presumía y, para asustarlo, le dije que había sido bombardeado temprano. No respondió y, meditabundo, se alejó hacia otra esquina.

Las armas

Durante el allanamiento, los soldados destrozaron todo lo que podían, como buscando algo más contundente, más subversivo que cinco periodistas chilenos y cubanos en una oficina llena de

fotos y afiches del Che y de Fidel. Buscaban armas.

A las 17:00 horas, un general golpista, a cargo de la censura, llamó a Prensa Latina y citó a Timossi a una reunión en el Ministerio de Defensa, ubicado a unas cinco cuadras de la oficina. Timossi le explicó que estábamos siendo allanados desde el mediodía y el general pidió hablar con el oficial encargado.

Al poco rato, este ordenó a dos soldados escoltar a Timossi hasta el Ministerio de Defensa.

Recuerdo que fue Lobaina, con gran serenidad, quien se levantó, atravesó la redacción y cerró la puerta de golpe, murmurando malas palabras. Aunque preocupados por el destino del jefe de la corresponsalía, por primera vez, respiramos aliviados. Cayó la noche y aún se escuchaban esporádicos tiroteos.

El hambre

Pero nuestra mayor inquietud en esos momentos era el hambre. Nadie había comido nada desde la noche anterior. Por suerte, entre las llamadas que hacía y recibía Timossi, ante preguntas de gente solidaria sobre nuestra situación, él había planteado —medio en broma y medio en serio— el tema del hambre.

Nos sorprendió a todos un nuevo toque en la puerta. Era un muchacho bajito aindiado, que se presentó como Arturo, guatemalteco y de la resistencia chilena. Dijo que necesitaba ayuda para subirnos la comida. Sepúlveda y yo, los más jóvenes (y quizás también los más hambrientos), bajamos con él por el ascensor hasta el segundo piso del edificio, donde funcionaba —en apariencia— una empresa de seguros. Pero, en realidad, era una impresionante cocina clandestina con tres o cuatro muchachas miristas (miembros del MIR) revolviendo alimentos en grandes cazuelas de cobre.

Nos entregaron una gran olla de humeante arroz con lentejas y una caja con 24 botellas de Coca Cola. No recuerdo si hubo algo más, pero —Sepúlveda por un lado y yo por el otro— cargamos aquel tesoro hasta Prelagoch y lo situamos en el piso, en medio del salón principal.

Timossi ya había regresado y nos relató detalles de esa reunión, de la que pudo salir con vida porque era presidente de la Asociación de Corresponsales Extranjeros en Chile y porque enfatizó como nunca antes su acento argentino.

Mientras escuchábamos, comimos cucharada tras cucharada de lo que luego bautizamos erróneamente como «La última cena». Exageradamente llenos y más relajados, nos organizamos para pasar la noche, turnándonos de a dos de guardia en la puerta, mientras los demás iban a dormir. Sepúlveda y yo, en el primer turno, nos mirábamos en silencio cada vez que sonaba el motor del ascensor, pues podría tratarse del retorno de los soldados.

En realidad, eran numerosas personas que se movían de un piso a otro, de un apartamento a otro, buscando refugio dentro del edificio, puesto que afuera ya imperaba el toque de queda. Ya agotados, subimos al segundo piso para ver cómo descansaban nuestros compañeros y nos sorprendió ver que los cuatro estaban en medio de gran tertulia, pues, obviamente, nadie pudo dormir esa noche.

Ordenamos un poco la oficina, llamamos a familiares para tranquilizarlos y, de pronto, nos dimos cuenta de que habíamos sobrevivido el martes 11.

Las vecinas

El miércoles 12 fue otra jornada de informaciones, transmitiéndolas por teléfono a Buenos Aires. Eran siempre sobre hechos aislados de resistencia o de actos de represión, así como también rumores. En ningún momento se detuvo la actividad periodística. Dictábamos frases cortas para su posterior reelaboración en Prelabaires.

La Junta Militar, que cumplía su primer día de un régimen de 17 años, transmitía bando tras bando con instrucciones para que cesara toda resistencia o, de lo contrario, «atenerse a las consecuencias».

Al mediodía tocaron a la puerta. Era una vecina que administraba una casa de citas frente a la oficina de Punto Final, donde «acompañantes» atendían a clientes de alto nivel económico. Al igual que nosotros, eran las únicas personas que trabajaban después de las 18:00 horas en ese edificio y más de una vez nos habíamos cruzado en los pasillos nocturnos.

«Muchachos, les traje té caliente. Me alegro que estén bien. ¿Vieron lo que hicieron con Punto Final? Pobrecitos», dijo la anónima y solidaria vecina, quien —tras dejar una bandeja con humeantes tazas de té— desapareció con nuestro agradecimiento y recuerdo.

La despedida

A las 15:00 horas entró en vigor, de nuevo, el toque de queda. Timossi avisó que militares vendrían a buscarnos, pero para llevarnos a la embajada de Cuba, al parecer para ser expulsados del país. Efectivamente, sobre las 18:00 horas, un coronel del Ejército, acompañado de tres tipos de civil y media docena de guardias, llegó a la oficina, junto al cónsul cubano, Jorge Pollo.

Hubo que negociar, porque no todos los que estábamos allí estábamos en la lista acordada. Por distintas razones, Sepúlveda se quedó hasta que lo pudimos sacar de Chile unos meses más tarde. La despedida fue desgarradora.

Los que salimos fuimos escoltados por militares y funcionarios del Servicio de Inteligencia Militar hasta los vehículos de Prelagoch, puesto que no cabíamos todos en sus carros. Antes de abordarlos, los que el día antes habían tiroteado la oficina desde el edificio de enfrente, pensando que íbamos presos, volvieron a atacar. Por suerte, no hubo heridos y lo tomamos como un saludo de la resistencia chilena.

Esquivando potenciales puntos de resistencia, los tres carros atravesaron el centro de la ciudad por calles secundarias, muchas veces contra la dirección del tránsito, en un Santiago casi desierto.

La embajada de Cuba, en la calle Los Estanques, en Providencia, estaba rodeada de tanquetas y por un masivo despliegue militar. Al entrar, nos incorporamos de inmediato y entre abrazos a las tareas de defensa de la sede diplomática, constantemente asediada.

A la medianoche, en cinco ómnibus, con embajadores de Suecia, el Vaticano y varios países latinoamericanos como garantes, partimos en caravana hasta el aeropuerto para abordar un avión de Aeroflot que había sido retenido allí desde el domingo anterior.

Éramos unas 140 personas, más la tripulación soviética, que llevó la aeronave con luces apagadas en un amplio arco sobre el océano Pacífico para evitar que nos derribaran desde el norte chileno.

Hicimos escala en el aeropuerto de Lima en la madrugada del jueves 13, cuando pudimos comer algo, y luego seguimos viaje a La Habana, donde —luego de un emocionante recibimiento— nos incorporamos a nuestros puestos de trabajo en Prensa Latina.

Chile: golpe de Estado

Por Pedro Lobaina

Para cualquier periodista, especialmente revolucionario y cubano, tener en el recuerdo haber sobrevivido a un golpe de Estado como el ocurrido en Chile en 1973 no constituye honor alguno, sino acicate en el deber de la denuncia de hechos que son como anillo al dedo en la política agresiva, siniestra y cínica del Gobierno de Estados Unidos.

No solo para recordar la crueldad y la violencia empleada para derrocar a un gobierno popular, sino también los métodos que precedieron a aquel 11 de septiembre de 1973 y de los cuales fui testigo junto con un grupo de periodistas de Cuba, Chile, Uruguay, Argentina y Perú que nos acompañaron en aquella aventura como integrantes de la corresponsalía de Prensa Latina en Chile.

Honor al jefe de la corresponsalía, Jorge Timossi, periodista argentino-cubano, ya fallecido, y para los otros compañeros que vivimos juntos aquellos meses cargados de emociones y angustias: Jorge Luna, peruano; Omar Sepúlveda, chileno; Mario Mainadé y Pedro Machado, cubanos (Machado terminó su misión en Chile antes del golpe); Naul Ojeda, uruguayo y yo, también cubano y segundo jefe de la corresponsalía.

En otras ocasiones he escrito algunos testimonios sobre el golpe de Estado, vivido desde nuestra corresponsalía a tres cuadras del Palacio de Gobierno de La Moneda y cómo se comportaron los militares que en diversas ocasiones allanaron las oficinas de Prensa Latina, así como la valentía de todos los compañeros periodistas que me acompañaron, quienes tuvieron la entereza y el valor de no dejarse amedrentar por aquellos militares golpistas, sedientos de sangre y violencia.

Nunca se me olvidará cómo a Mainadé y a mí nos hicieron parar en un balcón en medio de una balacera, ni cómo todos fuimos puestos contra la pared con los fusiles en nuestras cabezas.

A pesar de todo aquello, pudimos estar transmitiendo ininterrumpidamente lo que acontecía gracias a una llamada telefónica con nuestra corresponsalía en Argentina, que permaneció conectada todo el tiempo hasta que los golpistas cortaron la comunicación internacional.

No es el propósito de esta nota recordar en detalle todo aquello, ni cómo salimos dos días después, en medio de tiroteos, acompañados por un funcionario de nuestra embajada, Jorge Pollo (ya fallecido), encargado de recoger a todos los cubanos residentes o de paso en Santiago, previo la intermediación de un grupo de embajadores amigos.

Mi propósito es recordar que contra Salvador Allende se aplicaron, desde dos años antes del golpe, métodos de destabilización similares a los que ahora emplean Estados Unidos y sus aliados fascistas contra el Gobierno de la Revolución Bolivariana de Venezuela, Cuba, y países como Ucrania, Iraq, Afganistán o Vietnam, que sufrieron cualquier tipo de agresiones contenidas en manuales de la CIA, el Pentágono y otras agencias y departamentos del Gobierno norteamericano.

La única diferencia es que entonces no había Internet, ni teléfonos celulares ni redes sociales, pero sí prensa reaccionaria, partidos de derecha, grupos fascistas y militares golpistas, todos

coordinados por el Gobierno norteamericano y su embajada en Chile.

El Gobierno de Allende fue víctima de una sistemática desestabilización mediática, financiera, política y de grupos subversivos desde más de dos años antes del golpe de Estado.

Las maniobras de los grupos económicos de la derecha provocaron la devaluación del peso chileno, que estuvo sometido todo ese tiempo a una despiadada agresión.

Los grupos fascistas de Patria y Libertad hicieron barricadas, tomas y cierres de calle, armados de cadenas, balines de acero, bombas incendiarias y frascos de ácidos corrosivos para ser lanzados a los transeúntes o personas que intentaran oponérseles.

Durante meses, el centro de la capital chilena, el famoso «barrio alto» de las clases adineradas y otros lugares céntricos de la capital sufrieron el asedio de estos grupos subversivos.

Mis hijos, entonces estudiantes de primaria, quedaron atrapados en el auto junto conmigo y fueron testigos de aquellas tropelías, y no se olvidan jamás de que muchas veces me preguntaban qué era el fascismo y les dije aquel día que aquello que estaban viendo era el fascismo en acción.

Los gases lacrimógenos lanzados por la policía día tras día permanecían en el ambiente y debieron ser aspirados muchas horas después de verdaderas batallas campales, como sucedía también en calles aledañas a la corresponsalía de Prensa Latina.

La campaña en medios de prensa escritos, radiales y televisivos contra Allende fue un arma feroz de desestabilización, junto con los paros empresariales del transporte, que provocaron el colapso de todo tipo de transporte y el desabastecimiento agudo y el cierre de comercios en numerosas ciudades del país, pero especialmente en la capital.

Un episodio poco divulgado de la guerra mediática es el caso del jefe del Ejército, general Arturo Pratts, quien en horas de la mañana fue víctima de una provocación de la derecha que lo llevó a su renuncia.

Una mujer, manejando su auto, se atravesó frente al carro de Pratts y provocó que este la chocara. En aquel lugar estaban emboscados además todos los medios de la derecha fascista y grupos de mujeres que comenzaron a gritarle ¡Gallina! ¡Gallina! al General, mientras le arrojaban plumas a su auto.

Los medios de la derecha, al unísono, comenzaron a denigrar al general Pratts durante horas reclamando su renuncia, como después ocurrió.

Todos aquellos acontecimientos, unidos a los casi diarios toques de queda decretados por lo militares en horas de la noche, hicieron de Santiago de Chile una ciudad prácticamente asediada. Junto con Timossi, en numerosas ocasiones salimos con otros corresponsales extranjeros a cubrir periódicamente aquellos toques de queda con un alto riesgo para nuestras vidas

Más de un millón de trabajadores se manifestaron frente a La Moneda, unos días antes del golpe, en celebración del triunfo electoral de Allende. Durante todo un día y hasta el anochecer columnas inmensas llegaron a pie desde sitios lejanos en apoyo a su Gobierno y contra el inminente golpe de Estado.

Solo faltó como colofón la invasión norteamericana o de mercenarios, que no fue necesaria, pues el Ejército chileno inundó Chile de sangre y así se gestó el primer régimen neoliberal latinoamericano, «el milagro chileno», que dejó heridas en la historia del país aún por cerrar.

Argentina: cuatro años bajo dictadura militar

Por Abel Sardiña

Argentina fue mi segundo destino como corresponsal, y allí estuve durante cuatro años inmerso en la implacable guerra represiva que aplicaba la dictadura militar.

Los antecedentes no eran nada alentadores: dos funcionarios de la embajada de Cuba habían sido secuestrados y desaparecidos, y al periodista que yo sustituí, José Bodes Gómez, lo habían mantenido durante 18 días con un automóvil sin placas y lleno de civiles fuertemente armados pegado a sus espaldas: lo seguían cuando salía hacia la oficina, al igual que si iba a cualquier cobertura o gestión, o en el regreso a su casa, frente a la cual permanecía el temible vehículo toda la noche.

Esos automóviles sin placas —especialmente del modelo Ford Falcon— era frecuente verlos circulando por la ciudad, ocupados por hombres que casi siempre hacían ostentación por las ventanillas de las armas que portaban. Eran en gran medida los encargados de los secuestros que condujeron a la desaparición de 30 mil argentinos. Y obviamente nadie los molestaba.

En una oportunidad, cuando regresaba de la oficina a la casa con mi esposa, pude observar por el retrovisor que nos seguía uno de esos Ford Falcon, pero me extrañó que a los pocos minutos ese vehículo se nos adelantó, y consideré raro que un seguimiento se realizara delante del perseguido.

Entonces pudimos ver al verdadero objetivo: el jefe de la oficina comercial cubana, que iba delante de nosotros.

Nos dirigimos directamente a la embajada para alertar sobre lo que estaba ocurriendo, y nos dijeron que esas provocaciones eran normales y que a aquel compañero hacía días lo seguían cuando salía de su oficina.

En mis primeros días en Buenos Aires, tal vez influenciado por las películas policíacas, de espionaje y similares, dejaba a mi esposa esperándome en el recibidor del edificio mientras yo, confieso que con gran aprehensión, abría la puerta de nuestro automóvil y prendía el motor, siempre temiendo que estallara sin dejar rastro de mí.

Después daba una o dos vueltas alrededor de la manzana, para chequear que no nos siguieran, antes de emprender viaje hacia la oficina.

Pero eso no duró mucho. En parte porque uno se va acostumbrando a todo, y en gran medida porque asumimos la realidad de nuestro desamparo total frente a un sistema represivo que podía echarnos mano cuando lo quisiera sin que nadie pudiera evitarlo, abandonamos esas precauciones y comenzamos a lanzarnos cada día a la calle como si nada nos amenazara.

No obstante, muchas veces, después de enviar alguna información obtenida de fuentes que denunciaban los crímenes y atropellos, me iba a mi apartamento con el sobresalto de si vendrían los agentes represivos a pedirme cuentas, o peor aún.

Y en el amanecer de un 2 de enero me despertó el timbre de la puerta. Al abrir la mirilla para ver de quién se trataba, me mostraron un carné de la Policía Federal. Pero, como siempre había supuesto, no tenía otra opción que abrirles, a no ser que optara por lanzarme desde el décimo sexto

piso donde vivía.

Sin embargo, no se trataba de lo que temía. Simplemente querían saber si en alguna de las dos noches anteriores había escuchado algo anormal, como ruidos, discusiones o peleas, en el apartamento ubicado encima del mío, donde habían asesinado a un hombre. Les respondí que no, lo cual era cierto, y se marcharon.

En ese contexto represivo, una vez por semana un grupo de siete u ocho corresponsales extranjeros nos reuníamos, tanto para hablar entre nosotros sobre el acontecer diario, como para conversar con alguna personalidad de interés, generalmente opositora al régimen.

En una ocasión alguien del grupo propuso, y todos aceptamos, solicitar un encuentro con el general Leopoldo Galtieri, que acaba de ser nombrado comandante del Segundo Cuerpo de Ejército, con asiento en Buenos Aires y el más importante del país.

Galtieri, que años después sería comandante en jefe del Ejército y luego presidente de la Junta Militar, mostró en la conversación, desde el inicio, sus concepciones abiertamente fascistas.

La reunión, pactada de antemano para no publicar una línea de lo que allí se dijera, ocurrió en 1979, en vísperas de la llegada a Argentina de una representación de la Comisión de Derechos Humanos de la OEA.

Y por ahí comenzó, después de un preámbulo agresivo, para dejarnos claro lo que ocurriría si trascendía algo de lo que allí se hablara: dijo que los miembros de esa comisión podían pasarlo por la máquina de moler carne, que ni así él les daría dato alguno sobre los desaparecidos.

Y agregó, en una abierta confesión: «Si decimos que los secuestramos, van a querer que les informemos dónde están sus cuerpos, después los familiares querrán que se los entreguemos, y luego demandarán saber quiénes fueron los autores y pretenderán enjuiciarlos».

Agregó que nada de eso ocurriría, porque ellos no se iban a retirar derrotados a los cuarteles, con el rabo entre las piernas, como hicieron los jefes de la anterior dictadura militar, porque las 120 mil bayonetas del Ejército argentino estaban chorreando sangre, pues todos sus miembros habían participado en la represión.

En un momento, uno de los participantes, Ricardo Benozzo, de la agencia ANSA, le preguntó por unos estudiantes de origen italiano que habían desaparecido días atrás en Buenos Aires.

Galtieri, rubicundo, enrojeció aún más, como si la sangre fuera a estallarle, y reaccionó muy agresivo contra Benozzo, al extremo de que todos pensamos que aquel —y quizás también todos nosotros— posiblemente no iba a salir de la instalación militar donde nos encontrábamos.

Después de desahogarse, sin embargo, pareció darse cuenta de la forma bárbara en que se había comportado, le pidió a Benozzo disculparlo y le aseguró que no se trataba de una reacción contra él, sino de que esa era la única acción que se había realizado en la región bajo su mando sin que él lo ordenara o aprobara.

Ahí nos explicó que mientras ocupó el comando del Ejército en la región de Rosario, allí no se había hecho nada que él no ordenara o conociera de antemano. Todos sabíamos perfectamente las atrocidades cometidas en Rosario. Y agregó que al asumir la jefatura en Buenos Aires puso como condición, y se lo aceptaron, que aquí se seguirían las mismas reglas del juego, pero en ese caso habían actuado sin su consentimiento.

Regresé a La Habana en octubre de 1981 con un gran dolor por la represión y el sufrimiento

compartidos con aquel pueblo, así como por la forma en que se estaba destruyendo un país, pero con la certeza de que esa larga y triste noche argentina estaba llegando a su fin.

Uruguay: amenazas a Prensa Latina

Por Luis Manuel Arce

Las fuerzas de la derecha internacional siempre han tenido en su mira a la agencia informativa Prensa Latina por constituir una alternativa a las grandes transnacionales de la información, sobre todo en aquella época en que no existía el desarrollo tecnológico de hoy en los medios de comunicación, y mucho menos una red de redes como Internet.

La agencia era un instrumento ideal para las fuerzas progresistas porque tampoco abundaban medios como Prensa Latina para reflejar con absoluta objetividad aquello que ocultaban ex profeso las grandes agencias internacionales, y ello provocaba una fuerte presión de los grupos de poder para anular o minimizar el impacto de Praela, como le decían cariñosamente sus amigos, o cerrarla en aquellos países donde a pura lucha se habían podido abrir correspondencias.

En el caso de Uruguay la agencia pudo reabrir una oficina después de la caída de la dictadura militar y el proceso democratizador que se abrió con el reconocimiento político y social de las organizaciones que participaron en la insurgencia urbana de forma tan heroica. A ello contribuyeron amigos como Carlos María Gutiérrez, fundador de PL, Ángel V. Ruocco y Eduardo Galeano.

En 1986, bajo el primer Gobierno del presidente Julio María Sanguinetti, se aprobó la ley 15.848 de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado. Conocida peyorativamente como ley de impunidad, con esta normativa caducaban los delitos cometidos hasta el 1° de marzo de 1985 por militares y policías.

El ambiente político era muy tenso, y la derecha arremetía con todo contra el Frente Amplio que lideraba el general en retiro Líber Seregni, a quien unía a Prensa Latina una fuerte simpatía mutua, y era el dirigente que encabezaba una hermosa campaña contra la ley de impunidad en el referendo convocado en 1989 con la intención de derogar aquella legislación.

En la acera de enfrente estaba el comandante en jefe del Ejército, general Hugo Medina, que defendía la vigencia de la ley y quien se había negado a dar curso a las órdenes de presentación giradas por los jueces civiles sobre un conjunto del personal militar que había cometido delitos de lesa humanidad durante la dictadura.

El general Medina y sus oficiales se permitieron desconocer la justicia civil, una vez que la Suprema Corte decidió en su contra la contienda de competencia que entabló un tribunal militar para atraer a su campo las denuncias que llegaban a los juzgados civiles por secuestros de menores, crímenes y desapariciones forzadas cometidas por el Estado de facto.

Una vez aprobada la ley de impunidad, la Asociación de Madres y Familiares de Uruguayos Detenidos Desaparecidos (MFUDD) y las viudas de Zelmar Michelini y Gutiérrez Ruiz (dos legisladores asesinados en Buenos Aires) convocaron a la recolección de firmas para llevar a cabo un referendo revocatorio a pesar de que era un desafío inmenso, porque se requería la firma de la cuarta parte de los ciudadanos habilitados para votar, es decir, para ese caso específico más de 550 mil firmas, las cuales se pudieron lograr.

El Frente Amplio escogió el color verde para identificar a quienes estaban contra la ley, lo cual permitió estimular la iniciativa popular, como por ejemplo, pintar caritas sonrientes en la luz verde de los semáforos, y otras muchas más que movía a los corresponsales extranjeros a escribir atractivas crónicas. El color de los adversarios fue el amarillo.

Pero casi tanto o más que el color, el haber seleccionado la pegajosa La Bamba, de autor mexicano desconocido, fue un enorme éxito de propaganda del Frente Amplio. Y allí empezó un inusual intercambio de declaraciones y notas entre Prensa Latina y el general Medina cuando éste, en una de sus diatribas contra Cuba, confundió el origen de la pieza musical al asegurar que era cubana y denotaba una injerencia en los asuntos internos de Uruguay.

Prensa Latina fue muy inteligente en su respuesta al general uruguayo, pues sin mencionar la disputa, sin decirle que era un ignorante en el campo de la creación musical, su corresponsal entonces en México escribió una enjundiosa y explicativa crónica sobre La Bamba y sus orígenes, que fue publicada sin comentario adicional en el diario La República, de Montevideo, con un título propio en el que explicaba que La Bamba no era cubana, y allí mismo terminó la polémica.

No podríamos afirmar, ni siquiera insinuar o sugerir, que esa polémica fuera el origen de un hecho insólito que obligó al personal de Prensa Latina en Montevideo a tomar medidas extremas.

En una llamada por el intercomunicador, una persona que se identificó como muy cercano al exdictador y criminal de guerra José María Bordaberry (presidente constitucional de Uruguay de 1972 a 1973, y presidente de facto de 1973 a 1976), amenazó con volar la oficina que estaba en la Ciudad Vieja en ese entonces.

Los cuatro periodistas uruguayos más la teletipista que estaban en el turno, junto con el corresponsal de la agencia, bajaron a todo correr las escaleras para tratar de agarrar al individuo que hizo la amenaza, pero había desaparecido y ninguna de las dos o tres personas que estaban en ese momento cerca del intercomunicador pudieron describir al desconocido, quien apenas terminó de hablar salió corriendo, según indicaron.

En una reunión con el personal uruguayo se analizó la situación y se valoró si era prudente o no interponer una denuncia, pero con una policía hostil y las tensas relaciones con el general Medina, lo más aconsejable era no hacerlo, pues no se iba a resolver nada. Se recabó el apoyo de amigos solidarios, y también se les dio la oportunidad a los periodistas uruguayos Mario, Julio, Omar, Roger y a la teletipista Carmen, de renunciar a Prensa Latina para no poner en riesgo su integridad física, pero todos dijeron a una voz que se mantenían con Prensa Latina costara lo que costara y que nada ni nadie los iba a amedrentar. Fue una actitud valiente y hermosa de esos inolvidables amigos.

La debacle argentina

Por Víctor M. Carriba

Al llegar a Argentina en el último año del siglo pasado, el país todavía convalecía de las profundas heridas causadas por una de las más sangrientas dictaduras militares de América Latina, y la mecha encendida por las políticas neoliberales aplicadas a su máxima expresión avanzaba hacia un estallido con resonancia mundial.

Era agosto de 1999 y en la Casa Rosada estaba el presidente Carlos Menem, máximo exponente de la implementación a rajatabla de las recetas del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, quien impulsó una reforma de la Constitución en 1994 con vistas a competir y conseguir su reelección para un segundo mandato en 1995.

La situación legada por Menem abrió las puertas a la derrota de su partido Justicialista en los comicios de 1999 y a la victoria de la llamada Alianza y de su candidato, Fernando de la Rúa, un político opaco, maquillado de centroizquierda, incapaz de enfrentar la crisis heredada de los años de neoliberalismo a ultranza.

El 3 de diciembre de 2001, inmerso en una ola de más de casi un 20 por ciento de desempleados y la caída en picada de la economía, el Gobierno implantó el llamado corralito financiero (secuestro de los depósitos bancarios de entidades e individuos), avivando la llama hacia la explosión social ocurrida 16 días después.

Esa noche del 19 de diciembre analizábamos la situación con la conocida periodista argentina Stella Calloni en el apartamento de Prensa Latina en la calle Sarmiento de Buenos Aires, cuando De la Rúa decreta ante las cámaras de televisión el estado de sitio.

Casi inmediatamente, un creciente ruido provocado por el golpear de cacerolas inundó la ciudad. La población se lanzó a las calles en dirección hacia la histórica Plaza de Mayo.

Menos de 24 horas más tarde, el gobernante renunció al cargo y escapó en un helicóptero que despegó de la azotea de la Casa Rosada, ante los ojos de miles de manifestantes que comenzaban a ser blanco de una feroz represión policial con un saldo final de casi 30 muertos, solo en la capital federal.

El centro de la bella Buenos Aires y en particular los alrededores de la Plaza de Mayo y del emblemático obelisco fueron testigos silenciosos de la magnitud de la protesta. Vidrieras rotas, vehículos quemados, grafitis contra el Gobierno por todas partes y un enorme vacío de poder ante la imposibilidad de encontrar una figura que asumiera la papa caliente abandonada por De la Rúa.

Casi dos semanas de incertidumbre vieron pasar a cuatro presidentes (con carácter interino) en solo 13 días hasta que el justicialista Eduardo Duhalde logró mantenerse en el cargo y transitar un camino plagado de conflictos, violencia y depauperación social hasta llegar a las elecciones de diciembre de 2002, ganadas por el hasta entonces gobernador de la provincia de Santa Cruz, Néstor Kirchner, quien hizo trizas las nuevas aspiraciones de reelección de Menem.

La llegada del político patagónico al poder estuvo marcada por la histórica visita del entonces presidente cubano, Fidel Castro, a la toma de posesión, en un acontecimiento que lanzó a decenas

de miles de porteños a las calles y marcó un punto de viraje radical en las relaciones entre Argentina y la isla caribeña.

Tras la victoria en las urnas, Kirchner dejó bien clara su proyección: «No he llegado hasta aquí para pactar con el pasado ni para que todo termine en un mero acuerdo de cúpulas dirigenciales. No voy a ser presa de las corporaciones».

La dura batalla emprendida desde aquel momento contra las grandes entidades mediáticas también fue subrayada por el nuevo gobernante, quien advirtió contra los grupos corporativos «acostumbrados a que los dirigentes políticos dejemos nuestras convicciones en la puerta de la casa de Gobierno y en nombre del pragmatismo profundicemos políticas absolutamente lamentables».

Esa cruzada fue continuada por los sucesivos Gobiernos argentinos encabezados por Cristina Fernández, esposa de

Kirchner (fallecido en 2010) y su sucesora en la jefatura del Estado.

Por la extrema dinámica, profundidad de la crisis, la dimensión de los cambios y la trascendencia mundial del proceso, la experiencia periodística de esos casi cinco años en la nación austral y las amistades allí cultivadas hicieron de Argentina una riquísima experiencia profesional, política y humana, en particular para un reportero de Prensa Latina y su misión de difundir la realidad verdadera de América Latina y los éxitos de sus fuerzas progresistas.

Paraguay: episodios de una frágil democracia

Por Javier Rodríguez

Nuestra primera visita a Paraguay coincidió con la designación para asumir la corresponsalía de Prensa Latina en el país mediterráneo, situado en el corazón de América del Sur.

No fue casual que nuestra agencia, además de estar en plena expansión de su actividad en el mundo periodístico, hubiera decidido la apertura de su oficina en la nación guaraní, lo cual correspondió al compañero Juan Carlos Díaz, a quien sustituí el 1° de marzo de 2012.

Siempre fiel a su papel de Agencia Informativa Latinoamericana, Prensa Latina cumplía con ofrecer a sus clientes y lectores la más completa información de todo lo que sucede en la región.

Tampoco éramos ajenos nosotros a la historia dramática contemporánea vivida por el pueblo paraguayo durante más de seis décadas con 35 años de la dictadura de Alfredo Stroessner (1954-1989) y la inestabilidad política presente en el resto de los 60 años en el poder del Partido Colorado, del cual el dictador ya fallecido sigue siendo Presidente de Honor.

En medio de aquella conocida realidad, la llegada definitiva al ansiado proceso democrático y a la finalización del largo período en el poder del Partido Colorado, pareció afianzarse definitivamente con la elección como presidente, en 2008, de Fernando Lugo, exobispo del departamento norteño de San Pedro, uno de los más pobres del país.

Lugo, un sociólogo ya en estado laico, conocido por sus posiciones progresistas y su batallar por reivindicaciones de tipo social, había asumido el poder apoyado por una alianza de partidos con ideología afín, pero también apoyado por el tradicional Partido Liberal.

Al corto tiempo de su permanencia en el Palacio de López comenzaron las disensiones con los sectores más conservadores de aquella alianza, pues Lugo y sus más cercanos seguidores, sin control del poderoso Parlamento, dieron algunos pasos en dirección a la adopción de medidas reclamadas por los sectores más vulnerables de la sociedad, en realidad la mayoría de ella.

Así decretó la educación gratuita y de calidad, la salud pública sin costo para la población y volteó sus ojos hacia una eventual reforma agraria, el más peligroso de los empeños en un Estado controlado económicamente por los grandes latifundistas y agroexportadores vinculados al capital foráneo.

Eso explica fácilmente que, a nuestra llegada a Asunción, ya eran visibles y hasta en cierta forma previsibles acontecimientos trascendentes en una verdadera conspiración política en marcha para deshacerse del Presidente de la República a poco más de un año para la celebración de nuevas elecciones generales.

Antes de llegar al relato de los acontecimientos que precipitaron un desenlace con verdadero alcance regional, es bueno apuntar el señalamiento de muchos especialistas y veteranos de las anteriores jornadas de lucha contra el stronismo sobre los grandes golpes propinados a las estructuras revolucionarias y progresistas del país por la represión ejercida y a su estado aún incipiente de reorganización para defender la democracia.

Ficha importante en el tablero de ajedrez político fue el propio vicepresidente de la República

en funciones, Federico Franco, colocado en esa alta función como consecuencia del pacto con el Partido Liberal que llevó a Lugo al poder.

Ya en nuestras funciones de corresponsal era posible otear el complicado y peligroso panorama que desencadenaría sucesos importantes a menos de tres meses de mi llegada a Paraguay.

Uno tras otro fueron obstaculizados en el Parlamento los proyectos presentados por el Gobierno para paliar una pobreza superior al 49 por ciento y un acaparamiento del 80 por ciento de la tierra en manos del uno por ciento de propietarios, buena parte de ellos extranjeros.

La cifra de campesinos sin acceso a la tierra, los violentos desalojos de las desesperadas ocupaciones de algunos terrenos por las familias de labriegos, el asesinato de líderes rurales y hasta la negativa parlamentaria a dar el visto bueno a proyectos integracionistas regionales firmados por Lugo, eran síntomas evidentes de lo que sucedería después.

Fuimos testigos personalmente de masivas marchas y de concentraciones de campesinos y trabajadores en la emblemática plaza situada frente al Congreso de la Nación exigiendo la aprobación de una reforma agraria, de incrementos salariales y del bloqueo a los recursos destinados a la educación y a la salud pública.

La respuesta fue muchas veces el enfrentamiento con la policía de choque, que usaba a discreción los gases lacrimógenos, los bastones y escudos y la temida unidad Montada con los imponentes caballos destinados a aterrorizar a la multitud, además de disparos de balines de goma y armas de fuego.

Mientras tanto, la situación en el campo se hizo verdaderamente insostenible y, por ejemplo, la zona de Ñacunday, también en el norte, llegó a registrar la imponente cifra de 12 mil familias campesinas viviendo en carpas, en condiciones realmente infrahumanas.

El calentamiento político del país fue subiendo en forma favorable para quienes preparaban la ofensiva final contra el Gobierno, que llevó, nada menos, que a coincidir en sus objetivos inmediatos a los eternos rivales de la política paraguaya: los partidos Colorado y Liberal, este último dando las espaldas a su participación en el Ejecutivo.

El acuerdo fue simple: el Congreso destituiría a Lugo, los liberales asumirían el Gobierno y compartirían cargos con los colorados, y estos últimos ganarían tiempo para reanudar su anterior presencia de 60 años en el poder.

El 15 de junio del 2012 se desató el más grave incidente hasta entonces ocurrido cuando fiscales y jueces de la zona de Curuguaty, en el departamento de Canindeyú, ordenaron el desalojo por la fuerza de decenas de familias campesinas enclavadas en una mínima parte de los terrenos en poder de Blas Riquelme, latifundista y exdirigente del Partido Colorado, pero en disputa con el Estado por su carácter mal habido.

Más de 600 policías y soldados irrumpieron en el lugar y, de acuerdo con investigaciones independientes, extraños tiradores con armas automáticas nunca poseídas por los campesinos, les dispararon inicialmente provocando una matanza con el saldo de 11 labriegos y seis policías muertos.

Ejecuciones extrajudiciales en el mismo lugar, más de 70 heridos y presos, todos de la parte campesina, fueron el resultado final, además de las imputaciones al Gobierno, que había sido

contrario a los desalojos violentos y al cual se señaló de responsable de los hechos por su debilidad.

Fue el pretexto buscado para el juicio político y para destituir a Lugo de su cargo, algo tratado de impedir por una delegación de 13 cancilleres de Unasur, quienes buscaron preservar el hilo constitucional y el novel ejercicio democrático del país, pero fueron desconocidos por los golpistas.

Palpamos personalmente la importante dimensión de la concentración popular de ese 22 de junio opuesta a la destitución de Lugo y los choques originados con la policía al concretarse la designación de Federico Franco como nuevo presidente, mientras la fuerza policial cargaba contra los manifestantes, y francotiradores situados en los edificios altos hacían prever peores desenlaces.

Los legisladores escaparon del lugar por una salida secreta y la larga fila de sus vehículos solo fue perceptible a lo lejos, transitando por un terraplén de la aún sin terminar Costanera de Asunción, huyendo de la ira popular.

Durante toda la noche y madrugada del siguiente día grupos de manifestantes descargaron su ira contra locales de los partidos tradicionales y ráfagas de disparos en distintas zonas de Asunción permitieron comprobar la indignación ante el hecho consumado.

El elemento positivo de este episodio fue el aislamiento internacional durante 14 meses del ejecutivo de Franco, desconocido por la mayoría de los Gobiernos, con excepción de Estados Unidos, el Vaticano e Israel y el apoyo personal del secretario general de la OEA, José Miguel Insulza, pero suspendido de Unasur y Mercosur, cuyos países integrantes retiraron sus embajadores hasta que Franco abandonó el poder.

PL siempre en los Andes

La presencia de Prensa Latina en los países andinos data desde los momentos iniciales de la agencia, que siempre prestó atención a sus anhelos y avances políticos y sociales, incluido el temprano proceso integracionista de esas naciones, uno de los primeros en América Latina.

Las luchas de obreros, campesinos y estudiantes por mejoras sociales, conflictos bélicos y desastres naturales también han sido temas constantes en el servicio noticioso de PL referido a la región andina a lo largo de estos años.

Entre las coberturas importantes de aquellos tiempos cabe mencionar la difusión de los detalles más certeramente aproximados de la infausta noticia de la captura y posterior asesinato del Comandante Ernesto Che Guevara en 1967, uno de los hombres que apoyó la creación de la agencia.

Más recientemente, procesos como el surgimiento de Gobiernos de nuevo cuño en la región, así como la presencia destacada de estos en la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), la Unión de Naciones Suramericanas (Unasur), la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac), PetroCaribe, todos mecanismos de integración y unidad a los que Prensa Latina asigna alta prioridad.

En el cumplimiento de su misión en Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela, el personal de PL enfrentó, como sus colegas de las oficinas de zonas vecinas, represalias de los Gobiernos leales a Washington, sucesos que se inscribían en la política anticubana de entonces.

Los golpes de Estado y las luchas sociales en Bolivia, el conflicto y la búsqueda de la paz en Colombia, los cambios de Gobierno, las transformaciones en Ecuador, los avances del proceso venezolano y las dificultades que ha enfrentado, han sido temas sobre los que Prensa Latina ha dado al mundo una visión latinoamericana, carente de sesgos determinados por grandes intereses ajenos a la región.

Cuando miramos la historia de Prensa Latina, es pertinente recordar a quienes en esas plazas cumplieron con PL su misión profesional aun al costo de sufrir represión y ser detenidos, como el puertorriqueño Carlos Padilla Pérez, el colombiano Luis A. Bermúdez, Luis Hernández Ojeda y Eduardo Marín Gaviria. En los años aurales de la agencia fueron asaltadas y posteriormente cerradas las oficinas de PL en Caracas, Lima y La Paz.

Hablar de los países andinos impone hacerlo del periodista peruano Manuel Robles Sosa, vinculado a nuestra agencia en la corresponsalía de Lima, inaugurada en junio de 1959, con Ernesto Giachetti como su corresponsal jefe.

Robles Sosa después se desempeñó durante largos años en Bolivia —luego de que esa oficina fuera reabierto por Jorge Luna en 1980—, y de La Paz regresó a su tierra natal también como corresponsal jefe.

Entre otros colegas que representaron a PL en esas plazas debemos mencionar a Sergio Pineda, Aroldo Wall y Orlando Contreras, a quienes se suman otros con relatos en este libro. Todos son solo parte de una larga lista de compañeros que han dado lo mejor sí durante sus años en las

mencionadas naciones.

«Llegó el Manuel, llegó el golpe»

Por Manuel Robles Sosa

Llegué por primera vez a La Paz el 24 de noviembre de 1978, apenas unas horas después del golpe que derrocó al general Juan Pereda Asbún, sucesor de Hugo Bánzer. Había sido enviado de urgencia desde Lima, donde era redactor de la correspondencia, para cubrir el acontecimiento.

La cobertura de PL en Bolivia se había interrumpido unos meses antes, por el sentido deceso de nuestro amigo y compañero Daniel Rodríguez, periodista boliviano que había vuelto a La Paz después de un largo exilio provocado por el golpe de Bánzer en 1971. Rodríguez tuvo que refugiarse en Lima, y allí trabajó con nosotros como redactor de la agencia, hasta que el desgaste de la dictadura hizo posible su regreso y el de otros expatriados.

Con Daniel Rodríguez, Prensa Latina había vuelto a tener presencia en Bolivia, tras haber sido proscrita por segunda vez con el golpe de Bánzer. La primera clausura había tenido lugar en la década anterior, en el marco de la hostilidad de los Gobiernos conservadores de la época hacia nuestra agencia y lo que representaba.

Me tocaba llegar a Bolivia en medio de un clima político tumultuoso, marcado por la inestabilidad y las pugnas entre las fuerzas democráticas y las conspiraciones golpistas.

Siete años después del golpe de 1971, el Gobierno de Bánzer, asediado por una creciente resistencia popular, se había visto obligado a convocar elecciones.

Se trataba, en realidad, de una fachada para perpetuarse en el poder con candidato propio — Juan Pereda—, quien, como era previsible, ganó los comicios. Sin embargo, las autoridades electorales denunciaron un fraude descomunal. Entonces

Pereda, bajo el pretexto insólito de su supuesto rechazo al fraude, derrocó a Bánzer y se hizo de la presidencia.

Apenas tres meses después del cuartelazo de Pereda, el comandante David Padilla daba un golpe y tomaba el poder. Esa era la razón de mi presencia en tierras bolivianas. En el aeropuerto de El Alto podía sentirse el clima de incertidumbre, el hermetismo de los uniformados.

Ni bien me instalé en la ciudad, contacté a colegas del histórico diario Presencia —de quienes tenía referencias por Daniel Rodríguez— para pedir información básica y orientarme. Los colegas del periódico, entre los que haría grandes amigos, me recibieron solidarios, pero también se extrañaron por mi pronta llegada. Alguno bromeó sobre el supuesto de que hubiera estado al tanto previamente del golpe. Era el prelude de una curiosa leyenda.

Para aquella misión, un estudiante universitario y activista de izquierda, que había recibido solidaria acogida en Lima y era uno de mis contactos entre los bolivianos exiliados que todavía permanecían en Perú, me había recomendado hablar con una fuente muy informada, que estaría al tanto de mi llegada a La Paz. Solo me dio un nombre de pila y un número telefónico.

El contacto me atendió con cordialidad y me citó una noche en el parqueo de uno de los pocos rascacielos que entonces había en La Paz, recomendándome la máxima discreción y sigilo. Allá fui, con las precauciones del caso, y esperé a la hora indicada.

Apenas unos minutos después de mi llegada sentí pasos a mis espaldas, que el eco del estacionamiento vacío hacía resonar. Al voltear, vi a contraluz la silueta de un hombre con gorra y abrigo militar inconfundibles. Eran días de pugna entre militares partidarios de devolver el Gobierno a los civiles y aquellos represivos banzeristas que conspiraban para mantener a la dictadura. Mi sobresalto fue instantáneo.

El hombre me saludó efusivamente y mi sorpresa fue mayúscula. Mi contacto, la fuente que me daría información precisa y clave sobre la situación, era un alto oficial y al mismo tiempo militante clandestino de un partido progresista proscrito por Bánzer.

Me dio detalles sobre los oficiales jóvenes que habían empujado el golpe de Padilla, y los grupos civiles que estaban involucrados; sobre las contradicciones entre ellos y los militares duros y me aseguró que, «al menos por ahora», estos no tenían opción y estaban en repliegue, aunque manteniendo intacta su fuerza y sus posiciones importantes en el Ejército.

Permanecí en La Paz un par de semanas. Entre los colegas de los diarios y las agencias de noticias existía también la percepción de que el golpe no resolvía las pugnas en los cuarteles, pues el retorno de los civiles al Gobierno, resistido por una facción dictatorial, no era un lecho de rosas. «Nos vemos en el próximo golpe», me dijo uno de ellos antes de mi partida.

Mi nuevo viaje sería al año siguiente, para la cobertura de la Asamblea General de la Organización de Estados Americanos (OEA), en octubre de 1979.

Bolivia tenía entonces un nuevo Gobierno civil. A pesar de que solo había transcurrido un año desde mi anterior visita, el curso de los acontecimientos había sido vertiginoso, lleno de conflictos y enredos. El general Padilla había llamado a elecciones. Pero ningún aspirante pudo conseguir la mayoría absoluta y, en el Congreso, el candidato conservador Víctor Paz Estenssoro se negó a reconocer la muy ajustada mayoría obtenida por el centroizquierdista Hernán Siles Zuazo.

Como salida al empantanamiento, el Congreso alcanzó un débil consenso y designó presidente al titular del Congreso, Wálter Guevara Arze, quien inauguró un Gobierno marcado por la precariedad y las acechanzas de la regresión golpista.

Esas eran las circunstancias de mi segunda presencia en La Paz. Una vez más, la coincidencia entre la altísima tensión política y mi llegada era motivo de una broma recurrente que me iba creando una leyenda. «Llegó el Manuel, llegó el golpe», decía más de un periodista amigo.

Los más entusiastas confiaban en que los planes golpistas serían disuadidos por la unidad nacional alcanzada en torno al proyecto de resolución que Bolivia se proponía hacer aprobar en la reunión de la OEA, declarando de interés continental el derecho de Bolivia a recuperar una salida soberana al mar, perdida por la conquista chilena de sus costas en la Guerra del Pacífico, iniciada un siglo antes.

El pronunciamiento fue aprobado y la asamblea terminó el 31 de octubre en un clima de algarabía nacional por el triunfo diplomático obtenido. Yo hasta me ufanaba, pese a tener informes confidenciales que indicaban que el golpe era aún un peligro. «¿Y? ¿Vieron que conmigo no viene el golpe?», decía a mis colegas, convencido, como todo el mundo, de lo insensato que era un cuartelazo en esas circunstancias.

La cita de la OEA había terminado el 31 de octubre y mi regreso a Lima estaba programado para el día siguiente. Esa noche, un grupo de colegas nos reunimos en el departamento de una

reportera, en una fiesta de despedida que a la vez era una celebración por los resultados de la reunión.

Avanzada la madrugada, sonó el teléfono. La dueña de casa respondió, escuchó y, tras un instante de desconcierto, dio la mala nueva: Hay golpe, los tanques avanzan a la Plaza Murillo (donde están el Palacio de Gobierno y el Parlamento). «¿Ves que tú traes el golpe?», me dirían, antes de que saliéramos todos a ejercer nuestro oficio.

Obviamente cancelé mi viaje de retorno —al igual que otros periodistas extranjeros— y allí comenzó otra historia, de pólvora y muerte en las calles, en las que las balas silbaban cerca, disparadas contra un pueblo valiente, que enfrentaba solo con los puños en alto y el bronco grito pausado de ¡a-se-si-nos! a los tanques y al confuso cuartelazo que lideraba —lo supimos rápidamente— el coronel Alberto Natusch Busch. La resistencia se hizo sentir en el centro de la ciudad, en los barrios populares, armando barricadas y cavando zanjas para cerrar el paso a los golpistas.

La respuesta fue brutal y los organismos de derechos humanos contaron más de 200 muertos y desaparecidos, aunque el régimen solo reconoció unos 80, como saldo de la masacre de Todos Santos —llamada así por haber sido perpetrada el 1° de noviembre—. La resistencia, que incluyó la huelga general, no cesó ni un día, hasta que Natusch tuvo que replegarse y devolver el Gobierno al Congreso, tras 15 días de su aventura sangrienta. Permanecí todo ese tiempo en La Paz, atrapado por la noticia y la historia.

La noche del 1° de noviembre terminábamos de enviar nuestros despachos desde una especie de sala de la prensa extranjera, donde, a un par de cuadras de la Plaza Murillo, estaba el centro de comunicaciones internacionales y tenían sus oficinas varias agencias informativas, cuando la radio dio la noticia: los golpistas habían decretado toque de queda, sin dejarnos opción a regresar a nuestros alojamientos.

El corresponsal de Reuters, René Villegas, tenía una amplia oficina en el último piso del edificio, y, en un gesto solidario, nos convocó a quienes estábamos en la planta baja, sin poder salir, a refugiarnos y ponernos a cubierto en su oficina.

Por la radio, voceros del régimen de Natusch denunciaban que habían detectado la presencia de una brigada de agentes extremistas internacionales, embozados como periodistas y llegados para realizar atentados. Era una mentira absoluta, por supuesto, usada para amedrentar a la prensa extranjera, que informaba al mundo de la barbarie en las calles.

Fue así como pasamos una noche de sobresalto, temblando de frío, abrigados solo con diarios viejos —René sacrificó su colección de periódicos ordenadamente archivados— y tratando de dormir en el suelo, evitando encender las luces y sin ponernos de pie, pues habíamos visto en los techos del Palacio Quemado a francotiradores del Ejército apuntando en todas las direcciones, con perfecta visión sobre el lugar en el que estábamos.

Ante la inviabilidad del régimen, los militares entendieron que estaban derrotados y comenzaron a buscar la mejor forma de replegarse. Sabíamos que tenían reuniones en las que deliberaban sobre cómo hacerlo y recibíamos por diversas vías informes sobre esas conversaciones.

Una mañana me encontré en la calle con un pequeño grupo de periodistas bolivianos. Me

preguntaron si me atrevería a ir con ellos al cuartel general del Ejército, en el barrio de Miraflores, pues habían conseguido quien les facilitara el acceso a la reunión decisiva para el repliegue de los golpistas. Y allá fuimos.

Un oficial amigo de uno de los reporteros nos introdujo con cierto sigilo al cuartel y nos ubicó en el fondo de un auditorio donde militares y asesores civiles discutían, sin saber de nuestra presencia. Así observamos cómo acordaron la manera de entregar el Gobierno al Congreso, pero con la condición de que no recuperara el cargo Guevara Arze. Y así fue. Poco después, el Parlamento designó a la presidenta de la Cámara de Diputados, Lidia Gueiler, quien sucedía a Guevara en la jerarquía constitucional.

Con la juramentación de Lidia Gueiler —una veterana de la revolución nacionalista de 1952— como presidenta de Bolivia, en un nuevo interinato precario y con la misión de convocar elecciones, terminó mi misión y regresé a Lima. Me fui con la convicción de que esa historia no había terminado.

Al año siguiente, volví a La Paz, esta vez para cubrir las elecciones, y otra vez me llovieron las bromas: «Ya llegó el Manuel (como en muchas partes de América Latina, en Bolivia se acostumbra anteponer el artículo al nombre), ya viene el golpe».

Y otra vez el golpe era una amenaza inminente, pues el Gobierno de Gueiler sufría un proceso de desestabilización con una oleada de atentados criminales, como el secuestro, la tortura y el asesinato del sacerdote progresista español Luis Espinal; el atentado a la avioneta en que viajaba Jaime Paz Zamora, candidato a la vicepresidencia en la fórmula de Siles Zuazo y quien resultó gravemente herido —las quemaduras de su rostro serían huella imborrable del hecho—, y otras provocaciones de indudable sello militar.

Días antes de las elecciones, los atentados continuaban, evidentemente con el fin de evitar una victoria electoral del frente de centroizquierda encabezado por el candidato favorito, Siles Zuazo, cuyos partidarios no perdían el entusiasmo y, en el cierre de su campaña, el 28 de junio de 1980, hicieron una masiva marcha por El Prado, la avenida más céntrica de la ciudad.

Cubrí la marcha integrado al primer grupo de los manifestantes, cerca de la vanguardia, en la que iba el candidato presidencial y, como la hora apretaba, me retiré para enviar mi despacho a la agencia. Comenzaba a redactar la noticia, cuando por la radio escuché que manos criminales habían lanzado, desde lo alto de un edificio, una granada de guerra contra la marcha, evidentemente para acabar con la vida de Siles Zuazo.

El artefacto estalló en el primer cuerpo de la marcha, donde yo había estado muy poco antes y mató a dos jóvenes, y el ataque se complementó con disparos sobre la multitud. Hubo medio centenar de heridos.

De todos modos Siles Suazo ganó las elecciones del 29 de junio, con cerca del 40 por ciento de los votos y casi el doble de su principal oponente, el conservador Víctor Paz Estenssoro. Todo parecía claro, pero los trascendidos y rumores sobre una posible intentona golpista persistían.

En ese clima de tensión, un grupo de periodistas nacionales y extranjeros, invitados a la embajada norteamericana, recibieron seguridades del embajador estadounidense de entonces, de que no había ninguna posibilidad de golpe. Conocedores de la influencia decisiva de Washington en Bolivia y de su capacidad de espionaje, llegaron a la conclusión de que no había posibilidad de

una ruptura del orden democrático y así me lo comentaron convencidos.

Yo les manifesté mis dudas, pues el aparato de terror militar estaba intacto y sin dar señal alguna de resignarse a la victoria de Siles Zuazo. Pero mi misión había terminado y partí de regreso a Lima.

Menos de dos semanas más tarde, el 17 de julio de 1980, el general Luis García Meza derrocó a la presidenta Lidia Gueiler y estableció un delincencial régimen de terror que contó entre sus primeros objetivos a periodistas independientes. Varios de los que le habían creído al embajador norteamericano fueron detenidos y torturados y algunos tuvieron que marchar al exilio.

Entre la resistencia interna y el repudio internacional, el nuevo régimen duró un poco más de dos años, pues en octubre de 1982, tras haber sido relevado García Mesa por el general Celso Torrelio y este por el general Guido Vildoso, el Congreso finalmente confirmó a Hernán Siles Zuazo como presidente.

Con la nueva apertura democrática, la agencia designó corresponsal a un experimentado colega también nacido en Perú, Jorge Luna, quien estableció una oficina permanente. Yo volví en 1984, para cubrir durante un mes su ausencia por vacaciones. Cuando llegué a La Paz, los colegas me recibieron con la misma broma: «¿Has venido porque hay golpe?».

Ya no hubo otro cuartelazo, pero sí asistí a un «golpe blanco», consistente en el bloqueo del Gobierno de Siles Zuazo por una mayoría parlamentaria opositora, lo que, sumado a una galopante crisis económica, obligaría al Gobierno a iniciar un diálogo con la oposición que más bien fue un cerco que terminó obligándolo a adelantar el cierre de su mandato de cuatro años, con elecciones adelantadas, y entregar el poder al ganador, Víctor Paz Estenssoro, quien gobernaría desde 1985 hasta 1989 en alianza con Bánzer.

En 1985, me tocó relevar a Jorge Luna en esa oficina, ubicada en pleno centro de La Paz, en el piso 9 de un edificio de la calle Loayza, con una vista perfecta del nevado Illimani, y permanecer a cargo, por diversas circunstancias, hasta 2007.

En todo ese tiempo no hubo golpes militares, sino protagonismo creciente de los movimientos sociales. Pero esa ya es otra historia, la que escribiría el pueblo boliviano y de la que tuve el honor de ser también testigo.

En busca de barco cubano perseguido por golpistas chilenos

Por Edel Suárez

Cuando ocurrió el golpe de Estado en Chile, el barco cubano Playa Larga, anclado en Valparaíso, se convirtió en un objetivo perseguido durante casi cinco horas en alta mar por la aviación y el destructor Blanco Encalada de la marina golpista.

La única información que se disponía de la nave cargada de azúcar era que su capitán el 11 de septiembre de 1973, ante los trágicos sucesos, ordenó a sus 43 tripulantes zarpar a toda máquina sin comunicarlo a las autoridades portuarias.

El capitán Julio López González, en su primera declaración a la prensa en alta mar, explicó a los enviados de Prensa Latina que decidió zarpar ante la difícil situación en un país en guerra civil, ninguna autoridad legal y serias amenazas de agresión.

Transcurrieron casi tres días de la espectacular fuga del Playa Larga para poder llegar a este encuentro en alta mar, durante una fría noche del océano Pacífico, en ruta hacia el puerto peruano de El Callao.

Luego de conocerse la precaria situación de los periodistas de la corresponsalía de PL en Santiago de Chile, tras el golpe y la agresión militar contra la motonave cubana, recibimos instrucciones de presentarnos en el aeropuerto José Martí, acompañados de Sergio Canales, fotógrafo de la revista Verde Olivo.

Allí nos unimos al entonces ministro de Marina Mercante y Puerto, Joel Chaveco, quien presidía una delegación que salió hacia Perú para localizar y prestar la ayuda necesaria a los marinos cubanos.

En Lima, la Marina de guerra del presidente general Velasco Alvarado trataba de divisar en el océano Pacífico la presencia del Playa Larga, del cual, debido a problemas técnicos en su radio, no se tenían noticias desde que zarpó de Valparaíso.

Tras una angustiada espera en la capital peruana, auxiliados por nuestro corresponsal Manuel Robles (el Cholo), recibimos la información de que había sido localizado el barco y saldríamos a su encuentro desde el puerto de El Callao.

La expedición se llevó a cabo en una pequeña embarcación de la Marina peruana, tripulada por dos marinos, en la cual nos agolpamos junto al ministro Joel Chaveco, el embajador cubano en Lima, Antonio Núñez Jiménez, el consejero de la embajada Modesto Pérez y los dos enviados de PL.

Luego de tres horas de travesía por una mar bastante picada y cuando ya oscurecía divisamos a lo lejos el parpadeo de un barco, al cual se acercó la delegación con mucho cuidado para inspirarles confianza.

La precaución resultó insuficiente, pues el capitán y sus hombres no confiaban en nadie después de lo que habían vivido; la embarcación en que viajábamos se acercó prudentemente a la

escalerilla y comenzó una conversación casi a gritos en medio de la fría noche.

El diálogo, para que el capitán y la tripulación se convencieran de que hablaban con amigos, duró más de una hora en medio de un creciente bamboleo de la pequeña embarcación en que nos encontrábamos.

Al fin se comenzó a desplegar lentamente la escalerilla, la cual tuvimos que abordar en medio de muchas dificultades debido al pandeo del casco del Playa Larga, hasta que el primero en subir, el ministro Joel Chaveco, se fundió en un abrazo con el capitán, y el que el fotógrafo Canales lamentaba no haber podido recoger.

Después del desahogo del capitán y sus tripulantes, pudimos recoger de primera mano los detalles del hasta ese momento inédito suceso, el cual PL transmitió a todo el mundo en forma de primicia y denuncia.

El despacho, escrito a mano durante esa madrugada, decía textualmente:

A bordo del Playa Larga (Perú). - «Nuestra decisión era hundirnos con el barco, antes que rendirnos a los fascistas chilenos», declaró el capitán del Playa Larga, Julio López González, luego de una penosa travesía de más de mil millas.

«Los agresores tropezaron con esa decisión firme de nosotros, lo que seguramente los dejó bastante perplejos», agregó el marino en el curso de una entrevista en la que narró los pormenores de la agresión sufrida por su motonave en aguas internacionales el pasado día 11.

Recuerdos de un corresponsal: riesgos y sustos

Por Abel Sardiña

Aunque no oficialmente, en mi labor como corresponsal de Prensa Latina fui una especie de corresponsal de guerra, por las situaciones que atravesaban los países donde me desempeñé, y de ahí quedó una colección de anécdotas de riesgos y sustos.

Exceptuando quizás la primera experiencia en Perú (1971-72), bajo el Gobierno de Juan Velasco Alvarado, todas fueron de este tipo: Argentina bajo la dictadura militar de 1977 a 1981, Perú durante la sangrienta guerra entre el poder establecido y Sendero Luminoso (1983-87), Colombia bajo el terror de Pablo Escobar (1991-95) y Brasil del 2003 al 2006.

Mis compañeros decían en broma que los directores de Prensa Latina evidentemente querían librarse de mí, pero en realidad fue en buena parte mi elección desde un inicio, pues vivía —vivo— enamorado de América Latina.

Perú: prueba de fuego

La asunción de la corresponsalía en Perú fue, más que un reto, una verdadera prueba de fuego, tanto por reemplazar a un profesional como Sergio Pineda, como por la complejidad e importancia del proceso político que vivía ese país. Y todo esto sin tener al lado un tutor de experiencia a quien consultar. La responsabilidad era toda mía.

Perú vivía una revolución sui generis, realizada y dirigida por militares, con profundos cambios, y prácticamente no transcurría un día sin noticias de importancia.

Pero, además, entre los generales y otros oficiales que gobernaban, junto a los verdaderamente revolucionarios y dispuestos a llegar hasta las últimas consecuencias, inclusive a una opción socialista «sin calco ni copia», como había preconizado el respetado pensador marxista José Carlos Mariátegui, los había de posiciones abiertamente derechistas.

Algún tiempo después, ya en la noche, me llamó un hombre que se identificó como el capitán Silva, del Servicio de Inteligencia Nacional (SIN), y pidió hablar con Pineda. Le dije que este ya no se encontraba en Perú y me respondió que no lo sabía porque había pasado varios meses en un curso en el exterior.

Sin embargo, aseguró que era gran amigo de Pineda y que le gustaría visitarme para conocerme. Le respondí que debería ser en otra ocasión, porque en una hora saldría para el aeropuerto. No obstante, insistió en que se encontraba cerca y que sería una breve visita solo para conocernos.

Acepté y pocos minutos después se me aparecieron en la oficina no uno, sino tres hombres, que en una aparente conversación amistosa me sometieron a un interrogatorio con todas las de la ley, al cual puse fin mirando el reloj y diciéndoles que lo lamentaba mucho, pero se me hacía tarde para ir al aeropuerto.

Se despidieron con la promesa de que al mediodía siguiente regresarían para que

almorzáramos juntos y siguiéramos conversando. Desde luego, jamás volvieron a aparecer.

Por los canales adecuados tuve confirmación de que en el SIN no existía ningún capitán Silva, ni había orden alguna de ir a verme.

Era muy posible que detrás de los tres visitantes estuviera la mano de otro servicio de inteligencia, no precisamente peruano.

Esto me hizo pensar que posiblemente pertenecía al mismo servicio un joven que me había visitado un tiempo atrás, quien también se presentó como amigo de Pineda y me dijo que era hijo de un alto oficial del Ejército que trabajaba en el Palacio Presidencial y debido a ello tenía acceso a información y documentos sobre generales que se habían enriquecido durante el proceso revolucionario.

El objetivo provocador era evidente y le respondí que la información que pudiera suministrarme al respecto solo me interesaba si podía citarlo a él como fuente.

Obviamente me dijo que no, que no se trataba de algo para transmitir, y le remarqué que yo era periodista y una información me servía solo en la medida en que fuera útil para mi labor, por lo cual no me interesaba lo que me ofrecía.

—Pero a Pineda yo le traía informes de ese tipo.

—Yo no sé cómo trabajaba Pineda, pero para mí no tiene interés, le respondí convencido de que estaba mintiendo y que lo más seguro era que ni siquiera hubiera conocido a mi antecesor.

Colombia: en el país más violento del mundo

Por Abel Sardiña

La época en que fui corresponsal en Colombia (1991-95) ese país era señalado en todas las estadísticas como el más violento del mundo, afectado por la guerra entre el Estado y la guerrilla más antigua del continente, el creciente auge del narcotráfico y la lucha entre los carteles de la droga y de estos con las autoridades, la acción de los paramilitares y de las fuerzas armadas y policiales, además de la delincuencia.

En esos años dominaba el escenario el mayor narcotraficante del mundo, Pablo Escobar, quien a sus numerosos crímenes sumó en los últimos tiempos de su existencia un terrorismo extremo, con el estallido casi a diario de coches bomba en lugares concurridos.

En una oportunidad, al regresar a la oficina y poner la radio, estaban dando la noticia de un coche bomba que había estallado en la zona norte, donde residen las familias más adineradas.

Y al escuchar los detalles, la sorpresa fue mayúscula: la explosión había ocurrido a pocos metros del local de una revista a cuyos directivos había ido a visitar, porque estábamos negociando un contrato para la venta de los servicios de Prensa Latina a esa publicación.

El 2 de diciembre de 1993 arribaba a Bogotá el primer embajador de Cuba luego del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre los dos países. Al llegar al salón donde los periodistas y funcionarios cubanos esperaban al diplomático, un colega del diario El Espectador me preguntó qué me había parecido la noticia de la muerte de Escobar.

Inmediatamente dije a los representantes de Cuba que me disculparan con el embajador, que después lo vería, pero tenía que irme de inmediato para la oficina. Antes de hacerlo llamé a mi esposa, que trabajaba conmigo, y me dijo que ya había transmitido para la central todos los datos que había escuchado por la radio.

Así, pese a mi ausencia, la agencia pudo elaborar la información en la redacción y transmitirla al mundo. Mi compañera, aunque no era periodista, demostró que algo o mucho se le había pegado y salvó la situación, hasta que yo pude hacerme cargo después de cubrir la distancia de regreso.

Pero el recuerdo más grato que tengo fue la entrevista por radioteléfono que tuve oportunidad de hacerle al líder fundador de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo, Manuel Marulanda, aunque todo no fue coser y cantar, pues la primera vez que fuimos hasta una zona relativamente cercana a Bogotá que era controlada por esa guerrilla, el contacto telefónico no fue posible porque la Fuerza Aérea estaba bombardeando la región donde se encontraba el legendario Tiro Fijo.

Y al tratar de entrar de regreso a Bogotá, ya de noche, nos encontramos con que la vía de acceso estaba bloqueada por una protesta popular y tuvimos que dar un rodeo enorme, de modo que llegué a mi vivienda a media noche, con mi esposa y el personal del consulado (aún no había embajada) alarmados en extremo por mi demora y sin poder nadie hacer nada, pues en esa época no existían los celulares.

Evo Morales: historias de un «golpe suave»

Por Mario Hubert Garrido

Viajé a La Paz el 16 de mayo de 2006, con la encomienda de crear en unos cuatro meses las condiciones necesarias para ampliar los alcances de la presencia de Prensa Latina en Bolivia.

Eran tiempos de grandes expectativas tras el triunfo de Evo Morales, primer presidente indígena, luego de históricas elecciones generales el 18 de diciembre de 2005.

Compartí esos primeros meses con el entonces representante de la agencia, el experimentado periodista peruano Manuel Robles Sosa, el «Cholo», como cariñosamente todos conocíamos. En septiembre del mismo año, la dirección de PL decidió que me pusiera al frente de la corresponsalía, en la que permanecí cinco años y unos siete meses, hasta el 15 de diciembre de 2011.

En ese período, gracias al apoyo de las brigadas médica y educativa de Cuba, diplomáticos e integrantes del equipo más cercano a Evo y de Palacio Quemado (presidencia), pude recorrer la extensa geografía del país suramericano, desde su tropical región de Los Yungas, hasta las zonas más apartadas del altiplano o la Amazonía.

Sin dudas, entre miles de vivencias, en lo humano y lo profesional sobresale la cobertura de PL para denunciar los diferentes planes y la puesta en marcha de varios intentos de golpe de Estado contra Morales, sobre todo a partir de 2008 y todo el 2009.

El «golpe suave»

Desde los primeros días en Bolivia, entablé rápida amistad con el periodista y sociólogo Hugo Moldiz, integrante del gru-

po de Intelectuales en Defensa de la Humanidad y editor en los últimos años de mi estadía del semanario La Época, medio alternativo de izquierda.

De Moldiz solía despedirme con frecuencia, cada vez que partía a algún escenario de conflicto, como Santa Cruz, Beni, Pando o Tarija, los departamentos del este de la mal llamada Media Luna, donde se concentraba la oposición más extremista y adversaria al nuevo Gobierno de las organizaciones campesinas y sociales, liderado por Evo y su partido político, el Movimiento al Socialismo (MAS).

En no pocas tribunas, mi colega boliviano había descrito con profundidad las estrategias manejadas desde Washington (al decir de la periodista argentina Stella Calloni: «La mano que mece la cuna») sobre el conocido golpe suave, un término con el cual yo solía bromear y asegurarle que lo visto por este corresponsal no parecía algo tan «suave», por la creciente expresión violenta de sus ejecutores prácticos.

De muchos momentos vividos y reportados para PL desde esos mismos escenarios, significo unos tres episodios. Uno de ellos ocurrió durante el referendo ilegal, organizado en los territorios de la Media Luna, sobre todo en Santa Cruz, el 4 de mayo de 2008, para aprobar unos estatutos autonómicos que pretendían dividir al país en dos mitades.

Aquella tarde, apenas iniciada la consulta, aparecieron en el hotel donde radicaba el Centro de

Prensa Internacional, tres seguidores del MAS (Romeo Amorín, a quien había conocido antes en La Paz como coordinador nacional para los planes del Alba, y dos mujeres. Los tres de condición indígena).

Esas personas habían detectado y acudían a los periodistas para denunciar un evidente fraude en las urnas en uno de los colegios, en que la oposición había sustraído las boletas y marcado con el SÍ la propuesta de los estatutos, que exigían incluso la necesidad de un pasaporte especial, incluso para otros bolivianos, para transitar por Santa Cruz; algo descabellado.

Recuerdo que, en ese preciso instante, mi puesto de trabajo en la sala de prensa y los apuntes que hacía en la portátil eran chequeados a prudente distancia durante «paseítos» que se daba por aquel amplio salón el cubano Armando Valladares, entonces funcionario de la Fundación Human Rights y a la sazón observador del ilegal referendo, pero bien conocido en la Isla como supuesto poeta de la disidencia y por sus relaciones con la Agencia Central de Inteligencia (CIA).

En un santiamén tuve que apartarme del «chequeo» para salir a la calle, cámara fotográfica en mano, para con imágenes mostrar lo que acontecía en medio de una multitud enardecida, que ya había rodeado el auto en que lograron llegar al hotel los denunciantes.

Una persona cercana a la Oficina de Prensa de Palacio nos aseguró que solo de esa manera era posible detener a la turba contraria a Evo y evitar que fueran asesinados incluso.

Y fue así. Junto al enviado de Notimex, llegamos hasta el auto, no sin antes recibir empujones y descargas eléctricas por parte de los empleados de seguridad del hotel, quienes intentaban impedir nuestra presencia en el lugar de los hechos.

A menos de una cuadra del hotel ya el vehículo estaba rodeado por jóvenes y vecinos autonomistas exaltados que gritaban frases racistas como «collas (indios) de mierda» y pedían incendiar el auto con Amorín, el chofer y las dos mujeres en su interior.

El colega de Notimex y este corresponsal nos apostamos al lado del auto y comenzamos a tirar fotos a los manifestantes, en medio de empujones y puñetazos. También hicimos varias imágenes en el interior del vehículo para graficar los «últimos momentos» de aquellos acusadores-acusados.

La turba no tuvo otro remedio que esperar la llegada de carros de la Policía y que trasladaran a los miembros del MAS a una unidad de la UTOP cercana, para su custodia.

En la noche, gracias a gestiones del Ministerio de Gobierno (Interior), eran liberados quienes traían evidencias del fraude, pero para la oposición habían robado sus votos, suficiente argumento para acabar con ellos.

Nos disparan desde la maleza

Por Mario Hubert Garrido

Tras intensas campañas difamatorias —con la gran prensa como aliada— acerca de la supuesta ineficiencia de su gestión, Evo accedió a someterse a un referendo revocatorio en agosto de 2008, que incluyó a los gobernadores de los nueve departamentos, además de las figuras de presidente y vicepresidente de la nación, como representantes del partido en el Gobierno (Movimiento al Socialismo). Esa fue su condición antes de aceptar la iniciativa opositora.

En esa convocatoria, ganó otra vez el MAS, y su líder, Evo Morales, con el arrasador 67 por ciento, es decir, ratificada la gestión.

Sin embargo, aquel democrático ejercicio despertó mayor odio y nuevas acciones de desobediencia en los territorios con los prefectos (gobernadores) fervientes enemigos de Evo, sobre todo Leopoldo Fernández, en Pando, y Rubén Costas, en Santa Cruz, quienes pedían «linchar al indio».

Todas esas autoridades recibían a menudo visitas del entonces embajador de Estados Unidos, Phillip Goldberg, a quien Evo expulsó en septiembre de 2008. Dos meses después despediría también a los efectivos de la Oficina Antidrogas de Estados Unidos, DEA.

En medio de un ambiente de presunta ingobernabilidad y hechos como la matanza de campesinos en las localidades de Filadelfia y Porvenir, el extremo lo puso el «cacique» Fernández, en Pando, quien desobedeció el decreto de estado de sitio. Entonces fue necesario desplegar un operativo militar para ubicarlo y, al final, detenerlo en su misma guarida, el puesto de mando de la Prefectura o Gobernación, para luego conducirlo a La Paz y enjuiciarlo.

Hasta Cobija, la capital de Pando, viajamos varios periodistas internacionales, gracias al apoyo del Gobierno y del entonces ministro de la Presidencia, Juan Ramón Quintana, a cargo de la situación de emergencia.

La capital de Pando está rodeada por una tupida vegetación amazónica. El viaje hacia aquel turbulento escenario tenía la virtud de poder reflejar lo que acontecía de primera mano. Sin embargo, nuestras aspiraciones duraron apenas un par de horas, cuando el propio Quintana nos pidió abandonar el lugar, al conocer por otras fuentes de los constantes disparos con armas de fuego y desde la maleza que se producían en dirección a los corresponsales extranjeros.

Buscaban víctimas mortales para luego culpar a Evo, como hicieron allí mismo en Pando y en otros territorios.

Nada de epílogo

El 16 de abril de 2009, desde el hotel Las Américas, de Santa Cruz de la Sierra, Prensa Latina reportó también la operación que logró desarticular a una banda de extremistas encabezada por el boliviano-croata Eduardo Rozsa Flores.

En la acción murieron Rozsa Flores y dos de sus colaboradores: Magyarosi Arpád (húngaro-croata) y Michael Martin Dwyer (irlandés).

En el proceso de investigación se pudo constatar que la célula de paramilitares pensaba

asesinar a Evo Morales y organizar una guerra que, al decir de ellos mismos, «duraría los meses suficientes para finalizar su película, sus masacres, sus torturas y su nuevo reino, limpio de indios, negros, comunistas y demás desperdicios».

Con ese maquiavélico fin también intentaban una intervención internacional, siguiendo el modelo de Croacia y Kosovo.

El grupo terrorista liderado por Rozsa no vino a Bolivia con sus propios medios. Les pagaron pasajes, estadía y alimentación. Más de 42 declaraciones y al menos 20 mil páginas de transcripciones de los correos electrónicos de Rozsa demuestran que hubo un consejo supremo que pagaba a estos mercenarios, según un comunicado oficial del Ejecutivo.

La amplia movilización social en defensa de la democracia y el proceso de cambio, sumada a la inteligente posición gubernamental de no caer en la trampa de la provocación, fueron los componentes clave de la estrategia político-militar con la que se desmontó un escenario de golpe de Estado contra el presidente Evo Morales.

En Bolivia falló de esa manera el desarrollo del «golpe suave», una nueva modalidad de desestabilización fabricada en los laboratorios de la CIA que ya ha sido experimentada en Europa del Este.

En el país suramericano, esta recreación del golpe como método para interrumpir procesos de amplia participación popular y que continuó en 2010 y hasta la fecha, pasa por la puesta en marcha de varias fases, desarrolladas incluso simultáneamente, que van desde el ablandamiento, deslegitimación y calentamiento de la calle, hasta la fractura institucional.

Venezuela: ser cronista de una historia extraordinaria

Por Javier Rodríguez

Prensa Latina me dio la oportunidad de llegar a Venezuela en un momento clave de su historia y de ser testigo y cronista de acontecimientos únicos que fueron impactando en toda América Latina y el resto del mundo.

Corría el año 1999 y el Gobierno del comandante Hugo Chávez, con apenas pocos meses en el poder, cumplía su promesa al pueblo de llamar a un referendo para aprobar las modificaciones a una inoperante Constitución, calificada por él de moribunda durante su toma de posesión como presidente electo.

Fue muy rápido el primer encuentro con Chávez, que permitió conocer la apertura de aquel hombre jovial, de una extraordinaria popularidad, al trabajo de la prensa y por suerte para nosotros conocedor, como señaló, de la importancia de la existencia de una agencia de noticias con óptica latinoamericana.

Asistíamos a uno de sus frecuentes recorridos por zonas populares revisando necesidades de los pobladores y las posibles soluciones cuando nos acercamos a él para comunicarle nuestra nueva tarea al frente de la corresponsalía y solicitarle una entrevista, pues se preparaba para asistir a la Cumbre Iberoamericana a efectuarse ese año en La Habana. Accedió inmediatamente.

Fue corta la espera y unas 72 horas después recibí la invitación para acompañarlo en un recorrido por el estado de Maracaibo, la imponente zona petrolera del país y, en un gesto hacia Prensa Latina, ese día me permitió ser el único periodista que viajó en su avión.

Voy a Cuba enarbolando las banderas de la integración latinoamericana, dijo (y con ello titulé la entrevista), en lo que fue un adelanto para mí del pensamiento de aquel líder revolucionario, a quien muchas cosas sinceras escuché durante los cinco años siguientes.

Después, la presencia de Prensa Latina en muchas de sus actividades y recorridos y el palpar de cerca el desarrollo, los éxitos y los peligros de aquella Revolución con mayúscula, fueron una constante que tuvimos el privilegio de vivir y relatar profesionalmente.

Desde el luctuoso acontecimiento de enormes deslaves en el estado de Vargas, situado en la costa caribeña venezolana, con el saldo trágico de miles de personas sepultadas el día que «la montaña se unió al mar», hasta la promulgación de las leyes con las cuales se devolvía a Venezuela su verdadera independencia y a los pobres sus derechos, pudo nuestra agencia difundir al mundo, mientras ya se ponía en movimiento el poder mediático del enemigo.

Las visitas de Fidel Castro a Venezuela constituyeron para el periodista oportunidad muy especial de reportar episodios fundamentales del nacimiento de un movimiento singular de la integración latinoamericana y de la acción conjunta en esa dirección de dos extraordinarios líderes.

Son muchas las anécdotas e historias de aquellos cinco años, pero vamos a referirnos ahora

solo a una de las más resaltantes: el golpe de Estado del 2002, el cual tuvo como resultado mostrar la verdad de lo que estaba sucediendo en Venezuela.

En realidad, desde mucho antes, los partidos tradicionales derrotados siempre por Chávez en las urnas, la oligarquía empresarial y la reaccionaria dirigencia que se apoderó de la central sindical, decidieron desde el año 2001 lanzar la gran ofensiva para derrocar al Gobierno.

Chávez no tenía descanso en avanzar con las medidas para garantizar la salud, la educación, la erradicación del desempleo y el cese gradual del modelo económico y social imperante durante muchas décadas en Venezuela.

El 13 de noviembre del 2001 Chávez promulgó nada menos que 49 leyes revolucionarias tocando las fibras fundamentales de la estructura del viejo sistema capitalista, latifundista y monopólico y desde ese momento se desató la estrategia para el golpe de Estado.

Solo como muestra, recordemos que, entre esas 49 leyes, se encontraban las de la Tierra o reforma agraria, la de Hidrocarburos para poner totalmente en manos de la nación el petróleo, su mayor riqueza, la de Pesca, prohibiendo a los grandes arrastreros que impidieran el trabajo de los pescadores humildes y la de recuperación de las playas para el pueblo.

Los empresarios y los sectores políticos más conservadores convocaron a una huelga de un día, los choques entre partidarios de la revolución y opositores se multiplicaron y comenzó a abonarse el terreno para mayores acciones y la conspiración militar.

La destitución del presidente de Petróleos de Venezuela, Guaicaipuro Lameda, comprometido con la contrarrevolución, provocó una campaña de los golpistas basada en la supuesta violación por el Gobierno de la meritocracia, léase control de la petrolera por una burocracia enriquecida.

Las protestas callejeras de ese sector se reprodujeron y sin parpadear un segundo, durante una cadena de radio y televisión, Chávez destituyó a todos los gerentes vinculados a los disturbios que se sucedían mientras Estados Unidos aparece públicamente condenando al Ejecutivo venezolano.

Un siniestro personaje llamado Carlos Ortega, ocupante de la secretaría general de la central obrera, llamó a la huelga general el 9 de abril del 2002 y tuvo a su servicio a las principales emisoras televisivas para, durante su desarrollo, leer partes que hablaban de un supuesto éxito total.

El trabajo de Prensa Latina fue incesante y había que dividirlo entre la cobertura de los incidentes en la calle, la transmisión de los pronunciamientos continuos de Chávez y el envío a la central, por el único corresponsal con los medios disponibles.

Los golpistas no pudieron esperar más, declararon indefinida la huelga y convocaron a una marcha hacia Petróleos de Venezuela, cambiando después el trayecto e intentando llegar al Palacio de Miraflores, mientras el pueblo bolivariano fue llamado a salir a las calles a defender la revolución.

Hubo trampas en la movilización opositora que, según pudo conocerse después, contaba con francotiradores situados en edificios cercanos a Miraflores.

Con el fin de palpar directamente la situación, me dirigí hacia el puente Llaguno, donde se atrincheraron grupos de chavistas y recogí impresiones de su decisión de defender a su líder. Regresé a la oficina para transmitir las y en ese momento Chávez inició una cadena nacional de radio y televisión llamando a evitar la violencia.

Rápidamente, la pantalla fue dividida colocando las televisoras imágenes de la marcha al lado de la del Presidente en su discurso y pocos momentos después comenzaron los disparos contra el puente Llaguno y contra la manifestación opositora como parte de un plan para provocar la reacción más violenta, con el saldo de 19 muertos.

Mientras la manifestación se replegaba y algunos de sus integrantes comenzaban también a disparar, la imagen de Chávez desapareció de las pantallas y comprendí que el golpe estaba en marcha.

Desde los estudios de una de las principales emisoras televisivas militares sublevados reclamaron directamente a Chávez, atrincherado en el palacio con algunos de sus colaboradores, que renunciara a su cargo o bombardearían la instalación, remedo de lo realizado por los militares chilenos contra Salvador Allende.

Los altos mandos sublevados fueron apareciendo también en las pantallas adhiriéndose al golpe de Estado durante la noche y media docena de tanques que defendían la sede del Gobierno y al Presidente fueron retirados por orden superior para dejarlo indefenso.

Mientras Chávez se dirigía hacia el Fuerte Tiuna, la mayor instalación militar capitalina y donde se agrupaban los golpistas que, en definitiva, lo hicieron prisionero, se transmitió utilizando al jefe del Estado Mayor del Ejército la falsa versión de la renuncia del mandatario.

Salí a la calle ya amaneciendo el día siguiente y avancé hasta las cercanías de Miraflores, en cuyos alrededores se sucedían los choques entre manifestantes que daban vivas a Chávez y la Policía Nacional, cuyos jefes participaban de la conspiración.

Recuerdo que los chavistas salían por algunas de las calles aledañas, eran reprimidos con gas lacrimógeno y disparos de armas de fuego, desaparecían y volvían por otra de las vías cercanas repitiéndose la historia.

Desde ese lugar y a lo largo de toda la Avenida Urdaneta, sede de la oficina de PL, el humo de los gases inundaba la zona y fue entonces, allí frente a Miraflores, que tomé una decisión de la cual me alegré posteriormente.

La mayoría de los corresponsales extranjeros decidió entrar al palacio presidencial, pensando que allí estaban más cerca de la noticia, pero quedaron encerrados, pues nadie podía entrar o salir del lugar y nada conocían de lo sucedido en las calles.

Eso permitió a Prensa Latina tener acceso y poder referirse en sus despachos a las reacciones populares que ocurrían también en las cercanías del Fuerte Tiuna y en otros lugares.

Igualmente, conocer y reportar el asedio a la embajada de Cuba por grupos encabezados por elementos de origen cubano comprometidos con terroristas conocidos y apoyados por los entonces alcaldes de la zona este de la capital, Henrique Capriles y Leopoldo López, también involucrados en la represión a ministros del Gobierno localizados en varios lugares de la ciudad.

Entre las informaciones trascendentes de aquel momento, Prensa Latina pudo transmitir antes que otras agencias la primera proclama recibida directamente de los militares leales a Chávez agrupados en la jefatura de las fuerzas paracaidistas en la ciudad de Maracay, a unas dos horas de camino desde la capital, y distribuir para Venezuela las declaraciones de la hija mayor de Chávez desmintiendo su renuncia a la presidencia.

Aquellas difíciles horas dispararon la adrenalina que solo comenzó a normalizarse al avanzar

la reacción del pueblo junto a los mandos medios de las fuerzas armadas y parte de altos oficiales que no apoyaron el golpe y comenzaron a retomar el poder y liberar al presidente Chávez de su prisión en la isla de La Orchila.

Atrás quedó el único decreto emitido por el presidente de facto y dirigente empresarial, Pedro Carmona, no solo destituyendo a todos los funcionarios del Gobierno, sino derogando las leyes revolucionarias, y la fiesta que organizó el día 12 en la sede presidencial desde donde los golpistas salieron huyendo al llegar los soldados leales a la revolución.

Por supuesto que los golpistas, quienes solo recibieron reconocimiento de Estados Unidos y España, no descansaron y poco después una huelga petrolera de casi 60 días fue enfrentada por un Gobierno aún más fuerte, y esos otros episodios también fueron transmitidos al mundo por Prensa Latina.

Colombia Prensa Latina en el sendero de la paz

Por Luis Enrique González

Sacudida por años de violencia política, paramilitarismo, corrupción, narcotráfico y desigualdad social, al margen de los fenómenos naturales, Colombia vivía el final de la década del 90, cuando resurge la posibilidad, fallida años anteriores, de avanzar hacia un eventual silencio de las armas, en medio de promesas y maniobras electorales de Andrés Pastrana.

El aspirante a la primera magistratura por los conservadores concerta un proceso de diálogo con el líder de las guerrilleras Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), Manuel Marulanda, quien hasta su muerte prefirió poca visibilidad, escasos contactos con los medios y mantenerse fiel a su ideal de luchar por el nuevo país desde las montañas.

Atentados, asesinatos de candidatos presidenciales de izquierda, el llamado genocidio de la Unión Patriótica en un esfuerzo reconciliador anterior llevaron a Marulanda a poner como condición hablar en zona controlada por la insurgencia.

Enero de 1999 fue la fecha clave, Pastrana decide desmilitarizar los cascos urbanos de una región del sur de casi 42 mil kilómetros cuadrados con el fin de facilitar las negociaciones, en medio de las tensiones propias de una guerra que nunca se detuvo en el resto de la rica y extensa Colombia (un millón de kilómetros cuadrados).

Todo comienzo, como romper la inercia, es complicado. Llegar a la sede de los diálogos se hizo extremadamente difícil. El mundo estaba pendiente de San Vicente del Caguán y, por lógica, alcanzar ese punto de la geografía selvática era nada fácil.

Un contacto en la Casa de Nariño me alertó de una posibilidad y hasta me abrió las puertas de la base aérea de CATAM, a un costado, o junto al aeropuerto internacional de El Dorado, en Bogotá, desde la cual pude abordar, sentado en el fuselaje, un Hércules C-130, cargado de las sillas plásticas que servirían para el acto inaugural del proceso de paz.

Ahí comienzo la cobertura periodística más prolongada e interesante. Años de acercamientos, provocaciones, rupturas, esperanzas y desencuentros figuraron en la agenda de Prensa Latina con el mínimo aporte que lograba transmitir con muchas dificultades desde el teatro de los acontecimientos.

Para enriquecer la cobertura con balance informativo existió por nuestra parte una fluida relación con la Presidencia de Colombia, la Cancillería y el Ministerio para la Defensa, que favorecieron, entre otras cosas, volar en el avión presidencial, con un mandatario y sin él.

Visitamos la base de la Fuerza de Tarea Conjunta del Sur en Tres Esquinas, Caquetá, uno de los bastiones de la ofensiva militar contra la insurgencia, volamos rasante en helicóptero MI-17 en busca de campos sembrados de coca y casi compartimos viaje a la base de Tolemaida con el embajador de Estados Unidos, Curtis W. Kamman, a bordo de un Black Hawk, entregado por Washington.

Una decena de viajes a San Vicente del Caguán completaron la tarea periodística, la mayoría de las veces en el vuelo regular de la aerolínea militar Satena, que con pequeños aviones Dornier cumplía ese trayecto tres días a la semana, con escala en la ciudad de Neiva, antes de cruzar los Andes.

La información quizá demoró en llegar a nuestra corresponsalía en Bogotá, o a la central en La Habana, pero cumplimos en lo posible con nuestra misión de difundir lo que acontecía.

San Vicente del Caguán apenas contaba con líneas telefónicas y de fax en el único punto de TELECOM, y solo por esas vías logramos enviar el inicio de los diálogos el 7 de enero, las reiteradas rondas de conversaciones, los contactos sostenidos con políticos, funcionarios, guerrilleros, en medio de provocaciones como los vuelos rasantes de naves de guerra, amenazas o presiones de los enemigos de la paz.

Los momentos que causaron impresión fueron muchos, el buscar dónde descansar en un pueblo tomado por la prensa del mundo, invitados y los rebeldes, que en más de una ocasión nos llevó a dormir en instituciones religiosas, o el de decidir si regresar a Bogotá o insistir en llegar a un campamento guerrillero.

La perseverancia rindió frutos. Entrevistamos al presidente Pastrana, a la luego candidata a la primera magistratura Ingrid Betancurt a bordo del Dornier de fabricación alemana, y al congresista Jairo Rojas, factor clave en los acercamientos reconciliadores que le costaron la vida en un atentado en la capital, unos meses después.

Recorrer buena parte de los 42 mil kilómetros cuadrados, desde San Vicente del Caguán a La Macarena, con su majestuosa serranía, o a La Uribe, caminar en solitario varias horas por la selva, acompañado de monos y aves, de animales visibles y ocultos, en medio de una belleza sobrenatural alimentaron la experiencia profesional.

El comandante Marulanda permitió que Prensa Latina acabara con el silencio de sus palabras por lustros hasta en la prensa colombiana. La revista Semana y el diario El Tiempo publicaron dos de las tres entrevistas que realizamos al legendario guerrillero.

La máxima figura de las FARC, sin embargo, me recibió en mi segundo intento, después de convivir por casi dos semanas en el campamento de Raúl Reyes, asesinado años después con la asesoría de Estados Unidos.

Largas conversaciones sostuve con Marulanda, en condiciones que sorprendieron a los guerrilleros, quienes me vieron alejarme en más de una ocasión con su jefe máximo e intercambiar a solas por largo tiempo sentados bajo un árbol.

Varias invitaciones me llevaron a acompañarlo en su vehículo todoterreno durante la noche o la madrugada, cruzar ríos, asistir a reuniones de su estado mayor y luego solicitar que me alistarán cama a escasos metros de su caleta.

Hubo confianza de Marulanda. Las conversaciones se iban probablemente por encima de lo periodístico y siempre me dijo: «Usted puede publicar lo que entienda, siempre que no se ponga en riesgo la seguridad de mis hombres».

Las grabaciones me dejaban pensando, trataba de transcribirlo todo en plena montaña para evitar que en el regreso a la modernidad bogotana fueran a parar a destinos insospechados.

En una de las subidas a la montaña conocí a Arturo Alape, cuyo nombre me era familiar por su

obra, los libros biográficos de Marulanda y el Bogotazo: Memoria del olvido, donde narra los hechos del 9 de abril de 1948 y el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán.

Con Alape compartimos la soledad de la selva, al descender del vehículo en un punto de la montaña y esperar por muchas horas la llegada de una caravana rebelde, al frente de la cual venía Raúl Reyes.

Audiencias públicas en el área bajo influencia rebelde, algunas con amplia presencia internacional, o la decisión unilateral de las FARC de liberar a oficiales y soldados prisioneros de guerra se sumaron a las experiencias completadas con la visita a una de las estaciones de la clandestina Voz de la Resistencia.

Fueron varias semanas las que sumaron los días y noches vividos en zona guerrillera durante la decena de viajes al sur colombiano, matizadas, además, por los controles castrenses, la escalada de los escuadrones de la muerte o paramilitares en torno a la zona de paz.

El pesimismo, no obstante, se apoderó del panorama al conocerse que los enemigos de la paz se imponían, lo cual queda reflejado en un despacho de la agencia que evidenciaba cómo Colombia tomaba el camino de la guerra total.

En febrero de 2002, aviones, helicópteros, patrulleras por los caudalosos ríos y más de 13 mil hombres intervienen en la ofensiva ordenada por el presidente Pastrana para intentar recuperar el control de los 42 mil kilómetros cuadrados.

Entonces el proceso estaba a punto de avanzar hacia el análisis de temas de fondo, como la eventual tregua bilateral con verificación internacional, pero intereses castrenses y electoreros inclinaron la balanza hacia la corriente que lideraba el candidato de la guerra, el derechista Alvaro Uribe.

El fracaso distanció la probable reconciliación, congeló todo acercamiento y prolongó el derramamiento de sangre de más de medio siglo.

Hace poco más de un año revive el sueño de la pacificación. El Gobierno del presidente Juan Manuel Santos retorna a la mesa y se sienta, una vez más, con las insurgentes Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia en La Habana, Cuba, en busca de la paz.

Derrota de la intentona golpista y complot mediático en Ecuador

Por Pedro Rioseco

El jueves 30 amaneció fresco en Quito, como siempre en septiembre, pero un intento golpista de sectores policiales y militares contra el presidente ecuatoriano, Rafael Correa, pondría pronto al país en ebullición.

Los días precedentes estuvieron saturados de manipulación por los canales televisivos, radios y periódicos opositores para promover protestas contra la Ley del Servicio Público, aprobada por la Asamblea Nacional (Parlamento) el 11 de agosto de 2010.

Según esta ley, la policía y los militares son considerados como servidores públicos, y la política oficial se orientó a incrementar los salarios de los uniformados en lugar de intentar compensar ingresos de miseria con canastas navideñas y bonos por condecoraciones.

Desde horas muy tempranas canales de televisión y radios opositoras fueron invitados a instalar sus antenas en las afueras del Regimiento Quito, el principal enclave policial capitalino, para reportar lo que llamaron una protesta contra dicha ley.

Sin embargo, el clima comenzó rápidamente a enrarecerse cuando patrullas policiales y motorizados cerraron las vías principales de esa ciudad larga y estrecha, con lo cual provocaron la suspensión del transporte público, la retirada de los taxis y una inquietud creciente en la población.

Los primeros reportes desde el Regimiento Quito tuvieron para los uniformados una reacción inesperada, con la sorpresiva llegada del presidente Correa hasta el lugar donde ya se encontraban varios cientos de policías sublevados.

Acompañado solo de sus más cercanos colaboradores para intentar convencer a los amotinados de deponer esa actitud y explicarles que la ley los beneficiaba sustancialmente, el mandatario intentó hablarles desde una ventana mientras su comitiva quedaba cortada y eran bloqueadas las vías de salida.

En un ambiente caldeado y en medio de agresiones verbales e incluso físicas, Correa afirmó que se mantendría firme en sus posiciones y abrió su pecho para decirles que si querían matarlo lo podrían hacer, pero por la fuerza no lograrían nada del Gobierno.

Cuando ya era evidente la gravedad del momento, camarógrafos y fotógrafos se desplazaban a pie por la avenida Mariana de Jesús hasta las cercanías del epicentro golpista, y la población comenzaba una movilización espontánea que sería clave para salvar la vida del líder de la Revolución Ciudadana.

Luego de acompañarles a pie por varias cuadras ante las amenazas de autos policiales que más tarde pasarían de las palabras a los hechos con una violenta represión, tomamos conciencia del principio básico de un periodista de agencia: estar siempre cerca de un punto de transmisión para sus noticias.

Esta realidad nos llevó de nuevo a la oficina de Prensa Latina, cuando ya Correa había sido agredido con gases lacrimógenos, golpeado en su rodilla recién operada y llevado casi en andas por su escolta al hospital policial contiguo al regimiento, para evitar que fuera asesinado.

La insubordinación policial se reportó también en otros puntos del país y el complot quedó en evidencia con la toma del aeropuerto internacional de Quito por un sector de la Fuerza Aérea, también del Parlamento, el comienzo de saqueos, intento de tomar la televisión y radio públicas y el bloqueo de carreteras.

En declaraciones radiadas, desde la habitación del hospital en el cuarto piso donde fue atendido de urgencia, Correa denunció que elementos policiales trataban de introducirse en su habitación por la fuerza e incluso tirotearon su ventana, pero reiteró que no claudicaría.

Ante la eventualidad de ser asesinado, declaró: «Si algo me pasa reitero siempre mi amor que por la Patria es infinito y por mi familia, no voy a dar marcha atrás, me pueden matar a mí, como decía Neruda, podrán cortar las flores pero no impedir la llegada de la primavera».

La dirección general de Prensa Latina movilizó desde tempranas horas a sus corresponsalías en el mundo, y despertaron a gobernantes y personalidades para recabar el apoyo internacional al Presidente constitucional lo que evitaría el triunfo golpista y el magnicidio.

Cientos de despachos de PL denunciaron en el mundo la intentona golpista, que mantuvo secuestrado en una habitación al Presidente de Ecuador por 10 horas y le obligó a firmar por vía electrónica un decreto de excepción y ordenar una cadena nacional, piezas claves del triunfo.

¿Por qué Correa, el Presidente de Ecuador desde enero del 2007, no se cayó ese día de septiembre, como sí ocurrió desde 1995 hasta su Gobierno cuando fueron derrocados un vicepresidente y tres presidentes mediante golpes transmitidos en directo al mundo?

El 30 de septiembre del 2010 (conocido posteriormente como el 30S), luego de tres años y ocho meses desde que el profesor universitario y economista Rafael Correa asumiera el cargo de presidente, una rebelión policial dejó desprotegidos a los ciudadanos, pero finalmente fue derrotada.

Alrededor de la media tarde el Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas reafirmó su lealtad a Correa y movilizó cientos de militares para una operación nocturna de 20 minutos, bajo intenso fuego de francotiradores sublevados y la orden a los soldados de no responder el fuego.

A las 21:39 horas de Quito, transmitido en directo por varias televisoras, el Presidente fue rescatado y llevado inmediatamente junto al pueblo que le esperaba frente al Palacio de Carondelet, luego de ver morir a uno de sus custodios y recibir numerosos impactos el auto en que se desplazaba.

Un total de 10 personas murieron a manos de los golpistas, cinco de ellos en Quito, y 274 civiles y militares fueron heridos o golpeados en el enfrentamiento con quienes querían frenar el cambio en el país alentados por la complicidad de políticos opositores.

La unidad del pueblo, su coraje frente a las armas de los sublevados y el respaldo internacional sepultaron la intentona y profundizaron luego de esta experiencia la Revolución Ciudadana en Ecuador.

Experiencias en Centroamérica y México

Prensa Latina ha realizado una amplia cobertura informativa siempre desde el corazón de los grandes acontecimientos de los países de la región centroamericana después del triunfo de la Revolución cubana en 1959.

Muchas son las anécdotas y peligros vividos intensamente por los corresponsales de nuestra agencia en el desempeño de lograr una cobertura en el lugar de los hechos, en los diferentes países de esa zona, a la cual informativamente estuvo vinculada en los años iniciales la corresponsalía de México.

Como otras en América Latina, PL-México, abierta en mayo de 1959, fue asaltada y allanada en varias ocasiones, pero sin abandonar su misión informativa.

La primera corresponsalía permanente en Centroamérica funcionó en Panamá, durante el Gobierno del general Omar Torrijos, al menos dos años antes del restablecimiento de relaciones diplomáticas de ese país con Cuba.

El servicio informativo de Prensa Latina fue divulgado por vez primera en el área centroamericana por la emisora Radio Libertad, vocero del Gobierno de Torrijos, dirigida por el destacado periodista Danilo Caballero, y por varios medios de prensa escrita vinculados al proceso torrijista y la izquierda panameña.

La lucha por la soberanía nacional y la firma de los Tratados Torrijos-Carter fueron seguidos en detalle por Prensa Latina junto a la presencia norteamericana en Panamá y especialmente la sangrienta invasión del Pentágono algunos años después de la muerte del general Torrijos en un supuesto accidente aéreo.

PL divulgó en 1976 un despacho de la corresponsalía con declaraciones del diplomático panameño David Pérez, sobre planes de algunas transnacionales norteamericanas, entre ellas la United Fruit Co. junto con el Gobierno de Estados Unidos, para derribar el helicóptero que utilizaba Torrijos, noticia que se anticipó en mucho al posterior «accidente aéreo» en el que falleció el líder panameño.

Desde la corresponsalía en Costa Rica, Prensa Latina divulgó para el mundo las batallas decisivas del pueblo nicaragüense y el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), que culminaron con el derrocamiento de la dictadura somocista y el triunfo de la Revolución Popular Sandinista.

Julio de 1979 marcó el nacimiento de su oficina permanente en Managua.

Desde entonces, los corresponsales en Managua informaron sobre la heroica batalla del pueblo sandinista y del FSLN, especialmente la lucha contra la agresión armada de bandas contrarrevolucionarias con base en Honduras.

Nuestra agencia denunció el financiamiento y organización de esta agresión contra Nicaragua por el Gobierno de Estados Unidos y la participación de otros regímenes centroamericanos y las dictaduras militares de Argentina y Chile.

Posteriormente finalizaron los regímenes militares en El Salvador, Guatemala y Honduras,

todo lo cual ha contribuido a una mayor presencia de PL en el área.

La cobertura de la lucha del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) fue también uno de los pilares de la labor informativa de PL.

El período posterior al triunfo sandinista y los sangrientos acontecimientos de la guerra heroica del pueblo nicaragüense y el FSLN contra la agresión de la contrarrevolución se caracterizó también por grandes procesos negociadores en la región, seguidos detalladamente por Prensa Latina. Entre ellos, las negociaciones del Grupo de Contadora y los acuerdos de Esquipulas.

La cobertura noticiosa de PL en Centroamérica se ha caracterizado asimismo por una divulgación permanente de las luchas populares en la región y de las intervenciones militares directas e indirectas de la política norteamericana.

Como una agencia de noticias de nuevo tipo, siempre puso en evidencia la doble moral y el cinismo de los gobernantes norteamericanos y la gran prensa reaccionaria que llenaron de sangre y luto a Centroamérica y la convirtieron en los años 60 en una base de agresión contra Cuba.

Los desastres naturales, incluidos terremotos y huracanes, han ocupado al personal de Prensa Latina en la cobertura in situ de muchos de ellos, a lo que se añade la colaboración multisectorial cubana en esas naciones, sobre todo la médica y educacional.

Prensa Latina en Centroamérica es bastión de un periodismo revolucionario, profesional y veraz, comprometido con las luchas populares y de denuncia de las campañas mediáticas reaccionarias y de la política agresiva de Estados Unidos y sus aliados locales en el mundo, especialmente contra la unidad latinoamericana de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños y los países del ALBA.

Massetti secuestrado en San José

Por Félix Olivera

Costa Rica fue sede de la sexta reunión de consulta de ministros de Relaciones Exteriores de la OEA (Conferencia de San José) celebrada del 17 al 21 de agosto de 1960, motivada por una denuncia presentada por el Gobierno de Venezuela para que se considerara los actos de intervención y agresión del Gobierno de la República Dominicana contra esa nación, que culminaron en un atentado contra la vida del presidente Rómulo Betancourt el 24 de junio de 1960.

El Buró Federal de Investigaciones (FBI) y policías costarricenses hicieron un amplio despliegue represivo en los alrededores del Teatro Nacional de San José, sede de la reunión, acciones que fueron más intensas a partir de la llegada de la delegación cubana, encabezada por el canciller Raúl Roa García y el equipo de periodistas de Prensa Latina con su director general, Jorge Ricardo Masetti.

Experimentados trabajadores de la noticia, como Gabriel Molina, Francisco V. Portela, Ricardo Sáenz, Roberto Agudo y Pedro Núñez, integraron el equipo que desde los primeros momentos hizo trizas el monopolio de la información en su intento de silenciar aspectos del encuentro.

La preocupación de los rivales por aquellas informaciones era tan grande e inexplicable que Masetti fue citado por el jefe de prensa de la OEA, quien le planteó al director de PL que lo que ocurría con las informaciones transmitidas era inadmisibles.

El norteamericano preguntó a Masetti con insistencia de qué medios se valía para dar aquel servicio suministrado a toda América Latina. Masetti, desde luego, nunca reveló el secreto del trabajo que realizaban en las propias narices de lo que él llamaba la «incompetencia», pero el bombardeo de noticias sobre la conferencia era amplio y constante desde la llegada del equipo periodístico procedente de La Habana.

Ricardo Sáenz relató que un costarricense de los que frecuentaba el salón habilitado para la prensa se dirigió a Masetti, interesándose en conocer la vía y métodos utilizados en el envío de las informaciones, motivando la pregunta una breve discusión entre ellos, sin que tampoco fuera informado.

Así, la noche del 14 de agosto, cuando el pequeño grupo de cubanos y Masetti departían en el salón de prensa y decidieron marcharse al detectar Gabriel Molina que solamente ellos permanecían allí, apareció el individuo provocador del incidente antes relatado, quien simuló un tropezón con Masetti al tiempo que le puso una zancadilla y, sin dar tiempo para la reacción del ofendido, el provocador escenificó una protesta con gritos de que había sido agredido, por lo que policías ocupantes de un vehículo estacionado a la entrada intervinieron y tomaron a Masetti por los brazos y lo condujeron hacia el auto.

Molina recuerda que él se anticipó en la parte trasera del automóvil para acompañar a su jefe, pero fue sacado por la fuerza, en tanto el vehículo emprendió la marcha mientras Masetti

protestaba por la inexplicable detención.

Los periodistas cubanos averiguaron inmediatamente a qué posibles cuerpos policíacos llevarían al director de PL y repartidos en parejas salieron en distintas direcciones conducidos por choferes costarricenses que tenían a su servicio.

Ricardo Sáenz y Roberto Agudo fueron llevados a las proximidades de una prisión militar en las afueras de la ciudad, donde permanecieron algunas horas luego de ver entre la penumbra y los matorrales cuando llegó el auto e hicieron descender a Masetti, introduciéndolo en la penitenciaría.

Gabriel Molina, con otro periodista, hacía la indagación en una estación de la Seguridad con resultados negativos y decidieron marcharse, molestos por la actitud de un agente que, mientras ellos esperaban respuesta, constantemente golpeaba con un vergajo los muebles y paredes del pequeño salón, lo que interpretaron como una amenaza.

Al llegar de la penitenciaría militar, Ricardo Sáenz le relató lo que había visto; todos salieron para informar lo ocurrido al canciller Raúl Roa García, quien inmediatamente dio instrucciones al embajador cubano en Costa Rica, Juan José Fuxá, para que se personara en la prisión y se interesara por la situación de Masetti.

Fuxá alzó el tono de voz ante la negativa de los militares de dejarlo entrar y también por que tuvieran allí detenido al periodista argentino, por lo que finalmente los carceleros aceptaron que lo tenían allí.

Masetti fue encerrado en una celda pequeña, aislada y oscura desde donde escuchaba voces de otros presos a cierta distancia, y comenzó a cantar el Himno Nacional de Cuba, como una forma de que supieran que allí había alguien de ese país.

Al quedar en libertad, el periodista y director de Prensa Latina dijo a sus compañeros que en un instante se había despedido de la vida, pues observó algún movimiento y sospechó de un plan para asesinarlo. Su libertad fue dispuesta aquella madrugada en virtud de la presión ejercida por la delegación cubana y el embajador Fuxá. También se exigieron garantías personales para Masetti.

La conjura contra Prensa Latina para la cobertura informativa de la Conferencia de San José se hizo pública desde que el Gobierno de Costa Rica no respondiera a la solicitud presentada por la agencia de introducir temporalmente en aquel país un teletipo para garantizar las informaciones.

También resultó infructuosa la reiteración del pedido con la variante de un equipo Morse, por lo que se apeló al viejo refrán que expresa: «Contra siete vicios existen siempre siete virtudes», y así actuó el equipo periodístico que esperaba desde La Habana la autorización que nunca llegó.

En el avión donde viajaron llevaron una planta de radio, un teletipo y un equipo de sistema Morse y al bajar de la nave en el aeropuerto tico del Coco, la nave fue retirada hasta un lugar distante, de donde manos amigas de Cuba extrajeron los equipos y los trasladaron a un lugar seguro, en tanto las autoridades aduanales extremaban las requisas en las pertenencias de los recién llegados.

Después correspondió encontrar un local donde pudieran trabajar los periodistas con la debida garantía y discreción, lo que no resultó fácil hasta que, mediante el pago de un alquiler excesivo, alguien aceptó ofrecer una casa muy cercana al Teatro Nacional. Se logró además la instalación de un teléfono electromagnético desde allí hasta el palco de los cubanos, mediante el cual se enviaba

simultáneamente todo lo acontecido en la Conferencia, que era transmitido a la oficina central de Prensa Latina de inmediato.

Ricardo Sáenz recuerda que previamente se había pensado en una variante, por si en algún momento fallaba aquel sistema de comunicación; consistía en situar un barco mercante cubano en aguas internacionales, lo más próximo posible a la costa, y transportar diariamente en una pequeña embarcación las informaciones que serían transmitidas después desde la citada embarcación.

El quebradero de cabezas para las agencias norteamericanas era saber por qué vías transmitían los periodistas de Prensa Latina.

Anécdotas de un corresponsal

Por Pedro Lobaina

Casi nunca los periodistas somos noticias en cualquier parte del mundo salvo cuando la muerte ocurre en el ejercicio de la profesión en zonas de guerra o de peligro extremo.

Solo quienes hayan tenido estas experiencias, como corresponsales de Prensa Latina o de cualquier otro medio informativo, conocen los peligros, riesgos y tensiones diarias vividas para hacer llegar a miles de lectores los grandes acontecimientos que estremecieron los países centroamericanos en las décadas del 70 y el 80 del siglo pasado.

Con estas breves anécdotas extraídas del recuerdo de aquellos años vividos tan intensamente quiero resaltar que un periodismo comprometido con las causas revolucionarias de los pueblos de nuestra América y del Mundo, entonces y ahora, siempre es un compromiso de los corresponsales de Prensa Latina, agencia informativa latinoamericana, nacida de la Revolución cubana

Fui corresponsal de Prensa Latina en Panamá durante el Gobierno del general Omar Torrijos Herrera, entre finales de 1972 y 1977. En aquel período, Panamá era un país tranquilo, pero de cierta forma tensionado por la lucha de un nuevo tipo de gobierno y un pueblo que logró cambiar las reglas de ocupación militar impuestas por el Gobierno de Estados Unidos después de la construcción del canal de Panamá.

La lucha torrijista por la defensa de la soberanía nacional panameña y las negociaciones que culminaron con la firma de un nuevo tratado dieron fin a la humillante zona canalera, una amplia faja del territorio panameño a ambos lados de la rivera del canal, sembrada de bases militares norteamericanas.

Como segundo corresponsal de Prensa Latina en Panamá, después del guatemalteco Arqueles Morales (fallecido), acompañé al general Torrijos en varios recorridos por centros de desarrollo de su Gobierno y a una visita oficial a Colombia.

El domicilio del corresponsal fue allanado en forma violenta en tres ocasiones mientras no estaba en su casa, en una de ellas al mediodía, mientras la empleada doméstica trabajaba. La puerta fue violentada e ingresaron civiles armados que registraron el domicilio y robaron algunas cosas para justificar aquel acto de intimidación.

En las oficinas de Prensa Latina en Panamá fue encontrado casualmente, durante una reparación, un dispositivo de escucha electrónico empotrado en una pared de madera.

El período más intenso vivido como corresponsal de Prensa Latina fue entre 1978 y 1979 para la cobertura de la histórica guerra de liberación librada por el pueblo nicaragüense.

Como enviado especial en Costa Rica, pude cubrir los detalles de esa lucha en los años 1978 y 1979 y posteriormente, desde territorio liberado en la ciudad de León, acompañar a la Junta de Gobierno y al FSLN en su entrada victoriosa en Managua el 19 de julio de 1979, hasta dejar fundada la primera corresponsalía de Prensa Latina en Managua.

Fueron días muy emocionantes e intensos. La cobertura de aquellos hechos exigía trabajar en la madrugada fundamentalmente y muy pocas horas de sueño, sin descanso los fines de semana, ni

límite de horario, durante algo más de un año.

Las fuentes siempre fueron directas, dirigentes del FSLN, que me ofrecieron a diario su visión de los hechos y el monitoreo radial de las comunicaciones entre los diferentes frentes de guerra del FSLN en la noche y la madrugada en las bandas de 40 metros y otras, las cuales eran seguidas por millares de personas con un simple receptor de radio.

El fin de la dinastía de los Somoza en Nicaragua, hijos predilectos de la política norteamericana, al igual que los diferentes regímenes dictatoriales centroamericanos desde las décadas finales del siglo XIX y casi todo el XX, fue un hecho trascendental, de relevancia continental y mundial.

Se hizo evidente en junio y julio de 1979, cuando León fue la primera ciudad liberada, seguida después por otras, lo que determinó el establecimiento de la Junta de Gobierno del FSLN en esa sede, desde el mes de julio.

Hacia allí me trasladé, en un vuelo en la madrugada, desde San José, Costa Rica, con llegada a León al amanecer, en un viejo avión DC2, un día de julio de 1979. En territorio liberado de León hice un recorrido con actos populares, acompañando a la Junta de Gobierno y otros dirigentes del FSLN, por ciudades liberadas, entre ellas, Chinandega y otras.

Inolvidable fue la entrada a Managua y el saludo de millares de personas en la carretera. Un momento de tensión se produjo cuando un poblador informó de rumores de que una columna de soldados somocistas se desplazaba armada, huyendo desde Managua en dirección a la caravana de la victoria, que hizo un alto en la carretera.

Daniel Ortega, quien viajaba junto a su esposa, Rosario Murillo, en un «yipón», se reunió de inmediato con los demás dirigentes del FSLN que nos acompañaron y llegó a la conclusión de que aquel rumor era falso, por lo que se decidió continuar la marcha hasta entrar en las afueras de la capital, donde se encontraban los demás miembros de la Dirección Nacional del FSLN y otros aguerridos dirigentes, procedentes desde otros lugares.

La Junta de Gobierno entró en un carro de bomberos y el comandante Tomás Borge me invitó a acompañarlo en otro «yipón» ubicado delante.

Desde la misma entrada a los primeros barrios de la capital por la carretera de León, millares de combatientes del FSLN dispararon en ráfaga sus fusiles en saludo a la caravana, lo cual se intensificó en la medida en que nos acercamos muy lentamente al antiguo Parlamento somocista, llamado «la chancera» por el pueblo. Allí la caravana se detuvo rodeada por cientos de miles de personas y poco después se produjeron varios discursos.

Al final del acto, todos fuimos al «búnker» de Somoza, donde permanecimos algunos días hasta trasladarnos hacia la casa donde actualmente radica Prensa Latina en Managua, local asignado por la dirección del FSLN en reconocimiento al trabajo informativo realizado por nuestra agencia.

En los primeros meses en Managua, hubo combates y tiroteos diarios, de día y de noche, en toda la ciudad.

Así nació la primera corresponsalía de Prensa Latina en Nicaragua.

Panamá PL en el detonante de la grave crisis de los años 80

Por Raimundo López

Quizás fue el azar y el prestigio de Prensa Latina lo que la convirtió en parte del detonante de la grave crisis política desatada en Panamá en junio de 1987 y que culminó, trágicamente, en la vergonzosa invasión de Estados Unidos a esa pequeña nación, iniciada la medianoche del 20 de diciembre de 1989.

También, la insistencia del coronel Roberto Díaz Herrera, poco después de ser relevado en el cargo de jefe de Estado Mayor de las Fuerzas de Defensa, en darme declaraciones sobre lo que parecía una destitución.

Lo cierto es que tras la publicación de sus graves acusaciones contra el general Manuel Noriega, jefe de las Fuerzas de Defensa, el domingo 7 de junio de ese año, fue como amanecer en un país distinto.

Muchos años después, en 2004, lo encontré en Perú, donde era embajador. Me reconoció, pero entendí que hablar del asunto no le interesaba.

El pedido de Díaz Herrera me colocó en una encrucijada profesional, cuando apenas llevaba poco más de tres meses de corresponsal en Panamá, un país entonces de noticias tranquilas.

El relevo de Díaz Herrera, primo del general Omar Torrijos, sorprendió al país a fines de mayo de 1987. No obstante, el militar hizo declaraciones tranquilizadoras a la prensa.

Existía una leyenda sobre un pacto entre él y el general Noriega sobre un relevo sereno entre ambos. La oposición de derecha lo entendió como una defenestración dictada por Noriega para perpetuarse en el poder.

A principios de junio, las periodistas Norma Núñez y Dalys Vargas me plantearon que el coronel quería organizara una especie de reunión con los corresponsales extranjeros en mi casa, para presentarles el video completo de su entrevista en la televisión sobre su relevo.

Le pregunté si había algo nuevo sobre lo ya publicado y me dijo que no mucho, pero sí algo más. Le expliqué que entonces no tenía mucho sentido hacer algo así y que tampoco podía organizar esa reunión, por razones obvias —era un recién llegado—, y le sugerí lo planteara a corresponsales de otras agencias.

Días después, el sábado 6 de junio, Norma vino sola con el ofrecimiento del coronel de una entrevista.

Desde el punto de vista profesional, no tenía otra alternativa que acudir tras la noticia.

No obstante, traté de no ir solo. Llamé a todos los corresponsales, sin poder localizar a alguno. La mayoría estuvo en un acto del Comando Sur del Ejército de Estados Unidos, en alguna de sus bases, o era uno de esos sábados que se desatienden los teléfonos para eludir compromisos que interrumpen el descanso en algún paseo.

Sin embargo, en la oficina de la agencia ACAN-EFE, dirigida por un gran colaborador con PL,

Manolo Cabrera, estaba de turno el colega panameño Rafael Candanedo, a quien el azar lo convirtió en testigo de la entrevista.

Norma nos llevó en su auto a la elegante residencia del coronel en la exclusiva barriada de Altos del Golf. Ya en el lugar había un dispositivo militar y numerosos autos con hombres de civil en actitud vigilante.

Dentro de la mansión, en los jardines e interior, había hombres fuertemente armados y también vigilantes. Recuerdo que a la entrada de la vivienda, de dos pisos, una mujer lloraba desconsoladamente.

Nos acomodaron en un salón, con butacas y una de esas mesitas clásicas de centro. Díaz Herrera apareció al rato, en la escalera interior que unía los dos pisos de la residencia.

Es la primera vez que escribo sobre esos acontecimientos y, tantos años después, muchos detalles se escapan. No recuerdo bien cómo empezó la entrevista después de las presentaciones, pero el coronel habló largamente del gurú indio Sai Baba, a quien admiraba profundamente y del cual me regaló cuatro libros.

Después, comenzó sus acusaciones contra Noriega, las más graves de todas, una supuesta conspiración para el asesinato del general Omar Torrijos, otra para fraguar un fraude en las elecciones de 1984 para imponer al candidato oficialista Nicolás Ardito Barletta —a quien luego le torció el brazo para que renunciara, dijo—, la responsabilidad de Noriega en el crimen contra Hugo Spadafora y hasta vínculos con el narcotráfico.

En esencia, confirmó las acusaciones de la opositora Democracia Cristiana y los gremios empresariales contra Noriega y lo que llamaban «dictadura militar».

Sobre las siete de la noche, me consultó si no tenía inconvenientes en que participaran periodistas del opositor diario La Prensa, tenaz enemigo de Noriega y el régimen.

No tenía inconvenientes, sino la decisión de marcharme, cuando aparecieron los colegas del periódico. Uno de ellos me tomó numerosas fotos, varias en una especie de reto en un pulso con los brazos con el coronel.

Norma se excusó de regresarnos y le propuse al colega Candanedo irnos en un taxi, lo que hicimos tras una despedida nerviosa y tensa.

Al asomarnos a la salida, un taxi partió con rapidez a ofrecernos servicio. Casi pareció que nos esperaba. El chofer, con la gracia natural y locuacidad de los panameños, de inmediato comenzó a indagar qué pasaba dentro de la mansión. Desvié la conversación hacia otros temas y le ofrecí un cigarrillo, tras encender uno, y el impacto de aspirar el humo, lo neutralizó. Era uno de los célebres Populares que los cubanos llamamos «rompepechos».

Por razones lógicas de seguridad, Rafaelito Candanedo me pidió lo acompañara durante un tiempo prudencial en la redacción de su agencia.

Cuando Rafaelito terminó su trabajo y estaba más tranquilo, regresé a la casa, caminando a toda prisa los más de 200 metros de distancia entre una y otra por una calle mal iluminada del barrio El Cangrejo.

Tras aliviar la ansiedad de mi esposa, Marianela Pérez, y nuestros dos pequeños hijos, Yanelly y Pavel, me dediqué rápidamente a reproducir dos copias de los casetes de 60 minutos donde estaban las graves acusaciones del coronel Díaz Herrera.

Poco después sonó el teléfono. Del otro lado, estaba la voz grave de Danilo Caballero, director de la Radio Nacional. «El general pregunta si puedes facilitarle la grabación de la entrevista», dijo, después de escuetos saludos. No se habla mucho en esas tensas situaciones. Respondí que sí, que lo haría con gusto, aunque no recuerdo las palabras exactas.

En 15 minutos Danilo, un gran amigo ya, estaba frente a la casa. Bajé los tres pisos hasta la entrada del edificio y le entregué los casetes y sin muchas palabras partió tan rápido como vino.

Esa noche saqué otra copia a los casetes y me puse a transcribir y enviar despachos extensos a la oficina central en La Habana.

Sobre las cuatro de la madrugada, le pedí a mi esposa que fuera a comprar los periódicos a un puestecito de la Vía Argentina, frente a la placita conocida como La Cabeza de Einstein. Nunca dudé que lo haría, caminar a esa hora hasta ese lugar y regresar con los diarios. Me contó que casi sufrió un desmayo al ver los titulares y una enorme foto mía con Díaz Herrera en la portada del matutino La Prensa. Así lo hicieron durante los días siguientes. El diario Crítica, un popular tabloide oficialista, también publicó, con grandes titulares de portada, la transcripción de las afirmaciones de Díaz Herrera.

La situación del país cambió radicalmente. Siguió más de tres años de una grave crisis política y económica, prolongados paros empresariales, constantes marchas de la Cruzada Civilista Nacional, fundada por la empresa privada tres días después de las declaraciones del coronel, cierres bancarios durante meses, elecciones anuladas, y una desestabilización apoyada por Estados Unidos, que ya preparaba su criminal invasión a un país donde tenía en bases a miles de soldados.

En esas circunstancias, el ritmo incontrolable de los acontecimientos no deja espacios a la creación de archivos para la historia. Al recordar la crisis para este libro, no dudo haber hecho lo correcto aquel 6 de junio.

Buscar pretextos para eludir el trabajo, por temor a consecuencias no deseadas, puede privar de informes exactos sobre temas delicados.

También, como síntoma de debilidad y hasta cobardía. Nada de eso está en la historia de Prensa Latina.

Momentos de la guerra sucia de Estados Unidos en Nicaragua

Por Pedro Rioseco

Como era frecuente en Nicaragua en esos días de 1987, a causa del enfrentamiento del Ejército Popular Sandinista (EPS) a la ofensiva desatada desde Honduras por fuerzas de «la contra», el repiquetear del teléfono rompió la tranquilidad de la madrugada.

El anuncio telefónico movilizó a la corresponsalía de Prensa Latina en Managua para desplazarse de inmediato a la base aérea capitalina y abordar un helicóptero militar hasta un sector fronterizo con Honduras, donde un fuerte combate el día anterior ocasionó numerosas bajas a los contras.

Trasladarse en auto desde el sector de la casa-oficina hasta el extremo norte de la capital, en medio de una ciudad oscura donde era necesario cumplir ciertas medidas de seguridad para evitar incidentes peligrosos o al menos desagradables, fue el mejor remedio para despertar del todo.

Al llegar a la base aérea, cumplidos todos los controles de acceso a una instalación militar en un país en guerra, llegamos a un salón donde ya estaban algunos corresponsales invitados a este vuelo entre los más de un centenar que reportaban el conflicto desde el país para disímiles medios de prensa.

Las luces del día nos sorprendieron en la espera de una definición de la ruta que seguiría el helicóptero con los periodistas y los dos de escolta, en dependencia de las informaciones sobre la ubicación de tropas de la contra en el territorio y en previsión de un ataque con las peligrosas «flechas» (misiles personales tierra-aire).

Al abordar el helicóptero ruso bimotor de transporte de la Fuerza Aérea Sandinista, con el equipamiento de misiles y ametralladoras que lo hizo tan temido por las tropas contras, nos acomodamos apretados en bancos a ambos lados de la nave respetando el espacio central sin saber hasta entonces cuál era su objetivo.

Con el típico desenfado nica, los tripulantes aclararon el misterio. Al tener que sobrevolar zonas de combate y otras cercanas adonde se localizaron el día anterior concentraciones de tropas de la contra, el centro era para poner a los muertos o heridos de nosotros si sus balas perforaban el piso o las paredes laterales de la nave.

¡Y que nadie se pare o nos caemos todos!, advirtió el capitán que comandaba la misión, mientras en las puertas abiertas se acomodaban soldados con ametralladoras preparadas para contestar un eventual ataque desde tierra.

Las casi tres horas de vuelo en posición de combate, con la nariz ligeramente inclinada hacia abajo, nos permitió apreciar la belleza de los bosques de Nicaragua, los mismos donde el 5 de octubre del año anterior fue derribado un avión táctico de transporte C-123K de Estados Unidos, y capturado el piloto norteamericano Eugene Hasenfus.

Este derribo y la captura en Nicaragua de un piloto estadounidense, a cuyo lugar en medio de

un espeso bosque pudimos llegar un pequeño grupo de periodistas, demostró al mundo la complicidad del Gobierno de Washington en el abastecimiento por 100 millones de dólares a las fuerzas contrarrevolucionarias con bases en Honduras, pero ese es otro relato.

El sordo ruido de los motores de los MI-17 se unió al torbellino de arena que levantaron en su descenso en un pequeño claro a orillas de uno de los numerosos afluentes del río Coco, el segundo más largo de Centroamérica con 550 kilómetros y que delimita parte de los 966 kilómetros de la extensa frontera norte de Nicaragua con Honduras.

Desde las ventanillas de la aeronave, pese al polvo del aterrizaje, podían verse numerosos cadáveres resultantes del combate de la noche anterior y alrededor un fuerte dispositivo de jóvenes combatientes sandinistas listos para repeler cualquier nuevo ataque desde el otro lado del poco caudaloso río.

Un improvisado puesto de mando bajo unos árboles sirvió para entrevistar a jefes y combatientes de este episodio bélico, que solo se diferenciaba por su magnitud de los ocurridos a diario durante casi una década en una guerra dirigida y financiada por Washington que recibió la condena de la Corte Internacional de Justicia de La Haya.

La constante presencia para los periodistas del fallo emitido el 27 de junio de 1986, que obligaba a Estados Unidos a pagar una millonaria indemnización por daños físicos superiores a los 17 mil millones de dólares y más de 38 mil muertos, nos la recordaron con crudeza los cadáveres alineados en la arena.

El histórico fallo, emitido luego de dos años de presentado el reclamo a la Corte por el Gobierno sandinista, fue desconocido sistemáticamente por las autoridades de Washington, que nunca pagaron un centavo y ni siquiera se disculparon por el baño de sangre impuesto a Nicaragua en su guerra sucia.

Antes de caer la tarde los tres helicópteros militares levantaron vuelo de retorno a Managua, llevando junto a los periodistas a tres jóvenes «compas» heridos en combate que requerían atención hospitalaria especializada y con cuyos testimonios, limitados por su afectado estado físico, completamos el relato.

De regreso a la capital nos esperaba el viejo teletipo de cinta perforada, seguir atentos a la interminable labor de la impresora de rollo de papel para ver el «rebote» de la nota publicada y luego reponer, ya en la noche, el almuerzo ausente para esperar en cualquier momento un próximo timbrazo que anunciara otra nueva carrera detrás de la noticia.

Desde El Salvador en guerra reporta Prensa Latina

Por Pedro Rioseco

Como cada vez que Prensa Latina ingresaba a El Salvador durante la prolongada guerra contra el Frente F arabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN), la jefatura de la inteligencia castrense era quien decidía otorgarle la credencial temporal para poder realizar su labor.

Concebido para intimidar, el proceso de acreditación por los militares chocaba con la visa permanente para PL obtenida durante el anterior Gobierno de José Napoleón Duarte, mediante una apuesta ganada con su vicepresidente, Rodolfo Castillo Claramount, quien dijo que si nuestra agencia publicaba sus declaraciones nos la daría, y con el respaldo de la prensa acreditada.

Este viaje, uno de los 12 que realizamos al más pequeño país centroamericano, tenía como objetivo entrevistar a candidatos a las elecciones presidenciales del 19 de marzo de 1989, pero en especial a Guillermo Ungo y a Rubén Zamora, líderes del Frente Democrático Revolucionario (FDR), coalición política de izquierda fundada en 1980 con la integración del Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y otras 19 organizaciones.

Con vistas a las elecciones de 1989, el FDR dio origen desde el año anterior a la coalición Convergencia Democrática para disputarle el poder a la Alianza Republicana Nacionalista (Arena), la cual, al resultar ganador de esos comicios su candidato Alfredo Cristiani, inició una etapa que duraría 20 años con ese partido derechista en el Gobierno.

Desde la corresponsalía de Managua, Nicaragua, donde radicaba en la segunda mitad de la década de los 80 el centro de atención de PL para El Salvador, Honduras y Guatemala, y como era costumbre de todos los representantes de medios internacionales, alertamos por teléfono del vuelo y la hora de llegada en la noche a la directiva de la Asociación de Corresponsales Extranjeros en San Salvador, como precaución ante un eventual secuestro o detención.

El aeropuerto internacional de Comalapa está ubicado a 50 kilómetros al sur de la capital salvadoreña, y en esa época la carretera de dos vías constituía el segundo obstáculo a salvar, luego de lograr pasar el control de las autoridades migratorias y militares que controlaban el ingreso al país, especialmente riguroso para los periodistas.

¡Cubano!, era siempre la exclamación de los oficiales de migración cuando veían nuestro pasaporte, seguida del acostumbrado pase a un solitario cuarto en espera del jefe, quien nos hacía cada vez las mismas preguntas sobre el motivo del viaje y solo ponía el esperado cuño de ingreso cuando le mostrábamos la visa autorizada por la presidencia de la República.

En el sector norte de San Salvador, el hotel Camino Real se había convertido en el cuartel general de toda la prensa internacional y hasta allí llegaban con frecuencia los miembros del FDR, y en una de sus habitaciones entrevistamos a Ungo, sin dudas uno de los precursores del triunfo electoral del FMLN, secretario general del (MNR) de El Salvador y máximo dirigente de la posterior Convergencia Democrática.

La labor de Ungo (muerto por una embolia cerebral en febrero de 1991 en México) ya en esa época lo convertía en el líder opositor más destacado de su país, concentrado en impulsar una verdadera democratización de El Salvador mediante una solución política negociada, en la cual debían participar no solo el FMLN y las Fuerzas Armadas, sino el conjunto de la sociedad civil y los partidos políticos.

Durante ese viaje entrevistamos también para Prensa Latina a Héctor Oquelí, dirigente del MNR y segundo de Ungo en Convergencia Democrática, quien fuera posteriormente asesinado por grupos paramilitares en enero de 1990, cuando se dirigía al aeropuerto de Ciudad de Guatemala de regreso a San Salvador.

Los contactos con los dirigentes opositores al Gobierno y del llamado brazo político del guerrillero FMLN se realizaban con frecuencia en el citado hotel, donde se albergaban y transmitían a sus medios por télex o teléfono decenas de corresponsales de medios extranjeros, y por una especie de pacto no escrito tanto las Fuerzas Armadas como los grupos paramilitares evitaban cualquier hecho violento.

Sin embargo, a una docena de cuadras, en dirección a la Universidad de San Salvador, los paramilitares habían convertido un popular centro de venta de «pupusas» (tortillas de maíz rellenas con queso o chicharrón de cerdo) en un lugar habitual de reunión, lo cual desconocíamos y nos enteramos por la cara de susto de otros colegas al comentar el sabor de ese plato al regreso de entrevistar a dirigentes estudiantiles universitarios.

La resistencia popular en la capital y otras ciudades era visible en las frecuentes manifestaciones de distintos sectores, pero la represión hacia sus dirigentes y personalidades de izquierda provocó duras reacciones internacionales luego del asesinato de monseñor Oscar Arnulfo Romero durante una homilía en marzo de 1980 y el de seis sacerdotes jesuitas durante el Gobierno de Alfredo Cristiani.

Ocho personas, seis de ellos sacerdotes, fueron asesinadas el 16 de noviembre de 1989 en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (UCA) de esa capital por un pelotón del batallón Atlacatl de la Fuerza Armada de El Salvador, el cual dejó señales y pruebas falsas, simulando que los crímenes habían sido cometidos por la guerrilla.

Con apretada agenda al no tener una presencia permanente en el país, siempre Prensa Latina se esforzó por reflejar al mundo con objetividad las posiciones de las fuerzas progresistas en un contexto convulsionado por la guerra interna y las contradicciones dentro de la coalición gobernante de un sector que no compartía las masacres y los crímenes selectivos de opositores por la ultraderecha salvadoreña.

En este entorno se iniciaron en mayo de 1986 las negociaciones llamadas de Esquipulas (ciudad guatemalteca donde se produjo la primera cumbre de presidentes centroamericanos para resolver los conflictos militares en la región), a partir de los puntos trabajados por el llamado Grupo de Contadora desde 1983 hasta 1985.

Prensa Latina estuvo en todas las cumbres del proceso de Esquipulas en diferentes países hasta concluir en México, en enero de 1992, la firma de los Acuerdos de Paz de Chapultepec, incluyendo la de Costa del Sol en El Salvador, en febrero de 1989.

México: la alborada de los indígenas zapatistas

Por Víctor M. Carriba

1994. Día de año nuevo y en medio de merecidas vacaciones en La Habana tras 12 meses de intenso trabajo como corresponsal jefe en la oficina de Prensa Latina en México. Ese mismo día entraba en vigor el Tratado de Libre Comercio de América del Norte entre Estados Unidos, México y Canadá.

Una llamada telefónica del editor de turno en la central de la agencia cortó de cuajo el asueto, el disfrute con la familia y las anheladas vacaciones. El motivo no era la puesta en práctica de ese acuerdo trilateral. El hecho que acaparó la atención de la prensa mundial fue el levantamiento armado de indígenas en el estado mexicano de Chiapas. Era el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN).

Instrucción precisa de la dirección de Prensa Latina: ante tal acontecimiento —una guerrilla armada en los finales del XX— debía regresar de inmediato al Distrito Federal.

Dos días después, de retorno en la corresponsalía y reservación inmediata de vuelo hacia Tuxtla Gutiérrez (capital chiapaneca). De allí un taxi por los sinuosos cerros y montañas (trayecto de 40 kilómetros que repetiría unas siete veces en menos de tres meses) que conducen a San Cristóbal de las Casas, pequeña urbe que, junto con otros municipios, fue tomada por los sublevados encabezados por el subcomandante Marcos.

Fue el primer contacto con los indígenas armados con escopetas y machetes, y el rostro cubierto con «pasamontañas» en medio de un creciente número de periodistas que llegaban a la hasta ahora apacible ciudad y se apostaban en los alrededores de la diócesis local, encabezada entonces por el obispo Samuel Ruíz, quien desempeñó un papel fundamental en la posterior evolución de los acontecimientos que sacudieron a México y, dos décadas después, todavía están latentes.

La expectativa iba en aumento. El 3 de enero las fuerzas zapatistas capturaron e hicieron prisionero al general de división Absalón Castellanos Domínguez y lo sometieron a juicio por el delito de haber obligado a los indígenas chiapanecos a alzarse en armas al cerrarles toda posibilidad de una solución pacífica a sus problemas.

La conclusión del proceso fue una de las múltiples manifestaciones de la filosofía y actuación indígena, al condenar al militar y exgobernador de Chiapas a «vivir hasta el último de sus días con la pena y la vergüenza de haber recibido el perdón y la bondad de aquellos a quienes tanto tiempo humilló, secuestró, despojó, robó y asesinó».

El alto oficial fue declarado culpable de los delitos de violación de los derechos humanos indígenas, robo, despojo, secuestro, corrupción y asesinato, y condenado a cadena perpetua, «haciendo trabajos manuales en una comunidad indígena de Chiapas y a ganarse de esta forma el pan y medios necesarios para su subsistencia». No obstante, esa pena fue conmutada.

A mediados de febrero, y en uno de los continuos viajes a San Cristóbal de las Casas, fuimos testigos de la liberación de Apsalón, realizada en la localidad de Guadalupe Tepeyac, ante decenas de periodistas que nos adentramos en la profundidad de la inmensa selva Lacandona y pudimos comprobar con ojos propios la miseria y depauperación que sufrían las comunidades indígenas, solo comparable con la que habíamos visto en diferentes lugares del África de los años de 1980.

Resultan inolvidables los encuentros del subcomandante Marcos, siempre sin despegarse de sus inseparables pasamontaña y pipa de fumar, con los enviados de la prensa en el interior de la diócesis de San Cristóbal de las Casas, la apertura y fracaso de las negociaciones con el Gobierno Federal del entonces presidente Carlos Salinas de Gortari y el arranque de un largo proceso que abarcó a todo el país y años después llevó al jefe zapatista hasta la mismísima capital.

Veinte años después, el EZLN permanece, actúa y late.

Guatemala: la otra guerra

Por Julio Fumero

Temor, ira, estupor, reclamo, eran expresiones de las más comunes en Guatemala entre la ciudadanía ante la imparable y sádica violencia imperante.

Era así entonces (y no creo que haya cambiado mucho la situación) cuando me desempeñé como corresponsal de Prensa Latina en ese país centroamericano en un tiempo nada lejano: desde abril de 2009 hasta agosto de 2012.

Porque la violencia en Guatemala en aquellos tiempos dejaba cifras de asesinatos por mes cercanas a las de la época de la guerra interna de más de tres décadas, cuando informes divulgados tras la firma de los acuerdos de paz —en diciembre de 1996— indicaron unas 250 mil víctimas, incluidos los desaparecidos, o una media aproximada de cinco mil 500 por año.

Además, en los llamados años de democracia la proliferación del narcotráfico, el crimen organizado y la corrupción ayuda a mantener la impunidad, la cual en algún momento cercano fue calculada en 98 por ciento de los delitos cometidos.

«¿Será que no podremos salir a la calle, tomar una camioneta (ómnibus) con un mínimo de tranquilidad y tener la garantía de un regreso seguro a casa?», me dijo en cierta ocasión Víctor Paniagua, joven empleado de una tienda de víveres y otros enseres.

Su interrogante resumía el clima de zozobra predominante, principalmente en la capital, ante los hechos violentos, caracterizados en varios casos por un mayor nivel de crudeza en relación con etapas anteriores y, en mi opinión, enraizados entre la delincuencia de manera enfermiza.

¿Por qué Víctor me habló así? Es que él debía atravesar diariamente buena parte de la ciudad para abrir el establecimiento antes del amanecer, trayecto que, confesó, siempre hace en vilo.

Él se movía en autobús, uno de los principales blancos de ataques contra propietarios, conductores y sus ayudantes cuando se niegan a pagar la cuota exigida por las bandas —las habituales extorsiones— so pena de ser asesinados.

O simplemente cuando uno o más forajidos llevan a cabo un atraco entre los pasajeros, víctimas en innumerables ocasiones de balaceras dentro del propio vehículo, sea por enojo del asaltante o por el intento de repelerlo de algún usuario armado.

En Guatemala cualquiera puede portar un arma de fuego con la justificación de la defensa propia ante asaltos o agresiones. Solo hace falta una licencia, aunque una ley limita su posesión a dos por persona, así como la cantidad de municiones.

Proliferan los comercios donde pueden adquirirse pistolas, revólveres y hasta subametralladoras, entre otros artículos. Invariablemente cuentan en sus fachadas con carteles explicativos sobre su oferta: «Armas defensivas y deportivas».

Estos abastecen a quienes de manera legal desean hacerse de una de esas «defensivas» (como si no sirvieran también para la ofensiva), pero apenas es la consabida punta del iceberg.

Debajo de la superficie, y no por ello desconocido, está el inmenso arsenal ilegal controlado por bandas, e incluso de un ciudadano al margen o no de la ley, cuyo poder de fuego muchas veces

es sumamente peligroso.

Tal es el caso de los grupos del narcotráfico, cuyo armamento incluye fusiles de asalto y otros elementos de uso exclusivo de formaciones militares.

Muy extenso sería detallar todas las aristas de esa violencia, que pende por igual sobre, y la ejecutan de la misma manera, hombres, mujeres y hasta niños, la edad es lo de menos.

Pero tal vez con poner algunos ejemplos de hechos concretos acaecidos en aquellos años, de los cuales me enteré por la crónica roja de los medios periodísticos de todo tipo (y alguno que otro por boca de quienes aseguraban haber sido testigos presenciales), pueda tenerse una idea de la magnitud del problema, que no es exclusivo de Guatemala, un país que se disputa con Honduras el liderato mundial por la cantidad de muertes violentas por cada 100 mil habitantes en naciones donde no hay contiendas bélicas, de acuerdo con la ONU.

En una de las avenidas capitalinas más emblemáticas, La Reforma, en el límite mismo de las zonas 9 y 10, esta última comprendida entre las más tranquilas y protegidas, un ómnibus transitaba a una hora de mucha afluencia de público, de las llamadas pico para transeúntes y automotores, cuando hombres armados la emprendieron a balazos contra el chofer, quien quedó muerto al instante.

Las consecuencias pudieron ser mayores, pues en la unidad viajaban unos 50 pasajeros, mas ninguno resultó herido, solo algunos tuvieron crisis de nervios.

Otra en el interior de un transporte de pasajeros, este de rutas cortas entre la principal urbe y localidades de la periferia, cuya ejecutora directa fue una mujer de apenas 19 años, apodada La Paquetona entre la delincuencia.

Siete muertos inmediatos y varios heridos (dos de ellos fallecidos posteriormente) provocó el estallido de una bomba incendiaria en el interior del vehículo, una brutal represalia de los extorsionistas al pensar que la empresa no había desembolsado su cuota.

El artefacto fue detonado, mediante una llamada por un teléfono móvil, por el cabecilla de una pandilla desde la cárcel donde estaba recluido cumpliendo condena por otros delitos.

En esa acción criminal un hombre perdió a la esposa y tres hijos, y por su condición humilde recibió solidariamente una cantidad de dinero para costear el funeral. Pero cuando velaba a sus seres queridos se le acercó alguien para amenazarlo de muerte si no entregaba a la mara lo recaudado. De más está decir que el acongojado esposo y padre tuvo que abandonar después su área de residencia para, por lo menos, tratar de no ser localizado.

«Terror en la carnicería», titulaba un diario para vender su «noticia» sensacionalista sobre el asesinato de una mujer y su hija en el establecimiento donde trabajaban. Alguien les pidió una cantidad de carne y, al pagar, la señora se percató de lo falso del billete entregado, por lo cual le reclamó al cliente, quien, para no ser denunciado, ejecutó a ambas a tiros.

Cuando apenas amanecía, un día se dispararon los «flashes» noticiosos: asesinado cantautor argentino Facundo Cabral.

El afamado artista había dado dos conciertos y se disponía a ir al aeropuerto para salir del país, pero en vez de hacerlo en el transporte del hotel donde se hospedaba aceptó la invitación de un conocido, dicen que empresario de ese mundillo de la farándula, para trasladarse en su auto, seguido de otro donde viajaban sus escoltas permanentes. Craso error el de Cabral.

De acuerdo con pesquisas posteriores, al parecer los negocios del susodicho empresario eran bastante turbios (tal vez ligados al narcotráfico) y los atacantes, desde otro vehículo en marcha, eran sicarios contratados por algún rival para «pasarle» una cuenta pendiente. Resultado: Cabral muerto en minutos y el blanco de la agresión con múltiples heridas, pero vivo.

Nunca olvidaré la frase pronunciada por la conductora de un noticiero televisivo después de informar sobre varios hechos de sangre: «La violencia rebasa los límites de lo tolerable. ¡Hasta cuándo Dios mío!».

Panamá

Iberoamericana 2000: Cumbre de la niñez y planes de muerte

Por Raimundo López

La X Cumbre Iberoamericana, celebrada en Panamá los días 17 y 18 de noviembre de 2000, pasó a la historia por la enérgica denuncia del presidente de Cuba, Fidel Castro, de nuevos planes para asesinarle preparados por las mafias anticubanas que operan en Estados Unidos con absoluta impunidad.

Las revelaciones del líder cubano, quien era el centro de la atención de la prensa acreditada en la cita, una constante que le acompaña a lo largo de su vida, lograron poner tras las rejas a uno de los terroristas más peligrosos de la historia: Luis Posada Carriles.

El impactante éxito de los equipos de seguridad cubanos logró impedir una de las más trágicas masacres de la historia americana y permitir a las autoridades panameñas arrestar a otros tres criminales anticubanos, quienes se aplauden entre sí por asesinar a inocentes.

La Cumbre evidenció una paradoja: mientras los jefes de Estado y Gobierno de los 21 países participantes se disponían a debatir el sensible tema «Unidos por la Niñez y la Adolescencia, Base de la Justicia y la Equidad en el Nuevo Milenio», los terroristas entrenados, financiados y protegidos por Estados Unidos fraguaban sus planes de muerte.

El líder cubano llegó a Ciudad de Panamá arropado por la admiración y el cariño del pueblo istmeño, que no lo tenía en su tierra desde hacía 52 años.

Fidel hizo pública su emoción por retornar a tierras panameñas, donde estuvo «tratando de promover la creación de una organización de estudiantes latinoamericanos».

Al final de su saludo en la loza del aeropuerto, hizo un anuncio que disparó la expectación que siempre genera su presencia admirada: «Más adelante entregaré una breve declaración a la prensa», dijo.

La afirmación de Fidel cambió los planes trazados para la cobertura de la Cumbre por el equipo de Prensa Latina acreditado allí: Rolando de la Rivera, jefe de la Redacción CentroCaribe, Lisset Salgado, periodista, Gabriel Vega, corresponsal en el país, y el autor de este artículo, entonces vicepresidente para la Información.

Así sucedió para el resto de los más de mil 500 periodistas inscritos para reportar la reunión.

Los acontecimientos tienen su lógica propia y sencillamente ocurren, se convierten en noticias, y, como en este caso, tienen un impacto mundial.

La tarde de ese viernes 17, el líder cubano hizo realidad su anuncio, en una concurrida conferencia de prensa en un gran salón del hotel Caesar Park Panamá, frente al centro de convenciones Atlántico-Pacífico (Atlapa), sede de la cumbre.

Y la noticia sacudió la reunión y se repartió por el mundo con la celeridad del fuego sobre un río de gasolina.

En el histórico documento, el líder cubano expuso entre otros aspectos:

«...como en otras ocasiones en que viajo a estas Cumbres, elementos terroristas organizados, financiados y dirigidos desde Estados Unidos por la Fundación Nacional Cubano Americana, que es un instrumento del imperialismo y la extrema derecha de ese país, han sido enviados a Panamá con el propósito de eliminarme físicamente. Ya se encuentran en esta ciudad y han introducido armas y explosivos...

«...en esta reunión (Cumbre) participan numerosas delegaciones y jefes de Estado y de Gobierno y aunque las autoridades de Panamá han trabajado con esmero para garantizar la seguridad de todos, sabemos que los elementos terroristas tienen la idea de disparar o hacer estallar cargas explosivas donde lo estimen útil a sus propósitos, sin importarles en cuál vehículo colectivo viajen los jefes de delegaciones o dónde se encuentren reunidos para alguna de las actividades programadas...

«...El jefe de esos elementos a quien los líderes de la Fundación Cubano-Americana encargaron la misión, es el tristemente célebre Luis Posada Carriles, un hombre cobarde, totalmente carente de escrúpulos, autor de la voladura del avión de Cubana de Aviación al despegar de Barbados con 73 personas a bordo, el 6 de octubre de 1976, mediante la utilización de mercenarios venezolanos...

«...Posada Carriles arribó a Panamá el 5 de noviembre con documentación falsa y sin ningún disfraz. Tiene en Panamá cómplices de su entera confianza en los cuales se apoya...».

La policía panameña actuó con presteza y esa misma tarde arrestó a Posada Carriles y sus cómplices, los criminales a sueldo de las mafias anticubanas radicadas en Estados Unidos Gaspar Eugenio Jiménez Escobedo, Pedro Remón Rodríguez y Guillermo Novo Sampoll.

La jornada memorable del 18 de noviembre de 2000 concluyó con un emotivo acto de solidaridad de miles de panameños con Fidel y la Revolución cubana.

El encuentro tuvo lugar la noche de ese día, en el Paraninfo de la Universidad de Panamá, donde Posada Carriles y sus cómplices planearon colocar poderosas cargas del explosivo conocido como C-4.

La oportuna denuncia del líder cubano puso a salvo al pueblo panameño de una de las matanzas más horribles de la historia americana.

Honduras: la valiente resistencia de un pueblo

Por Raimundo López

La vida puede cambiar de golpe en nuestra profesión de periodista, y pasar, de forma abrupta, del sosiego del hogar, a situaciones extremas de alto riesgo.

La cobertura del golpe militar contra el presidente Manuel Zelaya, el 28 de junio de 2009 en Honduras, uno de los crímenes más atroces contra las democracias latinoamericanas, ilustra con exactitud esa afirmación.

Y ante un hecho tan dramático, es indispensable estar en los escenarios de los acontecimientos porque no se dispone de fuentes seguras para estar al tanto de los sucesos, de los cuales uno tiene que ser testigo sin temor a los riesgos, pues esta es una profesión que no es precisamente para gente sin principios, cobarde y sin honor.

La tranquila noche del 25 de junio de 2009 el entonces presidente de Prensa Latina, Francisco González, me llamó por teléfono a la casa para preguntarme si al día siguiente podía viajar a Honduras para cubrir la consulta en las urnas sobre la posibilidad de hacer una asamblea constituyente.

Por supuesto, era apresurado y lo dejamos para el sábado 27. La mañana del viernes, en los colectivos de redacción que se hacían entonces, González profetizó el golpe e incluso bromeó con la posibilidad de poner mi nombre a alguna redacción en caso de que muriera. La expresión me divirtió, pues amo la aventura y trabajar en situaciones extremas.

Llegué a Tegucigalpa la tarde del sábado, a unas 12 horas del zarpazo de los militares. Personal de la embajada cubana me fue a recibir al aeropuerto e incluso me aconsejó no ir a un hotel, sino que me brindó las condiciones de la sede diplomática, buenas para el alojamiento, conexión a Internet —lo cual es una prioridad— y hasta alimentación.

Esa noche me fue a visitar un colega hondureño, quien me dio detalles de la situación y, providencialmente, me prestó un teléfono celular sin saldo. Revisé un poco de información y envié a la oficina central en La Habana un resumen de lo que se preveía iba a ocurrir —una fiesta democrática— aquel domingo fatídico.

La diferencia de hora con Cuba —dos más—, me ayudó. Me desperté a las cuatro de la madrugada para ver la retransmisión, en el canal 8, del Gobierno, del último acto público con invitados extranjeros del presidente Manuel Zelaya, custodiado a sus espaldas por varios altos oficiales de la policía, en traje de gala.

Ya vestido y tirado aún en la cama, vi pasar la primera denuncia, un cintillo que corría por la parte baja de la pantalla del televisor: ¡Alerta, alerta, han secuestrado al presidente Zelaya!

Me levanté como un muelle liberado de golpe y sin tiempo para abrir la maleta, hice los primeros apuntes en lo que encontré a mano: unas servilletas. Fueron los detalles iniciales, las primeras condenas, entre ellas las del líder campesino Rafael Alegría.

Luego subí al segundo piso, donde había una computadora. Alcancé a pasar dos notas, una breve con carácter de urgente, y un resumen redactado a toda prisa. Poco después los golpistas cortaron Internet.

Fue en la embajada cubana donde conocí a Guido Eguigure y Zulma Somoza, el matrimonio que me acogió —con una fraternidad y cariño que me continúa emocionando, de manera entrañable, al paso de los años— pese a estar la familia de luto, por el sepelio el día anterior de un hermano de Zulma.

Les pedí me indicaran cómo llegar a la sede del Palacio Presidencial, donde ya había una manifestación de protesta de miles de personas, pero Maritza Somoza, una enérgica líder sindical de la ciudad de San Pedro Sula, decidió, sin vacilar, acompañarme.

Su ayuda, en esos momentos cruciales, fue invaluable. Me presentó a decenas de dirigentes populares y funcionarios, a quienes entrevisté, y me brindó una cantidad impresionante de información.

La tarde de ese día fui testigo de un acontecimiento histórico: la fundación del Frente Nacional de Resistencia contra el Golpe de Estado, por decenas de curtidos líderes populares, quienes debatieron durante casi una hora el nombre más adecuado y aprobaron el plan de resistencia antigolpista.

Fue en el restaurante de pupusas —el plato típico salvadoreño— La Cabaña, convertido en sede improvisada del liderazgo de la resistencia.

Alguien que no recuerdo me informó que la protesta iba a continuar el tiempo que fuera necesario. Esa noche decidí correr la misma suerte de los manifestantes, cercados ya por soldados armados para una guerra.

Esa madrugada escribí una crónica sobre la valentía de aquellas personas, su decisión de resistir el golpe hasta las últimas consecuencias, aquel escenario heroico, de cantos de consignas y canciones que se convirtieron luego en himnos de la resistencia, de barricadas incendiadas y custodiadas por decenas de gente de pueblo a las entradas de la avenida Juan Pablo II y sobre niños valerosos que cada cierto tiempo llegaban con mensajes sobre los movimientos de los soldados.

En esas tensas horas de espera del amanecer, tuve la fortuna de conocer al líder de la resistencia, Juan Barahona, un valiente y experimentado líder sindical. Recuerdo que esa noche hablamos mucho y, casi en broma, le pregunté si nos atacaban qué hacía para eludir a los militares, pues no conocía la ciudad. «Vamos a resistir y si no se puede, usted solo encontrará el camino», me respondió y nos reímos, con indiferencia al peligro que nos acechaba.

Y así sucedió. El ataque de los militares ocurrió al mediodía del lunes 29. Cientos de policías antimotines, armados como caballeros medievales, soldados en arreos de combate, fueron lanzados contra la multitud inerme, que resistió, pero no tuvo otra alternativa que replegarse en medio de nubes de gases lacrimógenos y gas pimienta, disparos, y muchos cruelmente apaleados.

Para entonces había conseguido conectarme a la señal inalámbrica de Internet de un hotel cercano e instalado en el portal de un comercio, desde donde pude describir a Prensa Latina en directo la desigual batalla. Cientos de soldados venían detrás, golpeando y apresando a los manifestantes rezagados. Cuando me desalojaron, tanta era mi indignación, que les advertí con

energía, amparado en la credencial de prensa que colgaba de mi cuello, que no se atrevieran a tocarme. Los soldados lo respetaron.

Atravesé como pude la avenida en medio de la refriega, los ojos irritados y la garganta medio cerrada por los gases, y en esas circunstancias recibí la llamada del director González y le describí lo que sucedía.

Abandoné el lugar junto a decenas de jóvenes que resistían el avance de los antimotines con piedras y cuanto objeto encontraban a su paso. Mi principal preocupación, encontrar un lugar desde donde informar al mundo la brutal represión.

Fue el comienzo de la resistencia. Al día siguiente, pasadas las ocho de la mañana, ya había centenares de manifestantes concentrados a unos 150 metros de las barricadas con las cuales las tropas del ejército cerraban el paso. En una hora, eran miles.

Y así fue día tras día, durante meses. La brutalidad no pudo vencer la resistencia pacífica del pueblo.

Fui testigo de represiones atroces, el asesinato el domingo 5 de julio, cuando intentó volver Zelaya, de un joven, cuya cabeza, perforada por una bala de alto calibre, chorreaba pedazos de masa encefálica al ser trasladado a un vehículo. Es una imagen lacerante gravada con fuego en mi memoria.

Relato con detalles estos hechos como un homenaje a los valientes caminantes de la resistencia y a un pueblo que no se amilanó ante la agresión de las Fuerzas Armadas, la Policía, escuadrones de la muerte, de su propio país.

Y también, porque es útil como experiencia para cuando otros colegas se enfrenten a circunstancias excepcionales, de manera sorpresiva, y en las peores condiciones para el trabajo.

Sencillamente, hay que hacer lo correcto

El Caribe más allá del mar que nos une

Cuando los fundadores de Prensa Latina crearon nuestra agencia de noticias el 16 de junio de 1959, la expansión de sus operaciones hacia el Caribe no constituía una prioridad.

Las circunstancias predominantes en aquella época, en una región caracterizada por la fragmentación territorial, la multiplicidad lingüística y diferentes formas de gobierno, impedían que fuera de otra manera.

La misión principal del naciente proyecto comunicacional era construir una alternativa al control ejercido por los monopolios mediáticos de entonces sobre los flujos informativos en América Latina.

La lucha por la supervivencia de la Revolución cubana, atacada despiadadamente por sucesivas administraciones estadounidenses con la complicidad de los Gobiernos latinoamericanos, con excepción de México, era una tarea de primer orden.

La agencia tenía también entre sus objetivos más apremiantes contribuir a la lucha de los pueblos latinoamericanos por alcanzar su segunda y verdadera independencia, cuando la mayoría de las naciones caribeñas, con excepción de Haití y República Dominicana, no había logrado siquiera la primera.

Jamaica, Barbados, Trinidad y Tobago, Guyana, Santa Lucía, San Vicente y las Granadinas, Antigua y Barbuda, San Cristóbal y Nieves, Granada, Dominica, Belice y Bahamas¹, hoy estados independientes, eran colonias británicas y Suriname, holandesa. República Dominicana y Haití estaban gobernadas por férreas dictaduras y Puerto Rico, como hasta ahora, por Estados Unidos.

El mosaico se completaba con más de una decena de otros territorios controlados por Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña y Holanda.

Estas consideraciones geopolíticas explican por qué el Caribe no formaba parte de la estrategia global de crecimiento de Prensa Latina.²

A estos obstáculos se añadían otros, algunos de los cuales aún persisten, derivados de la escasez de recursos humanos, financieros y tecnológicos para superar las barreras de la dispersión geográfica, la pluralidad de idiomas y una frágil infraestructura de transporte y comunicaciones.

Otro factor en contra era la subestimación del Caribe no hispano como fuente de información para el trabajo periodístico, desde la perspectiva de los criterios tradicionales de noticiabilidad impuestos por el modelo de prensa liberal burgués.

Esa falsa percepción de la realidad caribeña se basaba en el desconocimiento de la historia, cultura, idiosincrasia y visiones del mundo de sociedades configuradas por la relación de dependencia con otras metrópolis europeas, pero con sus propios valores e identidades.

Fue así como Prensa Latina concentró su atención en otras regiones más afines con sus intereses estratégicos y coyunturales, sin ignorar el contexto caribeño, especialmente las luchas emancipadoras de haitianos, dominicanos y puertorriqueños.

Con el proceso de descolonización iniciado en la década de 1960 y el creciente despertar de la conciencia nacional de los pueblos del área, el panorama político cambió, sobre todo en el Caribe

anglófono.

En diciembre de 1972 los cuatro grandes: Jamaica, Barbados, Trinidad y Tobago y Guyana establecieron relaciones diplomáticas con Cuba y un año después firmaron el tratado de Chaguaramas, mediante el cual crearon la Comunidad del Caribe (Caricom).

Ambos acontecimientos reflejaron la vocación de unidad de los países de la región y su decisión de asumir la independencia como una necesidad vital.

Los Gobiernos de Jamaica y Guyana, encabezados por Michael Manley y Forbes Burnham, desempeñaron un papel activo en el Movimiento de Países No Alineados y desarrollaron vínculos de amistad, solidaridad y colaboración con Cuba, en diferentes campos. En esos dos países estableció la agencia sus primeras correspondencias en el Caribe, en 1974 y 1976, respectivamente.

A principios de la década de 1980 se abrió otra en Granada, activa hasta su cierre forzoso durante la invasión militar de Estados Unidos a esa pequeña isla en octubre de 1983, y en 2002 la que funciona actualmente en República Dominicana.

A partir de la apertura de PL-Kingston y PL-Georgetown, la realidad del Caribe angloparlante fue más visible en el servicio cablegráfico de la agencia, con la gracia de su gente, sencilla, hospitalaria, divertida, amante de su música, orgullosa de su mundo simbólico, de sus costumbres y tradiciones y de su origen africano.

Procesos electorales, cumbres de jefes de Gobierno, festivales deportivos y culturales, atentados terroristas, desastres causados por fenómenos naturales extremos y el desarrollo de procesos políticos formaron parte, entre otros temas, de la agenda diaria caribeña.

Nunca antes una agencia de noticias de habla hispana prestó tanta atención a esta región y ninguna lo ha hecho tampoco de una manera tan responsable.

La geopolítica del área cambió sustancialmente en las últimas dos décadas con la creación de mecanismos de integración más abarcadores, como la Asociación de Estados del Caribe (AEC), la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac).

El discurso político, por su parte, incorporó para siempre el término «latinoamericano y caribeño» para referirse al conjunto de países ubicado entre el río Bravo y la Patagonia.

Mientras tanto, Prensa Latina continúa realizando la mejor cobertura posible del entorno más próximo a su sede central, consciente de que el Caribe es algo más allá del mar que nos une.

Negativas en el Caribe

Por Félix Olivera

El 2 de noviembre de 1978 fue arrestado y deportado de Santa Lucía el corresponsal de Prensa Latina Godefroid Tchamlesso, cuando realizaba funciones periodísticas en esa isla antillana.

Tchamlesso se desempeñaba como jefe de la corresponsalía en Jamaica y estaba acreditado ante los países del Caribe anglófono desde hacía unos cinco años. Fue arrestado por el cuerpo de seguridad Special Branch, que lo provocaba con insultos, y deportado al día siguiente. De esa forma quedó al descubierto cuál era la situación con las instituciones caribeñas bajo el dominio colonial.

Su arribo a Santa Lucía tuvo lugar el 25 de octubre, en virtud de una invitación del viceprimer ministro George Malet, para entrevistar a varias personalidades que asistirían en diciembre a la proclamación de la independencia de esa isla de Gran Bretaña.

Los gobernantes de Santa Lucía expresaron su desagrado por la presencia del corresponsal en la colonia, a pesar de que cuatro horas antes se le había permitido la entrada al llegar al aeropuerto.

Tchamlesso salió días después hacia Barbados y Dominica para informar de los festejos por la independencia en esta última isla. Su estancia en Dominica corría por invitación del Ministro de Agricultura y Pesquería, Oliver Seraphin, pero le fue denegado el permiso para informar.

Así también el 3 de diciembre de 1984, nuestro corresponsal en el Caribe afrontó una situación similar al llegar a Granada para reportar las anunciadas elecciones en esa nación.

Barbados en la memoria

Por Frank González García

Prensa Latina estableció su oficina en Jamaica en 1974, en medio del proceso de cambios iniciado dos años antes en ese país, con la llegada al Gobierno del Partido Nacional Popular (PNP) encabezado por el entonces primer ministro Michael Manley.

Como jefe de la corresponsalía fue designado el periodista congolés Godefroid Tchamlesso, colaborador del Che en la guerrilla africana, a quien me unía una sincera amistad desde la etapa estudiantil en la escuela de Periodismo de la Universidad de La Habana, donde fuimos compañeros de clase y graduación.

Tcham, como lo llamábamos afectuosamente, frisaba los 40 años y tenía experiencia en asuntos internacionales, dominaba el español, el inglés y el francés, además del swahili, su lengua natal.

Con esas credenciales, se convirtió rápidamente en un conocedor, no solo de Jamaica, sino también del resto del Caribe anglófono, hasta donde se extendía la cobertura de PL- Kingston, con enviados especiales y el seguimiento informativo diario a través del servicio cablegráfico de la agencia de noticias CANA.

En la medida en que el trabajo de la oficina se hizo más intenso, fue necesaria la presencia de un segundo corresponsal, condición en la cual permanecí en la capital jamaicana desde el 25 de noviembre de 1975 hasta el 12 de agosto de 1981.

En la isla se vivía un ambiente de creciente efervescencia política como resultado de las transformaciones sociales impulsadas por las fuerzas progresistas.

Manley y su Gobierno devinieron blanco de ataques de los grupos terroristas de origen cubano, autores de una ola de atentados dinamiteros en varios países de la región.

El 9 de julio de 1976 la terminal aérea internacional Norman Manley fue sacudida por la explosión de una bomba enmascarada en el equipaje de los pasajeros que debían tomar el vuelo CU-455 de Cubana de Aviación con destino a La Habana.

Un retraso imprevisto en el arribo del avión procedente de Barbados evitó que la detonación se produjera tras el despegue de la aeronave en el trayecto hacia la capital cubana.

El estallido de aquel artefacto dinamitero fue el prelude de otro atentado terrorista perpetrado en Barbados el 6 de octubre de ese año, contra un DC-8 de Cubana de Aviación que cubría la misma ruta.

Una explosión a bordo

El trabajo de la corresponsalía transcurría ese día como de costumbre, cuando alrededor de las dos de la tarde conocí a través de un colega jamaicano la caída al mar de la aeronave.

Unas cuatro horas después, partí hacia Bridgetown junto a los compañeros Abdo Soto, consejero comercial de la embajada de Cuba en Jamaica, como funcionario diplomático acreditado ante las autoridades barbadenses, y Raúl Pérez Miyares, representante de Cubana de Aviación en Kingston.

En el vuelo de unas tres horas, especulábamos sobre las causas del desastre, incluyendo un posible acto terrorista.

Tratábamos de imaginarnos la situación en el aeropuerto internacional Grantley Adams, donde nos esperaban funcionarios del Gobierno de Barbados y Eliseo Matos, representante de Cubana en ese país.

Para facilitarme el acceso a la información, Soto me pidió que no revelara de entrada mi condición de periodista y lo dejara presentarme como miembro de la delegación. Así fue que pude subir, junto al resto del grupo, a la torre de control donde escuchamos la grabación con el escalofriante llamado de auxilio del capitán Wilfredo Pérez a las 13:24 hora local: «... Tenemos una explosión a bordo, estamos descendiendo inmediatamente... Tenemos fuego a bordo».

El piloto hacía lo imposible para mantener en el aire al DC- 8 a pesar del boquete abierto en su fuselaje por la detonación. Su propósito era retornar cuanto antes al lugar de donde había partido, hacía unos 10 minutos, con otros 56 cubanos, 11 guyaneses y cinco coreanos.

Las autoridades aeroportuarias autorizaron el aterrizaje y pusieron en marcha los mecanismos de emergencia para situaciones de esa naturaleza. La distancia entre la nave y la pista se acortaba cuando a las 13:25 se produjo otro estallido y el llamado desesperado del copiloto a su jefe, a quien advertía: «...eso es peor, pégate al agua Fello, pégate al agua...».

A partir de ese momento todo esfuerzo fue inútil y el CUT- 1201, fuera de control, empujó bruscamente su nariz como si se negara a aceptar lo inevitable antes de penetrar en las profundidades del mar.

Al menos así me lo contó al día siguiente un salvavidas en la playa Paraíso, próxima al lugar del siniestro, a quien le llamó la atención el avión por el rápido descenso y la estela de humo que emanaba de su fuselaje.

El atentado terrorista conmocionó a los barbadenses quienes, con su proverbial hospitalidad, nos manifestaban constantemente su solidaridad y nos colmaban de atenciones para facilitar nuestro trabajo en momentos de tanta amargura.

La pequeña isla caribeña, conocida mundialmente por sus atractivos como destino turístico, se convirtió súbitamente en el escenario de uno de los crímenes más atroces en la historia de la aeronáutica civil contra un avión comercial en pleno vuelo.

Mientras esto sucedía en Barbados, las autoridades policiales de la vecina Trinidad y Tobago interrogaban a los venezolanos Freddy Lugo y Hernán Ricardo, quienes confesaron ser los autores materiales del hecho cumpliendo órdenes de Luis Posada Carriles y Orlando Bosch Ávila.

Ricardo trabajaba en una agencia privada de seguridad propiedad de Posada en Caracas y Lugo se dedicaba a la fotografía.

Con los vuelos 454 y 455, respectivamente, Cubana de Aviación cubría la ruta de ida y regreso La Habana-Kingston - Bridgetown-Puerto España-Georgetown, con una frecuencia semanal primero y quincenal después.

Aquel 6 de octubre de 1976 el vuelo partió de Georgetown y a las 11:03 arribó a Puerto España, donde los victimarios aguardaban su presa con sendas cargas del explosivo C-4 camufladas en un tubo de pasta dental y en una cámara fotográfica.

Alrededor de una hora después, el CU-455 despegó con rumbo a Barbados. Hernán Ricardo

viajaba con un pasaporte falso a nombre de José Vázquez García y Freddy Lugo lo hacía con el suyo. Ambos se ubicaron en la sección central de la cabina de pasajeros, donde colocaron una de las cargas y la otra en el baño trasero.

Al llegar a Bridgetown se hospedaron en un hotel desde donde llamaron a Caracas para informar a Posada y a Bosch los resultados de la operación. Poco antes de la medianoche abordaron un vuelo de la aerolínea BWIA para regresar a Puerto España, donde fueron arrestados.

Una semana después, Posada y Bosch fueron detenidos en la capital venezolana, donde los cuatro fueron sometidos a un prolongado y tortuoso proceso judicial, en el cual Ricardo y Lugo fueron condenados a 20 años de prisión el 8 de agosto de 1985.

Bosch fue absuelto y puesto en libertad en 1987, a pesar de las evidencias en su contra, y con la complicidad de la mafia cubano-americana y figuras de la ultraderecha política estadounidense se radicó en Miami.

En 1990 el entonces presidente George Bush padre eximió a Bosch de todos los cargos relacionados con el sistema judicial de Estados Unidos y de hecho autorizó su permanencia en ese país, a pesar de su abultado expediente de acciones terroristas dentro y fuera del territorio norteamericano.

Posada escapó de una prisión venezolana el 18 de agosto de 1985 con el apoyo de la Fundación Nacional Cubano-Americana (FNCA), antes del veredicto judicial, y reapareció poco después en El Salvador al servicio del Gobierno de Estados Unidos en el tráfico de drogas para el suministro de armas a la contra nicaragüense.

A partir de ahí continuó su larga historia de acciones terroristas, incluyendo la contratación de mercenarios para la colocación de bombas en instalaciones turísticas cubanas, una de las cuales causó la muerte al turista italiano Fabio Di Celmo.

El 17 de noviembre de 2000 fue detenido en Panamá, junto a otros tres terroristas de origen cubano, cuando se disponía a realizar un atentado con explosivos contra el líder de la Revolución cubana, Fidel Castro, durante su participación en la Cumbre Iberoamericana efectuada en ese país.

Orlando Bosh Ávila falleció en Miami el 27 de abril de 2011 y Luis Posada Carriles reside en esa ciudad floridana, donde disfruta de total impunidad al amparo de las autoridades estadounidenses, a pesar del pedido de extradición del actual Gobierno venezolano.

Haití en tiempos de recuento

Por Héctor Miranda

Me fui a Haití en un vuelo de artistas, poco menos de tres semanas después del terremoto que asoló Puerto Príncipe el 12 de enero de 2010. Y mientras pintores, músicos, bailarines, humoristas y magos encontraban motivos para las charlas animadas, a veces ruidosas, mi cabeza intentaba encontrar el camino de las historias que debía llevar a los lectores.

Una y otra vez recordaba las palabras del vicepresidente la tarde anterior: vete para tu casa para que descanses un par de días, porque el vuelo puede ser en cualquier momento.

El par de días se convirtió en apenas dos horas, porque al llegar a San José de las Lajas supe que me había llamado urgente Luis Enrique. «Ve a Colaboración Médica a vacunarte, que debes estar en el aeropuerto a las cinco de la madrugada. Te vas mañana», me dijo entonces.

Y ya estaba en el avión, camino a Haití, sufriendo no haber repasado todas y cada una de las notas de mi antecesor, y lamentando haber leído *El reino de este mundo*, por última vez, casi dos décadas atrás.

Puerto Príncipe estaba en ruinas. La parte baja de la ciudad, la cercana al mar, parecía haber sido víctima de un intenso bombardeo y apenas algunas casas se mantenían de pie. En el aeropuerto pululaban los militares, la mayoría estadounidenses —que controlaban la salida y llegada de aviones— y hasta el majestuoso Palacio Nacional estaba en ruinas, mientras cientos de miles de personas vagabundeaban por las calles en busca de un sitio donde cobijarse y la ilusión, ya casi perdida, de encontrar a alguno de los suyos con vida.

En Haití todo era difícil, sin excepciones, y encima de eso, llegaba a su capital cuando las historias espeluznantes habían pasado y solo quedaban las calles obstruidas por escombros, los campamentos atestados de desamparados, las enfermedades en auge y la proximidad de la temporada de lluvias, a la cual los haitianos le temían, sobre todo porque conseguir un techo era poco menos que imposible.

Pronto encontré un catre, una casa de campaña a la sombra de una palma real, un lugar donde preparar algo de comer y hasta un sitio desde donde conectarme a Internet, pero no la vía para obtener información, el objetivo principal de mi estancia en aquella capital en ruinas.

Podría cronicar sobre lo que veía cada día en mi peregrinar por Puerto Príncipe, sobre las visitas a los lugares en los cuales los médicos cubanos realizaban un esfuerzo sobrehumano para curar física y mentalmente a los afectados por el terremoto, pero me faltaba la vía para saber quién llegaba al país, con quién se reuniría, si ofrecería o no conferencias de prensa. Aún no circulaban los periódicos y no entendía nada de creole, el idioma de las pocas cadenas radiales que todavía salían al aire.

Aun así cada noche enviaba el famoso overnight, la prueba fehaciente de que uno trabaja, respeta lo que hace y pone a Prensa Latina por delante de todo. Y al otro día, algún otro despacho.

Anduve por los alrededores del Palacio Nacional, me convertí en amigo de guardias brasileños de la Misión de las Naciones Unidas para la Estabilidad en Haití (Minustah), conseguí el teléfono

del jefe de despacho del presidente René Preval, y así supe de la visita de celebridades, jefes de Estado, cancilleres y todo aquel que iba a entrar o salir del país, entre ellos Shakira, cuya presencia destapó el furor entre los capitalinos, al saber que inauguraría una nueva escuela para los niños que perdieron a sus padres.

En Haití viví momentos intensos y tristes. El más triste, tal vez, el de una mañana de mayo, cuando visité un campamento para niños que perdieron su familia como consecuencia del sismo. Eran poco más de 60 y sus edades no iban más allá de los siete años. Una doctora argentina, perteneciente a la brigada Henry Reeve, los vacunaría e invitó a los periodistas cubanos a acompañarla. Todavía recuerdo sus miradas, la necesidad de que alguien los cargara, los tomara de la mano, los sentara sobre sus rodillas. Uno me arrebató una cinta plástica azul que llevaba en la muñeca, recuerdo de mi presencia en un Mundial de Béisbol en Europa. Otro se llevó una similar del Real Madrid, un tercero me quitó la agenda, aquel otro el bolígrafo... y por suerte salvé la cámara y la ropa que llevaba puesta, en tanto todos me llenaron de besos al marcharme con deseos de irme con alguno a Cuba.

Otro día visité las fosas comunes donde enterraron los 300 mil muertos del sismo. Unas zanjas abiertas en las laderas de unas elevaciones a unos pocos kilómetros de la capital, bastante cerca del mar.

Vi las zanjas abandonadas, a medio tapar, los cadáveres cuyos miembros salían por aquí y por allá, a veces de dos o tres personas a la vez, entre un olor acre, que provocaba irritación en las mucosas de la nariz, los ojos y la boca. Todo en medio del más absoluto abandono, en un sitio al cual llegaban cada día decenas de camiones cargados de escombros sin que nadie hiciera nada por evitarlo. Y sin que autoridad alguna se encargara de establecer límites en aquel sitio donde reposaban los cuerpos de miles de hijos de aquella tierra que un día fue rica y pródiga y luego se convirtió en el país más árido y agreste del hemisferio. Días después, las botas negras que llevé perdieron su color y tomaron un tono gris, consecuencia, según algunos, de la descomposición de los cadáveres del terremoto.

Otra vez, luego de peregrinar por varios departamentos y villas de Haití, tenía ante mí —teníamos los periodistas— la disyuntiva de quedarnos una noche más entre los mosquitos infernales de Cabo Haitiano o volver a nuestros catres y casas de campaña de Puerto Príncipe. En dos días apenas habíamos dormido y en la mañana visitamos las ruinas del Palacio de Sans Souci y la imponente fortaleza de La Citadelle. Entre una cosa y otra nos agarró la tarde y regresar a la capital se antojaba peligroso, sobre todo porque había que pasar por Citté Soleil, tal vez la más pobre o la más marginal entre todas las ciudadelas de su tipo en el mundo.

El chofer, un cubano de apellido Piloto, hizo honor al mismo durante todo el trayecto, ocasión en que hablamos de infinidad de temas para evitar que se durmiera, hasta que, justo frente a Citté Soleil y mientras el resto dormía, un auto se atravesó en el camino y tres personas salieron amenazantes a nuestro encuentro.

Me vi sin cámara fotográfica, laptop, grabadora, incluso sin ropa y sin carro y hasta sentí la caricia fría de una pistola en las sienes o la nuca, cuando Piloto tuvo una idea genial: encendió la luz del auto en que viajábamos y uno de los presuntos asaltantes vio una bandera cubana en el interior. En una jerga extraña que me sonó al más puro español dijo algo así: «Médicos

cubanos...sigan. Perdonen por importunarlos». Y aquella noche disfruté como nunca el sueño.

De Haití me traje aquellos recuerdos y un correo del entonces presidente de Prensa Latina, quien me incluyó un mensaje que el periodista español Sergio Berrocal le hizo llegar durante mi estancia en Puerto Príncipe:

Héctor: Ante todo un saludo afectuoso y mi reconocimiento por el muy buen trabajo que realizas junto al sufrido pueblo haitiano. Además de saludarte y transmitirte el reconocimiento de la dirección de la agencia, quería hacerte llegar un mensaje que recibí del colega español Sergio Berrocal, el cual se explica por sí solo. Que lo disfrutes.

Un abrazo fraterno,

Frank González

Querido Frank,

Hace una eternidad que la prensa mundial ha olvidado Haití, cosa natural y racional en un sistema periodístico que considera que el gato se come al ratón y no sé qué más, que una noticia liquida la anterior.

Hace un tiempo que vengo admirando vuestra labor para que ese país donde la miseria es una marca registrada no se olvide del todo.

Entro en PL y lo primero que miro, en portada, es vuestro reportaje sobre Haití. Porque todos los días hay uno. Como si la tierra siguiera temblando, como si la muerte continuase manifestándose en los fotogénicos escombros.

Te doy la lata para que le transmitas a Héctor Miranda una admiración que cada día en mí es más escasa por lo gastada que está. ¿Cómo este hombre consigue sacarme todos los días un poema sobre la necesidad de no olvidar? Felicítalo cordialmente de mi parte. Y que Jesús siga guiando su pluma. Creo que tú estarás orgulloso de tener periodistas de este temple.

Un abrazo, sb

Prensa Latina desde las entrañas del monstruo

Al mirar la historia de Prensa Latina en Estados Unidos, es lógico pensar que la misión de nuestra agencia en esa nación siempre ha sido difícil y riesgosa por tratarse de un medio de prensa vinculado a un país que el Gobierno norteamericano considera enemigo.

Informar sobre la realidad estadounidense desde las entrañas del monstruo con un enfoque latinoamericano ha hecho pagar a PL y sus trabajadores un precio alto desde un inicio, cuando nuestra representación se desempeñaba en Nueva York como una corresponsalía que cubría todo ese país.

Personal detenido, ataques contra su oficina, barreras diplomáticas y hasta la aplicación de las leyes del bloqueo contra Cuba figuran en los obstáculos vencidos y todavía afrontados por Prensa Latina para cumplir su misión en Estados Unidos.

La política anticubana promovida por el Gobierno anfitrión tuvo su mayor expresión en ese país, que acogió a individuos y grupos hostiles a la Revolución cubana responsables de atentados y acciones contra cuanto estuviera vinculado al país caribeño.

PL ha tenido dos etapas en territorio estadounidense. La mencionada oficina en Nueva York siguió su labor, pero restringida a la cobertura de los acontecimientos en la sede de las Naciones Unidas, que se mantiene hasta el presente. A ello se suma el trabajo de enviados especiales a eventos específicos, misión que en varios casos resultó imposible al negárseles la visa.

En la ONU, Prensa Latina ha desempeñado el papel de difusora no solo de las causas latinoamericanas y caribeñas, sino también de las aspiraciones, denuncias y reclamos del resto del Tercer Mundo, con lo cual ha roto el silencio impuesto sobre esos temas por los grandes medios de comunicación, incluidos los del país sede de la organización. Ha sido asimismo un testigo de excepción del proceso de descolonización, del que

Puerto Rico, las Islas Malvinas y el Sahara Occidental siguen siendo una materia pendiente.

La presencia de nuestra agencia en Norteamérica también tuvo un capítulo canadiense, nada comparable en hostilidad con el vecino, aunque también fue testigo de riesgos y peligros, como podrá leerse en relatos de este libro.

A pesar de todas esas dificultades, el personal de PL siempre ha cumplido su misión informativa, consciente de que, al igual que en el pasado desde la corresponsalía en Nueva York, hoy representa a uno de los pocos medios de prensa tercer- mundista en la sede de la organización mundial.

Siento que camino sobre una cuerda floja

/

Por Ángel Boán

A fines de abril de 1960, en San Francisco, California, los personeros de importantes periódicos de América, miembros de la SIP, asistían a una reunión y muchos intentaron entrevistar a Caryl Chessman, condenado a muerte por asesinato y en vísperas de ser ejecutado, luego de siete suspensiones, pero el reo los rechazó.

Chessman había acudido a las siete citas con la muerte en la cámara de gas de la prisión de San Quintín y luego de sentarlo, cruelmente, por esas cosas de la «justicia» norteamericana, suspendían la ejecución.

El reo de la celda 2455, devenido escritor de dos libros, accedió sin embargo, a ser entrevistado por el periodista Ángel Boán Acosta, jefe de corresponsales de Prensa Latina en Nueva York, dos días antes de su última visita a la cámara mortífera, y el diálogo fue así:

A pocas horas de trasponer la pesada puerta de hierro de la cámara de gas de la prisión de San Quintín, Caryl Chessman ofrecía hoy la sensación de hallarse frente al peor minuto de su larga vida de condenado a muerte.

El famoso prisionero de la celda 2455 del presidio de San Quintín respondió, en las primeras horas de la mañana, siete preguntas que le fueron formuladas por el corresponsal de Prensa Latina.

El diálogo entre el periodista y el reo fue rápido y lacónico puesto que la situación para Chessman es grave. La Corte Suprema se ha negado a recomendar al gobernador Brown la conmutación de la pena de muerte, y este aduce que la Constitución del estado le prohíbe tomar iniciativa alguna en tal sentido sin esa recomendación.

Si no acontece algún imponderable, el recluso, que se convirtió en famoso escritor dentro de los muros de la prisión, se sentará en la fatídica silla verde de la cámara de gas letal, el lunes 2 de mayo a las 10 de la mañana.

He aquí las siete preguntas formuladas a Chessman por el corresponsal de Prensa Latina, y sus respuestas.

—¿Piensa salvarse?

—No quiero morir.

—¿Se declararía culpable para salvar la vida?

—Soy inocente.

—¿Cómo se siente a 48 horas de la muerte?

—Como si caminara sobre una cuerda floja.

—¿Cree que el gobernador Brown ha hecho todo lo posible por ayudarlo?

—Eso habrá que preguntárselo al gobernador.

—¿Confía en que algo sobrenatural intervenga a su favor?

—No creo en nada sobrenatural.

—¿Quiere declarar algo especial para América Latina?

—Agradecer su extraordinaria ayuda.

—¿Qué opina de la justicia norteamericana?

—El último libro que escribí —El rostro de la justicia— contiene mi opinión al respecto, léalo.

Solidaridad puertorriqueña

Por Francisco B. Portela

Aquel 10 de diciembre de 1961 aparecieron en las oficinas de Prensa Latina en Nueva York, en el oncenno piso del rascacielos situado en la esquina de la Quinta Avenida y la calle 47, tres típicos gigantones del Buró Federal de Investigaciones (FBI) para llevarme preso.

Era la reacción definitiva de la Fiscalía General de los Estados Unidos —entonces regentada por Robert Kennedy— a nuestra negativa de registrarnos personalmente como agentes de un Gobierno extranjero, y de no inscribir tampoco como tal a la propia agencia Prensa Latina, que yo representaba. La Fiscalía General —que en la Unión norteamericana corresponde a lo que en América Latina se conoce como secretaría de Justicia— ya lo había exigido en dos cartas previas que habían sido respondidas negativamente por nuestra parte.

Me sacaron esposado de la oficina, sin haberme permitido comunicarme con mi compañera, ni tampoco con nuestro abogado. Primero me llevaron a la central del FBI en Nueva York, donde me interrogaron.

—¿Por qué las informaciones que ustedes transmiten a Cuba son siempre contrarias a los intereses del Gobierno de Estados Unidos?, me preguntaron entre otras muchas cosas, con mal intencionada ingenuidad.

—Nuestras informaciones las extraemos de fuentes oficiales y de la propia prensa norteamericana, contestamos con la misma aparente inocencia.

Una vez que nos tomaron las huellas digitales y nos fotografiaron con el clásico cartelito con el número que nos había de identificar para siempre en los archivos de la «benemérita» institución, nos trasladaron al edificio de los tribunales sito en Foley Square, en el bajo Manhattan, donde nos instruirían de cargos y el entonces fiscal de distrito Robert Morgenthau, exi-

giría se nos pusiese una fianza de 15 mil dólares «para evitar que me escapase».

Esposado de nuevo, en unión de delincuentes comunes, me trasladaron de allí a la cárcel federal neoyorquina.

El tercer piso del edificio me dio la impresión de que me encontraba en el tradicional acto de las fiestas del circo Ringling Brothers, con las tres pistas con jaulas y en su interior «los animales». A mí me encerraron en un cubículo con dos compartimentos. El que me tocó al lado estaba vacío. En el centro de la inmensa nave había un enrejado o jaula enorme lleno de «fieras» (léase delincuentes comunes).

Atrás y distante de donde me hallaba se veía otra gran jaula. Luego supe que era un salón para ver programas de televisión y escuchar la radio. Pero solo los delincuentes comunes gozaban de ese privilegio. Como preso «político» no podía salir de mi jaula, y si necesitaba ir al baño tenía que esperar que nos acompañara un custodio. ¿Es que éramos tan peligrosos?

Cuando llegamos a la cárcel, después de habernos puesto la ropa de los reclusos, nos negamos a ingerir alimentos. A la mañana siguiente nos trajeron lo que dijeron que era el desayuno: una

enorme taza bola con un cocimiento que pretendía ser café y unas tostadas gruesas y duras como un palo. Me negué a aceptar aquel condumio. El guardián de turno, al verlo, me increpó «¿por qué no desayuna? Y con cinismo que provocaba la risa me espetó sentenciosamente: «¡No sabe que mientras usted se niega a desayunar hay millares de millares de personas en el mundo que no tienen qué comer!».

Segundos después volvió a la carga y me preguntó: «¿Es usted comunista? Estamos esperando algunos líderes del Partido».

Comprendí entonces lo del compartimiento vacío aledaño al mío.

A media mañana sucedió algo inesperado, y a la vez revelador, de que no estábamos solos en aquella ergástula.

Un jovencito se acercó a mi jaula y se dirigió a mí en español.

—¿Tu eres Portela? Anoche escuchamos por radio que te habían arrestado. Ahora nos enteramos que te habían traído aquí. ¿No te han dado periódicos?

En esos momentos un grupo de los delincuentes comunes me hacía señas y me mostraban desde la otra jaula un ejemplar del Daily News con mi retrato. ¡Me habían identificado!

—¿No tienes cigarros? —me preguntó el simpático interlocutor. —¿Tampoco cepillo ni pasta de dientes? Te lo traeremos.

Y se explicó: Yo no soy «residente» de aquí. Me han traído para iniciarme una nueva causa en Nueva York. Soy residente de Leavensworth, de Kansas, donde están Lolita, Collazo y los demás compatriotas míos. Allí ya sabíamos de tu trabajo en Nueva York. Por eso es que he venido para ofrecerte ayuda mientras estés aquí.

(Durante mis años de labor en el periódico La Prensa, de Nueva York, tuve contacto frecuente con los nacionalistas de don Pedro Albizu Campos y otros grupos independentistas puertorriqueños).

Desde ese momento pude leer las informaciones sobre mi arresto, aunque nada sobre mi esposa e hija, ni tampoco de la suerte de nuestra oficina. ¿La habrían clausurado? ¿Qué habría pasado con los compañeros que allí trabajaban? Y, ¿de mi abogado, qué?

No fue sino hasta el domingo que permitieron que me visitaran mi compañera, mi hija y mi abogado. Con mi hija envié un mensaje —mediante gesticulaciones bucales— a un gran amigo peruano que a la sazón se hallaba en Montreal, en calidad de diplomático ante la Organización de Aviación Civil Internacional (OACI). Con el abogado envié instrucciones para que se pagara la fianza solicitada por el fiscal y gozar de libertad provisional hasta el día del juicio.

El martes por la mañana se apareció el puertorriqueño anunciándome que me llamarían por los altoparlantes. De inmediato subieron ocho del grupo de puertorriqueños que «me habían atendido» y se colocaron en fila para despedirme... ante la mirada de asombro del guardián, que pensaría que «yo significaba algo para la causa».

¡Nunca he olvidado aquel gesto de solidaridad!

Agresión en Nueva York

Por Félix Olivera

El 27 de abril de 1962 las oficinas de PL en Nueva York fueron blanco de una brutal agresión perpetrada por siete contrarrevolucionarios cubanos armados de pistolas, que después de atar a los cuatro empleados que se encontraban laborando, los golpearon salvajemente, procediendo luego a destrozarse la correspondencia.

Dos de los trabajadores de PL, Alfonso Villacorta y otro de apellido Steiner, tuvieron que ser hospitalizados a consecuencia de la golpiza. El hecho se produjo pocos días después de que el correspondiente-jefe de la agencia, Francisco V. Portela, fuera sometido a juicio en los términos de la ley fascista McCarran, atentatoria de la libertad de expresión y asociación.

Portela relató que, dos semanas antes, el capitán del distrito policiaco correspondiente le comunicó a través de un agente, su conocimiento de que la oficina sería atacada por contrarrevolucionarios de origen cubano, por lo que le pedía avisara «si veía algo extraño».

Asimismo, Portela hizo saber al oficial de la policía que era su obligación evitar la agresión anunciada, y esta la única solución preventiva que sugirió fue la contratación de detectives privados, lo que costaba tres dólares la hora. Debe agregarse que la custodia del local era necesaria las 24 horas del día.

El servicio de custodia se contrató, pero por su inestabilidad fue necesario suprimirlo a los pocos días y el 27 de abril se produjo la agresión con destrozos del material de archivo y otros documentos, lesiones al personal que laboraba en las oficinas y sustracción de un tarjetero elaborado por Portela, que al parecer se lo llevó la policía al personarse en el lugar, porque los asaltantes huyeron sin llevarse nada.

Una hazaña inolvidable

Por Frank Guiral

En su algo más de medio siglo de existencia, Prensa Latina se ha destacado por cumplir tareas que superan en ocasiones cualquier cálculo inicial, ya sea por el resultado alcanzado o por las dificultades encontradas durante la cobertura informativa.

Una de ellas, que no dudo en darle el calificativo de hazaña, fue realizada en conjunto por la redacción deportiva, el departamento de comunicaciones y la oficina de Nueva York.

El hecho ocurrió en 1965, cuando el entonces comisionado de ajedrez de Cuba, José Luis Barreras, sacó del ostracismo al GM Robert Fischer, de Estados Unidos, y lo llevó a la nómina del IV Torneo Internacional Capablanca in Memoriam.

Fischer no fue autorizado por el Departamento de Estado para viajar a La Habana y jugó por teletipo desde el Marshall Chess Club de Nueva York, sirviendo de enlace las comunicaciones de la agencia Prensa Latina, llevadas hasta el Salón de Embajadores del Habana Libre, escenario del evento.

Hoy es algo que quedó para la historia, pero ninguno de los protagonistas olvidó jamás los obstáculos a vencer, desde la propia conexión de las comunicaciones, hasta la elaboración de un reglamento especial para los movimientos de las piezas y el horario consumido por cada contrincante.

Vale la pena recordar que se habían efectuado partidas por teléfono, cable o correspondencia, pero nunca dentro de un evento internacional de primer nivel como el Capablanca in Memoriam.

José Luis Barreras tuvo que «inventar» un reglamento especial para un torneo internacional con esas características, «negociar» con los directivos de la Federación Internacional de Ajedrez, en particular su presidente, Folke Rogard, mantener estrecho contacto con la dirección de Prensa Latina y recibir especial ayuda de Ricardo Agacino, Severo Nieto y Francisco

V. Portela, nuestro corresponsal en Nueva York, junto con técnicos de teletipos.

Durante meses, las negociaciones recibieron una amplia divulgación por la prensa internacional, y el torneo como tal fue noticia de primera plana, tanto por el retorno de Fischer a las competencias, como por las características de la transmisión de las jugadas.

La justa se extendió todo un mes, desde el 25 de agosto a igual día de septiembre de 1965. Inicialmente se habló de jugar por vía telefónica, pero esta variante fue desestimada al estudiarse la propuesta de usar los teletipos, pues dicen que «papelitos hablan lengua» y era mucho más segura la jugada escrita.

El juego de Fischer debía ser supervisado por un árbitro de la FIDE en Nueva York y otro en La Habana, y se acordó que fuera José Raúl Capablanca, hijo del Campeón del Mundo de 1921 a 1927, quien realizaría los movimientos del norteamericano en la mesa de juego en el hotel Habana Libre, a unas 1 340 millas de distancia.

El día 25 de agosto de 1965 todo quedó listo. Compañeros de teletipos estaban instalados en la sala de prensa en el Habana Libre, otro grupo atento en la sala de Comones (Comunicaciones) ante

cualquier eventualidad, Agacino estaba nervioso y más gago que nunca, y no dudo que la calvicie de Barreras haya crecido en esas semanas.

Portela envió el MFS-8 (Mensaje Fuera de Servicio-8) desde la oficina:

Att Agacino.- Favor hacer saber a Barreras lo siguiente:

1. - Yo estoy en la habitación en la que está Fischer. La única otra persona que hay en la habitación es el árbitro.

2. - Se me invitó por el Marshall Chess Club a estar presente en la habitación en vista de que la cantidad de fotógrafos y camarógrafos y de público es tal que molestaban realmente a Fischer. Con tal motivo se cerró la puerta que daba al público.

3. - Puedo garantizar que todo transcurre normalmente.

4. - El público ha aumentado y llena totalmente todos los salones y pasillos del Club.

Sds, Portela. Nueva York, agosto 25/65

Indudablemente que esta hazaña quedará para la historia. Fischer no ganó el torneo. Compartió con 15 puntos el segundo lugar con el yugoslavo Borislav Ivkov y el soviético Efim Gueller, quienes lo derrotaron en sus cotejos respectivos. El vencedor fue el soviético Vasili Smislov, con 15,5.

La corta pero rica vida de Prensa Latina Canadá Ltd

Por Alberto Rabilotta

Prela fue para mí y los demás compañeros que trabajaron en PL-Can entre 1975 y 1987 una experiencia inolvidable y formadora, por su gran contenido humano y la solidaridad, por el rigor del trabajo, las discusiones y sin duda alguna por el internacionalismo que nos animaba en esa lucha por la defensa de la Revolución cubana y contra el imperialismo.

PL-Can, para abreviar, nació como idea en 1973 y en dos personas que vivían en Canadá, pero aun no se conocían. En mi caso, Alberto Rabilotta, nació porque ser periodista revolucionario era una aspiración que venía desde mi estadía en México, donde estando en la revista Sucesos tuve la oportunidad de conocer el trabajo de PL a través de su corresponsal en México, Carlos Ferreyra (si mal no recuerdo). La otra persona fue Bob Rutka, un canadiense de Churchill Falls, en Manitoba, que tuvo esa idea después de ir a Cuba en una brigada de solidaridad.

La iniciativa comenzó a construirse entre 1972 y 1973, a través del consulado de Cuba en Montreal, que con mucha generosidad durante algún tiempo me permitió el acceso a un télex para enviar mis notas. Y es en mi primer viaje a Cuba —acompañando a un gran dirigente sindical de Quebec, Michel Chartrand— que fui a PL, donde me recibió (Leandro) Pubillones, un entusiasmado revolucionario que entonces estaba en Relaciones Internacionales e hizo todo para encauzar la propuesta de crear una corresponsalía o una «agencia hermana» en Canadá, y que además me indicó la existencia y la disposición de trabajo de Bob Rutka, con quien a mi regreso en Montreal organizamos y llevamos a cabo todos los aspectos legales y técnicos para crear PL-Can, que oficialmente comenzó a funcionar en 1974.

La posibilidad de disponer de una corresponsalía en Canadá que cubriera también Estados Unidos fue vista por la dirección y los compañeros de PL como una oportunidad de poder describir periodísticamente la realidad en América del Norte a partir de una visión revolucionaria. Y en eso, tanto Bob como yo estábamos de acuerdo, aunque sabíamos que ni aun en Canadá, país que nunca se sumó al bloqueo estadounidense, esa tarea sería fácil.

Mirando retrospectivamente hubo muchos escollos (que salvamos) y ataques provenientes de Estados Unidos, a partir incluso de la creación de PL-Can, para tratar de implantar la idea de que esa no era una iniciativa periodística. También hubo amenazas e intentos de agresión —uno de ellos tan grave que la Real Policía Montada de Canadá tuvo el cuidado de avisarnos—, siempre de parte de los grupos contrarrevolucionarios de Miami, que no lograron su cometido.

Y al menos dos intentos, por los servicios de inteligencia, de «comprar» a miembros de nuestro equipo para que nos espieran.

El primer golpe más importante fue cuando, durante la primera presidencia de Ronald Reagan y estando legalmente en Washington como corresponsal de PL-Can, Bob Rutka fue designado objeto de una investigación bajo los términos de la temible Ley del Comercio con el Enemigo

(Trade with the Enemy Act). Esa acción de parte del Gobierno de Reagan hizo necesario repatriar a Bob y cerrar la corresponsalía de PL-Can en Washington, lo que evidentemente era el objeto buscado por la primera aplicación de la citada ley contra un periodista en toda la historia de Estados Unidos, suscitando críticas al Gobierno de Reagan por parte del New York Times y otros medios estadounidenses, e iniciativas para llevar el caso a los tribunales por parte de la ACLU y otras organizaciones progresistas de la época.

Bob, excelente analista y estudioso del funcionamiento del sistema político y legislativo del Gobierno de Estados Unidos, del sistema empresarial y del funcionamiento de la economía en su conjunto, hizo un importante trabajo periodístico durante su estadía en Washington, y al ser «repatriado» se reincorporó al equipo de Montreal, que hacia mediados de los 80 se había ampliado para poder cubrir Haití, con la periodista haitiana Jacquelin Telemaque, y que contaba con el salvadoreño Rolando Ramos como encargado de las tareas de oficina.

En el terreno informativo no hay espacio en estas cortas líneas para describir nuestro trabajo en la ampliación de la cobertura, pero sin duda los periodistas de la sección de deportes de PL no pueden olvidar que PL-Can acogió a un lindo, humano y eficiente equipo durante las Olimpiadas de 1976 en Montreal.

La localización en Montreal y la existencia de muchos vínculos solidarios con los sindicatos, por ejemplo, nos permitieron estar en la «primera fila» para entrevistar a políticos, a revolucionarios y a militantes que no podemos olvidar, como a Maurice Bishop y otros dirigentes del movimiento New Jewell de Granada, y a dirigentes del Congreso Nacional Africano de Sudáfrica, a compañeros de la Swapo de Namibia, a uno de los principales dirigentes del movimiento de liberación nacional en Zimbabwe, pero también a dirigentes de la izquierda y en general a políticos de diversos países.

Sobre Haití destaco que fuimos la primera agencia de prensa en entrevistar a Jean-Bertrand Aristide, en 1984, cuando este se encontraba en Montreal para restablecerse de una enfermedad, y desde entonces mantuvimos una cobertura constante, que en 1986, después de la salida de Bebé Doc, se amplió con el envío de Jacquelin Telemaque a Puerto Príncipe.

Y un inolvidable recuerdo personal tiene que ver con El Salvador, específicamente con la última entrevista que dio el obispo salvadoreño Arnulfo Romero, horas antes de que lo asesinaran, y que fue a PL-Can, para Praela y Radio-Habana Cuba. Guardo un particular y sentido recuerdo de ese trágico evento porque monseñor Romero siempre accedió a conversar con PL, algo que debo decir fue también la actitud de muchos curas y obispos de diversas nacionalidades en Centroamérica y Canadá, que compartían los ideales de la Teología de la Liberación y veían a Praela como una herramienta esencial en la lucha contra el imperialismo en esa fase tan agresiva.

Durante ese período, que va de 1975 a 1986, logramos mantener un buen ritmo de entrevistas y de desarrollo de fuentes directas con dirigentes de América Central y Sudamérica, y evidentemente habíamos desarrollado múltiples fuentes de información política y social en Canadá y Estados Unidos. Cubrimos directamente varias reuniones internacionales del G7, del FMI y de organizaciones de la ONU (entre ellas de manera constante la OACI, que tiene su sede en Montreal), y en mi caso me tocó cubrir períodos importantes en Honduras y Guatemala, mientras que Bob fue el enviado de PL-Can a la cumbre Reagan-Gorbachov en Reikiavik, Islandia.

Entre finales de los 70 y comienzos de los 80, debido a la extensa área de cobertura, adoptamos (y creo que fue Bob quien tuvo la iniciativa) las primeras computadoras portátiles, y eso nos llevó a tratar de automatizar todas las operaciones de redacción y transmisión para evitar el lento proceso de escribir a máquina, luego «ponchar» la cinta o reescribir en los engorrosos teletipos y télex, o sea, que empezamos a usar la fuerza combinada de la transformación en las comunicaciones con las nacientes microcomputadoras que tenían un «modem», las famosas TRS-80 y luego las Tandy que usamos en Washington, Montreal y hasta en Puerto Príncipe, y que transportábamos para transmitir los textos de los reportajes en otros países.

Esta labor fue importante, porque hubo que buscar una solución, una «hibridación» entre el «viejo» sistema de teleti- pos-télex (sistema analógico) y las más rápidas microcomputadoras (sistema digital), y fue así que nos transformamos en «técnicos» en esa área, a reciclar «hardware» para facilitar el «enrutamiento» del tráfico: Washington transmitía a Montreal vía telefónica con una TRS-80 a 330 o mil 200 baudios, y esa señal digital la recibía un equipo electrónico que la grababa en cinta y la retransmitía ya contenida en señal analógica a una velocidad más lenta, como era común con los teletipos, todo eso sin intervención humana y a cualquier hora del día, lo cual era un logro para esa época, al punto que la dirección de Praela decidió hacer un sistema de enrutamiento similar, pero más potente, en París, para reunir ahí todo el tráfico de Europa que iba en dirección de la central, como llamábamos a la oficinal de PL en La Habana.

No voy a contar aquí todo eso porque sería muy largo, pero así fue que a finales de 1985 me envían a París para asistir al técnico que estaba poniendo a punto el sistema de enrutamiento bidireccional para Europa.

Y es estando en París para este trabajo técnico que el 30 de enero de 1986, mientras cenaba con René Theodore, un amigo y camarada que ocupaba el cargo de secretario general del Partido Unificado de los Comunistas Haitianos (PUCH), le llega una llamada desde Puerto Príncipe. Una conversación muy animada se entabla en creole y René muestra una gran sorpresa y alegría. La persona que lo llamaba, un miembro del PUCH que había infiltrado el círculo más cercano a Jean-Claude Duvalier (Bebé Doc), le estaba comunicando que después de un acuerdo con Estados Unidos y Francia, el dictador haitiano partiría el 31 de enero hacia Francia en un avión del Ejército de Estados Unidos.

René Theodore estaba lleno de alegría y cortando la cena me dice que tiene que ir a reunir a los miembros de la dirección del PUCH que estaban en París y a comunicarse con los que estaban en otros países para analizar la situación y tomar las medidas para movilizar al pueblo haitiano.

Yo le pregunté si se podía confiar en esa información y René me responde que sí, y me da una respuesta afirmativa cuando le pregunto si puedo enviarla a la central para su difusión. Y siendo la medianoche en París partimos, él para reunir a sus camaradas y yo para abrir la oficina y enviar un despacho anunciando que Bebé Doc huía del país con la complicidad de Washington y París.

El despacho fue transmitido rápidamente y la agencia AP buscó corroborar la información con Reagan, que desde Texas partía en el avión presidencial. Al preguntarle a Reagan si era verdad lo que decía PL sobre la salida de Duvalier, el vocero de Reagan, Larry Speakes, respondió afirmativamente. Y aunque la esposa de Bebé Doc no quería abandonar el poder y anuló esa

salida, el escenario se repitió una semana después, el 7 de febrero de 1986.

Fue ese despacho, en el que afirmaba que Francia le daría asilo a Bebé Doc, el que provocó malestar en la cancillería francesa, como me enteré años más tarde, y contribuyó a que al regreso a Montreal, en marzo de 1986, recibiera una carta de la Secretaria de Ciudadanía de Canadá que me designaba como «agente de influencia» (figura legal británica aplicada a Kim Philby, que ahora es aplicada también en Canadá y Estados Unidos) de Cuba.

Ante esa acusación, y siendo tanto presidente de PL-Can como inmigrante sin ciudadanía canadiense, y queriendo luchar legalmente ante tamaña falsedad, no me quedaba otra alternativa que renunciar como presidente de PL-Can y corresponsal, lo que fue efectivo antes de que finalizara el año. Esa era una necesidad política para no convertir las relaciones de Cuba con Canadá en el centro de ese ataque.

Y así renuncié a PL-Can, que quedó bajo la dirección de Bob, pero fue cerrada poco más tarde. En lo personal esta fue una decisión que jamás hubiera querido tomar, porque estar con Praela era mucho más que un trabajo periodístico, era (y sigue siendo) un compromiso con la Revolución cubana y con los compañeros de Praela.

Fue en 1987, después de una lucha legal en la que tuve muchos apoyos solidarios, que en una sesión de un tribunal para casos de seguridad nacional en Ottawa, que duró apenas tres o cinco minutos y en la cual no me dejaron decir una sola palabra, que con una gran sonrisa la jueza me leyó tres breves párrafos: el primero me descargaba de la acusación de que era o había sido un «agente de influencia», el segundo que el «Gabinete en Consejo», o sea el Primer Ministro y su gabinete, me otorgaban la ciudadanía canadiense, y el tercero, si mal no recuerdo, que podía tener esa ciudadanía «cuando quisiera» y sin tener que respetar los plazos legales. Ahí terminó la operación de los servicios de inteligencia que lo que querían era el cierre de PL-Can, de la corresponsalía de PL en América del Norte.

Trabajar entre asesinos

Por José Luis Ponce

Pasadas las 6:00 de la tarde del 11 de septiembre de 1980, el entonces jefe de la corresponsalía de la UPI ante las Naciones Unidas hizo una visita poco frecuente a la pequeña oficina que ocupaba Prensa Latina en el cuarto piso del edificio de la Secretaría de la organización. Quería confirmar si un diplomático cubano había sido asesinado en las calles de Nueva York.

Nos preparábamos para subir a una recepción que ofrecía la representación de Etiopía en el mismo edificio, pero quedamos todos paralizados. En un ambiente de constante hostilidad al que estaba sometida la representación cubana ante la ONU, el hecho no era improbable, pero todos queríamos creer que era imposible.

Llamamos de inmediato al funcionario que estaba de guardia en la Misión de Cuba. Aún no conocía la información. El periodista de la UPI había ido a su oficina para tratar de precisar los hechos, conocidos, según había dicho, a través del monitoreo de rutina que hacía su agencia de las comunicaciones policiales. Volvió casi de inmediato para decirnos que el apellido de la víctima era García.

De nuevo nos comunicamos con la embajada para agregar el dato. Tres miembros de la representación diplomática se apellidaban García. La telefonía celular en esos años era aún ciencia ficción, así que tomó unos minutos localizar a los Garcías. Cuando volvimos a conversar, el compañero de guardia nos informó que había podido hablar con dos de ellos, pero no le había sido posible contactar a Félix García Rodríguez.

Fuimos a buscar al embajador de Cuba, Raúl Roa Kourí, quien estaba en la recepción etíope. Lo encontramos intercambiando con el embajador de aquel país, en compañía de otros funcionarios de la representación cubana. Nos paramos discretamente cerca, esperando la oportunidad de interrumpir. Al parecer, teníamos en el rostro reflejada la angustia propia del momento, porque uno de los compañeros cubanos se nos acercó inmediatamente para preguntarnos qué pasaba.

Le dijimos y rápidamente se acercó al embajador y le comunicó lo sucedido. Roa vino hacia nosotros. Le explicamos. Salimos todos en busca de un teléfono para llamar a la embajada. Ya la noticia había sido confirmada por las autoridades norteamericanas. Félix o «Pechuga», como cariñosamente le decíamos todos, había sido asesinado en la calle principal de la barriada de Queens, en un acto terrorista perpetrado por una organización contrarrevolucionaria conocida como Omega 7.

Félix era el alma de la pequeña escuela que funcionaba en la misión. Casi a diario esperaba a los niños a la salida de las clases, muchas veces con caramelos para darles. Los llevaba de paseo durante los recesos escolares, o los repartía por sus casas. Era un tío para ellos, así que fue difícil darles la noticia a los niños. Aún más complejo fue lo que hubo que hacer para evitar que vieran las mórbidas fotografías del cuerpo de Félix, ensangrentado dentro del auto que conducía.

Los días que siguieron fueron extremadamente tensos para todos. Despertamos ante la

realidad, que hasta entonces nos parecía remota, de que nuestras vidas estaban en real peligro. No estábamos cumpliendo una misión sencilla en un país tranquilo.

Tiempo después se supo que la tarde en que asesinaron a Félix, habían estado siguiendo a otros tres funcionarios con iguales intenciones, pero no les fue posible completar los atentados.

La segunda mitad de la década de los 70 fue pródiga en acciones terroristas contra la representación de Cuba ante las Naciones Unidas por grupos contrarrevolucionarios, especialmente por Omega 7.

En una lista buscada en Internet para ayudar a la memoria figuran seis ataques con explosivos perpetrados desde el 6 de junio del año 1976 al 7 de diciembre de 1979 contra la misión de Cuba ante las Naciones Unidas. La elegante puerta de barras de bronce del 6 East 67th St. tuvo que ser cambiada por una de planchas de acero, para que soportara lo que se había convertido en rutina. Solamente por casualidad no hubo que lamentar bajas.

El listado no parece estar completo, pues recuerdo al menos otro ataque contra la sede actual de la misión, en la Avenida Lexington con la calle 38, l cual dejó un boquete en el costado del edificio tan amplio como la puerta de entrada para autos que estaba al lado. Ese no aparece en la relación.

Entre los 42 hechos terroristas perpetrados por Omega 7, según esa fuente, figura un intento de atentado contra el embajador Roa, frustrado cuando el explosivo, que había sido fijado al fondo del auto oficial mediante imanes, cayó al piso por lo pesado que era. En la relación se recoge el atentado dinamitero contra la sección de intereses de Cuba en Washington (SICW) y un intento de atentado contra el entonces jefe de la SICW, Ramón Sánchez Parodi.

La impunidad con la que habían perpetrado los ataques con explosivos y el asesinato, envalentonó a los sicarios, quienes tomaron por costumbre el acoso de cuanto compañero salía solo de la misión en auto en horas de la noche. Durante meses, los más simples traslados se convirtieron en una operación delicada. El cuidado de las familias, una constante preocupación.

No hacían distinción entre diplomáticos o periodistas, así que los dos corresponsales que a la sazón trabajábamos en Praela tuvimos que tomar medidas para protegernos y cuidar nuestras familias.

Años después, mi hija mayor me contaba que estando de visita con su escuela en Cuba en el desaparecido Museo de la Marcha Combatiente, alcanzó a ver, por primera vez en su vida, las fotos que todo un colectivo impidió que ellos vieran en aquellos días de 1980. Me dijo que al verlas, se quedó paralizada y comenzó a llorar.

En la batalla de Seattle

Por Luis Melián

Ubicada en el noroccidental estado de Washington, Seattle puede pensarse fría, pacífica y segura, pero de ser así, la ciudad perdió esas credenciales a finales de noviembre y primeros días de diciembre de 1999.

Entonces acogió la III Conferencia Ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC), silenciada por varias jornadas de manifestaciones contra la globalización neoliberal que fueron reprimidas por fuerzas de la policía y la Guardia Nacional sin escatimar métodos ni recursos.

Llegamos a Seattle días antes de la reunión con otros periodistas cubanos, de la televisión y la radio, para la cobertura de un encuentro tempranamente acompañado de tensiones y pronósticos preocupantes por las esperadas protestas.

A primera vista todo parecía normal al salir del aeropuerto, hasta que al comentar esa apreciación con una anfitriona esta advirtió: la ciudad se ve así, pero va a haber problemas. Ha venido mucha gente —fueron decenas de miles— para las manifestaciones.

Quizás por ello, al recibirnos en el hotel, pidieron a nuestro coordinador, José Luis Ponce, pagar el hospedaje de todos por adelantado. La petición u orden nos llamó la atención, pero por tratarse de cubanos en Estados Unidos, lo tomamos como precaución ante la presencia de visitantes de «territorio enemigo».

Poco a poco la advertencia de nuestra anfitriona se fue haciendo realidad. Un primer recorrido por las zonas próximas a la sede de la conferencia nos acercó a un ambiente tenso, en el que nos adentrábamos cada vez más, también mediante diálogos con cuanta persona podíamos entablarlos.

Y llegó el día de la reunión. Desde lejos se veía lo que se anunció: las calles tomadas por manifestantes para impedir el acceso a la sede del encuentro, el Convention Center. Los próximos a este formaron imbatibles cadenas humanas.

A diferencia de otros, tratamos de abrirnos paso, pero sin alcanzar nuestro objetivo final. Al inicio, aunque el avance era muy, muy lento, pensamos que finalmente llegaríamos a nuestro destino. Según nos acercábamos, todo era más difícil, hasta vernos atrapados sin ni siquiera poder emprender el regreso. El camarógrafo Omar de la Cruz, activo todo el tiempo, devino testigo perfecto.

Intentamos seguir adelante, dialogamos con quienes lo impedían y hasta recurrimos a revelar nuestra nacionalidad para ver si ello ayudaba, pero todo fue en vano. «Si ustedes son cubanos, deben apoyarnos», nos dijo un manifestante que para nada cedió en su posición.

Para ilustrar mejor la situación, baste decir que la ceremonia inaugural se canceló. Pocos delegados y periodistas pudieron llegar a la sede de la reunión, decisión tomada en medio de enfrentamientos entre manifestantes y policías, y con la cual los primeros consumaron su plan.

La represión incluyó el uso de balas de goma y gas pimienta, por el que varias personas recibieron tratamiento médico.

A partir de entonces, Seattle fue un campo de batalla mayor, a tal punto que las autoridades locales declararon el estado de emergencia e impusieron el toque de queda durante la noche en el centro de la ciudad, mientras el gobernador del estado, Gary Locke, envió efectivos de la Guardia Nacional para apoyar la acción policial.

Otra medida fue establecer una zona donde se prohibieron las protestas con vista a facilitar el desarrollo de la referida reunión.

La situación solo empeoró y Seattle para nada tenía la imagen de sede de una conferencia internacional de ese nivel, máxime cuando el gas pimienta se apoderó de sus calles, donde los actos vandálicos y los arrestos fueron cada vez más frecuentes. De buena parte de todo esto el entonces presidente Bill Clinton también fue testigo presencial.

En medio de ese ambiente cubrimos la reunión, la cual se proponía lanzar una nueva ronda de negociaciones comerciales.

Nuestra cobertura sobrepasó los debates y discursos del encuentro, porque como se podrá inferir, la noticia más importante estaba en las áreas alrededor de la sede de la reunión, zonas que recorríamos también para acercarnos más a la batalla de Seattle e informar sobre ella.

Por la diferencia de horario, tres horas respecto a La Habana, siempre recordábamos que cuando en Cuba muchos dormían o se aprestaban a hacerlo, para nosotros la jornada continuaba porque los combates nocturnos nos ocupaban las últimas horas del día. Así reportamos cuanto se programó y también lo imprevisto.

Experiencia en Naciones Unidas

Por Ilsa Rodríguez

Llegamos a Naciones Unidas a mediados de 2005, luego de un proceso normal de visa que nunca más se repitió en las otras ocasiones que tuvimos que solicitarlas para completar nuestro período de cuatro años en ONU.

A diferencia del resto de los países que hemos visitado, la renovación anual de la credencial de prensa no representa una extensión de visa, que hay que solicitar en el lugar de origen, esto para el caso de cubanos y otros países en la lista negra de Estados Unidos.

Ese trámite anual en La Habana provocó en ocasiones llegar tarde a las sesiones de la Asamblea General a nivel de jefes de Estado y de Gobierno. El tercer año la oficina de intereses de Estados Unidos en La Habana sencillamente nos informó después de dos meses de espera que nos habían denegado la entrada.

El argumento para esta negativa fue que Anael y yo éramos un peligro para la seguridad de Estados Unidos, un criterio que expresaron por escrito.

Para tomar decisión, las autoridades de Estados Unidos al parecer no tuvieron en cuenta la vigencia de nuestra acreditación de prensa ante la ONU y el precepto de que Estados Unidos, al ser la sede de las Naciones Unidas, está obligado a conceder visas al personal diplomático y periodístico que labore en sus instalaciones.

Debo aclarar que técnicamente esta no es una visa de ingreso a Estados Unidos, porque con ese permiso no se puede viajar más allá de 25 millas alrededor del Columbus Circle, ubicado en el Parque Central de Nueva York, ni cubrir cualquier evento político, económico, cultural o deportivo que suceda en esa cosmopolita ciudad si no está vinculado con la ONU.

El escándalo provocado por este paso, rechazado por la Asociación de Corresponsales Extranjeros en Naciones Unidas (conocida como Unca, por sus siglas en inglés) y de otras organizaciones internacionales e incluso estadounidenses, tuvo como consecuencias que cuando PL llamó a la oficina de intereses para conocer qué pasos habría que dar para sustituirnos fue informada que el nuestro «no era un caso cerrado» y era estudiado nuevamente. A los tres días nos concedieron la visa.

A este engorroso proceso anual, se incorpora la práctica en Estados Unidos de que los cubanos en misión oficial —particularmente los que viajamos con pasaporte ordinario— son sometidos a un proceso extra a la llegada, que consiste en volver a tomar foto y huellas digitales, entrevista y una espera de un par de horas, como para recordarle a uno dónde está.

Durante nuestra estancia en ONU escribimos tanto o más de África que cuando estuvimos radicados en el llamado continente negro, teniendo en cuenta que gran parte de los conflictos armados y de las desgracias de este mundo se concentran allí.

La ONU nos facilitó también el contacto directo con los principales líderes del mundo, como Hugo Chávez, Evo Morales, Michelle Bachelet y Luiz Inacio Lula, entre muchos latinoamericanos, además de mandatarios africanos y asiáticos.

A ellos se unen relevantes personalidades del cine vinculadas con la organización en labores humanitarias como George Clooney, Nicole Kidman, Angelina Jolie y Don Cheadle, entre otros muchos.

Memorias de un encuentro *off the record*

Por Daisy Francis

Dicen que las cosas buenas están acompañadas por la lluvia. Aquel 30 de octubre llovió. Los integrantes de la compañía infantil La Colmenita habían concluido una serie de exitosas actuaciones en varias ciudades de Estados Unidos y se preparaban para regresar a la patria con sus mochilas cargadas de experiencias imborrables.

Una de ellas el haber contado con las llamadas constantes de los Cinco, especialmente de Gerardo, quien, pese a las limitaciones para comunicarse, siguió la gira desde el penal de máxima seguridad de Victorville, en California, como si fuese un agregado cultural de la embajada cubana.

Mas la emoción mayor estaba por venir. Horas antes del retorno a casa se reunieron para despedirse de los amigos que habían colaborado en la materialización del hermoso proyecto.

En un momento que nadie imaginó apareció René González Sehwerert. Estaba allí, con su talla de héroe y a la vez como el ser humano más sencillo del mundo.

Llevaba puesto un pantalón oscuro y un pullover con la inscripción de La Colmenita. Su rostro se observaba sin tensiones, le brillaba la mirada y sonreía, sonreía mucho.

«¿Cómo fue el viaje ese? ¿Están contentos? ¿Qué pasó? ¿Cómo anda todo? ¿Están cansados? ¿Qué es lo que más les gustó? ¿Quién es el que peor de se ha portado? ¿Y el más obediente? ¿Cómo escribieron la obra Abracadabra?», les preguntaba el recién llegado en medio de la sorpresa colectiva.

René fue excarcelado bajo el régimen de libertad supervisada después de cumplir completamente la injusta sanción que le impusieron en diciembre de 2001 al término de un amañado proceso celebrado en la ciudad de Miami.

Un juicio en el que también fueron condenados a largas y arbitrarias sentencias sus compañeros de causa Gerardo Hernández, Ramón Labañino, Antonio Guerrero y Fernando González.

Transcurrieron 13 largos años. Aunque ya hacía más de dos décadas que él se había ido de Cuba para cumplir la misión encomendada de advertir, como lo hicieron sus cuatro hermanos, sobre los planes terroristas de grupos anticubanos radicados en el sur de la Florida.

Ahora, después de tantos días y noches de encierro cómo es posible que estuviera ahí: íntegro, entero. Es que practicó lo que siempre «me propuse, pues yo tenía que salir de la cárcel más fuerte, más inteligente y mejor persona», así dijo.

René habló con cada uno del grupo, prestó atención a cada palabra, a cada gesto de los niños. Era el primer contacto de verdad con el pueblo cubano después de tantos años.

Pasó la tarde y cayó la noche sobre la ciudad. ¿Qué tiempo duró el encuentro? Nadie lo calculó. René estaba feliz, por un instante feliz. Se despidió con el abrazo.

Y esta reportera pudo escuchar cómo les sugería a los niños que debían «seguir expandiendo la solidaridad» y aunque «ignoro lo que serán cuando grandes (...), estoy seguro que lo que sea lo harán con más amor por haber estado en La Colmenita».

Pero todo fue off the record

El bloqueo sí se aplica, lo viví en ONU

Por Waldo Mendiluz

Llegar a una oficina como Naciones Unidas, en Nueva York, representa sin dudas un reto profesional. Cualquier situación que se manifieste en los disímiles y complejos escenarios de la política internacional tiene en la ONU un impacto inmediato.

En el majestuoso y moderno edificio ubicado en la primera avenida y la calle 42 de Manhattan, frente al East River, el trabajo nunca para. Foros de alto nivel, sesiones de rutina de diferentes órganos, ruedas de prensa y otros eventos obligan a diario a una estricta planificación, en aras de fijar prioridades.

La agenda es muy amplia, desde asuntos pendientes de la comunidad internacional —como la soberanía e independencia palestinas o el fin del bloqueo contra Cuba—, pasando por las actuales preocupaciones del cambio climático y el desarrollo sostenible, hasta las recientes crisis en Siria, Ucrania, Sudán del sur y República Centroafricana.

Por si fuera poco, el crudo invierno neoyorquino hace de las suyas, lo cual sufrí junto a mi esposa, al tener que lidiar en la temporada 2013-2014 con temperaturas y tormentas de nieve sin precedentes en la última década para la «Gran Manzana».

Todo lo anterior fue difícil, pero nada tan incómodo como enfrentar el cierre de la cuenta de Prensa Latina en un banco que la acogía desde marzo de 2010, lo cual de no ser por el problema del bloqueo, hubiese sido un tema resuelto sin mayores complicaciones.

«Cámbiate de banco, si hay un lugar en el mundo donde puedes escoger para guardar el dinero, es aquí», me dijo una colega extranjera poco enterada de las licencias, los obstáculos y las limitaciones que el repudiado cerco provocan para las entidades cubanas (las misiones diplomáticas en Washington DC y Naciones Unidas, y Prensa Latina).

Según una carta de la presidencia del banco norteamericano M&T, enviada en julio de 2013 a mi antecesor en la plaza, Víctor Carriba, decidieron «cerrar la división que brinda servicios a entidades diplomáticas y todas las cuentas relacionadas, incluidas las individuales de sus empleados y familia».

Aunque el cierre definitivo fue aplazado en dos ocasiones, a partir de solicitudes de prórroga, el 1° de marzo de 2014 Prensa Latina quedó sin cuenta bancaria, con los inconvenientes que ello genera en la sociedad moderna.

Trámites adicionales para el pago en efectivo y dificultades para recibir el financiamiento de la oficina constituyen algunos de los problemas causados.

Por otra parte, no se vislumbra una solución, pese a que en enero de 2014 Prensa Latina renovó y recibió la licencia especial otorgada por la Oficina de Control de Activos Extranjeros (OFAC, por sus siglas en inglés) del Departamento del Tesoro, con vigencia hasta el 2015.

Ese documento, enmarcado en «las regulaciones del control de activos cubanos» (bloqueo), autorizó al M&T Bank a «abrir, mantener y operar la cuenta a nombre de Prensa Latina, solo para cubrir sus gastos personales».

Una vez más se despejan dudas y se derrumban ante los hechos los discursos de quienes tratan de minimizar el impacto del bloqueo, una política anacrónica ampliamente rechazada por la comunidad internacional.

África nuestra

Nacida como agencia latinoamericana para romper el monopolio mediático ejercido desde los grandes centros de poder con toda su carga de desinformación, Prensa Latina mostró desde los inicios en 1959 una diáfana vocación tercermundista.

África, donde todavía el mapa colonial abarcaba casi la totalidad de su inmenso territorio, se convirtió en punto de mira informativa del bisoño medio. Y en ello se empeñó la joven redacción, que sin acceso a fuentes directas, entreviendo lo que ocultaban los cables de la competencia provenientes de las metrópolis, al mismo tiempo que investigaba la realidad de esa región del mundo, logró transmitir otra visión.

La brújula orientadora fundamental fue el palpable ímpetu del reclamo y la lucha por la independencia nacional que tenía lugar en África, lo que la agencia colocó en el centro temático de la cobertura del área.

Por esa época inaugural, a diferencia de los actuales 53 Estados africanos soberanos que hoy conocemos, la independencia se limitaba a Egipto, Etiopía, Libia, Liberia, Ghana y Sudáfrica, aunque bajo un régimen de segregación racial.

En cambio, los años 60 irrumpieron signados por Naciones Unidas como la década de la descolonización, reflejando la opción del Reino Unido y de Francia de negociar la descolonización en un conjunto de posesiones en el Occidente, pero sin soltar lastre en otras donde se proponían permanecer para proteger estratégicos intereses.

El caso más notorio de esto último fue Argelia, cuyos combatientes del Frente Nacional de Liberación protagonizaron una portentosa lucha armada de siete años que condujo a la potencia subyugadora a la mesa de negociaciones, pese a librar una de las más crueles guerras coloniales del siglo XX.

En la capital Argel, Prensa Latina instaló su primera corresponsalía histórica en África, con Ángel Boán al frente, pocos meses después que en octubre de 1962, a las puertas de la crisis de los misiles, el presidente argelino, Ahmed Ben Belah, tuvo el gesto de visitar La Habana de regreso de la Asamblea General de la ONU.

La estrenada plaza informativa se había convertido en centro inspirador que acogía a movimientos de liberación del resto del continente y en fuente que propició a la agencia extender la cobertura de una propagada lucha por la independencia a todo terreno.

A la oficina en Argel siguió en febrero de 1963 el emplazamiento de Hugo Rius como corresponsal en El Cairo, Egipto, en virtud de un convenio de intercambio con la homóloga Mena, que duró poco tiempo, pero unos años después se pudo enviar a otro, a Osvaldo Ortega, por entera cuenta de Prensa Latina.

El establecimiento de estas dos sedes permitió que desde allí se pudieran desplazar enviados especiales para testificar en mayo de 1963 el histórico surgimiento en Addis Abeba de la Organización de la Unidad Africana (OUA), ya con una veintena de Estados soberanos en los escaños del parainfo.

Egipto siempre se concibió como plaza infaltable que albergaba en los 60 a la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia y África, y fue uno de los países fundadores del Movimiento de los No Alineados en 1961, de importante peso político continental y en el Oriente Medio.

En 1965 se designó a Lázara Rodríguez Alemán corresponsal en Accra, Ghana, durante un período en que su presidente, Kwame Nkrumah, una de las grandes figuras de la nueva era independentista africana, acogía y alentaba a movimientos de liberación de los territorios todavía irredentos con un sentido discurso antineocolonialista y solidario.

Sin embargo, un golpe de Estado militar en 1966 modificó allí drásticamente el escenario político, y por consiguiente el informativo.

Debió transcurrir exactamente una década, en la que la agencia se valió de enviados especiales en países sin presencia permanente, para que abriera su próxima oficina, esta vez en Luanda, Angola, a pocos días de proclamarse la República Popular independiente, en noviembre de 1975.

Encabezando un grupo de periodistas de distintos medios cubanos, Miguel Fernández Roa sentó la presencia fija de Prensa Latina en el balbuciente Estado, cuando enfrentaba el asedio de una coalición de fuerzas militares hostiles que representaban intereses imperialistas de dominio y de saqueo de los inconmensurables recursos naturales de la excolonia portuguesa.

Desde el sur, el régimen racista de Sudáfrica había desplegado tropas poderosamente armadas en una operación invasora que solo fue frenada por soldados del novato ejército del MPLA junto a solidarios combatientes cubanos, a orillas del río Quibala, en la provincia de Kuanza, relativamente próxima a Luanda.

Por el frente norte contingentes del FNLA del tráfuga Holden Roberto, apoyados por el gobernante de Zaire, Mobutu Sese Seko, en afanes expansionistas, acababan de sufrir su más estruendoso revés que marcó un viraje, en Quifangondo, a pocos kilómetros de Luanda, la noche misma en que se proclamaba la República Popular.

Bajo estas circunstancias nuestra agencia latinoamericana se abrió pasó en una plaza desde la cual durante casi tres lustros cubrió el transcurso de un conflicto, cuyo desenlace final en la batalla de Kuito Cuanavale cambió la historia de África, y se mantiene allí enfocada en la reconstrucción y crecimiento de un país que quedó en ruinas.

La siguiente oficina de PL en la región se estableció en Addis Abeba, sede de la OUA y la Comisión Económica de Naciones Unidas para África, en 1977, con un alcance para todo el conjunto de naciones del llamado Cuerno de África, y al calor de la revolución antimonárquica etíope que ese propio año se vio arrastrada a una guerra por ambiciones territoriales lanzada por Somalia, de la que salió triunfante.

En 1986, con motivo de la Octava Conferencia Cumbre del Movimiento de Países no Alineados, en Harare, Zimbabwe, la agencia envió a Víctor Carriba como avanzada de un equipo encargado de cubrir informativamente el acontecimiento y, a su vez, para dar los primeros pasos hacia la constitución de lo que sería cronológicamente la sexta corresponsalía permanente en África.

Zimbabwe, por sí sola, resultaba una plaza sumamente importante por tratarse de un país que seis años atrás había conquistado la independencia, en el colofón de una intensa lucha armada y de arduas negociaciones con el Reino Unido para poner fin al ilegal régimen de minoría blanca de la

impuesta Rodesia del Sur.

A ello se agregaba que una vez independiente devino primera línea de retaguardia de los luchadores sudafricanos antiapartheid y hasta la misma capital Harare llegaron con criminales actos terroristas los zarpazos del poder racista en Pretoria, en el preámbulo de lo que sería su inevitable fase final.

Hasta la Sudáfrica de hoy, democrática y multirracial, llega también la presencia de Prensa Latina con la apertura de una corresponsalía inaugurada por Jorge Valdés.

Se cumple así el acariciado anhelo institucional de reportar in situ el acontecer de un país clave en el continente por la historia que precedió a su resurgimiento bajo el liderazgo de Nelson Mandela, el complejo proceso social en curso y su protagonismo regional e internacional como primera economía del continente.

Desde el llamado continente negro transmitieron sus experiencias como corresponsales o enviados especiales, además de los mencionados: José García, Julio Hernández, Pedro Machado, Jorge Timossi, Nersa Caballero, Roberto Correa, Miguel Viñas, Manuel Muñoa, Moises Saab, Eloy Concepción, Javier Rodríguez, Erasmo Terrero, Juan Martín, Luis Manuel Sáez, Rubén García Abelenda, Rolando de la Ribera, Julio Morejón, Ulises Canales, Roberto Salomón, Rafael Contreras y Armando Reyes, entre otros.

No siempre logró Prensa Latina en la medida merecida prestar la atención informativa directa que intentaba, si dificultades económicas salían al paso y forzaban a retroceder temporalmente en presencia, pero se puede asegurar que por encima de inconvenientes siempre mantuvo en su mira priorizada al África nuestra.

Primera oficina en África, proyecto frustrado

Por Juan Marrero

En 1960 se pensó en abrir la primera corresponsalía de Prensa Latina en África. Recién había alcanzado su independencia Guinea (Conakry) y Sekou Touré encabezaba su Gobierno. Al conocer que el entonces ministro de Educación Armando Hart Dávalos estaba a punto de viajar a Guinea para asistir a un congreso mundial de educadores, la dirección de la agencia logró incorporarme a la delegación cubana.

Todo se resolvió en pocas horas: pasaporte, visados y demás. En la víspera del viaje, el director de Prensa Latina, Jorge Ricardo Masetti, me dio instrucciones de plantear a los dirigentes guineanos el interés de PL de instalar una oficina en Conakry, a la vez que me dijo: «Vete para el Banco Nacional, allí el Che te espera para darte un dinero por si tienes que ofrecer una recepción para anunciar la apertura de la agencia en África».

En las primeras horas de la madrugada llegué al despacho del comandante Guevara. Estaba sin camisa, tirado en el piso con un libro en la mano. Era la primera vez que tenía la oportunidad de estrechar su mano e intercambiar saludos con él. Tras conocerme, indicó a su secretario que me diera 100 dólares... y seguidamente me dijo: «Marrero, los gastas si hace falta.». Mi respuesta fue: «Correcto, comandante».

Tras escalas en Caracas, Sao Paulo y Dakar, llegamos a Conakry, ciudad con una espantosa miseria, en la cual destacaban algunas casas de ladrillos, la mayoría de ellas sin puertas y ventanas. Pensamos: ¿No están concluidas?, pero luego supimos que los colonialistas franceses, que las habitaban, antes de abandonar el país las habían desprendido, y también destruido tazas y lavamanos de los baños e instalaciones de las cocinas.

Cuando Sekou Touré recibió en el Palacio Presidencial a Hart y al resto de la delegación cubana, ya casi al final del encuentro, le planteé al Presidente guineano el interés de establecer la primera corresponsalía de Prensa Latina en África. Le expliqué, por supuesto, la misión de la agencia. Y de inmediato el Presidente dio instrucciones para que el Ministro de Información me recibiera y discutiéramos el asunto.

Al día siguiente, así ocurrió. Mostró gran interés en el proyecto y habló de colaborar en asuntos como vivienda y transporte, pero cuando le preguntamos sobre la manera de transmisión y recepción de mensajes, apuntó que en Conakry solo podía hacerse por una oficina de la Western Union, de propiedad norteamericana.

Ante tal contingencia, decidí aplazar lo de anunciar la apertura de la primera oficina de Prensa Latina en África. Desde el punto de vista político, sin duda, la plaza de Conakry era importante, pero la carencia de estructura de comunicación y el aislamiento en que se encontraba, según pensé, era un obstáculo en aquellos momentos para cumplir la misión de una agencia noticiosa.

Al regresar a Cuba, Masetti y un pequeño equipo de la agencia estaban en San José de Costa Rica en una conferencia de la OEA. El administrador de la agencia, Martínez Pedro, me llamó: «Marrero, ¿trajiste los cien dólares que te dio el Che... porque se necesitan allá en Costa Rica?».

Mi respuesta: «Cumplí con lo que me dijo el Che, doctor».

Angola: una misión posible

Por Moisés Saab

En noviembre de 1975 las tropas sudafricanas y el movimiento UNITA desde el sur y el Ejército zaireño y el Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA) de Holden Roberto, por el norte, tenían encerradas a las nascentes fuerzas armadas angoleñas en una franja de territorio en el centro del país.

El momento era muy delicado, pues las tropas zaireñas y el FNLA amenazaban la ciudad de Caxito y tenían grandes posibilidades de tomar el acueducto que abastece a Luanda.

Estamos formando un equipo para ir a Angola, pero no te sientas comprometido, estás casado, tienes un hijo chiquito, y esto es voluntario. y peligroso, fue la aclaración que me hicieron cuando me preguntaron si estaba dispuesto a ir a ese país africano a romper el bloqueo informativo de las noticias sobre las acciones victoriosas de las Fuerzas Armadas para la Liberación de Angola (Fapla).

Horas después estaba redactando una carta póstuma a mi hijo, caso de que ocurriera lo peor, ya que además de romper el bloqueo informativo, la situación era tan grave que existían grandes posibilidades de tener que incorporarnos a los asesores cubanos que actuaban en el teatro de operaciones.

Pocos días después estábamos reunidos en la sede de la Organización de Solidaridad con los Pueblos de Asia, África y América Latina (Ospaal) con los comandantes Antonio Pérez Herrero y Osmany Cienfuegos y el capitán Jorge Enrique Mendoza, director de Granma, quienes explicaron el trabajo en detalle.

El equipo era heterogéneo y lo formaban Miguel Fernández Roa, Hugo Rius, José Casañas, además de Eloy Concepción y un grupo de camarógrafos y fotógrafos.

También iba Pepín Ortiz, subdirector de Granma.

El primer grupo en pisar tierra angoleña fue el nuestro, que salió por avión —un recorrido que incluyó Frankfurt, Lisboa, París, Chad y República Centroafricana—.

Otra de las escalas fue la ciudad portuguesa de O Porto, donde trataron de arrestarnos debido a las secuelas del llamado Verano Caliente de 1975 contra el coronel Otelo Saraiva de Carvalho, el líder de la Revolución de los Claveles en Portugal.

Escándalo mayúsculo mediante, la confusión reinante y el hecho de que viajáramos con pasaportes diplomáticos, resolvieron el tema a nuestro favor y pudimos continuar viaje.

Aquel safari culminó en la República Popular del Congo (Brazzaville), desde donde, con la autorización del entonces presidente comandante Marien Ngouabi, se embarcaba por vía aérea logística indispensable, una tarea de la cual estaba encargado un capitán de paracaidistas, Emmanuel Alenga.

A Luanda llegamos en un Fokker angoleño que era un polvorín volante: se le habían quitado los asientos para poder transportar las cajas de proyectiles sobre las cuales nos sentamos: desde entonces, cada vez que escucho las instrucciones de seguridad en los aviones no puedo menos que

sonreír.

La capital de Angola era bella, pequeña, y estaba convertida en un cementerio de automóviles abandonados por los colonialistas portugueses, algunos de los cuales habían sido lanzados contra postes del alumbrado público.

Fuimos a vivir a un apartamento lejos del centro de la ciudad. Después nos alojamos en el hotel Tívoli, en la entonces avenida Luiz de Camoes, con los corresponsales extranjeros, cuya fuente principal de información era el comandante Xuxu, portavoz oficial del Gobierno del presidente Neto.

El cambio de residencia implicó gastos enormes y la solución fue cambiar los fondos que llevábamos por escudos angolanos en el mercado negro de divisas, tarea que me encomendó Miguel Fernández Roa, jefe del grupo, y que consistía en negociar con un sujeto misterioso al que llamaba «Senhor» (así en portugués) y en el que nunca confié.

Cada cambio era rodeado de precauciones extremas, la principal aparecerme sin aviso previo en el hotel donde tenía montado su negocio y nunca esperar más de 10 minutos, caso de que a «Senhor» se le ocurriera darme la mala.

Todo esto a pie, porque no teníamos vehículo, y en Luanda no existía siquiera un asomo de orden, prevalecían «os gatunos» (ladrones) y había infiltrados de la UNITA, cuyos desmanes caníbales Hugo Rius había descubierto en una de sus andanzas.

En paralelo escribía crónicas de la ciudad y sobre el entrenamiento del naciente Ejército angoleño.

Otro de los trabajos fue una entrevista para la televisión, filmada por Omar de la Cruz, que hice a unos mercenarios capturados en el norte, y la edición del libro Angola- Fin del mito de los mercenarios, del fallecido Raúl Valdés Vivó, a petición suya.

A principios de diciembre de 1975 fui con Oscar Domenech al Palacio de Gobierno para mostrarle a Neto el video con el discurso de Fidel en el I Congreso del Partido, en el cual reveló que el secretario de Estado norteamericano Henry Kissinger había propuesto la distensión de las relaciones bilaterales a cambio de la retirada de las tropas cubanas de Angola.

Neto era un hombre flemático, muy introvertido, y cuando escuchó las palabras de Fidel se sonrió y miró a los restantes asistentes a la proyección: su esposa, el ministro de Exteriores Paulo Jorge y Onambwe, jefe de la naciente Seguridad del Estado.

Poco después, una noche, Jorge Risquet, jefe del grupo político cubano en Angola, me llamó a la sede de la misión militar, donde me entrevisté con el entonces comandante de brigada Abelardo Colomé Ibarra, para coordinar un viaje horas después al Frente Este, al mando del primer comandante Carlos Fernández Gondín.

Fernández Gondín, que había sido el estratega de la victoria en la batalla de Caxito, un experto en dirección de tropas generales y en contrainteligencia militar, al que vi predecir con exactitud cronométrica el curso de unos cazas zairenses que bombardeaban la línea del Caminho de Ferro de Benguela, me incorporó a su Estado Mayor y me encomendó misiones paralelas a mi trabajo como corresponsal de guerra.

Me ordenaron que permaneciera en Luanda, donde participé en el acondicionamiento de la primera oficina de Prensa Latina, que estuvo en una sede distinta a la actual, y colaboré con la

organización del juicio de los mercenarios que habían sido capturados en el norte del país; semanas después me enviaron de regreso a Cuba, pues la situación se había estabilizado.

Volvería a Angola en 1985 para una estancia que en principio iba a ser «por unas semanas», pero se extendió 16 meses.

En el curso de esa segunda estancia, entre 1985 y 1986, trabajaba solo en la oficina de Prensa Latina, que estaba en el mismo edificio que el Ministerio de la Construcción, con un télex de teclado francés, causante de constantes dolores de cabeza.

Por lo general salía de la oficina tarde en la noche y en una de esas ocasiones, al bordear la rotonda de la plaza Kinaxixi a cierta velocidad, sentí un golpe en la parte trasera del asiento del chófer que de primera intención creí era un balón de gas que llevaba allí.

Al enderezar el vehículo tras salir de la curva, otro golpe me indicó que algo andaba mal y, en efecto, detuve el carro con un frenazo y me viré para el asiento trasero donde estaba agazapado un sujeto armado con una Browning nueve milímetros.

Como mismo me habría dado por correr, el primer impulso fue golpearlo en plena nariz con un puñetazo que me estuvo doliendo casi dos semanas.

A pesar del golpe, aquel hombre logró abrir la puerta y salir corriendo dejando atrás su Browning con todo y proyectil en la cámara: estaba más asustado que yo, que ya es decir.

Varias personas se acercaron para ayudarme, pero me marché de inmediato del lugar: no quería que en la embajada supieran del incidente para evitar que me impusieran restricciones de movimiento.

En Angola bajo el fragor de la guerra

Por Hugo Rius

La apertura de la corresponsalía permanente de Prensa Latina en Angola, en noviembre de 1975, estuvo signada por uno de los acontecimientos más relevantes del siglo XX: el surgimiento de la independencia de lo que fuera colonia portuguesa, enfrentando una potente invasión militar de Sudáfrica, y cuyo desenlace posterior marcó a la larga el fin del régimen racista del apartheid con enormes repercusiones geopolíticas.

Desde que a comienzos de los años 60 el Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA) emprendió la lucha armada, la agencia percibió que se trataba de un nuevo e importante capítulo en el proceso de descolonización que se protagonizaba en África y le prestó toda la atención y cobertura informativa posible.

Por obvia imposibilidad de acceder directamente a ese escenario, no fue hasta 1974, cuando con la Revolución de los Claveles en Portugal las nuevas autoridades acordaron con el MPLA y otras dos organizaciones angoleñas el fin del dominio colonial y la creación de un gobierno interino tripartito, que Prensa Latina pudo movilizar enviados especiales hacia Luanda.

Dos de ellos fueron Miguel Fernández Roa y Roberto Correa Wilson, a quienes les tocó seguir en el terreno en períodos alternos los tensos esfuerzos del MPLA, cuyo presidente, Agostinho Neto, regresaba del exilio, cobijado por una gran multitud, en confrontación con sus circunstanciales compañeros de fórmula y hostiles UNITA y FNLA.

El primero de ellos en confabulación con Sudáfrica y el segundo a la sombra del régimen de Mobuto Sese Seko de Zaire (hoy República Democrática del Congo), respondiendo cada uno de esos grupos angoleños a intereses expansionistas de sus promotores respectivos y bajo el común aliento interesado de Estados Unidos.

Aquellos enviados especiales testificaron informativa-mente una etapa de violentos y sangrientos choques entre los proyectos de independencia plena que enarbolaba el MPLA y los neocolonialistas asumidos por las otras dos formaciones.

Al final, como es bien conocido, el movimiento popular emergió victorioso y Agostinho Neto pudo proclamar la independencia ante una fervorosa multitud de compatriotas concentrada en el antiguo palacio colonial en la noche del 11 de noviembre de 1975, mientras sus combatientes, junto a cubanos, libraban victoriosamente una crucial batalla en Kifandongo, casi a las puertas de Luanda.

La instalación propiamente de la oficina permanente de Prensa Latina en esa capital dos semanas más tarde resultó algo sui generis, ya que se había decidido en La Habana enviar un grupo de periodistas y fotógrafos de distintos medios con Miguel Fernández Roa a la cabeza, alertados todos ellos de que dada la situación militar en Angola podrían tener que desempeñarse en condiciones de guerrillas.

Después de una discreta travesía desde La Habana con escala en París y Brazzaville, nos transportaron en un veterano bimotor DC-3, una de las pocas naves aéreas que habían dejado los

portugueses al abandonar su antigua colonia, que abordamos en Point Noire, Congo, y la cual bordeó con cautela el territorio de Cabinda, donde se combatía y cuya cobertura directa se encomendó al corresponsal de PL Eloy Concepción junto al fotógrafo Manuel Muñoa.

Al llegar a Luanda, prácticamente el territorio bajo control de la recién proclamada República Popular de Angola, apenas sería un 10 por ciento de toda la extensión del país, asediada como estaba por fuerzas invasoras sudafricanas que se servían de UNITA desde el sur y por resquicios del FNLA desde el norte, que permanecían con apoyo de Zaire en una considerable franja.

En el transcurso de los meses siguientes la correlación militar cambiaría para el bisoño ejército del MPLA con el decisivo y decidido concurso de tropas cubanas solicitadas por Agostinho Neto.

Sin disponer en los primeros momentos con una oficina, convertimos el hotelito Tivolí de albergue en nuestro inicial cuartel informativo, hasta que al menos para mi grata sorpresa, contactó al grupo el director del Ministerio de Información, Luis de Almeida, a quien no veía desde los tiempos juveniles en que me desempeñaba como segundo corresponsal de la agencia en Argel en 1964 y él solía visitarnos como representante del MPLA para distribuir sus comunicados cuando la victoria se reducía a un lejano sueño.

De Almeida entregó entonces a Fernández Roa las llaves del local de una agencia occidental abandonada por sus corresponsales en fuga precipitada ante el avance popular debido a su profundo comprometimiento con los patrocinadores de la conspiración neocolonialista, bien apreciable en los restos de despachos sesgados y llenos de distorsiones que no terminaron de destruir.

El equipo periodístico que tributaba en gran parte a Prensa Latina, al igual que lo hacía a sus respectivos medios, Granma, Juventud Rebelde, Bohemia, Verde Olivo, la Televisión Nacional y poco después Sierra Maestra, se movilizaba continuamente a los distintos frentes de guerra, arrostrando previsibles dificultades y potenciales riesgos.

Fue así que la agencia cubana logró transmitir al resto del mundo el desenlace de operaciones ofensivas en dirección sur, que liberaron las estratégicas ciudades de Lobito y Benguela, en los bordes de ocupación, los bastiones de UNITA en Huambo y en la meseta central y otras provincias más hasta Cuito Cuanavale, para sellar en marzo de 1976 la primera retirada del Ejército sudafricano.

Lo mismo ocurría en el frente norte, con contundentes victorias en Carmona y por el tramo occidental próximo a las aguas del océano Atlántico en una indetenible marcha sucesiva que atravesó Caxito, Ambriz, Ambrizete y Santo Antonio do Zaire, último reducto del FNLA en la frontera.

A lo largo de los primeros cruciales seis meses de 1976, por los canales de Prensa Latina circularon los registros de otros acontecimientos que hicieron historia en África, como la captura y presentación ante la prensa en el Palacio Presidencial de cuatro soldados sudafricanos, el juicio público sin precedente internacional de mercenarios contratados para agredir a Angola, atrapados en Santo Antonio de Zaire y otros puntos septentrionales.

Junto con estas importantes coberturas se siguió mediante informaciones, crónicas, entrevistas y análisis los preliminares empeños del país por reconstruirse en independencia, con la mirada

puesta en potenciar sus vastas riquezas naturales, superar el atraso y salir de la pobreza legada, en medio de enormes desafíos de todo tipo, muchos de los cuales todavía persisten.

Julio de 1976 marcó el final de la evacuación gradual del pionero esfuerzo periodístico coral cubano, y el relevo de enviados especiales de algunos de los medios movilizados, tras haber contribuido a difundir la verdad y el trasfondo de la guerra impuesta en pos del dominio de Angola para explotar sus recursos.

Poco tiempo después Eloy Concepción asumía la corresponsalía permanente en Luanda y con ello se abrieron otras etapas, por igual llenas de tensiones, emociones, peligros y cambios de escenarios, que también quedaron registrados y se siguen registrando, en los infaltables servicios de Prensa Latina en sus casi 40 años de presencia directa.

¡Angola Liberte!

Por Javier Rodríguez

Estaba todavía en funciones como corresponsal de Prensa Latina en Portugal al llegarme la decisión de la dirección de la Agencia para que, en corto tiempo, pasara a desempeñar la misma labor en Angola.

No me era nada ajeno lo que estaba sucediendo en la antigua colonia portuguesa y todo lo referente a los vínculos históricos con sus ya exterritorios coloniales, los cuales habían cambiado bruscamente de característica con la llegada al poder en Lisboa de la Revolución de los Claveles.

Había sido testigo desde Portugal del desarrollo de acontecimientos no menos históricos e impresionantes: el regreso a casa de los colonos, su pública añoranza de lo que sectores más conservadores seguían considerando una propiedad arrebatada al país y el desarrollo de la guerra desatada por Sudáfrica y sus grupos aliados locales para evitar la existencia de la ya naciente República Popular de Angola.

La Praca do Rossío, en el centro de Lisboa, era escenario de las lamentaciones de los más recalcitrantes y antiguos colonos que a veces, estimulados por abundantes dosis del buen vino portugués, cantaban a voz en cuello cada atardecer, «Angola e nossa».

La toma de posesión de Agostinho Neto como el primer presidente de aquella joven nación independiente se transmitió directamente por vía radial desde Luanda y como telón de fondo del discurso del líder angolano se escuchaba claramente el resonar del cañoneo con el cual hacían frente al poderoso ejército sudafricano, apenas a unas decenas de kilómetros de la capital, combatientes del Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) junto a internacionalistas cubanos.

En definitiva, llegó el momento del traslado y sin pasar por La Habana llegué a Luanda en 1978 para recibir la corresponsalía de manos del amigo y compañero Eloy Concepción, lamentablemente ya fallecido, quien había desarrollado un gran trabajo en condiciones muy difíciles.

Luanda, una bella ciudad afectada lógicamente por la continuación de la guerra, mantenía estrictas medidas de seguridad a pesar de las decisivas derrotas asestadas por angoleños y cubanos a las tropas sudafricanas y a dos movimientos fuertemente armados desde el exterior, puntas de lanza de una contrarrevolución activa.

Una de las precauciones vigentes era el mantenimiento del toque de queda para la capital del país y otras principales ciudades de la naciente nación africana, mantenido durante buena parte de los dos años en los cuales estuve allí, situación a pesar de la cual era necesario moverse para el trabajo periodístico y la obtención de las informaciones imprescindibles para enviar a la central.

Si fuera a contar algunas de las primeras impresiones que tuve después de la llegada a Angola, tendría que referirme a la paupérrima y casi inexistente herencia dejada por el colonialismo portugués al nuevo Estado africano.

La presencia lusitana tuvo el sello característico de tantos años bajo el control de los intereses

de las empresas de Portugal, el país menos desarrollado de Europa, con la aquiescencia de las ávidas transnacionales estadounidenses y británicas, entre otras, en el acaparamiento de las enormes riquezas naturales de Angola.

En cuanto a los portugueses tuvieron entre sus empeños la construcción de varias grandes y modernas ciudades donde residían pero que, como me contaban los amigos angoleños, estaban prácticamente prohibidas para los nacionales, quienes debían contentarse con vivir humildemente en los bolsones de miseria cercanos a ellas.

Por supuesto, las transnacionales fueron directamente al control de la explotación petrolera, diamantífera y de otros minerales, algo mucho más productivo y con extracción abierta de sus ganancias.

Las visitas al interior del país para las informaciones que transmitía Prensa Latina conllevaban a veces hasta el apoyo armado para acercarse a campamentos de combatientes cubanos y del MPLA o transcribir un poco la vida difícil de una población golpeada profundamente por la sangrienta guerra desatada por intereses imperiales.

Recuerdo que el tránsito por las carreteras, aún en las zonas liberadas en forma general del asedio constante de los grupos resistentes a la victoria angoleña sobre sus agresores, debía hacerse tras caer la tarde, a no menos de 100 kilómetros por hora en vehículos que evitaban así ser objeto de alguna emboscada o tiroteados al paso.

Son muchas las imágenes que fueron quedando en la memoria de todos los que estuvimos allí en la tarea informativa y en el caso nuestro me referiré solo a dos, las cuales jamás olvidaré.

La primera de ellas, de índole política, fue la conversación que se me autorizó a mantener con dos prisioneros sudafricanos recluidos en una cárcel de Luanda, con los cuales estuve durante dos jornadas hablando de la guerra, de su país y de África en general.

Uno era teniente del Ejército sudafricano y el otro un simple soldado, ambos apresados durante uno de los tantos combates.

El teniente, evidentemente formado en los más radicales principios del apartheid, era tajante en sus pronunciamientos: nada quería con aquellas personas de piel oscura, seres inferiores a los que se debía exterminar o someter al poder blanco y si era liberado volvería a enrolarse en nuevas aventuras contra ellos.

El soldado, proveniente de una familia más modesta, me hablaba de otra alternativa, no menos absurda pero de contenidos menos violentos.

Yo tengo un amigo negro, me dijo desde el comienzo de la conversación, y trato de explicarle que estas cosas pueden resolverse, incluso cierta igualdad de razas, pero eso no puede ser ahora, es necesario esperar el paso de varias generaciones para ir logrando algún mejoramiento.

O sea, algo así como esperar las famosas calendas griegas, lo cual el pueblo angoleño y los internacionalistas cubanos se encargaron de adelantar.

La otra impresión fuerte fue cuando acompañé como único periodista el traslado de esos mismos dos personajes en un avión cubano hasta la misma frontera con la futura Namibia independiente.

En medio de la tensión de aquel vuelo y de las medidas de seguridad que fue necesario adoptar, pude asistir en la zona fronteriza a un histórico canje.

Kwanza Sur, Angola, enero de 1976

Por Hugo Rius

Junto al camarógrafo Omar de la Cruz, me había desplazado a la provincia de Kwanza Sur. Por entonces formábamos parte de una pequeña avanzada de periodistas cubanos enviados a la todavía balbuceante República Popular de Angola, cuando la mayor parte de su territorio sufría invasiones militares injerencistas desde el norte y desde el sur para frustrar la independencia nacional.

Kwanza Sur marcaba el límite meridional entre el país emergente y la ocupación sudafricana. Para detener el avance de las bien equipadas tropas del apartheid se habían dinamitado puentes, y debíamos recurrir a balsas inflables con el fin de alcanzar los frentes bélicos de la angoleña FAPLA y fuerzas internacionalistas de Cuba.

Como suele suceder a todo corresponsal de guerra comprometido, terminamos involucrándonos en el fragor de los acontecimientos más allá de nuestras esenciales obligaciones informativas, de tal manera que hasta nos vimos acarreado camillas que transportaban combatientes heridos o enfermos.

En mi caso particular, cometí el «intrusismo» de ayudar como intérprete entre un alto oficial y uno de los primeros sudafricanos capturados.

Pero mucho más que cuidar de proporcionar el mejor servicio posible, mi ánimo estaba dominado por la simbología que emanaba del casual episodio profesional, puesto que la vida me había proporcionado en ese momento la dicha de presenciar que los humillados de antaño empezaban a vencer a los humilladores. Cuanta gratificación para un periodista.

Se estaba escribiendo una nueva historia en África, que concluiría con la independencia de Namibia y el fin del oprobioso apartheid. Y nada inspira tanto que atestiguar que el mundo cambia y puede seguir cambiando para el bien de la humanidad.

Etiopía, unos riesgos y otros

Por Hugo Rius

La agencia Prensa Latina abrió una corresponsalía permanente en Addis Abeba, Etiopía, en 1977, motivada por el foco de interés informativo mundial de un país que pocos años atrás se había liberado de una rancia y opresiva monarquía que parecía incommovible y emprendía un atrevido proceso de cambios de visos revolucionarios, con cierta irradiación en el conjunto del llamado Cuerno Africano.

En este nuevo contexto el régimen de Siad Barre, del vecino Somalia, atizó viejos reclamos territoriales y desató una guerra expansionista a expensas de la soberanía e integridad territorial etíopes, en cuya defensa fuerzas internacionalistas cubanas hicieron un reconocido aporte.

A partir de la mencionada fecha se desempeñaron como corresponsales sucesivamente, entre otros, Víctor Carriba, Roberto Correa y Antonio Paneque.

Me tocó entonces ocupar esa responsabilidad en junio de 1988, en un terreno que ya conocía directamente por haber participado en junio de 1963 en la cobertura del nacimiento de la Organización de la Unidad Africana bajo las órdenes de Ángel Boán, primer corresponsal en Argelia, quien pocas semanas después fallecería en un accidente automovilístico en Argel, mientras reportaba la visita del comandante Ernesto Che Guevara y de quien recibí perdurables enseñanzas profesionales.

En 1978 volví a Addis Abeba durante la visita del Comandante en Jefe Fidel Castro por el aniversario de la revolución antimonárquica.

En la tercera y penúltima estancia me encontré ante un escenario político hartamente complejo, caracterizado por fisuras y desgarramientos de lo que se había tenido por un proceso revolucionario genuino y que en su lugar se veía lastrado por un poder despótico que recurría a un discurso más allá de las realidades socioeconómicas y culturales nacionales.

Al propio tiempo, ganaba ímpetu una rebelión separatista en Eritrea y otra interna en la región del Tigray, en un marco de agudizadas contradicciones multiétnicas, manifestadas en otros levantamientos junto a una situación económica desastrosa en un país de por sí entre los más pobres.

Mi primera experiencia de riesgo, físico y profesional, la tuve en mayo de 1989, en la que debí orientarme por la intuición, el inseparable hábito de la observación y la recurrencia desprejuiciada a toda fuente posible e inesperada.

Recuerdo que aquel día me desplazaba junto con mi compañera hacia la Ethiopian Airlines a retirar los pasajes de vacaciones y al pasar por el Ministerio de Defensa contemplamos inusualmente emplazados en su entrada un carro oficial ejecutivo y una tanqueta militar, que nos llamó la atención. Y en cuanto nos acercamos a nuestro destino a pocos metros de allí comenzó un intenso tiroteo que nos obligó, al igual que a otros transeúntes circunstanciales, a refugiarnos detrás de columnas, a lo que siguió de inmediato el sobrevuelo de aviones de guerra.

Una vez vuelta la calma y en busca de un punto de observación para obtener una pista de lo

que estaba ocurriendo en el Ministerio de Defensa, me topé con un chiquillo callejero a quien solía comprarle caramelos y chicles que vendía, más para ayudarlo que para consumirlos, y con quien siempre conversaba un poco en amárico y en inglés, y al preguntarle esta vez me dijo con mucha seguridad dos palabras claves chief killed (jefe muerto).

Mientras colegas de la competencia con los que mantuve algún contacto se enfrascaban infructuosamente en obtener primicias en denominadas «fuentes de crédito», tomé la atrevida decisión de transmitir un despacho urgente en los siguientes términos: El ministro de Defensa de Etiopia pudo haber sido asesinado en su despacho, según rumores todavía sin confirmar.

De esta manera Prensa Latina se convirtió en la primera agencia en emitir un aviso informativo, aunque con la cautela debida, sobre lo que en realidad había ocurrido. Aún tuve tiempo después de desplazarme hasta el aeropuerto, tomado militarmente, y a la radio y la televisión, por igual custodiadas, señales inequívocas de un golpe de Estado en embrión, y así pude redactar otro despacho que complementaba una visión indicadora del acontecimiento.

Por el contrario, cuando los colegas de la competencia se sintieron listos para transmitir una información se encontraron con que las comunicaciones por télex al exterior estaban cortadas, y solo se recibían llamadas telefónicas, que prontamente me hicieron oficinas de PL en Europa, advertidas antes de la situación en curso.

Estábamos en presencia de una intentona golpista, aprovechando que el presidente Mengistu Haile Mariam realizaba una visita oficial a la República Democrática Alemana, que estuvo a punto de desatar enfrentamientos entre unidades militares de consecuencias impredecibles, a juzgar por el despliegue de tropas y tanques en una noche cargada de malos presagios.

Aunque superada la conjura con el retorno del mandatario, y un juicio posterior a los principales implicados, las heridas políticas internas se agudizaron y vivimos por lo menos un año más de tensiones, a medida que las fuerzas insurgentes seguían avanzando y se desmoronaba el régimen.

Una vez, algunos corresponsales acompañamos al entonces director de la Unesco, Federico Mayor, a recorrer un sitio declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad en el este del país. Y sucedió que los organizadores del viaje se olvidaron del colega etíope de la agencia francesa y de mí en el hotel donde nos alojaron en el momento en que regresaba a la capital el único avión disponible, lo que nos costó correr y abordarlo con los motores encendidos.

Lo de menos fue trasladarnos en lo que pudimos a la terminal y sofocarnos en la pista, sino que se esperaba, como al final aconteció, que fuerzas insurgentes ocuparan la localidad, y quien sabe cuál habría sido nuestra suerte.

A finales de 1990 nos vimos obligados a cerrar la corresponsalía en Addis Abeba, al igual que las de otras plazas, por imperativo de la aguda crisis económica que sufría Cuba como consecuencia del desmantelamiento de la Unión Soviética y el campo socialista europeo.

Mi nuevo destino, en enero de 1991, fue Harare, Zimbabue, pero en modo alguno significaba que me desligara de la entrañable Etiopía, puesto que en mayo recibí instrucciones de la central de regresar como enviado especial en previsión de los desenlaces que podrían tener lugar allí.

Después de mucho luchar para obtener visado, llegué un 17 de mayo y esa noche, viendo el noticiario estelar junto al encargado de negocios de Cuba Fernando Prats, quien me había

albergado, apareció entre las noticias importantes el recibimiento por Mengistu de un enviado especial del Gobierno de Zimbabwe. Y en uno de esos momentos de osado pitonisa periodístico le afirmé a mi acompañante ante su asombro: «Mañana se va Mengistu».

En efecto, al día siguiente un comunicado oficial daba a conocer su renuncia al cargo y su partida hacia Zimbabwe, donde se le preparaban las condiciones de asilo.

La súbita huída dejó al país prácticamente acéfalo, y al menos la capital comenzó a ser presa de inseguridad, desorden y saqueos, lo que verificamos en carne propia cuando recorriendo con Prats una de sus céntricas calles comerciales enfrentamos un intento de pillaje.

Una madrugada casi nos levanta en peso de las camas la soberbia explosión de un polvorín que entronizó el pánico generalizado en la ciudad, seguido por prolongados apagones que auguraban peores momentos.

Lejos de ello, la favorable acogida popular que presenciamos de las victoriosas fuerzas insurgentes del Tigray en su entrada en Addis Abeba, el primer encuentro de su principal dirigente Meles Zenawi, más tarde elegido presidente de Etiopía, con el cuerpo diplomático acreditado, hacía renacer la esperanza de que los peores tiempos quedaran atrás.

¿Cómo terminan las guerras?

Por Francisco Forteza

Las guerras son sangrientas y sobre todo complicadas, especialmente para terminarlas.

Como periodista que cubrí para Prensa Latina las negociaciones de paz de Cuba, Angola, Sudáfrica y Estados Unidos, fue más que todo interpretar los acontecimientos y tratar de cumplir con la misión casi imposible de, al menos, tener una idea de «cómo iba todo» en las negociaciones a puertas cerradas.

Para un corresponsal de PL, las fuentes cubanas fueron en esa ocasión imprescindibles, lo cual, y es mi opinión, no puede eliminar la necesidad de estar al tanto de lo que dicen todas «las partes» y de hacerse criterios muy objetivos sobre lo que está sucediendo.

Las experiencias nuevas para mí se iniciaron en el hotel Durand, de Londres.

Lejos, en el campo de guerra en África, en el que nunca estuve, ocurría una batalla crucial, la de Cuito Cuanavale. En una entrevista reciente al dirigente cubano Jorge Risquet narró que «a pedido de Luanda, la dirección de la Revolución decidió, el 15 de noviembre, enviar a Angola las fuerzas y medios adicionales necesarios para resolver, de una vez y por todas, la situación en el sur de aquel país».

Recuerdo que el 3 de mayo de 1988 en Londres no hacía calor. Había lloviznado por la mañana. Los periodistas, solo dos, un colega de la agencia Reuters, especialista en África, y yo, nos sentamos en la pequeña escalera externa del hotel. No podíamos entrar porque las negociaciones eran secretas. Finalmente, no recuerdo la razón, nos dejaron bajar la larga escalera hasta el salón soterrado del Durand y allí vimos las delegaciones dispuestas a comenzar.

Un funcionario de la embajada de Estados Unidos en la capital británica tomó el brazo del periodista de Reuters y lo obligó a subir la escalera. Probablemente porque yo soy cubano no lo hizo conmigo, pero me miró con deseos, pensé, de degollarme. No lo hizo, claro. Ni siquiera me tocó, pero no porque yo le inspirara ningún tipo de temor. Simplemente porque se me recomendó por amigos que dejara el salón y lo hice, afortunadamente, por mis propios pies.

Ese día escribí una pequeña nota para la redacción central sobre el inicio de las conversaciones.

La segunda ronda de conversaciones fue en El Cairo. Aún yo estaba destacado por PL en Londres y fui enviado a la capital egipcia. Una oportunidad única, no solo por las pirámides, la esfinge y porque me caí de un camello al tratar de bajarme del animal alquilado como si este fuera un caballo.

En El Cairo fui retenido en el aeropuerto por las autoridades. No concordaba para ellos que un cubano viniera de Londres para asistir a la conferencia «cuatripartita», tal como fue bautizada la negociación. Fui «liberado» a partir de una llamada a la embajada de Cuba e incidente acabado.

Pero todo comenzaba en realidad.

Para mí, la reunión de El Cairo, del 24 al 25 de junio de 1988, fue extremadamente tensa y de mucho trabajo en un bellissimo hotel de la ciudad. Recuerdo que dejaba a alguien cuidando el

teléfono público que usaba para comunicarme con la central de PL cada vez que lo requiriera. En un momento determinado, algún ruido parásito en los jardines de la instalación provocó que los guardaespaldas sudafricanos cargaran al unísono sus armas. Impresionante, pero nada más. ¿Qué estaba pasando en el salón? Risquet lo narró también recientemente:

«En El Cairo les hablé muy duro a los sudafricanos, pues presentaron un documento absurdo, donde nos pedían hasta el número de cubanos casados con angolanas y cuáles eran nuestras posiciones militares en el sudeste de Angola. Y a los angolanos les exigían que en solo seis semanas hicieran un gobierno compartido MPLA (Movimiento Popular de Liberación de Angola)-UNITA. Al final de esa reunión bajaron el tono. Se lo habían recomendado los norteamericanos.

«Hace algunos años, el Gobierno sudafricano nos entregó el acta de aquella reunión yanqui-racista. Al día siguiente de la cita de El Cairo se produjo un ataque artillero sudafricano sobre las posiciones cubano-angolanas en T'Chipa. El día 27 la aviación cubana descargó un demoledor golpe de réplica sobre las instalaciones militares del enemigo en Calueque, al mismo tiempo que su 61 batallón mecanizado fue casi aniquilado.

«El golpe propinado a las tropas invasoras resultó lo suficientemente convincente para el Gobierno de Pretoria. La negociación sería el camino de menor riesgo para el régimen. Se produjo un cese del fuego de facto en el sur de Angola. En el mes de agosto, todas las tropas sudafricanas se retiraron del país», resumió Risquet en su entrevista.

Las conversaciones me obligaron a viajar continuamente y junto a periodistas de muy gran calibre como Irma Cáceres, entre otros, también en representación de PL. Estuve en Namibia, en espera de una ronda de negociaciones. Mientras esperaba, el fotógrafo y yo viajamos en un VW alquilado desde Windhoek, capital namibia, hasta la costa de ese país en el que ya terminaba Sudáfrica su ocupación, pero aún la gobernaba. Fue una situación extraña movernos por las calles de esa capital con perfil europeo nórdico, en tanto que aún no había terminado la guerra. Nada heroico que contar, sin embargo. Nadie se «metió» con nosotros.

También hubo rondas en Brazzaville, Ginebra, en Isla Sal, Cabo Verde, y finalmente en Nueva York. Estuvimos además en Angola en varias ocasiones.

Pero fue inolvidable nuestra estancia en Ciudad del Cabo. Recuerdo que la gente nos miraba con curiosidad, aunque sin odio, por las calles hermosas de esa ciudad junto al mar, frente a cuya costa estaba la isla en la cual guardó prisi3n Nelson Mandela.

Entre las poquísimas notas que encontré entre mis cosas para escribir están fragmentos de crónicas con declaraciones de sudafricanos blancos. En una de ellas está escrito el nombre de «Walter», el entrevistado que recuerdo remotamente como un señor de espejuelos.

«No soy, no he sido racista jamás. Le confieso que quisiera que todo este sistema de apartheid acabara», dijo, según lo que anoté. En otra nota tomada de una amarillenta hoja ni siquiera queda el nombre de la entrevistada, una mujer con un vestido rojo. Es lo que recuerdo de ella. «Lo que quiero es que termine la guerra. Tengo un hijo de 15 años y corre el riesgo de ir a pelear si esto sigue», comentó.

Todos los periodistas cubanos fuimos durante esa visita a una meseta en la ciudad, a la que se sube en funicular y desde donde la vista es espectacular. Allí, de casualidad, pienso, nos encontramos con un soldado sudafricano que fue apresado en el campo de batalla por las tropas

cubanas y atendido en un hospital de La Habana. Iba con algunos miembros de su familia y nos saludó sin odio.

Después todo acabó el 22 de diciembre de 1988. Por algún motivo que nunca supe, no recibí mi visa a tiempo para asistir a la ceremonia de la firma de paz en Naciones Unidas. Es otro avatar que debe enfrentar alguna vez, o varias, todo periodista: que no lo traten con cortesía, por tirios o troyanos

«En uno de los grandes salones de Naciones Unidas y en presencia de su secretario general, Javier Pérez de Cuellar, nuestro canciller Isidoro Malmierca suscribía, en nombre de Cuba, los llamados Acuerdos Tripartitos. A su lado, el general de cuerpo de ejército Abelardo Colomé Ibarra subrayaba el papel de nuestras gloriosas Fuerzas Armadas Revolucionarias en la epopeya que el pueblo cubano escribió en Angola y África, a lo largo de tres lustros, donde participaron más de 380 mil soldados y oficiales, y cerca de 75 mil colaboradores civiles», narró Risquet, quien fuera presidente de la delegación cubana en la ceremonia.

Mi primer día en Zimbabwe

Por Tomás A. Granados

Ya estábamos listos para comenzar nuestra primera jornada en Harare aquella mañana de un día de octubre que no recuerdo de 1987, cuando el entrañable amigo Lius M. Sáez (Wichi), a quien sustituiríamos al frente de la corresponsalía de PL en Zimbabwe, nos detuvo a Ilsa —mi esposa— y a mí a la salida del apartamento en el compound de la barriada de Avondale, y con el índice de su mano derecha señalaba hacia uno de los neumáticos del automóvil de la oficina, el cual estaba desinflado.

«Eso es una mala señal, no creo que sea apropiado salir hoy de la casa, mejor nos quedamos y dejamos todo para mañana», lo dijo muy convencido.

Le respondimos casi a la par, entre risas burlonas, que se dejara de boberías y supersticiones, que si después de viejo y de tanto mundo no sabía que un neumático podía pincharse en cualquier momento como algo muy rutinario y sin más consecuencias que las inconveniencias que pudiera causar al propietario del vehículo.

Por un instante permaneció en silencio hasta que nos miró muy fijo y con su habitual voz grave nos dijo de manera resuelta: «Sí, pero es que estamos en África y aquí todas las cosas llevan un aviso para bien o para mal. y este no parece para nada bueno».

Después de tanta insistencia de nuestra parte, aceptó de muy mala gana cambiar el neumático del auto y dirigimos solo a la embajada de Cuba para el trámite de cortesía de presentarnos como los nuevos corresponsales y luego pasar por el centro comercial de Avondale de regreso a la casa.

Pasada más de una hora de nuestra visita a la embajada y cuando nos disponíamos a marcharnos, una fuerte explosión nos puso a todos en alerta. Agentes de los servicios secretos del régimen de Sudáfrica habían colocado un coche bomba frente a una cafetería en el centro comercial de Avondale, con la intención de eliminar a una pareja de activistas antiapartheid que se encontraba en ese lugar.

O sea, que el atentado fue realizado en el lugar hacia donde pensábamos dirigirnos. Y, por supuesto, Wichi no paraba de repetir como a modo de regaño, «Se los dije, coño, yo se los dije, que hoy el día no estaba bueno para salir.».

Junto con Tanzania, Zambia y Mozambique, Zimbabwe formaba parte de la llamada Línea del Frente en la lucha que entonces se libraba en África contra el régimen del apartheid. Esos países eran los santuarios del Congreso Nacional Africano (ANC, por sus siglas en inglés) y de todas las fuerzas que luchaban contra el Gobierno de minoría blanca en Pretoria y, en consecuencia, eran objetivos permanentes de atentados planeados y ejecutados por los servicios secretos sudafricanos.

En Sudáfrica con apartheid

Una inesperada conjugación de hechos me abrió las puertas, en junio de 1988, para viajar a Sudáfrica en pleno régimen del apartheid.

Las tropas cubanas habían capturado herido a un sargento de la compañía mecanizada Bravo,

del 101 batallón de las fuerzas sudafricanas llamado Johan Papenfuss, quien resultó gravemente herido durante un combate en la localidad angolana de Donguena, muy cerca de la frontera con Namibia. Al soldado herido lo trasladaron a La Habana para su atención médica.

Por encima de todo este panorama continuaban las conversaciones entre las delegaciones de Angola, Cuba, Sudáfrica y Estados Unidos en busca de un arreglo justo al conflicto.

Varios medios de prensa sudafricanos habían pedido viajar a La Habana para entrevistar al sargento Papenfuss y por eso me pareció que era una buena ocasión hacer similar solicitud a Sudáfrica. Así lo propuse a la dirección de PL y fue aprobado.

Llegué al aeropuerto de Johannesburgo como enviado especial de Prensa Latina, la primera vez que un periodista cubano lo hacía cuando aún estaba en el poder el régimen del apartheid.

Un oficial de enlace de la cancillería en Pretoria preparó un programa que incluía visitas a redacciones de periódicos, lugares interesantes, como la primera mina de oro en la zona del Transvaal y el centro financiero en Johannesburgo, pero sobre todo me preparó una entrevista con un funcionario del Gobierno, quien se me presentó como director de uno de los departamentos del Ministerio del Exterior y que al parecer estaba muy estrechamente relacionado con las conversaciones cuatripartitas en curso.

Desde el comienzo de nuestro encuentro, ese funcionario insistió en varias ocasiones en expresarme sus dudas de que los cubanos tuvieran la voluntad de llegar a un arreglo en las conversaciones cuatripartitas y que a su juicio el objetivo real era lanzar las tropas hacia el sur y plantar su bandera en la capital sudafricana, a lo cual yo le replicaba que él estaba equivocado, que La Habana actuaba seriamente en esas negociaciones y que su objetivo era sinceramente lograr la solución del conflicto de una manera justa y duradera.

La discusión duró algo más de tres horas. El funcionario y yo nos despedimos con un protocolar apretón de manos, como sellando la parte de la agenda de mi visita en la que más interesados estaban las autoridades que permitieron mi entrada a Sudáfrica.

Otro momento que guardo en el recuerdo de aquella visita fue el recorrido que realicé fuera del programa oficial a la vibrante barriada de Soweto, el sitio de residencia reservado por las leyes del apartheid a la población negra en el área de Johannesburgo.

Concebida en su inicio como dormitorio de los trabajadores negros empleados en las minas de oro, Soweto era cuando la visité ese raro mundo separado donde se mezclaba la opulencia de familias ricas, de clase media y pobres, todas tratadas con el mismo desprecio por el régimen racista. El refugio de revolucionarios y delincuentes escapados de la persecución policiaca; con sus alegres Shibeens o bares clandestinos, porque las leyes prohibían entonces la venta de bebidas alcohólicas a los negros. Visité uno de esos Shibeens en compañía de dos amigos, quienes me advirtieron que no llevara mi cámara fotográfica «para evitar problemas». Varias personas se interesaron en saber quién era yo y mis acompañantes me presentaron como «cubano de Fidel Castro». Me recibieron con mucha simpatía, el canto a coro de la Guantanamera y un brindis con un licor casero de color ámbar que me dejó ardiendo la garganta.

Meses después, Ilsa viajó a Johannesburgo para dar cobertura a una de las sesiones de las conversaciones cuatripartitas, que curiosamente tuvo por escenario un hotel en la reserva natural sudafricana del Kruguer Park, una de los parajes de esmerado cuidado a la flora y fauna en África.

Otra misión de Ilsa fue la de dirigirse a Lusaka, la capital de la vecina Zambia, para reportar la visita de Nelson Mandela a esa ciudad, la primera que el emblemático líder antiapartheid realizaba al exterior inmediatamente después de su liberación el 11 de febrero de 1990. Desde Harare, Ilsa también viajó para labores periodísticas a Mozambique, Uganda y Etiopía.

Libertad a media noche en Namibia

Nuestra estancia en Harare también nos permitió a Ilsa y a mi ser testigos presenciales de un acontecimiento de dimensión mundial, como la independencia de Namibia. Primeramente viajé a Windhoek en abril de 1989 para reportar los momentos iniciales del proceso de transición a la Independencia y posteriormente nos trasladamos a la capital namibia para la cobertura de las elecciones supervisadas por la ONU, que tuvieron lugar del 7 al 11 de noviembre de ese mismo año.

Después fue la proclamación de la independencia ¡Qué días aquellos! Llegué a Windhoek con una semana de anticipación a la fecha del 21 de marzo de 1990, que había sido fijada para ese acontecimiento. Con amistades que había hecho en visitas anteriores, entre ellos varios jóvenes activistas y colaboradores de la South West Africa People's Organization (SWAPO), fui hasta la prisión central a esperar la salida de un grupo de sus compañeros que cumplían condenas por sus actividades revolucionarias y fueron beneficiados por una amnistía general. De allí viajamos al barrio de Catutura, el equivalente de Soweto, y la celebración duró hasta la mañana siguiente.

Pero la gran fiesta fue a la medianoche de aquel 21 de marzo de 1990 en el estadio de fútbol de Windhoek, cuando en medio de una colorida y bulliciosa ceremonia viví el excepcional momento en que todos los namibios supieron que en lo adelante eran ciudadanos de un país independiente.

Muchas botellas de vinos fueron descorchadas en aquel momento para brindar por el primer día de libertad.

Los falsos colegas que Savimbi me inventó

Por Ulises Canales

Angola es de esos sitios del mundo que atrapan, enraízan sentimientos y tienen el don de hacerse inesqueciveis, como solía cantar un intérprete de la cadenciosa y muy popular kizomba.

Pero la Angola de finales de la década de 1990, concretamente de 1996 a 1999, tampoco escapaba a esa típica relación de amor-odio, que se puede disfrutar hasta la extenuación, sufrible sin parangón y de penosos contrastes, con una incomparable riqueza natural, un flujo voluminoso de dinero muchas veces resultado del garimpo de diamantes y, al mismo tiempo, una población mayoritariamente paupérrima, con gente que moría en plena calle por el endémico paludismo o que se desplazaba con las cuatro extremidades por deformaciones atribuidas a la malnutrición enfermedades prevenibles.

Entonces, en Luanda se apreciaba básicamente en el discurso de los políticos el antagonismo que vivía el país por el conflicto de posguerra entre el MPLA (Movimiento Popular para la Liberación de Angola) y la UNITA (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola).

El tema recurrente para políticos y periodistas era el irrespeto por parte del líder de la UNITA, Jonas Savimbi, de los acuerdos de paz de Lusaka (1994) y sus incontables maniobras para simular el desarme de esa organización que en su tiempo aterrizó a millones de angoleños.

Mientras la capital y sus alrededores resultaban seductores por las noches de jolgorio en bares, discotecas y restaurantes de la Ilha, un veraniego domingo de playa en Mussulo o un banquete de pescados y mariscos a orillas del mar en Cabo Ledo, la mayor parte del país, sobre todo hacia el sur donde se concentraban efectivos militares de la UNITA, era prácticamente intransitable por tierra a causa de las minas antipersonales y los retenes establecidos por Savimbi en zonas bajo su control.

Sin embargo, el ambiente aparentemente apacible de Luanda solía mutar de forma súbita, no solo cuando se sufrían cortes de electricidad ininterrumpidos de hasta dos meses (los casi familiares «alumbrones»), había que bañarse con agua achocolatada «del río Cuanza», como se decía en broma, o hervirla durante más de 12 horas para poder consumirla.

La capital también se resentía por ráfagas de ametralladoras y detonaciones de granadas, que horas después se sabía era resultado de choques entre fuerzas gubernamentales y hombres afín a Savimbi empeñados en sembrar pánico y desestabilizar los esfuerzos pacificadores.

Hablar en público de la UNITA se hacía con cauteloso sigilo, incluso por varios políticos, y para muchos estaba fuera de consideración un viaje a Huambo, donde Savimbi tenía su cuartel general, o cualquier otro lugar donde estuviera izada la bandera «do Galo Preto».

En varios viajes aéreos conocí muchas ciudades y provincias, incluidas las Lundas, una especie de jungla con escalofriantes escenas de ejecución sumaria de garimpeiros que intentaban abandonarla ocultando la cantidad real de diamantes conseguidos, o donde niños eran forzados por sus padres a dejar los estudios y sumarse a la solvente búsqueda de piedras preciosas.

Un periplo a Huambo, aprovechando un vuelo patrocinado por la UNAVEM III, la misión de la

ONU para verificar los acuerdos de paz en Angola, lo hice desoyendo incluso regaños casi paternos de entrañables colegas y amigos angoleños porque supuestamente «me iba a meter en la boca del lobo».

Mi empeñamiento en actuar como corresponsal para Angola —y no solo desde Luanda— hizo desistir a mis colegas de disuadirme, pero me aconsejaron las más disparatadas ideas para evitar identificarme como cubano en territorio de la UNITA: habla como venezolano, diles que eres español, que eres angoleño criado en Latinoamérica, y no recuerdo cuántas sugerencias más.

El avión aterrizó en una polvorienta pista en medio de la maleza y a varios kilómetros del pueblo donde aguardaban Savimbi y su séquito de oficiales para mostrar al mundo la enésima entrega de sus armas.

Tan pronto entramos al pueblo, cada uno de los recién llegados teníamos entre dos y tres supuestos periodistas literalmente ataviados con bolígrafos, block de notas y grabadoras que ni siquiera fingieron utilizar.

Al cubano, supongo que por mera casualidad, lo escoltaron todo el tiempo una joven de pelo corto postizo muy brillante y vestida con traje típico de esa región angoleña, y otros dos pseudoperiodistas, todos muy amables y hospitalarios, en honor a la verdad, pero sin la más elemental empatía profesional para sostener una conversación.

Para mi tranquilidad, también me acompañaron algunos colegas que en improvisadas rotaciones se desdoblaban como profesionales de la información y protectores de quien consideraban o irmao cubano.

A la espera de entrar al salón donde conversaríamos con Savimbi, un dirigente político de la UNITA, cuyo nombre y cargo olvidé, hizo gala de gran anfitrión de los periodistas, ofreció bebidas refrescantes para mitigar el sofocante calor y abordó con buen conocimiento de causa temas diversos de la actualidad nacional y mundial.

Tras más de media hora de pláticas y advertir el pésimo portugués de quien por entonces era un recién llegado a Angola, el hombre preguntó cuál era mi país de procedencia. La respuesta la di en escasos segundos, pero en ese breve lapso se dirigieron hacia mí las sugestivas miradas de mis amigos.

Lo único lamentable fue que el ameno diálogo con el referido hombre de la UNITA se esfumó tan pronto supo que entre ellos había un cubano de Cuba, quizás el país que más odió Savimbi, precisamente, por dar al MPLA la ayuda internacionalista que fue determinante en su derrota militar.

Para entonces, era fútil cualquier movimiento sin ser rigurosamente observado, aunque Savimbi respondió a una pregunta mía a sabiendas de que hablaba con un cubano y permitió, incluso, sacarle una foto sentado en un sofá mientras justificaba ante la prensa nacional y foránea otro desarme teatral de su organización.

Sin proponérmelo, ese viaje fue comidilla de los angoleños que, entre elogios y reproches, comentaron mi osadía, y quizás fue el episodio profesional más recordado, junto con la posibilidad de conocer personalmente al entonces presidente sudafricano, Nelson Mandela.

Angola tiene el añadido de haber sido inolvidable por convertirse de modo no tan involuntario en tierra de «concepción» de mi ser más querido: Lua Carolina, cuyo primer nombre es prueba

perpetua de cuánto significan ese país y su gente.

Nuestro medio en el Oriente Medio

Nuestro medio (Prensa Latina) llegó al Medio Oriente en febrero de 1963 representado por Hugo Rius como corresponsal en El Cairo, Egipto, mediante un convenio de intercambio con la agencia anfitriona, MENA. La oficina funcionó hasta septiembre de ese año, cuando la otra parte incumplió su compromiso.

En junio de 1967, en coincidencia con la agresión miliar israelí contra tres Estados árabes (Guerra de los Seis Días), se abrió nuevamente la corresponsalía en El Cairo, donde se acreditó a Osvaldo Ortega, un verdadero estudioso y una autoridad en opiniones sobre la compleja situación mediorienta, descendiente de una de las familias árabes emigradas a Cuba.

Ortega permaneció allí hasta un año después de la muerte de Abdel Nasser (1969). En agosto del año siguiente la corresponsalía de El Cairo, incluido su corresponsal jefe, fue trasladada a Beirut, que por ese tiempo devino centro informativo y de convergencia de las principales corrientes de pensamiento que se mezclan en el mundo árabe.

Antes, en 1963, PL abrió una oficina también en otro país árabe del norte de África, Argelia, con lo cual amplió su presencia en esa última región, a raíz del triunfo de la revolución anticolonialista luego de la lucha del pueblo argelino durante más de siete años contra la ocupación militar francesa. Protagonista de ese otro momento histórico de PL fue Ángel Boán.

El Líbano

Frescas aún las consecuencias de la guerra árabe israelí de 1967 y las consecuencias expansionistas de Israel, los palestinos comenzaron a refugiarse de forma masiva en el Líbano a partir de 1970, cuando fueron expulsados del reino de Jordania. Los palestinos habían llevado a cabo acciones por diversos medios con el propósito de llamar la atención sobre su lucha por la independencia, en el plano regional e internacional.

En este escenario, y como parte de la escalada de la doctrina estratégica militar de Israel, tendría lugar la llamada guerra del Yom Kipur, en 1973, a la vez que en Naciones Unidas se proclamarían los derechos del pueblo palestino a la autodeterminación, la independencia, la soberanía nacional, y al retorno de su población refugiada. En 1975 se sumaba a este hecho histórico en la ONU una nueva resolución que igualaba al sionismo con el racismo, sin dudas un triunfo diplomático internacional de apoyo a la causa de Palestina.

A Israel, que consideraba la frontera libanesa como su patio trasero, le resultaba inaceptable la presencia de la resistencia palestina y de la izquierda libanesa, al representar un obstáculo a sus ambiciones de expansión territorial.

La fuerza aérea, aviones de nueva generación para aquella época, vendidos por Estados Unidos a Israel, incursionaban constantemente en el país. Hacían de las suyas sobre el espacio aéreo libanés, con estrepitosas picadas aéreas junto al terrible ruido de la trepada y con vuelos rasantes sobre la capital, a cualquier hora del día o la noche, que hacían añicos los cristales de los elegantes edificios. A la vez, con sus cañones de buques de patrullaje sembraban la muerte y el pavor frente a los poblados y ciudades costeras en el mar Mediterráneo. Su mortífera carga hacía estragos en

los campamentos palestinos y en poblaciones civiles libanesas, donde vivían las familias más pobres.

Tanto Hugo como Osvaldo, tal vez sin proponérselo, crearon una escuela de lo que tenía que ser PL como agencia informativa «objetiva, pero no imparcial», tal y como había preconizado nuestro fundador, Jorge Ricardo Masetti, sobre los acontecimientos del Oriente Medio.

Allí no solo tenía lugar la agresión manifiesta de Israel contra el pueblo palestino y otros Estados árabes, sino que existía una latente lucha de clases en las naciones dominadas por las diversas oligarquías locales, en los países que pretendían liberarse de la tutela de Estados Unidos y las antiguas potencias coloniales. Tal era la situación de Siria, Iraq, Irán, Yemen y el propio Líbano, por citar algunos casos.

Nuestra objetividad: informar todo lo que pasara en el Medio Oriente, incluso las guerras interárabes. Nuestra militancia: denunciar las constantes agresiones de Israel contra los países árabes, en especial contra los palestinos, víctimas principales de la política sionista.

PL fue testigo de muchas de esas agresiones. Israel fue siempre el gran enemigo, pese a que en ocasiones las fuerzas árabes mantenían luchas realmente inconcebibles, a pesar de tener un enemigo común.

Pero, bueno, esa era y es la realidad libanesa, que en gran medida es un reflejo de la realidad mediorienta.

Nuestras corresponsalías nos mantienen informados de cuanto acontece en esa candente región. Así lo hicieron anteriormente otros, incluido Leonel Nodal, testigo excepcional de la invasión israelí al Líbano en 1982, y del genocidio cometido por las tropas sionistas en los campamentos palestinos de Sabra y Shatila.

Cada día, el más dramático y difícil para el Medio Oriente

Por Irma Cáceres

Desde los más remotos tiempos al presente, cada día, semana, mes y año pareciera ser el más dramático y difícil para la región del Medio Oriente. Por experiencia personal haré solo referencia a la década de los años setenta del siglo pasado en el Líbano, cuando en calidad de periodista viajé tres veces a ese país y otros Estados vecinos.

El apasionante, aunque complejo mundo mediorientista, y la lucha por la autodeterminación del pueblo palestino atrajeron siempre mi atención, aun mucho antes de haber pensado en estudiar periodismo.

La mayor parte de estos apuntes fueron tomados en 1974, 1978 y 1979 de entrevistas, notas o trabajos periodísticos. El quincuagésimo quinto aniversario de Prensa Latina sirve también de impulso una vez más para demostrar su validez informativa.

Granadas de fragmentación contra civiles

Si solo hubiera vivido como experiencia una inesperada visita a un campamento palestino en la ciudad de Nabatiye sería suficiente para haber comprendido hasta dónde pueden llegar la venganza y el dolor humano.

La investigación directa de las fuentes de información resultaría imprescindible ante la gran cantidad de voceros, organizaciones y rumores. En la oficina de PL se escuchaba siempre la radio nacional, también la de Israel y otros países, en busca de mayor rapidez del mensaje. Fue así como supimos que aviones israelíes estaban bombardeando un campamento palestino en Nabatiye, a unos 50 kilómetros. Con la traductora al volante salimos lo más rápidamente posible. La vía, una carretera estrecha que bordea la costa sinuosa del mar. Centenares de personas, familias enteras, venían a pie como hormigas con un destino incierto, lo que hacía más difícil la conducción.

En el trayecto era imprescindible mostrar constantemente la acreditación ante la demanda de distintos grupos uniformados. La mayor parte de los campamentos palestinos estaban contruidos de forma precaria, espacios pequeños de los más diversos materiales, piedras, madera, cartones, ladrillos, casas de campaña, un conglomerado de viviendas, separadas por estrechas vías peatonales sin un orden urbano previamente establecido. El agua escasa y las familias numerosas. En este ambiente de indefensión hacía aún más estragos la aviación israelí, cuando lanzó aquella mañana su carga mortífera de forma indiscriminada.

Nadie sabe con seguridad cuántas personas perdieron la vida o fueron heridas y mutiladas. No existe calificativo lo suficientemente adecuado para describir el espectáculo de aquel rompecabezas gigante. De los pocos árboles que quedaron en pie y casi sin hojas flotaban al viento pequeños pedazos de objetos domésticos, trozos de tela, zapatos de diferentes tamaños, juguetes infantiles y lo más increíble, restos humanos.

Algunas personas oraban y pedían clemencia a Alá, lloraban, proferían amenazas o decían el

nombre de sus familiares. Inconsolables, deambulaban perdidos en busca de algo que les permitiera identificar a sus seres queridos.

Nadie comprenderá que nunca una noticia urgente, una información ampliada y un reportaje, aunque lleguen a la mesa de todas las redacciones del mundo con la narración de estos hechos, podrán reflejar en su magnitud esos sentimientos ni las palabras adecuadas para describirlo.

Aún guardo junto con algunos libros la mitad de una granada de fragmentación del tamaño de una naranja mortífera, que recogí en el lugar. Una sola de las 125 esquirlas que tiene en cada tapa es ya mortal. La bomba madre, alargada y puntiaguda, guarda a su vez en su panza 125 granadas de este tipo. Tenía varios pedazos de esos artefactos, pero colegas y amigos querían guardarlas también para recordar a ciertas mentes incrédulas y desmemoriadas que esas bombas tienen inscrito made in USA.

Lamentablemente, en muchas ocasiones que visité el sur libanés pude constatar los efectos dejados por las bombas lanzadas por la aviación israelí.

Miles de personas huérfanas o mutiladas para siempre, sin contar el daño psicológico causado a personas de cualquier edad. No se trataba solo de combatientes armados con la aspiración de vivir un día en su tierra.

Fragatas israelíes en acción

La prensa escrita, las agencias y la radio amanecieron un día con la noticia de que fragatas de guerra israelíes estaban a la vista en la ciudad de Tiro, cerca de la frontera con Israel. Esa presencia constituía un peligro para el campamento palestino de Raschadiye, uno de los más grandes, que realmente se concretó.

Hacía pocos meses que Israel había invadido el sur del Líbano y organizado una milicia —el Ejército del Líbano Libre— dirigida principalmente por libaneses cristianos, aliados o militantes de la falange.

Casi al mediodía decidimos salir hacia la antigua ciudad de Tiro, fundada por los sidonios en el tercer milenio antes de nuestra era, principal núcleo de la expansión fenicia, y a unos 90 kilómetros de la capital, en busca de nuestra propia visión informativa. Otra vez la experiencia de aquella ruta estrecha, con un poco más de movimiento que el habitual y un creciente tráfico humano hacia Beirut. Cuando habíamos recorrido alrededor de la mitad del trayecto, aumentaría el número de personas que salían de los pequeños pueblos costeros. Ya había comenzado el cañoneo. En la vía supimos que muchas casas del campamento habían sido impactadas con proyectiles explosivos de artillería naval.

En una estrecha calle dejamos el auto y avanzamos hacia donde escuchábamos gritos y conversaciones. Un grupo de civiles trataba de apartar escombros y ayudar en medio de aquel caos. Desde donde estábamos podíamos ver perfectamente varios barcos que permanecían allí, quizás mirando los resultados de su obra y limpiando el armamento usado. Todos los vecinos insistían en que avanzáramos. Al final, un niño de unos diez años permanecía sentado en el suelo frente a su pequeña casa pintada de blanco, inmóvil, con sus grandes ojos abiertos y fijos quién sabe dónde. Los conocidos o amigos le hablaban, le pasaban la mano por la cabeza, suplicaban que respondiera, pero todo esfuerzo era inútil, parecía sumido en el mundo del silencio. Sobraban razones. La familia, sus padres y cuatro hermanos —nadie sabía la cifra exacta de personas—

comían sentados alrededor de una mesa tradicional, casi pegada al piso, cuando el proyectil atravesó las dos paredes de la habitación y siguió su fatídica ruta. Detrás dejaba una estela de cuerpos destrozados, que con la sangre derramada fue pintando con desiguales trazos el techo y paredes de la humilde morada. Solo el pequeño Ahmed había salvado su vida. Costó esfuerzos alejarlo de aquella pesadilla. Frágil, con pasitos lentos, rodeado de brazos amorosos, aún inmerso en el mundo del silencio y la soledad avanzaba entre los escombros. Muchas veces he soñado con esta imagen, quizás reforzada por hechos similares del presente que aún son una constante.

Noche de horror

Un ruido ensordecedor y prolongado sorprendió y estremeció a gran parte de la ciudad. Era media noche. Sin saber lo ocurrido tenía la certeza de que se trataba de una gran explosión en el barrio donde vivía, cerca de la oficina de Naciones Unidas. Muy temprano pude comprobarlo: un edificio de diez pisos con decenas de apartamentos había sido enterrado, literalmente hablando, y solo un piso sobresalía al nivel del suelo. Cientos de personas se aglomeraban en los alrededores, espantados ante el espectáculo. La onda expansiva de una poderosa carga explosiva había hecho estragos no solo al edificio, sino hasta en las calles aledañas. Decenas de puertas y ventanas habían volado, objetos diversos yacían en cualquier lugar e increíblemente varios autos habían saltado por el impacto y aparecían incrustados en balcones de viviendas.

Toda esa destrucción era poca comparada con el dolor de las familias sobrevivientes, cuando regresaron y no encontraron el inmueble. Sin dar crédito a la realidad exigían un proceso de excavaciones que diera la posibilidad de encontrar sobrevivientes. Más de doscientos civiles perdieron la vida. Se decía que existía una oficina del Frente Popular y esa noche se reunirían allí varios dirigentes palestinos. Diversas fuentes achacaban a Israel el hecho, en contubernio con fuerzas de la extrema derecha libanesa. La magnitud de la acción daba la oportunidad de pensar lo peor, por los medios utilizados y la brutalidad.

Poco a poco las labores de rescate fueron acabando. Una semana después, por la tarde, pasamos por allí para tener la seguridad de que la búsqueda se daba por concluida. Cuál no sería la sorpresa al presenciar una discusión de familiares que arriesgaban también su vida en aquella búsqueda, empeñadas en proseguirla por su cuenta. Tenían la razón. Una o dos horas después aparecían dos hombres con una niña en brazos de unos diez años; sin color en su piel, deshidratada a simple vista, con una abundante melena como plateada, erizada en toda la longitud de sus cabellos como un inmenso arco que coronaba su cabeza. En su rostro sin color, transparente, dos inmensos ojos negros, brillantes, miraban fijos sin ver. La pequeña había quedado atrapada entre los escombros, en la esquina de un cuarto de baño, y sus débiles gemidos la descubrieron.

Durante varios días vimos a la niña en el hospital, quieta, sin hablar, con expresión de asombro en su rostro.

Seguimos de cerca la información de los hechos, de esta acción criminal. Pagaban inocentes. La realidad tocó a nuestras puertas, era una pesadilla para no conciliar el sueño porque podía ser mañana cualquier otro edificio el que valora por los aires con todos sus habitantes. El peligro era latente, había amenazas contra los periodistas y crecía el número de artefactos dinamiteros colocados en autos. Un periodista húngaro había sido blanco de un atentado en su coche. Elementos más que suficientes para darle muchas vueltas al auto cada día, con las llaves en la

mano, en busca de algo anormal, cuando el deber llama al periodista a cumplir con la sagrada misión de la información y sabes que en la central, en La Habana, esperan algo nuevo y distinto de ti.

Secuestro en el Líbano

Por Félix Olivera

La prolongada crisis en el Líbano, motivo de constantes cañoneos, atentados dinamiteros, muerte y terror en Beirut, por los enfrentamientos entre facciones de distintas tendencias, cambió forzosamente la misión de los enviados permanentes de Prensa Latina en la de corresponsales de guerra.

Las informaciones más frecuentes enviadas en las distintas épocas por los periodistas Leonel Nodal, Gerardo César Proenza, Moisés Saab y otros, relativas al conflicto, fueron en su casi totalidad partes de guerra, elaborados mayormente en medio de intensos tiroteos y estallidos de bombas.

Gerardo César fue además secuestrado, en unión de otros dos cubanos que lo acompañaban, en septiembre de 1976 por una patrulla de alguna de las tendencias beligerantes, conducido a un improvisado cuartel y golpeado de tal manera que durante varios días estuvo impedido de caminar a pesar de la asistencia médica recibida. Quedó en libertad luego de ser rescatado por dos palestinos en acción comando.

Según el interrogatorio, lo habían imaginado perteneciente a la tendencia opuesta a los captores, que lo sometieron además a constantes torturas psicológicas durante el cautiverio.

Una vez liberado, el periodista continuó su actividad en los distintos sectores de la capital libanesa con la inseguridad de que el secuestro se repitiera por alguna de las patrullas de los sectores norte, este u oeste.

Aquel secuestro de Gerardo César marcó el inicio de otros cometidos con periodistas extranjeros en Beirut.

Gracias Fidel... en Beirut

Por Miguel F. Roa

Aquel mediodía de julio de 1985, los disparos que se escuchaban en la zona de Al Hamra, en Beirut, indicaban que había sido roto, una vez más, el cese del fuego suscrito entre las entonces rivales milicias palestinas y chiitas de Amal.

Acostumbrados a 10 años de guerra civil, los transeúntes apenas si se inmutaban al oír el tiroteo que, aunque sostenido e intenso, parecía tener lugar a varias cuadras de donde nos hallábamos.

Las calles estaban repletas de automóviles que iban hacia todas direcciones, raudos e incesantes, como gigantescas hormigas desesperadas porque han perdido su rastro sin poder encontrarlo.

Al observar el panorama, cualquier visitante desprevenido

—de no ser por los disparos y los milicianos armados— podría pensar que la capital libanesa gozaba de una situación normal.

Los caminantes iban y venían sin prisa y hasta se detenían ante los escaparates de los establecimientos comerciales para enterarse de los últimos gritos de la moda o de las nuevas maravillas de la electrónica.

Sin prestar caso al tiroteo —o tal vez incitados por él— un grupo de jóvenes compraba entradas en un cine para ver la película en exhibición: Rambo.

«¡Qué ironía —me dije—, como si los libaneses necesitaran que Sylvester Stallone les enseñe en la pantalla lo que ellos conocen en la vida real de todos los días. Rambo aquí es un niño de pecho!».

Para mí, el signo más inquietante era la repentina aglomeración de milicianos chiitas —dueños del sector— en la esquina que ocupa el restaurante Wimpy's, precisamente hacia donde me dirigía, tras visitar el Ministerio de Información por cuestiones de trabajo.

No podía evitar la tentación de sentarme a una mesa del Wimpy's cada vez que una tregua entre los combatientes de Beirut me lo permitía, para almorzar o saborear un café.

Iba con esos pensamientos en mente cuando, al llegar a la acera del Wimpy's, uno de los milicianos chiitas —de unos veinte años, ojos increíblemente claros, barba rojiza y Kalashnikov al hombro— me cerró el paso y preguntó en un inglés machucado qué hacía yo en Beirut y cuál era mi país de procedencia.

Sin detenerme y tratando de esquivarlo, bordeando una de las mesas y apartando sillas, le contesté que era cubano y estaba allí como periodista. Intenté seguir y entrar al restaurante, pero otro miliciano, que casi parecía su hermano gemelo, me lo impidió, aunque con el Kalashnikov no en el hombro, como el anterior, sino entre sus manos, como un bateador zurdo que intentara un toque de bola.

En ese momento comprendí que la situación era más seria de que lo que imaginé al principio. Sobre todo porque el primer miliciano, además de hablar machucado el inglés, también lo

entendía machucadamente:

«¡Así que usted es un periodista de Canadá», me dijo, al tiempo que un tercer miliciano me miraba displicentemente. Este último combatiente de Alá tenía unos veinticinco años, barba recortada y un altanero porte militar. Parecía un ayatola recién egresado de West Point.

En ese momento recordé que, semanas atrás, dos diplomáticos amigos míos habían pasado por una situación similar y, aunque no sufrieron maltratos físicos, tuvieron que estar todo un día llenando sacos de arena para reforzar una barricada en los alrededores de una instalación militar chiita.

Otros diplomáticos, periodistas y hombres de negocio extranjeros habían corrido peor suerte, como es público y notorio, por sospechas de ser agentes de Israel o de la CIA norteamericana, o por serlos realmente. Pasaron meses y años en cautiverio, o sencillamente fueron ejecutados por captores de diversas confesiones y tendencias.

Yo, que siempre creo que no me va a ocurrir nada malo — aunque la vida, a veces, se empeñe en demostrarme lo contrario—, no pensé en lo peor. Imaginé que mi destino sería el arenal, idea que no me resultaba muy grata, sobre todo porque

ese día de julio el sol caía como una llovizna de plomo derretido.

En ese instante, el ayatola de West Point se me acercó y, más que preguntar, ordenó en un inglés mucho más digerible: «Repita, ¿de dónde es usted y qué hace aquí en Beirut?».

«Soy de Cuba y estoy aquí como corresponsal, como periodista», le dije, y sentí que algo se me alojaba en la garganta y me impedía hablar con claridad.

Creo que desde el fiat lux divino que, según la mitología bíblica, disipó las tinieblas del universo ninguna otra expresión tuvo mayor poder de transformación.

Al escuchar mi respuesta, el miliciano jefe se transfiguró, me hizo el saludo musulmán y exclamó:

«¡Cuba, la tierra de Fidel Castro y Che Guevara!

«Bienvenido al Líbano, mi amigo. Aquí usted no tiene ningún tipo de problema. Bienvenido».

Luego habló en árabe a sus dos compañeros, y acto seguido les dijo en inglés, para que yo lo escuchara: «El es un amigo de Cuba y puede estar en el Líbano sin ningún problema».

Lo que quiere decir —pensé— que de no ser cubano, sí los habría tenido. Y tragué en seco.

Me tendió la mano, se excusó por el contratiempo y me deseó buena suerte durante mi permanencia en el país.

Desistí de mi almuerzo en el Wimpy's, para evitar posibles encuentros con milicianos menos conocedores de la historia contemporánea y tomé un taxi con rumbo al apartamento en que vivía, en la barriada de Raouche, para hacer las informaciones del día.

A lo lejos continuaban los disparos, acompañados a ratos por el tronar de morteros y cañones. El frente de batalla se ampliaba.

Cuando ya estábamos llegando, el taxista creyó que le hablaba y me miró, solícito, por medio del retrovisor. Pero no era con él.

Yo solo había susurrado para mí: «Gracias, Fidel, de buena me has librado».

El Líbano, la última gran aventura del siglo

XX

Por Moisés Saab

A mediados de los 80 del siglo pasado, el Líbano era un infierno de fuego artillero, atentados con coches bomba, secuestros de periodistas y bombardeos aéreos israelíes contra los campamentos de refugiados palestinos.

Hacía años que Prensa Latina estaba sin oficina en el Medio Oriente y la dirección me envió a Siria a sondear la posibilidad de abrir una corresponsalía para atender la guerra civil en el Líbano y el resto de la zona.

Estuve en Siria varias semanas con ese fin. Los anfitriones fueron muy amables, pero recomendé probar en Beirut, con todo y las dificultades que ello comportaba, que eran bastantes.

Había estado en Beirut antes para entrevistar a Yasser Arafat, después de cubrir la cumbre de la Organización de la Unidad Africana (OUA) en Monrovia, Liberia, donde me tuvieron confinado varios días por orden de la embajada de Estados Unidos, junto a Oscar Oramas, director en el Ministerio de Relaciones Exteriores.

La Policía liberiana nos soltó después que el entonces secretario general de la OUA, Alfred Nzo, presentara una queja ante el Gobierno del presidente William Tolbert.

Viajé a Beirut y trabajaba desde la embajada hasta que se adoptó la decisión de que regresara a La Habana a buscar fondos y reabriera la plaza, que comenzó a trabajar de inmediato desde un edificio en la calle Emil Edde, distrito de Hamra, en el oeste de Beirut, la zona controlada por las milicias islámicas e izquierdistas.

Beirut era una ciudad sin ley, electricidad, ni agua, pero con dos grandes alicientes: constituía la última gran aventura del siglo y la noticia estaba allí, además de un reto para un maniático del orden, la limpieza y el aseo personal.

Los días pasaban bajo bombardeos constantes entre ambos sectores de la ciudad, divididos por una frontera imaginaria en la zona del Museo, la llamada Línea Verde, y dos peligros colaterales e inusuales: las manadas de perros salvajes que habían tomado el gusto a la carne de las víctimas mortales de la guerra abandonadas y una ratas enormes que imponían su reinado a gatos y humanos.

Pensando en los bombardeos escogí un apartamento en el primer piso porque los proyectiles tendrían que hacer una parábola imposible para alcanzarlo: los cálculos resultaron correctos, pues un cohete impactó en el último piso del edificio y destruyó la caseta del elevador.

Como todas las precauciones eran pocas, dormía en el corredor entre la sala y el dormitorio, arrullado por el estrépito de los combates artilleros: uno se acostumbra a todo.

A pesar de las precauciones, el mortal atentado dinamitero contra el presidente René Moawad rompió la puerta de cristales de la cocina y me provocó una herida profunda en el brazo derecho, que atendí como primeros auxilios con azúcar blanca, hasta que me cosieron en el hospital de la

Universidad Americana de Beirut, con pago adelantado del servicio, por cierto. Sin dinero no había costura.

Las transmisiones se hacían por télex, a través de la oficina en Moscú, para mantener los gastos en el mínimo posible, y con el uso de un generador, debido a que la provisión de electricidad era ínfima, lo que implicaba no tener calefacción en el invierno ni aire acondicionado en el tórrido verano mediterráneo.

Al no haber refrigeración tenía que comprar los abastecimientos cada día, tan pronto paraban los bombardeos y los establecimientos, que estaban rodeados de sacos de arena como muro de contención, reabrían sus puertas y los vendedores callejeros sacaban sus mercancías.

Como estaba solo, además de escribir, tenía que administrar la oficina, que sobrevivía con un presupuesto mínimo.

El área de atención abarcaba todo el Levante y para transmitir mis despachos enviaba un escueto mensaje a PL-Moscú, que tenía hilo directo con La Habana, y cuando me respondían pasaba aquellas interminables cintas amarillas que era necesario vigilar porque a veces se enredaban, una tarea que simultaneaba con la atención al generador portátil que proveía la electricidad y se comportaba de manera caprichosa.

Pero, como dicen los campesinos, «la necesidad hace parir hijos machos» y el trabajo fluyó, incluidos los comentarios radiales, que se enviaban dos veces a la semana, uno o dos de actualidad y otros «fríos» para que los fueran incluyendo en las listas acorde con las necesidades.

Como parte del trabajo me tocó cubrir reuniones del Consejo Nacional Palestino en Argelia y Túnez y la reunión sobre el Medio Oriente en Madrid, con el apoyo de Alfredo García Pierrat, quien me acogió en PL-Madrid para disminuir gastos, y una precumbre de los No Alineados en Chipre, a la que Prensa Latina también envió a Ilsa Rodríguez y Víctor Carriba.

También estaban los viajes a Siria, que eran un ejercicio en la cuerda floja ya que debido al cierre de la autopista del litoral entre ambos países, era necesario hacer la travesía por la estrecha carretera de las montañas del Chouf, con sus precipicios vertiginosos, baluarte del Partido Socialista Progresista de Walid Joumblatt, al que entrevisté en una ocasión.

Otra cobertura frecuente eran los ataques israelíes contra los campamentos de refugiados palestinos de Miyeh Miyeh y Ain El Helwe, en las afueras de la ciudad sureña de Saida, durante los cuales los helicópteros israelíes disparaban contra todo lo que se moviera, además de lanzar unas especies de bengala para eludir los cohetes antiaéreos.

La oficina funcionó hasta 1993, cuando las restricciones financieras impusieron el cierre, pero en sus siete años de existencia en esa fase, nunca dejó de transmitir.

La Guerra del Golfo

Por Miguel Lozano

Aproximadamente unos 15 días antes del inicio de la Guerra del Golfo recibí la instrucción de la central de la agencia de trasladarme de Moscú a Bagdad, para reportar el ambiente previo a la invasión estadounidense.

De esta asignación guardo un sabor agridulce y la sospecha de que fue precisamente el intento de sacar el mayor provecho posible lo que, contradictoriamente, frustró la posibilidad de poder reportar el ataque posterior desde el lugar de los hechos.

Con una visa por siete días me hospedé en el Hotel Palestine, una excelente edificación con vistas y atención de primera, donde no se apreciaban mucho los preparativos de guerra.

Desde allí partía todos los días a realizar entrevistas que transmitía, junto a otros textos, mediante un teletipo, a la oficina de la agencia en Moscú, subcentro de comunicaciones, desde donde retransmitían los reportes a la central para su distribución a los diferentes circuitos de la agencia.

Todos los entrevistados expresaban la decisión de enfrentar la esperada agresión y la presencia de hombres armados, uniformados o con ropa de civil, daba constancia en cualquier zona visitada de los preparativos para la defensa.

Sin tener en cuenta la sensibilidad de los días de preguerra hacía fotos de todos los lugares con una cámara Zenith que portaba orgullosamente.

En una de esas excursiones el automóvil en que viajaba fue intempestivamente detenido por una camioneta que se atravesó en la calzada, de la cual saltaron varios hombres armados con fusiles automáticos y vestidos de civil. Mientras unos apuntaban al vehículo otros procedieron a desalojar una parada cercana del transporte público.

Puede observar que otro vehículo había realizado la misma operación por detrás y habían cortado la calle en ambas direcciones.

Resultó que, desde el auto, había tomado una foto del Cuartel General de la Aviación, por lo cual tanto yo como mi acompañante nos ganamos la reprimenda de un oficial (este sí vestido de militar que llegó posteriormente), quien nos conminó a permanecer dentro del vehículo, con las ventanillas subidas, y requisó la cámara y los documentos de identificación, presuntamente mientras verificaban nuestra identidad.

Poco después me devolvieron la cámara, sin el rollo, y el pasaporte con la advertencia de que debía abandonar el país el día que se vencía la fecha de estancia, cuya prórroga había solicitado.

Finalmente, no recibí respuesta a la solicitud de prórroga de la visa y, aunque nunca me fue informado así, sigo sospechando que aquella incursión fotográfica fue la causa de que no hubiera podido reportar los acontecimientos posteriores.

Debí partir de Bagdad pocos días antes del inicio de los bombardeos estadounidenses que dieron inicio a la Guerra del Golfo, los cuales presencié en vivo desde Moscú gracias a la transmisión el 17 de enero de 1991 de Peter Arnett para CNN.

La famosa frase con que Arnett comenzó su narración: «El cielo sobre Bagdad se iluminó», todavía hoy sigue provocándome la misma sensación de pérdida que sentí aquel día y la sospecha de que el afán de fotorreportero fue la causa que me impidió informar desde la capital iraquí los acontecimientos de la llamada Primera Guerra del Golfo.

A veces el periodismo va también acompañado de frustraciones dadas por no haber llegado al lugar de la noticia en el momento preciso. o por marcharse antes.

El riesgo de estar en las filas del pueblo

Por Antonio Cuesta

El 19 de marzo de 2003 me encontraba en Bagdad como testigo incómodo de las potencias occidentales, tratando de narrar la cruel injusticia a la que había sido condenado el pueblo iraquí por el trío de gobernantes de las Azores (George W. Bush, Tony Blair y José María Aznar).

Unos días antes había llegado a esta legendaria y milenaria ciudad, donde pude constatar la determinación y la dignidad de unos habitantes obstinados en continuar sus pacíficas y sencillas tareas cotidianas frente a la barbarie de un sistema de destrucción generalizado, que tan solo sabe de ganancias y de violencia.

Era mi primera misión como colaborador de Prensa Latina. Aunque había entrado en Iraq como miembro de una brigada de paz, dividía mi tarea entre trasladar al pueblo iraquí la solidaridad de los millones de personas opuestas a la guerra y hacer llegar a la opinión pública internacional la situación que se vivía en el país, en los prolegómenos de un crimen a gran escala.

En general, los grandes medios de comunicación destacados en Iraq solo cumplían órdenes de las oficinas centrales, informaban de lo que se les pedía y no buscaban otra realidad. En ninguno de mis paseos por las calles de Bagdad vi a periodistas acercándose a la gente, preguntando qué percepción tenían, qué sentían o cómo interpretaban la sentencia de una guerra inaplazable. Los corresponsales se recluían en los hoteles y en el Centro Internacional de Prensa, en donde recibían los despachos del alto mando estadounidense con los que se construían las noticias de las grandes agencias. Nada de lo que ocurría en las calles les interesaba.

En ocasiones, sobre todo durante la noche, la tensión se hacía insoportable. La sensación de que los bombardeos serían inminentes, brutales y por sorpresa nos mantenía en un estado de nerviosismo bastante cercano al miedo, si es que acaso no lo era. Pero el contacto con los bagdadíes, dignos y valientes, y un breve encuentro con el embajador de Cuba en Iraq, Ernesto Gómez Abascal, bastó para restablecer la tranquilidad y la confianza en que —según sus propias palabras— «la victoria siempre estará del lado de quienes resisten y defienden sus principios: la verdad, la dignidad y la justicia». Fue el único diplomático que permaneció en su puesto, con grave riesgo de su vida, durante toda la guerra y soportando los continuos bombardeos sobre la población civil, a la cual no quiso abandonar. Solo la entrada de las tropas invasoras estadounidenses y británicas en la capital supuso el cierre de la legación diplomática y su salida del país.

Años después volveríamos a encontrarnos en Turquía, en una situación mucho más tranquila, él de nuevo como embajador y yo como corresponsal de Prensa Latina.

Pero en aquellos pocos días que compartí con decenas de iraquíes en muchas situaciones cotidianas, aprendí a perfilar lo que Jorge Ricardo Masetti, el primer director de nuestra agencia, decía sobre la labor del periodista: «Tenemos que estar preparados para saber que en el momento en que llegue la agresión tenemos que ser heraldos de la verdad». ¿Y qué verdad se vivía en aquellos meses de marzo en las calles, las escuelas, los mercados o en los cafés de Bagdad? Desde luego, no

la que retransmitían las corporaciones mediáticas desde el infausto Hotel Palestina, donde se encontraba el Centro Internacional de Prensa, y donde días más tarde serían asesinados por tropas de Estados Unidos los periodistas José Couso y Taras Protsyuk.

La amabilidad y la cortesía de un pueblo sentenciado se combinaban con los modestos preparativos ante la agresión que se avecinaba. Su determinación de resistir y no abandonar sus hogares transmitía además una tranquilidad y una sabiduría nacidas de una cultura milenaria y que diez años de durísimas sanciones no había podido desbaratar.

Formar parte del bando del pueblo exigía mayor entrega y dedicación que estar únicamente a disposición del gabinete de prensa del Pentágono o de las cancillerías occidentales que apoyaban la invasión. Pero la recompensa era infinitamente más gratificante, porque la sonrisa de unas jóvenes, los dedos de un niño formando la V de victoria o las palabras de agradecimiento de un anciano que fumaba su pipa de agua en un café no podían ser compradas ni comparadas con los beneficios económicos que las grandes cadenas esperaban sacar de la masacre.

De modo que hasta el momento en que abandoné Bagdad conseguí mantener a raya mis temores para dedicarme a transmitir las quejas y las esperanzas de los sitiados. Como en cualquier país del mundo las madres solo pedían ver crecer felices y sanos a sus hijos, y estos jugar e ir al colegio. Había que escribir sobre estos deseos de vida, porque dejaban en evidencia los miserables planes de muerte de los señores de la guerra. La misma noche que comenzaron los bombardeos fuimos instados por las autoridades iraquíes a que abandonáramos el país por nuestra propia seguridad. Atrás dejábamos un pueblo digno y valiente, pero nos llevábamos su causa, que era y es la de la humanidad entera.

Un año después, mi experiencia en Iraq me abrió la puerta al IV Encuentro Mundial de Corresponsales de Guerra, celebrado en La Habana y donde se concretó de forma definitiva mi relación con Prensa Latina. Acababa de trasladarme a vivir a Túnez y acepté ser el corresponsal de la agencia en el norte de África. Una vez más, mi decisión se basó en una cuestión de principios: la propuesta recibida en Cuba era, sin duda, la mejor y más coherente oferta para informar desde la óptica de los pueblos que luchan por su emancipación y la justicia social.

La tarea iniciada en Túnez tuvo continuidad en Turquía y, en la actualidad, en Grecia.

Memorias de Siria

Por Martin Hacthoun

Cuando en la mañana del martes de la segunda semana de septiembre de 2011 me comunicaron la decisión de que fuera en misión de enviado especial a Siria para cubrir sobre el terreno lo que en ese momento ya se percibía como un conflicto que se agravaría, lo tomé con calma, sin pensar lo que podía encontrar en ese país árabe sobre el que ya se cernía, en la siniestra oscuridad de la confabulación, toda una ofensiva desde el exterior, articulada, financiada y apoyada por Arabia Saudita, Qatar y Turquía, sus vecinos regionales, con la troika occidental de Francia, Reino Unido y Estados Unidos.

Tan pronto llegué a Damasco, sin reponerme de mi larga travesía, me informaron de un viaje a Dara'a, donde todo había comenzado. Debía estar al día siguiente antes de la 07:00 horas en un hotel del centro capitalino para partir hacia esa ciudad. Me sumaría a un grupo de periodistas rusos y australianos, que aprovechaban el viaje de una delegación de legisladores de la Duma para entrevistarse con el gobernador de esa sureña provincia en su capital homónima, ya golpeadas ambas por la violencia armada y vandálica.

En el pequeño ómnibus viajamos la presidenta en ese momento del Comité de Relaciones Exteriores de la Duma de Rusia con varios de sus miembros, además del equipo de la televisión australiana, periodistas rusos, sirios que eran corresponsales de medios extranjeros y yo, el recién llegado. Los legisladores rusos estaban en misión informativa para conocer los acontecimientos de primera mano y reportar después al pleno legislativo. Nos escoltaron agentes de la seguridad siria; unos iban delante, en un auto a un kilómetro aproximadamente, y otros en un minivan detrás, lo más cerca posible que podían. No faltaron las anécdotas de sucesos peligrosos experimentados en viajes anteriores; por un momento pensé que evaluaban mi reacción, después percibí que eran sinceros. En una de ellas relataron que a un pequeño productor de aceitunas y aceite de oliva de esa provincia netamente agrícola, como rechazó apoyar a una banda armada, le cortaron todos sus olivos. Como el hombre persistía en su posición, le mataron a un hijo y le quemaron la casa, y tuvo que refugiarse en otro sitio. Cualquiera podía dudar sobre la real dimensión de los relatos, pero al llegar a Dara'a y contemplar la destrucción, y en particular la saña criminal con la cual fue ejecutada, estas sustentaban y corroboraban la veracidad de ese y otros muchos hechos.

En el primer lugar en que paramos fue la milenaria mezquita de Al-Omari, la cual pudimos recorrer libremente y conversar con algunos de los practicantes que en ella se encontraban. Los anfitriones querían mostrar ese histórico templo musulmán, porque en la guerra mediática que ya se había desatado contra Siria el diario británico The Independent, entre otros, publicó que había sido invadido y prácticamente destruido por el ejército, lo cual constituiría un ultraje a la religión islámica, y con eso intentaban azuzar un conflicto sectario interreligioso en un país donde conviven varios credos y doctrinas islámicas. Pero la mezquita Al-Omari, una vez fortaleza romana convertida posteriormente en sitio sagrado del islamismo, estaba en perfectas condiciones; noté señal alguna de profanación ni daño. Su intacta estructura era un rotundo

mentís.

Inmediatamente decidí hacer un fotorreportaje, que sería mi primer trabajo en Siria para combatir la falacia mediática que ya envolvía la verdad en ese país levantino. Lo nombre «La milenaria mezquita de Al-Omari, en Dara'a, sur de Siria» y lo acompañaron una docena de fotos. La próxima parada fue en la arruinada sede provincial de la televisión y radio sirias, atacada por una turba violenta que la destruyó e incendió. Era evidente el objetivo dirigido a privar a ese pueblo de la posibilidad de divulgar su verdad y realidad.

De la devastada radiodifusora nos llevaron a lo que fue el Palacio de Justicia, igualmente atacado e incendiado, semanas antes. Ya desde ese entonces mercenarios se introducían en Dara'a desde Jordania. Elementos takfiris, miembros de organizaciones extremistas islamistas, cruzaban la porosa frontera utilizando antiguas vías del habitual y milenario contrabando de mercaderías. La ciudad de Dara'a está a unos 50 kilómetros de la línea divisoria con Jordania. Lo mismo comenzaron a hacer posteriormente otros grupos armados desde el Líbano y Turquía hacia las provincias de Homs, Hama y Aleppo.

Luego de apreciar la destrucción y pasar por la antigua plaza y el mercado central, donde eran visibles rostros mustios y el desasosiego que genera en la gente todo conflicto, nos recibió el gobernador de la provincia, Muhammad Khalid al- Hannous. No sería la última vez que lo vería, pues regresé en dos ocasiones posteriores a Dara'a, cuando la situación allí era aún peor, no tanto en la ciudad como en localidades de la pequeña provincia.

Hubo otra escala ya de regreso a la capital, en el Hospital Militar Tishrin (Octubre), donde pudimos conversar con oficiales y jóvenes soldados heridos. Sus declaraciones apuntalarían notas que posteriormente redactaría. Fue un intenso y agotador viaje, lleno de estrés, pero me sentí animado por haber completado la primera cobertura.

Hama, la pérdida de un nuevo amigo

Este fue un viaje por carretera más largo; 220 kilómetros separan a Hama, al norte, de Damasco. En esa ocasión, todos éramos periodistas, repartidos en dos pequeños ómnibus. Al igual que en el trayecto a Dara'a nos escoltaron agentes de seguridad. La economía de esa provincia combina la agricultura, la industria y el comercio; su capital mucho más próspera que Dara'a, pero no menos agredida.

Fuimos directamente primero al Club de Oficiales, un centro del Ejército Árabe Sirio que fue atacado a las 05:00 horas cuando estaba desprotegido y vacío, y ardió en llamas, al igual que el Palacio de Justicia, un moderno edificio cuyas tres primeras plantas quedaron carbonizadas. Aun así, los empleados judiciales se esforzaban por brindar servicio como mejor podían a la población. En el día de la visita se entregaban certificados de amnistía a armados sirios arrepentidos.

La tercera parada fue en la Comandancia de las Fuerzas de Seguridad, donde nos mostraron un alijo de armas y explosivos, entre ellos granadas de fabricación israelí capturadas a los grupos armados diezmados en recientes operaciones. Allí conocí al gobernador de Hama, Dr. Anas A. Naem, persona gentil, quien me prestó atención especial tras enterarse de que era corresponsal cubano. «Conozco bien la historia de tu país», me dijo en perfecto inglés, y no solo accedió a conseguir una entrevista exclusiva para PL con el General de las fuerzas provinciales, sino que fue el traductor de la misma. Posteriormente, visitamos un barrio de la periferia donde una comisaría

fue asaltada por sorpresa una madrugada. Sus 17 ocupantes resultaron muertos y sus cadáveres fueron ultrajados y tirados desde lo alto de un puente a un río.

Allí también estuvimos.

El edificio de la estación policial mostraba los efectos de las explosiones. Después recorrimos el centro de la ciudad. El gobernador Naem nos esperaba para la rueda de prensa. Ya en ese momento se comenzaba a aplicar la nueva ley de partidos que permitía la creación de organizaciones opositoras, y hasta uno de los líderes de una de las agrupaciones locales que esperaba inscripción se presentó en el Palacio de Gobierno. Nadie se lo impidió; sin embargo, la gran prensa ocultaba —y sigue ocultando— esos hechos.

A los agentes de seguridad que nos escoltaron les preocupaba sobremanera que cayera la noche y teníamos que regresar cuanto antes a Damasco.

En otras dos visitas tuve la ocasión de intercambiar nuevamente con el afable y gentil gobernador. Casi un año después, luego de haber terminado mi misión periodística en Siria, me enteré de que el Dr. Naem había sido asesinado; su auto fue blanco de un atentado con coche bomba en el barrio de Jarahmeh en la Hama. Con el tiempo, esos viajes fuera de la capital, en la medida en que se iba intensificando el conflicto, se harían más riesgosos y peligrosos. Ya eran conocidos los pequeños ómnibus blancos, en los que se trasladaban los periodistas y corresponsales extranjeros que cada vez éramos menos, especialmente quienes estábamos de forma permanente.

Los armados, por órdenes precisas desde el extranjero, habían convertido en sus objetivos terroristas a los profesionales del país, entre estos a las mujeres y hombres de la prensa. En uno de esos viajes a Homs —arreglados a última hora—, uno de los dos ómnibus que transportaban a la prensa fue blanco de un ataque. Tres obuses estallaron en su alrededor, mataron a un periodista francés, a una monja libanesa que servía de guía y traductora y a tres lugareños con quienes conversaban; otros dos reporteros belgas resultaron heridos. En esa ocasión no viajé, pues ya no mucho antes había hecho uno similar.

Escenas imborrables

En los meses subsiguientes el estado del país fue empeorando con el aumento de las acciones armadas y terroristas en las que ya participaban abiertamente un creciente número de mercenarios procedentes de disímiles naciones, hasta chechenos, que se infiltraban desde Jordania, Iraq, Líbano y Turquía, la mayoría desde los dos últimos.

Las acciones armadas en ese entonces se centraron en la provincia de Homs, que atraviesa el país de oeste a este, y en su capital homónima. En esa región se concentra la mayor parte de la industria siria, en especial la refinadora y distribuidora de combustibles. La refinería de petróleo más grande del país está próxima a la ciudad cabecera. La estrategia militar era en ese momento dominar todo ese territorio y cortar el país en dos, separando toda la zona norte, rica en minerales e hidrocarburos, y de mayoría sunita, del sur, donde se encuentra Damasco, Hama, Sweida, Dara'a y otros conos urbanos, entre estos las ciudades portuarias de Lattakia y Tartous, en las cuales la religiosidad es más diversa.

Los dos estremecedores atentados suicidas con coches-bomba del viernes 23 de diciembre en Damasco, los primeros de su tipo en la historia de esa milenaria ciudad, le dieron un giro a los

acontecimientos y cambiaron la vida y el modo de pensar de los damascenos, quienes hasta ese momento no habían sufrido los sangrientos golpes terroristas que ya acontecían en otras localidades del país.

Quedó evidenciado que Estados Unidos y quienes secundan la guerra mercenaria contra Siria dieron rienda suelta para que penetrara en el país el movimiento Al Qaeda y las agrupaciones de islamistas extremistas que lo sustentan. Cubrir aquellos dos hechos, también para mí los primeros de tal magnitud, resultó una dura experiencia. En lo profesional ya estaba más acostumbrado a sucesos fuertes, pero en lo personal fue impactante ver cuán frágil es la vida humana y cuán fácil es destruirla. La vieja y pesada Nikon tomó conmovedoras imágenes. Lejos de amedrentarlos, miles de damascenos, principalmente jóvenes, comenzaron esa misma tarde, y hasta la noche, a recorrer la ciudad en caravanas de autos en apoyo a su Gobierno, al presidente Bashar al-Assad y a su país, y a condenar lo que se conoció como la Navidad Sangrienta.

Al día siguiente, el funeral de los muertos en la legendaria mezquita Omeya fue apoteósico. No cabía un alma en la plazoleta frente a ese espacioso templo que se encuentra entre las ruinas de la gran fortaleza romana de Damasco. El pueblo allí concentrado desbordaba patriotismo. Unos agentes de seguridad que ya se habían acostumbrado a mi presencia en los actos públicos me ayudaron a encaramarme al balcón de una vetusta edificación para que pudiera tomar una foto panorámica de la multitud enardecida, pero igualmente adolorida.

Los ataques suicidas de ese tipo continuaron en los meses siguientes en la capital y en diversas localidades del interior, al igual que prosiguieron los viajes fuera de Damasco para otras coberturas, todas relacionadas con la destrucción, el sufrimiento y la muerte que ya le habían impuesto al pueblo sirio.

Describir cada una haría prácticamente interminable este resumen de memorias. Fue intensa la vida y el trabajo durante mi estancia allí, pero también enriquecedora en lo profesional y en lo humano. Éramos pocos los corresponsales extranjeros que estábamos permanentemente en Siria y cubríamos de forma objetiva los acontecimientos, sobre todo de medios rusos, chinos, iraníes y libaneses, Telesur, la Red Voltaire y yo por Prensa Latina. Llegaban a menudo periodistas de varios medios y de diversos países pero por escaso tiempo, a reportar algo en específico y muchas veces a falsear la realidad.

Mientras, desde allí PL sigue reportando.

Lecciones de la «república» de Tahrir

Por Ulises Canales

Los últimos 18 días del Gobierno de Hosni Mubarak revolucionaron a Egipto, no tanto por el resultado de las revueltas populares, a la postre malogrado, como por las enseñanzas que esas agitadas jornadas legaron a millones en el mundo y, en mi caso particular, una vivencia profesional sin precedentes.

El raís, como dicen en árabe al Presidente, aguantó hasta donde pudo —o le autorizaron— la presión de una muchedumbre básicamente joven y sin ataduras a los desacreditados partidos políticos que todavía hoy, más de tres años después, sigue buscando el cambio por el cual se lanzó a la calle.

Pero antes de ser obligado a una renuncia que sonó a abdicación, Mubarak trató por todos los medios a su alcance de dismantelar la especie de república paralela instalada en Tahrir, la pequeña rotonda del centro de El Cairo, magnificada por albergar protestas nunca vistas en más de 30 años.

Los dardos presidenciales contra los inconformes alcanzaban, directa o indirectamente, a los periodistas que, justo por la indiscutible libertad de cobertura con que contábamos al inicio, sufrimos los gases lacrimógenos, hematomas por disparos de perdigones y agresiones en las que algunos desafortunados murieron mientras reportaban aquellos sucesos.

Una de las primeras señales de que lo que ocurría en Midan (plaza) Tahrir presagiaba tornarse bien complejo para todos fue el corte súbito de las comunicaciones por Internet, telefonía móvil y todas las plataformas para redes sociales o el envío de SMS, la vía más usada por los manifestantes para convocar la movilización inicial aquel inolvidable 25 de enero de 2011.

Ante la inconcebible medida, a la mañana siguiente se sucedieron los contactos por teléfonos fijos entre colegas para cerciorarnos de que no era un problema aislado con proveedores de Internet y la alternativa inmediata fue dictar reportes sin reparar en el costo de las llamadas internacionales.

Para entonces, el país semiparalizado, las movilizaciones callejeras multiplicadas por doquier, a veces infiltradas por provocadores, y la policía decidida a cumplir la orden de sofocarlas, dibujaban un panorama bien tenso.

La suspensión de clases, imposición de toque de queda de hasta 16 horas diarias y el previsible desabastecimiento en mercados me forzaron a adoptar medidas excepcionales en el seno familiar para garantizar la estabilidad emocional de todos, en particular de una niña de entonces 12 años.

La familia pudo ser evacuada, si así hubiera querido, tanto por gestión de la embajada cubana como de la mexicana (mi esposa e hija tienen esa nacionalidad), que sacó a su personal no imprescindible, pero la decisión ya estaba tomada: todos nos sabíamos testigos de un momento histórico.

Gracias a la visión de reabrir la oficina en El Cairo en 2008, Prensa Latina fue el único medio latinoamericano presente en Egipto desde el inicio de la crisis, y empresas hasta entonces reacias

a contratar nuestros servicios no tuvieron más remedio que recurrir a nosotros.

De repente, me convertí en una de las principales fuentes de diplomáticos latinoamericanos, que llamaban varias veces al día para saber de mí y, de paso, indagar por novedades. Algunos redirigían a la oficina de Prensa Latina las llamadas de medios noticiosos de sus países en busca de información.

Mientras hacía el periplo diario de Zamalek, una isla en medio del río Nilo donde está la corresponsalía, a Tahrir, violando necesariamente el toque de queda, la familia permanecía en casa o limitaba sus salidas a la residencia del embajador de Cuba, pese a mi negativa a evacuar la oficina y «acuartelarme» allí junto a los diplomáticos compatriotas.

«Las condiciones de trabajo (computadora, teléfono, fax) las tengo creadas en la casa y no puedo reportar lo que ocurre desde el balcón; mi esposa garantiza la retaguardia y atiende el sinfín de llamadas telefónicas de medios latinoamericanos, y a mi hija nadie la cuida mejor que yo», expliqué con afectiva gratitud al entonces embajador cubano, Otto Vaillant.

En más de una ida y venida de Tahrir quedé atrapado sobre los puentes que enlazan a Zamalek con el centro de El Cairo por ataques de la policía antimotines con gases lacrimógenos, pero siempre hubo auxilio de manifestantes y paramédicos que los apoyaban para atenuar el lagrimeo y la asfixia.

Cada plegaria musulmana en Tahrir, en particular los viernes, era como una inyección de osadía para los atrincherados allí, que al tener bien identificado al ya asiduo zajafi kuby (periodista cubano), me pasaban folletos en árabe e inglés producidos por una improvisada imprenta y explicaban la estructura organizativa creada entre los acampados.

Servicios comunales de recogida de escombros, sección de caricaturas y sátira literaria antigubernamental, postas médicas gratuitas, sesiones de ejercicios físicos matutinos «para no perder la forma» y mitigar el intenso frío de aquellos días, cocinas colectivas, servicios religiosos para musulmanes y cristianos, y arengas periódicas por el sistema de altavoces para mantener alta la moral. Todo ello en escasos metros cuadrados.

Por si fuera poco, un sistema de vigilancia dentro de la plaza y en sus accesos, que era bastante empírico, pero infalible en cachearnos cuantas veces entrábamos e impedía infiltraciones de los baltaguiyas (matones) del Gobierno, a lo cual se sumaba incluso una suerte de guarderías infantiles, todo un andamiaje que por momentos hacía creer que se llegaba a otro país.

La vasta cobertura periodística del levantamiento, el deterioro de la situación y las presiones internas y foráneas a Mubarak para que abandonara el poder, pusieron a su Gobierno contra la pared y buena parte de las culpas fueron vertidas sobre la prensa, específicamente la extranjera, que fue prolífica en artículos, crónicas y testimonios ilustrativos de que era mucho más que un motín de bandoleros o rebeldes sin causa, como alegaba el raís.

El país comenzó a tornarse más inseguro, sobre todo después de que la población perdió el miedo a la policía y muchos agentes se esfumaron de la vía pública dejando tirados sus uniformes negros.

Egipto estaba con el Ejército en las calles, pero técnicamente sin orden ni ley, y la fobia a lo foráneo se cobró violaciones de mujeres, golpizas, amenazas y hasta asaltos delincuenciales, por lo general inusuales allí.

Tras la Batalla del Camello (2 de febrero), en que hombres montados en esos animales y caballos irrumpieron con palos, sables y armas de fuego en Tahrir mandados por Mubarak, se delimitaron dos campos en el centro cairota con una frontera donde los periodistas teníamos que arriesgar más, si queríamos la primicia. El Ministerio de Información se limitó a aconsejar cautela y en la práctica se desentendió de cualquier agresión a reporteros.

Fue cuatro días después que, acompañado de mi colega y amigo ruso Nadim Zuai, corresponsal de Ría Novosti, y a sabiendas del riesgo, salí a la caza de imágenes y declaraciones en territorio de los pro Mubarak, y una mujer comenzó a dar alaridos para denunciar la presencia de intrusos extranjeros, movilizando a una multitud de gente enardecida.

La rápida movilización de soldados evitó mayores maltratos, pero no impidió que los irascibles progubernamentales lanzaran algunas patadas, manotazos y arrebataran la cámara fotográfica con todo el material grabado. De todos modos, era cuestión de tiempo, pues cuando fui concentrado en un patio que servía de puesto de mando de los militares constaté que retiraban la tarjeta de memoria a todas las cámaras incautadas a extranjeros, turistas y reporteros, que estábamos confinados allí.

Fue inevitable la alarma del embajador y demás compatriotas, quienes entre solidaridad y alguna reprimenda, recordaron los consejos dados al comienzo de la crisis, pero supieron entender que esta profesión implica riesgos. Solo les pedí no revelar lo sucedido a mi hija, aunque al día siguiente ella advirtió que volvía a Tahrir sin la habitual cámara fotográfica y sin atreverse a preguntar, terminó sacando sus propias conclusiones.

Asia

PL en el otro lado del mundo

Cuando en el verano de 1959 los teletipos de Prensa Latina comenzaron a transmitir por primera vez, en el lado opuesto del mundo se iniciaba la lucha del pueblo del sur de Vietnam contra el régimen neocolonial. Las dificultades iniciales para instalar y poner en marcha una agencia informativa, en situación en que Latinoamérica debía ser priorizada, no fueron obstáculos para que Asia suroriental, y en particular, Indochina, quedaran dentro de la cobertura noticiosa.

En el otoño de 1965 se instaló en Hanoi la primera corresponsalía asiática de Prensa Latina, misión que correspondió a Jesús Martí Díaz, en medio de los arteros y mortíferos bombardeos aéreos, marítimos y terrestres de la aviación de Estados Unidos contra el norte de la entonces República Democrática.

Poco después esa oficina estaba en condiciones de suministrar información no solo del norte de Vietnam, sino también del sur y de países vecinos como Laos y Cambodia.

Además de establecer estrechos vínculos de colaboración con la agencia Liberación del Frente Nacional de Liberación de Vietnam del Sur, la oficina de Hanoi amplió su radio y se acreditó en la zona liberada de Sam Neua, ante el Frente Patriótico de Laos. Posteriormente, tras la constitución del Gobierno de Coalición Nacional de ese último país fue acreditado un corresponsal y abierta la oficina de Vientiane.

En 1967 un enviado especial a la República Popular Democrática de Corea coincidió con otro hecho de gran resonancia mundial por aquella época: la captura en aguas norcoreanas del buque espía norteamericano US Pueblo.

La situación en el subcontinente indio figuró inmediatamente como punto importante a cubrir en el área y en 1969 se abrió la corresponsalía de Nueva Delhi, tarea cumplida por Armando López Junco. Esa oficina atendía igualmente la región del sur de Asia. Con anterioridad, José Miguel Guerra estuvo como enviado especial casi un año en la India y Sri Lanka.

La apertura de PL-Tokio a mediados de 1969 corrió a cargo de Armando López Junco, con la instalación de una oficina que cubría además los acontecimientos noticiosos en el norte asiático.

Desde el llamado país del sol naciente se recibían además los artículos de los colaboradores en Australia, Joseph Walter, y Filipinas, Benedicto Davis, quienes enviaban sus materiales a la corresponsalía para remitir a la central en La Habana.

La presencia de PL en China data del otoño de 1969, cuando a Jesús Martí le correspondió instalar la oficina en Beijing. En 1973 Martí pasó a desempeñar la Dirección de Información y en su lugar se designó a Manuel Navarro Escobedo, como jefe de dicha oficina en China e itinerante en la República Popular Democrática de Corea. La representación en Pyongyang estuvo a cargo de Victorio M. Copa entre 1967 y 1968.

La larga lista de periodistas y enviados especiales con los cuales Prensa Latina ha divulgado desde su fundación la realidad informativa y objetiva del continente más poblado del orbe muestra la atención brindada a la lucha de sus pueblos contra el colonialismo, el neocolonialismo y el imperialismo.

De ninguna manera resultó una tarea fácil para estos comunicadores su desempeño en esa vasta región dadas las diversas culturas, idiomas, etnias, religiones y desigualdades socioeconómicas de herencias milenarias y coloniales que contribuyen aún hoy a desavenencias y enfrentamientos internos y luchas separatistas.

La cobertura de la región asiática por parte de PL ha incluido el envío de periodistas a países como Afganistán y Pakistán, entre otros.

Vietnam

Bombardeos indiscriminados

Por Jesús Martí

Vinh.- Aunque últimamente la aviación norteamericana ha incursionado también sobre distintas provincias al oeste y norte de Hanoi, el objetivo principal del «escalonamiento» continúa centrado en esta Cuarta Interzona.

Por eso, al llegar al hotel entre los arrozales y antes de que sea preguntado al visitante su nombre y cómo ha realizado el viaje, el director del establecimiento hace una advertencia:

—Compañero, aquí ya no suena la alarma. Cuando oiga el ruido de los aviones, vaya al refugio. Mire, se encuentra en esa dirección.

La advertencia es debida también a la nueva táctica que viene empleando la fuerza aérea norteamericana.

Al inicio de la «guerra escalonada», los aviones volaban en nutridas formaciones y arrogantemente daban vueltas sobre los objetivos a atacar para medir bien antes de lanzarse en picada y, por turno, soltar sus bombas y rockets.

Las pérdidas cada vez mayores parecen haber aconsejado a los estrategas de Washington variar la forma de sus agresiones.

Ahora, la variante consiste en vuelos a grandes alturas y formaciones de cinco o seis aparatos (a veces más, y la mayor parte menos) que irrumpen sorpresivamente a cualquier hora.

Sin perder la altura, pican ligeramente y todos los aviones, al mismo tiempo, dejan caer sus mortíferas cargas. Bombas y rockets estallan casi simultáneamente, diseminados en una gran extensión de terreno. Claro, que para los fines de destruir «objetivos militares» y vías de comunicaciones —como se afirma en Estados Unidos— tales ataques indiscriminados pueden tener muy poca efectividad. Pero es posible que se persiga otro objetivo: destruir las aldeas y matar a sus pobladores.

Se trata, sin muchos rodeos, de agresiones terroristas encaminadas a sembrar el pánico en la población.

Esa mañana, el ruido de los cañones, en medio del campo, denunciaba la presencia de aviones sobre lugares que nada tenían que ver con objetivos militares.

Y mientras los cañonazos se escuchaban, la fuerza de la costumbre hacía que un grupo de niños —cerca del sistema de trincheras de la aldea— se dedicara a sus juegos infantiles pese al ataque que se producía no muy lejos del lugar.

Poco tiempo después, al visitar la aldea de Vac, en el poblado de Hung Thai, a muy corta distancia de Vinh, tendríamos oportunidad de presenciar los resultados de un ataque de ese tipo.

El caserío había sido atacado el 25 de febrero por una formación de aviones cuya cantidad no pudo ser determinada debido a la gran altura a que volaban. Pero en total, arrojaron 68 bombas que estallaron en poco más de un kilómetro a la redonda, causando 47 muertes entre la población campesina y daños en las cosechas.

Ningún objetivo que pudiera calificarse de militar estaba comprendido en el área de la aldea.

Solo casa, siembras y un estrecho camino que comunica con la ciudad. Como esa, otras aldeas de los alrededores han sufrido ataques indiscriminados en la misma forma.

Para llegar a Vac fue necesario hacerlo en bicicleta, ya que ni jeeps ni camiones pueden moverse de día por las carreteras y caminos que salen y entran a Vinh.

Y en bicicleta se hizo también el recorrido de 11 kilómetros desde la ciudad al poblado de Nam Lien, en el distrito de Nan Dan, donde se encuentra la casa del presidente Ho Chi Minh.

En la carretera número 15 se observan asimismo los efectos de los bombardeos de la aviación norteamericana, entre ellos un puente que no han podido destruir totalmente. Solo la parte central había sido dañada y las dos partes restantes se encontraban enlazadas por tres largas varas de bambú y con otra como pasamanos, lo que permitía pasar al otro lado, bicicleta al hombro, y continuar luego el recorrido.

En su construcción, la casa donde viviera la familia del Tío Ho no tiene nada de extraordinario, aunque quizás un poco mayor que la de los campesinos residentes en la zona. En la actualidad es un pequeño museo que anualmente es visitado por cientos de vietnamitas y extranjeros.

Al regreso, ya no fue posible volver a atravesar el bombardeado puente. Las varas de bambú habían sido retiradas y se daba inicio a una reparación en firme, que permitiera de nuevo el tránsito de los vehículos.

Fue necesario entonces un gran desvío. A veces, por la orilla del río; otras, por los senderos entre los arrozales.

Constituyó también una nueva oportunidad para apreciar los estragos del «escalonamiento»: rústicas fábricas de ladrillos y viviendas de los campesinos bombardeadas; enormes cráteres abiertos por las bombas entre los sembrados, como si el arroz, el maíz y las viandas formaran parte de los «objetivos militares».

Algunos cráteres estaban llenos de agua, y el precioso líquido era utilizado por los campesinos en la anegación de los campos de arroz.

Mi estreno como corresponsal

Por Tomás A. Granados

Una mañana de diciembre de 1977 comenzó mi experiencia como corresponsal. Hasta ese momento habían transcurrido unos 11 años en diversas labores en la oficina central de Prensa Latina. Primero como auxiliar de documentación, después como auxiliar de redacción hasta que empecé como último en la cola en la redacción de Asia. Durante este tiempo concluí mis estudios de Periodismo.

Todavía recuerdo el alboroto de pasajeros, maletas y maleteros a la llegada en el aeropuerto internacional de Nueva Delhi, después de casi 21 horas de vuelo con breves escalas en Rabat y Moscú.

Pero sobre todo, jamás he podido borrar de mi memoria sensorial aquel fuerte olor mezcla de incienso, sudor, especias, tan propio de aquel país grande y milenario del que guardo recuerdos gratos y tristes.

Mi primera frustración fue comprobar a las pocas horas de llegar a la capital de la India que de nada me valía el curso de idioma inglés de cuatro horas diarias de lunes a viernes, impartido por el viejo Ibáñez en la Unión de Periodistas de Cuba y al que asistí junto con Ilsa Rodríguez (mi esposa) y Víctor Carriba durante seis meses.

De verdad que no entendí nada en las primeras conversaciones con los indios. Ellos tienen una manera muy peculiar de hablar ese idioma porque lo pronuncian con las mismas entonaciones y declinaciones de las lenguas que desde épocas remotas permitieron la comunicación humana en el valle del Hindustán.

Cuando hablan, mueven la cabeza de una forma tan peculiar que uno no sabe si están diciendo sí o no.

O sea, que no les entendía ni media palabra de lo que decían en su inglés. Pero el tiempo todo lo arregla y ya en el primer año en India entendía todo o casi todo lo que decían, hasta sus movimientos con la cabeza y los agrios olores ya no me resultaban tan agrios.

En fin, Ilsa y yo compartíamos la emoción de que nuestro primer destino como corresponsales de Prensa Latina fuera la India, tan conocida en Occidente por su culto a la no violencia y la tolerancia, la tierra del Mahatma Gandhi, a quien el premier británico Winston Churchill llamaba con odio «el fakir semidesnudo» y cuya lucha de resistencia pacífica dejó al gran imperio colonial sin otra alternativa que retirarse, aunque dejando atrás a un país adolorido y partido en dos.

¿No violencia? Eso no fue lo que precisamente vi durante los seis años de nuestra labor como corresponsales en la India. Desde los conflictos entre facciones de la comunidad sik en el Punjab y la eterna rivalidad entre hindúes y musulmanes, con sus cruentos repuntes en populosas ciudades como Hyderabad, Locknow, y Patna, hasta los tumultuosos enfrentamientos alentados por disparidades sociales, antagonismos políticos y las hostilidades entre castas. India es un país por el que no se puede andar absolutamente confiado en que uno está en el paraíso de la no violencia.

El Mahatma Gandhi fue asesinado por un extremista, también lo fue la primera ministra Indira

Gandhi, al igual que su hijo Rajiv.

Pero recomiendo que no se puede temer a los riesgos y estar en la India sin visitar el Templo de Connarat, en el estado de Orissa, con sus múltiples figuras eróticas talladas en piedra en tiempos inmemoriales; la ciudad sagrada de Varanasi, con sus rústicos crematorios de leña a orillas del río Ganges; la vibrante ciudad de Calcuta, agobiada de lamentables desigualdades sociales, en fin, la India eterna y profunda.

Kasha en Afganistán

Por Miguel Lozano

En agosto de 1988 fui designado para cubrir la retirada de las tropas soviéticas de Afganistán, que había sido acordada en Ginebra. La primera fase se inició el 15 de mayo y terminaba el 15 de agosto con la salida de 50 mil soldados.

Un grupo de periodistas soviéticos y extranjeros acreditados en Moscú viajamos a Kabul para reportar el proceso. Aquel viaje en Afganistán se inició y terminó en la capital y nos llevó al suroeste del país por las provincias de Shindand y Herat, luego al norte, hasta Mazari Sharif y Kunduz.

Parte del recorrido, a veces de hasta más de 100 kilómetros, lo hicimos encima de carros blindados o autobuses, cruzamos la frontera junto a una columna soviética hacia la República Soviética de Turkmenistán hasta Kushka y regresamos a Afganistán, luego de nuevo a Uzbekistán con otra agrupación de tanques y artillería hasta Termez y de vuelta a territorio afgano. Otros itinerarios se hicieron en helicópteros militares y aviones soviéticos.

En la capital afgana un grupo pequeño de corresponsales pernoctamos en el hotel Kabul (que luego fue incendiado en un ataque de cohetes) y la mayor parte en el Hilton (que también fue alcanzado por un cohete). El resto del camino dormimos en unidades militares soviéticas en pie de guerra o en pequeños hoteles de grandes incomodidades.

En el aspecto gastronómico, del paso por los albergues militares soviéticos recuerdo particularmente la kasha, un plato tradicional ruso preparado con mijo, sémola o alforfón (trigo sarraceno), comida destacada del rancho.

En Mazari Sharif fuimos alojados en un «hotel», que resultó una enorme casona con una especie de hamacas colgadas en dos grandes áreas. Una para hombres y otra para mujeres.

La primera impresión al llegar a Kabul desde Moscú, todavía en el aire, fue desconcertante. Cuando el avión inició el descenso a la capital afgana comenzamos a escuchar un sonido similar al lanzamiento de cohetes, lo cual resultó rigurosamente cierto.

Las fuerzas opositoras afganas poseían los famosos stingers, lanzacohetes que se guiaban para destruir sus objetivos aéreos por el calor emitido por las turbinas de las aeronaves. Para descender en Kabul los aviones debían pasar a tiro de fusil de las montañas ocupadas por los opositores, lo que hacía muy peligrosa la maniobra.

Para contrarrestar esta arma, los aviones soviéticos fueron equipados con los llamados flyers, especie de bengalas con mayor emisión de calor que las turbinas, cuyo propósito era engañar a los proyectiles de los stingers y proporcionarles un señuelo a perseguir.

De tal modo, el descenso y luego el despegue iba inexorablemente acompañado del sonido de los flyers si bien, por suerte, los stingers brillaron por su ausencia.

Durante la primera madrugada en el hotel Kabul fui despertado por explosiones. Desde las montañas los rebeldes lanzaban un ataque con cohetes que pasaban por encima del hotel con el sonido característico de los misiles (a reacción) con 32 kilómetros de alcance, según los militares

soviéticos.

Luego comenzaron a pasar —también por encima del hotel— los cohetes lanzados por los soviéticos hacia las montañas.

Después del sobresalto inicial comencé a contar las explosiones y al otro día abrí la primera nota así: «Más de 20 cohetes cayeron hoy sobre Kabul.». Una verdadera prueba de fuego.

El recorrido dejó claro que se trataba de un país en guerra, lleno de fortificaciones, restos de carros de combate o transporte y nutridos cementerios en los cuales ondeaban numerosas banderas de colores, que según la tradición identifican a los muertos en combate, a los guerreros, así como monumentos artesanales dedicados a los soviéticos caídos.

El 15 de agosto, en una rueda de prensa, el presidente afgano, Najibuláh, aseguró que el ejército nacional estaba listo para enfrentar la guerra sin ayuda de las tropas soviéticas. Las demostraciones hechas en una unidad militar a los corresponsales, sin embargo, dejaron muchas dudas. Mientras el Presidente daba su mensaje de seguridad y avance de la política de reconciliación nacional, varios cohetes cayeron sobre Kabul.

En febrero de 1989 regresé a Afganistán para reportar el cumplimiento de la retirada. El programa fue similar, pero sin la emoción del primer contacto con la guerra

Cambodia: el Angkor Wat y los Khmer Rojos

Por Fausto Triana

Cada mediodía de mayo de 1993, con puntualidad japonesa, Yasushi Akashi, el jefe de la Untac (Autoridad Transitoria de Naciones Unidas en Cambodia), ofrecía un brieñing a la prensa internacional para hablar del proceso de elecciones generales.

Era un encuentro bastante aburrido en Phnom Pehn, la capital, que apenas aportaba cifras de los tropiezos de los 18 mil Cascos Azules de la ONU desplegados en Cambodia. Y la eterna sonrisa del señor Akashi ya se antojaba mueca.

En la primavera de 1993 el calor se hacía insoportable y toda la legión de más dos mil periodistas, fotógrafos y técnicos había adoptado, por fuerza de la necesidad, la kroma.

Bufanda cambodiana policroma y multiusos, por lo general de seda, la (o el) kroma se convirtió en signo distintivo de los foráneos en el entonces muy complejo país, donde los beligerantes Khmers Rojos mantenían un clima de guerra y tensión.

Lo mejor que ofrecía la Untac en Cambodia era el transporte hacia los puntos más vulnerables de la nación, en los cuales se adelantaban los preparativos para los comicios generales.

Algunos enviados especiales acordamos entonces hacer un viaje a Siem Riep, capital de la provincia del mismo nombre y donde se ubica el increíble templo del Angkor Wat, Patrimonio Mundial de la Humanidad.

Empero, la zona de Siem Riep era también el nido y cuartel general de los temibles Khmers Rojos y las memorias criminales de las huestes de Pol Pot seguían aterrando a los cambodianos.

De tal forma, al inscribirse los periodistas para un viaje en helicópteros de Naciones Unidas, los oficiales te hacían firmar un documento en el cual se eximía de toda responsabilidad a la Untac en lo concerniente a la integridad física de cada cual.

Black Hawk Down

La cita al día siguiente era a las 6:00 de la mañana en un improvisado aeropuerto militar de los Cascos Azules en las afueras de Phnom Pehn. Ni la corresponsal australiana ni dos colegas españoles que habían convenido conmigo en ir a Siem Riep estaban en el lugar de la cita.

Un espigado sargento de la Untac, rubio, de aproximadamente dos metros de estatura, con cuerpo de mastodonte y rostro de bulldózer, nos leyó la cartilla del viaje. En resumen, cada cual debía acatar órdenes militares y los «aventureros» lo harían por su cuenta y riesgo.

Nuestro helicóptero tomó vuelo a las 6:30 a.m. escoltado por otro aparato similar. Provistos de paracaídas, los corresponsales vimos como a 15 minutos del aterrizaje en Siem Riep la artillería antiaérea de los Khmers Rojos impactaba en el aparato que nos custodiaba.

Black Hawk Down, pudiera decir tomando prestado el título de la película de Ridley Scott. La caída del helicóptero no ocasionó muertos ni heridos, por fortuna, pero nos dejó a todos un mal sabor al llegar a Siem Riep.

Otro oficial, este mestizo y con voz de trueno, fue más lacónico en el recibimiento. «Ya vieron lo que sucedió; si alguno de ustedes quiere regresar a Phnom Pehn es ahora; de lo contrario, hasta

mañana a las 6:00 a.m.».

Preferí mantener mi perfil aventurero. Kroma y gorra en ristre, llegué a un acuerdo con uno de los motociclistas que sirven de taxis en Cambodia. Fuimos al Angkor Wat, porque era un privilegio imperdible. Había monjes budistas por doquier y se respiraba un ambiente de respeto y escozor.

Los temores venían por la amenaza de los Khmers Rojos, quienes en verdad cumplieron la promesa de respetar al Angkor Wat y apenas lo dañaron. El imponente palacio, mayor estructura religiosa jamás construida, era reflejo de la situación del país.

Mientras más avanzaba fascinado por el sublime espectáculo, se hacía más intenso el calor y también el miedo a que el motorista no honrara su compromiso y se largara del lugar.

Arquitectura reveladora, con acento del hinduismo, el Angkor Wat fue construido por el rey Suryavarman II en el siglo XII, desde 1113 hasta 1150. Pilar de la cultura khmer y de hecho su capital en la época de mayor esplendor.

Luego de tomar decenas de fotos, volví con el motociclista a quien invité a almorzar. Nos fuimos a la ciudad donde pululaban los Cascos Azules. Al llegar al restaurante escogido —en plena calle y con banquetas casi a nivel del suelo—, un oficial de la ONU me detuvo para repetirme que Siem Riep era zona de Khmers Rojos.

Comimos loc lac, un plato típico de ternera marinada con salsa de soja acompañada de pimienta, sal y limón, y unos nems vietnamitas. Entre el cambodiano y el inglés debe existir algún aspecto en común que permitía, con bastante gestualidad de ambas partes, el atropellado diálogo con el conductor de la moto-taxi.

Dimos después una vuelta por los colegios electorales y terminé la jornada en un hotelito de aceptables condiciones.

La noche fue tormentosa, con la recomendación del hotelero de dormir debajo de la cama lo mejor protegido posible.

El incesante tableteo de ametralladoras y fuego en el firmamento no facilitaron el sueño.

Los Cascos Azules decidieron evacuar a toda la prensa de Siem Riep y a las 4:30 a.m. un oficial me recogió en el hotel. Nos enviaron de vuelta a Phnom Penh en un Hércules C-130, una colosal nave de guerra que puede transportar tanques.

Una vez con paracaídas, fuimos sentados como lo harían los rangers, listos para el asalto aéreo. A mi lado, una bellísima colega tailandesa sería la mascota de todos para volar, con saltos en el estómago, pero sin preocupaciones.

Afganistán Un ambiente siempre mucho más tenso e inseguro

Por Tomás A. Granados

Si de violencia se trata, nada como lo que pude apreciar en mis 17 visitas desde Nueva Delhi a Kabul, la capital de Afganistán.

La primera vez que llegué a esa ciudad entre montañas fue al anochecer del 30 de abril de 1978 bajo las tensiones de un toque de queda impuesto desde el cruento golpe militar del día 27 contra el primer ministro Mohammed Daud.

La acción llevó al poder en un primer momento a una coalición formada por los partidos izquierdistas Khalq (Pueblo) y Parchan (Bandera), la cual voló en pedazos a los pocos meses debido a rivalidades irreconciliables por la diferente composición tribal de uno y otro grupo, además de las ambiciones personales de sus líderes.

Recuerdo que al terminar una entrevista con el entonces primer ministro Hafizullah Amin, del grupo Khalq, le comenté que ese día también tenía programado un encuentro con la ministra de Asuntos Sociales, llamada Anahita, quien pertenecía al grupo Parchan.

Mi interlocutor me llevó a una esquina de su despacho y allí me dijo: «No tome en serio nada de lo que ella le diga, son unos irresponsables».

A la pugna entre las dos facciones rivales, con sus violentas resonancias en las fuerzas armadas, se unió la acción de grupos rebeldes apoyados por Occidente con la intención de impedir que Afganistán se convirtiera en una base de avanzada de la entonces Unión Soviética.

Todo esto hacía que en cada ocasión que visité Kabul en funciones periodística me encontrara con un ambiente mucho más tenso e inseguro que la vez anterior, hasta que la situación llegó a su clímax a finales de 1979 con la entrada de las tropas soviéticas, una decisión por la que Moscú tuvo que pagar un alto precio económico y político.

A los habituales enfrentamientos a tiros entre grupos de civiles y militares de los rivales khalquis y parchanes que quitaban el sueño en las noches de Kabul, se sumaron los indiscriminados ataques de las bandas de mujahidines hostiles al Gobierno y la consiguiente represalia bélica por parte de soldados del Ejército Rojo.

El Kabul con sus bazares, donde los vendedores invitaban a tomar té verde mientras ofrecían sus mercancías, se convirtió con el tiempo en una tierra de odio, yo lo pude notar en la mirada de mucha de su gente.

Peripecias de un reportero de paz en condiciones de guerra

Por Roberto Molina

La Revolución de Abril en Afganistán en 1978, así como los turbulentos acontecimientos que allí se produjeron en los años subsiguientes, atrajeron la atención del periodismo mundial y Prensa Latina no fue ajena a esa corriente.

El estreno internacional de las nuevas figuras del panorama político afgano se produjo en La Habana, en 1979, con la asistencia a la Cumbre de Países No Alineados de Nur Muhamad Taraki, el flamante presidente y líder del Partido Democrático Popular.

Recuerdo aquella amplia sonrisa durante una conferencia de prensa en el recién estrenado Palacio de las Convenciones, en la que su carisma y discurso despertaron simpatías, cercenadas abruptamente cuando a su regreso a Kabul fue asesinado a manos del primer ministro Hafizullah Amin.

La ola represiva desatada por quien se hizo presidente a punta de pistola frente a los demás miembros de la cúpula política y estatal del país, según contaron testigos presenciales, derivó en su cruento derrocamiento a los 104 días, la llegada al poder de Babrak Karmal y la presencia militar soviética a pedido de las nuevas autoridades y la jefatura castrense, cuyos integrantes, en su mayoría, eran graduados de las academias militares de la URSS, incluso desde la época de la monarquía

Desde nuestra oficina en Nueva Delhi, Tomás Anael Granados había realizado coberturas especiales en Kabul y relatado a colegas sobre aquellas peligrosas incursiones, acentuadas cuando se hacía algún recorrido por las provincias cercanas a la extensa frontera con Pakistán.

Con esos antecedentes y desde PL-Moscú, me correspondió realizar a mediados y finales de los 80 varias visitas a ese país, misterioso no solo para mí, como pude comprobar en cada viaje como integrante de algún grupo de corresponsales extranjeros acreditados en la URSS.

Mi primer contacto con los peligros de viajar a Kabul ocurrió en el aeropuerto Sheremetievo-2, donde esperamos horas y horas después del anuncio del vuelo y, de momento, en la mañana siguiente, nos conminaron a subir apresuradamente al avión.

El segundo capítulo lo constituyó una escala sin explicaciones en Dushanbé, capital de Tadyikistán, cuando se había anunciado para Tashkent, la capital de Uzbekistán. Aparte de hacer turismo forzado, nos aburríamos todo un día en el hotel.

Después nos enteraríamos que era una práctica común nunca ofrecer los datos exactos de un vuelo a Afganistán. Se salía cuando se salía y se llegaba cuando se llegaba. Razones de seguridad.

El tercero fue aún más insólito, pues al divisar Kabul en una soleada mañana desde las ventanillas del TU-154 apreciamos que para aterrizar realizábamos círculos descendentes en espiral, mientras que alrededor, cerca de las montañas que rodean el valle donde se despliega la ciudad, varios helicópteros sobrevolaban la zona y dejaban escapar estelas de humo blanco de muy

limitada duración.

Ya en tierra, muchas horas después, los anfitriones, muy sonrientes y atentos, comentaron que no se trataba de fuegos artificiales para darnos la bienvenida, sino de unas bengalas señuelos para atraer posibles misiles antiaéreos portátiles stingers que pudieran ser disparados contra el avión, una peligrosa arma que Estados Unidos había puesto en manos de las fuerzas opositoras al Gobierno afgano.

Cuatro viajes, en grupo o solo, me permitieron sentir a flor de piel los riesgos, pero hubo una ocasión en la que enviados especiales y corresponsales acreditados estuvimos realmente en peligro mortal.

Con todas las luces apagadas, volábamos en un avión militar AN-28 a Jalalabad, capital de la provincia de Nagarhar, para ver de cerca los horrores de las incursiones en territorio afgano de grupos rebeldes provenientes del cercano Pakistán, al lado mismo de la frontera y muy cerca del peligroso paso de Khyber.

Realmente era un vuelo corto (121 kilómetros por tierra), pero aquello de casi no podernos ver ni la cara elevaba las tensiones y hacía interminable el viaje.

Debíamos estar muy cerca de nuestro destino cuando en medio de la oscuridad percibí una llamarada anaranjada que ascendía veloz hacia nosotros y se lo hice notar a mi vecino, corresponsal de un diario militar polaco, y seguimos aquel haz de luz hasta que se desvió y lo perdimos de vista.

Tocamos tierra en una pista cuya única iluminación era, en su otro extremo, un pálido farol rojo intermitente y fuimos recibidos por las autoridades, quienes nos ofrecieron toda clase de disculpas por los inconvenientes y nos entretuvieron con todo tipo de charlas hasta que las luces del amanecer entraron por las ventanas de la terminal.

Al salir de aquel lugar, nos llevaron al sitio donde yacían los hierros retorcidos de una aeronave similar a la nuestra, derribada hacía pocas semanas, sin sobrevivientes, cuyos pasajeros eran civiles, entre ellos mujeres y niños.

Recorrimos varios puntos de la provincia, fuimos muy cerca de la frontera, dialogamos con comerciantes y transeúntes, pero el intermitente estallido de los obuses de artillería disparados por una y otra parte recomendaron regresar a Jalalabad.

De nuevo en el aeropuerto, fuimos agasajados con un almuerzo y luego continuaron las pláticas con los anfitriones, que alargaban nuestra estadía esperando la llegada de la noche para emprender el regreso a Kabul.

El colega polaco, un corresponsal en Moscú de la agencia húngara MTI y yo entablamos un diálogo en ruso, nuestra lengua común, para intercambiar impresiones y «matar» el tiempo.

Fue entonces que mi vecino de vuelo relató que aquella luz anaranjada de la madrugada provenía de un stinger disparado contra nosotros, pero que los famosos «coheticos», como llamábamos a los señuelos, habían logrado sacar de su trayectoria.

Con esa información en la mente y los nervios, regresamos. Sin novedades.

Como dijera el recién fallecido Gabriel García Márquez: La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla.

China: la epidemia del SRAS

Por Alfredo G. Pierrat

Durante los últimos meses del año 2002 y principios del 2003, la impresión que ofrecían al visitante foráneo numerosas ciudades chinas y principalmente la capital, Beijing, era particularmente desalentadora e invitaba a permanecer fuera de las calles, mercados o sitios turísticos, o a tomar el avión y salir del país.

Las siempre muy concurridas calles de Beijing permanecieron durante semanas semidesiertas y los pocos transeúntes se movían rápido, con la boca y la nariz cubiertas por nasobucos protectores, y lo mismo ocurría en cualquier otro lugar de la ciudad, mientras en los mercados y grandes tiendas por departamentos, personal sanitario se encargaba de tomar la temperatura corporal a todos los que pretendían entrar a hacer sus compras.

Con fines preventivos, se ordenó a finales de abril en Beijing el cierre de las operaciones con carácter temporal de lugares públicos tales como cafés de Internet, teatros y salas de cine y otros centros de entretenimientos, a los cuales tradicionalmente acude mucho público.

Igual disposición se aplicó a las librerías, mientras la Oficina Municipal de Asuntos Civiles ordenó el cierre temporal de su departamento de registros de matrimonios para evitar la acumulación de personas en las ceremonias nupciales.

En medio del crudo invierno que azotó al gigante asiático en aquellos meses, con el termómetro rondando los 14 grados bajo cero en la capital, y con el incesante y multitudinario flujo de viajeros a lo largo y ancho del territorio, ese escenario fue propicio para la rápida propagación de una epidemia que en poco más de medio año afectó a cinco mil 327 personas, de las cuales 348 perdieron la vida.

Con síntomas muy parecidos a los de la gripe común y transmitida por el contacto con personas infectadas, el denominado síndrome respiratorio agudo severo (SRAS), entonces de origen desconocido, surgió en la sureña provincia de Guangdong en noviembre del 2002 y se extendió rápidamente por otras urbes chinas y por las regiones de Hong Kong y Macao, además de afectar en mayor o menor grado a otros países asiáticos.

En abril de 2003 la situación se hizo insostenible y el 20 de ese mes fuentes oficiales revelaron que 339 personas habían enfermado en la capital, de las cuales 18 habían muerto.

Las medidas adoptadas para tratar de cortar la propagación de la enfermedad fueron múltiples y muy severas en todo el país y solo en Beijing se mantenían a principios de mayo 16 mil 878 personas en cuarentena.

En realidad, la cifra de personas contagiadas por el SRAS en el territorio continental chino no fue muy grande, pues solo constituyó menos del uno por ciento de la población total del país, pero el peligro potencial de la enfermedad, por todo lo que se ignoraba sobre ella y la rapidez de su propagación, entre otros factores, era enorme.

Diversos especialistas resaltaron por esa época la importancia del éxito de China en el enfrentamiento al SRAS y opinaron que de ello dependía en buena medida el control mundial de la

enfermedad, que por entonces ya había sido detectada en una treintena de países y regiones.

Finalmente, la epidemia fue controlada y el 16 de agosto del 2003 los dos últimos pacientes recibieron el alta médica en Beijing, y desde entonces no se detectaron nuevos casos.

La epidemia del SRAS dejó un saldo de importantes afectaciones económicas en sectores tales como el turismo y los servicios vinculados a él, pero también en la demanda interna, con menos afluencia de preocupados clientes a supermercados y restaurantes.

Experiencia china

Por Ilsa Rodríguez

Llegamos a Beijing por primera vez un frío 28 de enero de 1997 para tratar de recuperar una oficina que llevaba más de siete meses cerrada debido a la escasez de fondos que sufría PL en pleno período especial y que fue de mayor impacto en corresponsalías lejanas como la de China.

Esos fueron los años en que desaparecieron casi todas nuestras representaciones en Europa occidental y oriental, con la excepción de Madrid y Moscú; se había quedado solo Luanda en África y, en Asia, Vietnam y China, sin contar las de América Latina.

Nuestra tarea era clara, tratar de enderezar el rumbo de PL-Beijing con la introducción de medidas que ayudaran a ingresar algunos fondos que permitieran respaldar lo que podría enviar La Habana. Para llegar contábamos con la ayuda de la agencia Xinhua.

La idea era que Anael asumiera como editor de la Xinhua en el primer tiempo y yo me ocupara de la información, y ambos ir dando cuerpo a la corresponsalía.

Así comenzamos los primeros pasos en ese país de leyendas y misterios, idioma difícil, indescifrable para nosotros, costumbres diferentes. y en medio de reformas que iban tomando cuerpo y cambiaban las vidas y actitudes de su numerosa población.

Ante todo comenzamos a liquidar las deudas acumuladas durante meses. Por suerte, nos correspondió pasar a las computadoras y a recibir el cast de Xinhua en inglés y de Prensa Latina a través de ese sistema, acabando con los aparatos de teletipos y télex.

Mientras en lo práctico realizábamos pasos que iban mejorando el entorno, Anael se dio a la tarea de comenzar a visitar las embajadas latinoamericanas y preguntarles qué tipo de materiales periodísticos les interesaría que PL les preparara para estar al tanto de lo que ocurría en el país e incluso en los suyos si así lo quisieran. La mayoría estuvo de acuerdo en que le presentáramos un resumen noticioso sobre lo acontecido cada semana y ahí surgió Boletín de China.

El trabajo durante esos cuatro años fue muy difícil en cuanto a condiciones materiales, porque nuestra situación nos impedía contar con traductor y era difícil acceder a la prensa en idioma chino y al papeleo necesario aquí para los trámites, que ahora casi siempre tienen la opción del inglés.

Creo que lo más impresionante durante este período en el que, por cierto, las condiciones económicas de Cuba imponían vacaciones cada dos años, fue ver el reajuste económico de China, la claridad de sus autoridades en qué camino de desarrollo quería, sin renunciar a sus aspiraciones de socialismo, aunque con aquello de «con características chinas».

Fue en estos años (1997-2001) que vivimos momentos especiales como el retorno de Hong Kong a China, el tributo a Deng Xiaoping cuando murió, sesiones parlamentarias con leyes que cambiaban la economía y abrían el país, así como visitas de altos dirigentes cubanos y la posibilidad de acompañarlos a Japón e incluso a Irán.

Al cabo de algo más de una década volvimos a Beijing, a la misma casa, esta vez para sustituir a Melián y Teresita, y enfrentarnos a una ciudad totalmente cambiada, con una intensa vida que no

tiene nada que ver con el ritmo que habíamos dejado y que ahora recuerda mucho a quienes corren por las calles de Nueva York café en mano para llegar a tiempo al trabajo.

Nuestra estancia coincidió con la llegada al poder de Xi Jinping al frente de una dirigencia dispuesta a colocar a China en planos estelares en el mundo, a la par de grandes potencias como Estados Unidos, y asegurar el bienestar de su pueblo.

Por tanto, volvimos en el momento de otro giro en la vida china que nos permite reportar las nuevas medidas y esfuerzos del país para alcanzar lo que se llama El sueño chino.

También este período ha sido de gran experiencia en una nueva aventura, la de la televisión, para cumplir acuerdos con la venezolana Telesur, para lo cual a Beijing viajaron Sahay

Etayo y Orlando Cárdenas, quienes por dos años realizaron el difícil trabajo de buscar la información, entrevistar a especialistas y cubrir visitas de alto nivel, con traductor a tiempo reducido.

No obstante, no se han escatimado esfuerzos y nos parece que esta experiencia ha sido importante tanto desde el punto de vista personal como profesional, en una oficina que ha ganado en diversidad al compartir en cuatro corresponsales los trabajos de la corresponsalía para PL, la edición durante la madrugada cubana y la televisión.

Periodismo en peor ola terrorista en India

Por Martin Hacthoun

Tuve la experiencia de cubrir la violencia que generó el terrorismo en la India en 2008, y los efectos de la fase final de la guerra separatista en Sri Lanka en junio de ese mismo año. Durante 2008 y 2009 fui corresponsal de Prensa Latina en Nueva Delhi, para cubrir desde allí los acontecimientos de Asia del sur, y poderme mover en la zona.

Me encontraba de corresponsal en Hanoi cuando la dirección de la agencia decidió reabrir la oficina de PL en la capital india, cerrada a finales de la década de 1980 por limitaciones económicas. La idea de aprender y explorar lo desconocido me animó; también representaba un desafío profesional pues me encomendaban, por primera vez, abrir una corresponsalía con toda la responsabilidad que esa tarea conlleva.

Con el entusiasmo de descubrir ese legendario mundo de la milenaria india llegamos a Nueva Delhi la noche del 20 de diciembre de 2007 y nuestra misión inicial se cumplió en un mes.

Recién asentados y cuando afrontaba los primeros retos periodísticos, se desató en 2008 la peor ola terrorista que recordaran los indios. La ejecutaron grupos de islamistas fundamentalistas; comenzó con el estallido de seis bombas en la histórica Jaipur, capital del estado de Rajastán, el martes 13 de mayo, y concluyó con el espectacular asalto terrorista a la populosa ciudad de Mumbai en los últimos cuatro días de noviembre de ese año.

La India había sufrido atentados dinamiteros en años anteriores, pero no tantos como en 2008. Los sorprendivos bombazos en Jaipur, el peor ataque de su tipo en Rajastán, dejaron casi un centenar de muertos. Los ataques, entre las 19:15 y 20:00, hora local, estuvieron dirigidos contra mercados y bazares, lo cual provocó una mayor cantidad de víctimas entre decesos y heridos. Ese mismo patrón se repitió en otras ciudades, incluida Nueva Delhi. Luego de los sangrientos sucesos en Jaipur, el Gobierno declaró el estado de alerta en la capital india.

Antes de la Noche Negra de Delhi, del sábado 13 de septiembre, acontecieron otros espeluznantes ataques terroristas en varias ciudades y regiones, como las 16 bombas que estallaron el 26 de julio en la metrópolis de Ahmedabad, en el oeste de la India, con saldo de 56 muertos y más de 150 heridos.

La noche del sábado 13 de septiembre me encontraba cubriendo la jornada de clausura del Festival del Cine Latinoamericano en el Centro de la Cultura Internacional cuando recibí una llamada de un colega indio para alertarme sobre las bombas que estaban explotando en la capital. En total fueron siete.

Uno de los artefactos explosivos estalló frente a un comercio a unos 900 metros de donde nos encontrábamos, pero la detonación no se sintió dentro del cine. La potencia del estallido fue tal que un pequeño auto modelo ciudad de la Maruti 600 quedó colgado de los cables del tendido eléctrico que sorprendentemente lo sostenían. Sin aspa ventar a mi esposa y al resto de los concurrentes en la sala, le dije al oído que nos teníamos que ir por una noticia urgente. Luego le expliqué. Tomamos el auto y salimos del complejo cultural, para encontrarnos una ciudad en

shock con el servicio de telefonía celular interrumpido. Mi ansiedad en ese momento de alta tensión consistía en llegar lo antes posible a la corresponsalía, pero el tráfico, por lo general desordenado y anárquico en Delhi, resultaba entonces infernal.

Esa noche prácticamente no dormimos, pues Telesur y emisoras radiales de Venezuela, México y Ecuador llamaron a la corresponsalía para que les reportara en directo los mortíferos acontecimientos. El saldo fue de una treintena de muertos y unos 150 heridos. Pudieron ser más.

Dos sábados posteriores aconteció otro atentado dinamitero en la capital, aunque a menor escala, pues fue una sola bomba en el pequeño mercado de Mehrauli, zona no lejos de Vasant Kunj donde se encuentra la corresponsalía. Tras estudiar el patrón que seguían los terroristas para sus sangrientas acciones dirigidas contra centros comerciales y de esparcimiento, nos vimos obligados a tomar medidas de protección, aunque ante lo imprevisible del terrorismo poco se pueda hacer.

Decidimos entonces no estacionar el auto en los parqueos de los mercados, en particular los abiertos, pues eran sitios frecuentemente escogidos para colocar las bombas en coches o en motos; también íbamos a ellos entre las 10:00 y las 12:00 horas, espacio de tiempo en el que nunca hubo un ataque, y solo uno de los dos entraba a hacer las compras, mientras el otro esperaba en el carro parqueado a distancia prudencial. No faltaron las multas, pero si sucedía algo, al menos uno quedaba ileso.

Vivimos momentos muy tensos, los cuales reeditamos durante el aparatoso y dramático asalto terrorista a Mumbai de fines de noviembre de 2008. Todo un país estuvo en vilo durante cuatro días; tropas especiales de la Armada fueron movilizadas para ayudar a las fuerzas de seguridad locales; hubo destrucción y muerte; nunca se supo con exactitud el número de víctimas, los muertos —según los partes— oscilaron de 280 a 330, y muchos más los heridos. Toda esa monstruosidad provocada por solo 11 bien entrenados terroristas que sorprendieron a la mayor y más populosa ciudad india, su principal centro económico y cinematográfico, y mantuvieron conmovido a todo un país de más de mil 200 millones de habitantes. Ciertamente, ese espectacular asalto pareció a un filme de ficción, simplemente no lo fue.

Acercamiento al conflicto en Sri Lanka

Por Martin Hatchoun

En mayo de 2008 recibí la comunicación de que viajaba a mediados de junio a Colombo, Sri Lanka, para cubrir la IV Conferencia Regional Asia-Pacífico de Solidaridad con Cuba, que se efectuó el 14 y 15 de ese mes. Con la esperanza de entrevistar a algún funcionario de alto rango, permanecí en esa hermosa ciudad varios días más, pero ese estado insular del océano Índico estaba en la fase final de la guerra separatista contra la organización insurgente Tigres Tamiles; no obtuve respuesta para entrevista alguna.

Allí cubrí los dos últimos atentados terroristas en esa marítima urbe; uno aconteció en el mercado central y el otro a apenas tres cuadras de la antigua sede del Parlamento, que en ese momento el Gobierno usaba como sitio de actividades protocolares. Pero no fueron tan atronadores ni mortíferos, pues ya los Tigres Tamiles sufrían una intensa ofensiva y sus fuerzas menguaban, como su capacidad de accionar.

Terminado el congreso, a la mañana del siguiente día le pedí a un buen amigo srilanqués, directivo del Comité de Amistad con Cuba, que me ayudara a ir al norte, a visitar al menos algún pueblo recientemente liberado por el Ejército, que me sirviera para una crónica y un reportaje sobre ese conflicto de 26 años de duración, que incluyera entrevistas y, sobre todo, fotos.

La respuesta afirmativa la recibí esa misma noche. Saldríamos al amanecer; me recogió el colaborador amigo con otro que me presentó como abogado, ambos de origen tamil practicantes del budismo, y el chofer, un tamil musulmán del este de Sri Lanka. En un minivan tomamos la carretera central rumbo al norte; a cada cierto tramo había retenes militares, en algunos teníamos que parar para identificarnos; ellos tenían sus salvoconductos y yo mi credencial especial de prensa que me había concedido el Gobierno. Fue un día de intensa lluvia, que nos acompañó todo el trayecto mientras circunvalábamos la Sierra Neblinosa, un maravilloso escenario natural, y dejábamos atrás pequeños poblados y plantíos del afamado té de Ceylán.

Llegamos a Hutton, un pequeño pueblo de mayoría tamil que desde hacía dos años no sentía el rigor de la guerra separatista y ya vivía la necesaria calma. Más allá no pudimos ir, el Ejército lo prohibía. No obstante, en Hutton encontré comentarios y anécdotas que me sirvieron para un par de trabajos. El viaje me sirvió, además, para una crónica ecológica sobre la mágica Sierra Neblinosa y otro sobre la vida de los cultivadores de té. El conflicto separatista terminó con la derrota del movimiento Tigres Tamiles en mayo de 2009.

Mensaje latinoamericano a Europa

Mientras los principales voceros de Estados Unidos, como la AP y la UPI, auguraban «generosamente» para Prensa Latina una vida de pocas semanas, en las Europas, quizás con la experiencia que dan los años (más sabe el diablo por viejo que por diablo, dice un refrán), la realidad les decía otra cosa.

Agencias de la Unión Soviética, República Popular China y países socialistas se acercaron a PL. Hay constancia gráfica y testimonial de una reunión en 1960 de representantes de esas instituciones en La Habana, en la que varias de ellas firmaron acuerdos de cooperación y realizaron importantes donaciones para aquellos tiempos.

PL tuvo equipos de radio de alta potencia obsequiados por TASS y Xinhua, algún auto Skoda checoslovaco, motos polacas, así como cámaras Exakta y Praktica, películas y químicos de la República Democrática Alemana.

Sobre todo, después de la resonante victoria de las fuerzas revolucionarias en Playa Girón — cuando PL se destacó por la cobertura de aquellos acontecimientos que pasaron definitivamente a la historia— y el protagonismo de su fundador y primer director, Jorge Ricardo Masetti, en el proceso penal a los mercenarios que intentaron invadir Cuba, la mirada hacia nuestra naciente agencia fue diferente.

Praga, considerada la París de Europa Oriental, abrió sus puertas a la primera oficina de PL en el viejo continente, con José Luis Pérez Hernández como su corresponsal jefe, quien inició desde allí contactos para cubrir acontecimientos tanto en Francia como en la URSS y otros países del continente.

También esa corresponsalía, que tuvo un excelente espacio en la céntrica Petřské Namesti, inició la nada fácil tarea de llevar el mensaje latinoamericanista de PL a aquel mundo que nos desconocía casi totalmente.

La edición de boletines en español, inglés y francés que se distribuían por correo en todo el continente a cancillerías, instituciones económicas y comerciales, embajadas, diarios, revistas, emisoras de radio y TV, vieron la luz a través de las ahora desaparecidas copiadoras por stencil y ditto, pero con el avance de la oficina llegaron a reproducirse en una moderna imprenta offset propia, manejada por un grupo de amigos exiliados españoles.

A Praga le siguió la corresponsalía de Moscú, inaugurada a fines de 1961-inicios de 1962 por Carlos Mora Herman, quien después sería el pionero en nuestra oficina en Madrid y más tarde subdirector general de PL, y destacado comentarista internacional en la TV cubana. Por la capital soviética desfilaron como corresponsales jefes los destacados periodistas Gregorio Ortega, Aurelio Martínez y José Bodes Gómez, para mencionar solo a algunos.

En Bulgaria y Suecia se desempeñaron en aquella agitada década de los 60 del siglo pasado el ex director general, Fernando Revuelta, de España, y uno de los fundadores, Carlos María Gutiérrez, de Uruguay.

PL se instaló seguidamente en Varsovia, Berlín, Budapest, Bucarest y a inicios de los 70 abrió

su oficina en Belgrado, con lo cual se consolidó toda una red en esa parte del mundo y desde la capital de la entonces Yugoslavia se fortaleció el papel de la agencia como polea transmisora para Latinoamérica y el Caribe de las informaciones provenientes de agencias amigas del Movimiento de Países No Alineados, en español, inglés y francés.

De esa forma, además de llevar hasta allí la verdad de Cuba y el acontecer de Nuestra América, PL sirvió de puente para dar a conocer entre nuestros pueblos la vida en la geografía política de lo que los monopolios de la información llamaban «detrás de la cortina de hierro».

En el lado occidental del continente se estableció por Rolando Meneses el primer buró en la capital de Francia, donde brillaron también como corresponsales el brasileño Aroldo Wall, el argentino Jorge Timossi y los cubanos Julio Hernández y Andrés Escobar, entre otros.

Desde allí se destacó PL por su cobertura, primero con enviados especiales, de la guerra de liberación de Argelia hasta la firma de la independencia, los movimientos de mayo del 68 en todo el oeste de Europa, las negociaciones de paz sobre Vietnam y la caída del régimen del sha de Irán.

Londres y Roma se sumaron a la multiplicación de nuestros empeños en el viejo continente, que ya tenía los pilares de

París y Madrid, para poco más tarde engrosar las filas con una oficina en Bonn, la entonces capital de la RFA, a cargo de Victorio M. Copa.

Con la Revolución de los Claveles en abril de 1974 en Portugal, se eliminaron los obstáculos para la presencia de la agencia en la hermosa Lisboa. En 1975, Javier Rodríguez, un avezado profesional, recibió la tarea de abrir la corresponsalía en medio de la fiebre revolucionaria popular desatada por los militares progresistas y el empuje del Partido Comunista, con su legendario secretario general, Alvaro Cunhal, en la primera línea de combate.

Muchas fueron las amenazas y agresiones, entre ellas la bomba contra la modesta embajada de Cuba que segó la vida de dos de sus diplomáticos.

Pero PL persistió en el empeño y con el fin del colonialismo portugués se coronó la idea de llevar nuestro mensaje en la lengua de Camoes y Pessoa a Angola, Mozambique, Guinea Bissau, Cabo Verde y Santo Tomé y Príncipe con nuestras revistas Cuba y Prisma Internacional, impresas allí mismo, en lo cual desempeñó importante rol el siguiente corresponsal, Walfredo Angulo.

Ese despliegue europeo le permitió a la agencia ofrecer a sus clientes y a la prensa progresista de todo el mundo un panorama informativo que permanecía en cierta medida vedado por los efectos nocivos de la Guerra Fría, empeñada en ningunear lo que pasaba en la Europa Oriental y mantener separada a esa parte del mundo de la realidad latinoamericana y del pujante movimiento anticolonialista y emancipador de África, donde también sentamos presencia significativa.

El tiempo pasó y devinieron cambios y quebraduras trascendentales en el mundo. La desintegración de la Unión Soviética y la desaparición del campo socialista trajo consigo la ruptura de acuerdos, compromisos y no pocas afinidades, algunos otrora amigos se tornaron hostiles, hubo que cerrar oficinas, reducir presencias y concentrar recursos.

A pesar de todo, PL aceptó una vez más el reto y asumió nuevamente el compromiso de resistencia —insuflado desde sus inicios por la Revolución cubana—, y pudo hacerlo porque había echado sólidas raíces en aquella parte del mundo, imposibles de arrancar por el vendaval triunfalista de Estados Unidos y las potencias occidentales.

Con el paso de unos pocos años, apenas un pestañazo en el decursar histórico, brotó nuevo follaje y continuamos en Europa, por el legado de Massetti y quienes lo secundaron en nuestra fundación.

Portugal: El ataque terrorista anticubano

Por Javier Rodríguez

Prensa Latina llegó a Portugal en 1975 para informar la realidad sobre un acontecimiento que estremeció a Europa y marcó un momento histórico en todo el mundo: la llamada Revolución de los Claveles en ese país, la cual significó, paralelamente, el inicio del fin del colonialismo portugués en África.

En lo personal constituyó un importante reto profesional, pues acababa de llegar a PL tras cumplir otra etapa de mi vida periodística al participar en la fundación del diario Granma y desarrollar allí hasta entonces la tarea de jefe de redacción.

Era mi primera experiencia de trabajo en una agencia de noticias, en este caso en una muy especial, porque representaba el enfoque verdaderamente independiente, latinoamericano y caribeño de los acontecimientos en cualquier parte del planeta.

¿Qué pasaba en Portugal? Agobiado durante décadas por un régimen dictatorial que ocupaba el poder desde 1933, el país más pobre de Europa occidental era contradictoriamente la potencia colonialista que sojuzgaba a los pueblos de Angola, Mozambique, Santo Tomé y Príncipe y Guinea Bissau, explotando sus riquezas naturales en contubernio con multinacionales estadounidenses y europeas, pero, a la vez, enfrentando militarmente a los movimientos independentistas surgidos en esos territorios.

El agotamiento de las fuerzas armadas portuguesas por la creciente resistencia guerrillera, la galopante crisis económica de la nación ibérica y el rechazo a la dictadura ejercida en ese momento por Marcelo Caetano, sensibilizaron al después denominado Movimiento de los Capitanes para que un grupo de ellos, aliados a otros uniformados de mayor graduación, derrocaran al Gobierno opresor.

Un estallido de júbilo popular fue la respuesta ese 25 de abril de 1974 a la toma del poder por los militares y la foto de una mujer de pueblo, que colocó un clavel en la boca del fusil de un soldado, hizo nombrar para siempre aquel movimiento como la Revolución de los Claveles.

La retirada portuguesa de los territorios africanos y la creación de una Junta de Salvación Nacional para gobernar a Portugal, junto al regreso de los numerosos exiliados, consolidaron el respaldo popular a un movimiento que, sin embargo, no era homogéneo en el aspecto político e ideológico.

En aquel ambiente que reunió un número importante de corresponsales extranjeros en el país se insertó Prensa Latina, con el rápido resultado de una muy buena recepción por parte de los medios de difusión, la cual le permitió situar sus servicios en los más importantes del país.

No era un secreto, en lo absoluto, la alarma mostrada públicamente por el Gobierno norteamericano ante el desarrollo del proceso político en Lisboa y la amistad y solidaridad mutua entre los pueblos de Portugal y Cuba, convirtiendo a todos los que de alguna forma representábamos a la isla caribeña en enemigos suyos y de la activa derecha portuguesa, ya embarcada en conspiraciones y planes de atentados personales.

Amenazas telefónicas a la oficina de la corresponsalía y advertencias de personas amigas sobre posibilidades de agresión comenzaron a ser comunes en medio de la creciente actividad de los sectores de la ultraderecha, sobre todo después de la llegada como nuevo embajador de Estados Unidos de Frank Carlucci, hasta entonces uno de los más altos funcionarios de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), cuyas tareas principales fueron dividir al grupo de militares actores del derribo de la dictadura y organizar la actuación del sector más reaccionario de la sociedad.

Carlucci, enredado en un breve debate con el corresponsal de Prensa Latina durante su primera conferencia de prensa, envió a uno de sus guardaespaldas a indagar directamente conmigo mi identidad completa y tiempo de labor en Portugal.

Ya en un panorama enrarecido por esa realidad es que se planea y ejecuta el criminal ataque terrorista contra la embajada de Cuba en la capital portuguesa, el cual segó la vida de

Adriana Corcho y Efrén Monteagudo, dos valiosos funcionarios y excelentes compañeros.

Las oficinas de la embajada estaban situadas en dos pisos de un edificio enclavado en una de las principales avenidas de Lisboa y el atentado tenía intenciones mucho más siniestras a las que lograron sus autores.

Esa tarde del 22 de abril de 1976 el embajador cubano había invitado a Prensa Latina a participar de una reunión de análisis de la ya compleja y peligrosa situación política.

Poco antes de la hora de dicho encuentro y por motivos de trabajo fuera del edificio, el embajador suspendió la cita e hizo avisar a quienes íbamos a participar en ella, aunque de todas formas yo decidí ir al lugar en busca de otra información y llegué solo minutos después del estallido de una potente bomba de más de seis kilogramos de explosivos, la cual prácticamente destruyó las oficinas cubanas y otras partes del edificio.

La acción terrorista había sido cuidadosamente planeada, podría haber matado no solo a todo el personal diplomático, a quienes asistiríamos a la reunión convocada y a los niños hijos de los funcionarios cubanos que, casi a la misma hora, regresaban de una modesta escuelita donde recibían sus clases.

Desde los mismos escombros de nuestra embajada y usando un teléfono que milagrosamente quedó en funcionamiento transmitimos a la central las dolorosas noticias de lo ocurrido y la decisión de los sobrevivientes de mantener la firmeza en la representación de Cuba.

Apenas 20 minutos después, una indignada multitud de portugueses se concentró frente a la destruida embajada a ratificar su solidaridad con Cuba y a condenar la agresión perpetrada, y los gritos de Viva la Revolución Cubana retumbaron en el lugar, demostrando que los terroristas y proimperialistas nunca podrían separar a los dos pueblos.

Cubano en el cosmos Cobertura a varias manos

Por Marta Denis

Qué un cubano iba a viajar al cosmos constituía desde meses antes un secreto a voces, pero muy pocas personas conocían la fecha exacta, incluso los corresponsales de Prensa Latina en Moscú que, en septiembre de 1980, tomamos parte en la cobertura de ese histórico suceso científico y político.

En esa época la nómina moscovita era nutrida, dotada de cuatro periodistas permanentes, dos traductores, cuatro tele- tipistas y otros empleados, todos en función de diversas tareas informativas y de transmisión-recepción hacia y desde La Habana; de entronque con otras corresponsalías y circuitos.

A veces PL-Moscú parecía una agencia en miniatura: su oficina radicaba en la céntrica calle Petrovska No. 15, frente al hotel Budapesh, a pocas cuadras del teatro Bolshoi y no lejos de la Plaza Roja, casi como decir, en el corazón de Moscú.

Pocas semanas antes, este colectivo fue reforzado por los colegas de la redacción deportiva que reportaron la Olimpiada Moscú 80 —con su propia oficina en el Centro de Prensa—, coincidiendo de cierta forma con la cobertura cósmica presente en nuestra agenda desde cuatro años antes.

Tanto en los días de la Olimpiada como del vuelo espacial soviético-cubano llegaron a tomar nuestro café, a veces más té que café, cuanto periodista cubano estuvo en esa plaza para ambos acontecimientos. y no resultaban pocos.

La cobertura del vuelo solo fue posible por muchas manos en tiempos impensables de Internet, gracias a la unión de los esfuerzos de nuestra oficina en Moscú —todos en función de esta cobertura— con la redacción nacional, en la sede central de Prensa Latina, en La Habana, incluidos aquellos que teclearon en los teletipos los flash, urgentes, ampliaciones y cada palabra escrita esa semana.

Antes del vuelo de Tamayo

Desde el arribo a la entonces capital soviética, cada nuevo corresponsal se veía en la necesidad de casi convertirse en un especialista espacial, si se proponía realizar un buen trabajo. Estar en el país que inició la conquista del cosmos significaba un reto para cualquier profesional de la prensa.

Al Centro de Preparación y Entrenamiento Yuri Gagarin, en la denominada Ciudad Estelar, a unos 40 kilómetros de Moscú, llegaron a finales de 1976 los integrantes del primer grupo de candidatos a cosmonautas y, en la primavera de 1978, el segundo; dos parejas en cada caso.

Al primero correspondieron los cosmonautas investigadores de Checoslovaquia, Polonia, República Democrática Alemana y Bulgaria; al segundo, Hungría, Cuba, Mongolia, Rumanía y Vietnam.

En abril de 1980 conversé largo rato con los dos candidatos cubanos, Arnaldo Tamayo y José

Armando López Falcón, camino del Centro de Cultura, donde se realizó un encuentro de la prensa con la tripulación del vuelo conjunto búlgaro-soviético, la cual había regresado a la Tierra antes de tiempo debido a un fallo técnico.

En esa ocasión, algunos colegas, conociendo de mi encuentro con los candidatos, me preguntaron si yo conocía cuál de los dos cubanos volaría y cuándo. Pero no pude responder. Era un secreto todavía, y en nuestra conversación no tocamos ningún detalle reservado.

El gran momento

Tamayo y Romanenko, experimentado cosmonauta, integraron la primera tripulación, y López Falcón con el también veterano Evgueni Jrunov, la segunda.

Allí, en la estepa de Kazajstán, la primera pareja recibió el visto bueno de la comisión estatal.

En circuito cerrado, los periodistas acreditados en el Centro de Dirección de Vuelos, próximo a Moscú, observamos el lanzamiento de la nave. Un número reducido estuvo en Baikonur, entre ellos Gilberto Caballero —ya fallecido—, de la redacción científico-técnica de Prensa Latina, y Juan Marrero, entonces del diario cubano Granma.

Sin embargo, la gran noticia del primer cubano y latinoamericano en el cosmos solo fue desembargada cuando la Soyuz- 38 se situó cómodamente en una órbita circunterrestre intermedia (máxima altura respecto a la Tierra: 273 kilómetros, mínima: 199 kilómetros, tiempo de circunvalación: 88,9 minutos e inclinación orbital: 51,6 grados). Algo así como cuando la azafata permite desabrocharse los cinturones a los pasajeros de un vuelo aéreo y se apaga la luz de alarma.

A partir de las 24:00 (hora de Moscú), las imágenes del lanzamiento, los rostros de los dos tripulantes y las biografías de ambos se difundieron por el mundo casi con la misma rapidez de la rotación orbital de la nave cósmica.

Antes de salir, el entonces teniente coronel de la Fuerza Aérea cubana declaró sentirse «profundamente orgulloso de representar a la gran tierra latinoamericana, como la llamó José Martí, que abarca desde el río Grande hasta la Patagonia».

El 26 de septiembre Cuba entró definitivamente en la historia de la cosmonáutica con el feliz regreso a la tierra de la tripulación de la Soyuz-38.

En cada momento Prensa Latina estuvo presente y reportó para América Latina y el resto del mundo.

Vivir entre fuegos

Por Nelson Marcos García

Una tarde de julio, en 1980, la aeronave tocaba suelo polaco, donde enfrentaría mi primera experiencia como corresponsal de Prensa Latina.

El día cálido, agradable, invitó a imaginar un país apacible, restañado de las heridas dejadas por los alemanes tras atacar la República Popular de Polonia el primero de septiembre de 1939, en el inicio de la Segunda Guerra Mundial.

Lejos estaba de imaginar que ese país, con pérdidas humanas y materiales millonarias, se abocaba a una peligrosa crisis que minaría irreversiblemente el socialismo conducido por el gobernante Partido Obrero Unificado Polaco.

Días después de mi llegada a Varsovia circularon rumores extraoficiales, en agosto de 1980, referentes a huelgas en diversos sectores de la economía, cuyo epicentro se encontraba en la ciudad báltica de Gdansk, sede de los mayores astilleros del país.

Personalmente, imbuido de fervor patriótico, resultaba poco creíble que en Polonia surgiera una explosión huelguística.

No había fuentes confiables para verificar aquel fenómeno paralelo denominado «Solidaridad». En consecuencia, reinaba el caos, la desinformación.

No voy a examinar los errores gubernamentales y partidistas que propiciaron tal situación. No es este el propósito.

Sí debo explicar lo difícil que resultó esclarecer la certidumbre que amenazaba al país de una paralización económica y probable guerra civil.

Las fuerzas de la extrema derecha, en parte agrupadas en Solidaridad, ganaron terreno, cundió el pánico, se multiplicaron los paros laborales y una diversionista campaña mediática dentro y fuera, que obligó al Gobierno a decretar el Estado de Excepción en diciembre de 1981.

Muchos corresponsales de países socialistas acreditados resultaron amenazados de muerte por sectores de tendencia fascista. Algunos fueron agredidos de palabra.

Se avecinaban tiempos difíciles para los periodistas. Nosotros no fuimos la excepción.

Pero el deber del periodista es informar, no importan los riesgos.

En mi caso, no reparo en afirmar —pasados más de 30 años— que nuestra vida corrió peligro en varias ocasiones. Citaré algunos momentos críticos.

Uno de ellos fue cuando participé en Gdansk en el primer congreso de Solidaridad. Me acredité debidamente desde Varsovia y en compañía de un estudiante cubano partimos hacia la ciudad báltica.

Al llegar a la sede de esa agrupación, me presenté: corresponsal de la Agencia Latinoamericana de Noticias Prensa Latina.

El polaco que me atendió dijo:

—¡Ah!, es americano.

No, respondí.

—Pase, pase, invité muy cortés. Vaya a tal hotel, pregunte por la señora tal, que es gente nuestra y dígame que le dé una buena habitación. No llamo por teléfono porque la seguridad tiene controlado todo.

Pero las «amabilidades» seguían en virtud de ser yo «americano». Le vamos a mostrar boletines de noticias y fotos para que vea las cosas que suceden aquí. Venga todos los días que le habilitaremos un buzón.

Hasta ese momento trataba de hablar poco y en las conferencias de prensa de Solidaridad no hacía preguntas, pues es obligación del corresponsal decir el nombre de la publicación y para qué país reporta.

Los agentes de Solidaridad me buscaban afanosamente. Conocían ya mi nombre con el cual firmaba mis notas, por supuesto, denunciando a la contrarrevolución y a países occidentales que, junto a Estados Unidos, estaban detrás del golpe contrarrevolucionario de agosto de 1980.

Agentes de Solidaridad descubrieron mi identidad y a través del traductor ofrecieron dinero a fin de que escribiera un artículo para su semanario. En otras ocasiones también mostraron interés en adquirir los derechos del libro inédito: ¿Qué pasó en Polonia?

Insistieron, al tiempo que aumentaban la cifra. Se dieron cuenta de que les tomaba el pelo y me increparon en tono amenazante.

—Por fin qué, ¿acepta?

La respuesta fue tajante:

—Se equivocaron, un cubano fidelista no se vende.

Para sorpresa mía, que pensaba me la había jugado el todo por el todo, uno de los polacos dio un salto hacia atrás y gritó colérico: «Ya me lo imaginaba, es comunista».

Esa misma noche, mientras Lech Walesa pronunciaba un discurso incendiario contra el Gobierno polaco, y bajo una suave nevada, las luces del carro apagadas, salimos de Gdansk.

Varsovia estaba desabastecida, las tiendas vacías, muy poca alimentación y exceso de trabajo.

Recuerdo que estuve tres días sin dormir apenas. Me mantenía en la oficina las 24 horas. Las noticias se sucedían una tras otra. El embajador me había llamado para alertarme que «en Cuba todos los días esperan tus informaciones». Polonia era el centro noticioso del mundo.

En cierta ocasión, una cena oficial provocó el enfrentamiento con un corresponsal italiano, enemigo que intentó ofenderme al nombrarme «fidelista» en público. Como su tono era agresivo y desafiante, en respuesta pedí al traductor que invitara al sujeto para que abandonara el lugar aunque antes no escatimé mi defensa verbal que maticé a lo cubano.

Sin temer al riesgo de la situación, siempre alerta ante los ataques y provocaciones de esos sujetos, la mayoría agentes subversivos.

Y sucedió lo que no estaba previsto. Agobiado por la situación reinante, el desgaste físico y mental, y el estrés permanente, sobrevino un infarto cardíaco complicado con perturbaciones de ritmo y bloqueo aurículo-ventricular de III grado.

No se contaba con mi vida. Incluso se preparaban gestiones consulares para trasladar mi presunto cadáver hacia Cuba. Con notable dedicación, los médicos polacos libraron una batalla contra la muerte; milagrosamente sobreviví.

Ya en etapa de franca recuperación en el hospital diplomático, recibí una carta entrañable de

Carlos Mora, entonces subdirector general, que guardé con celo y de la cual debo citar dos párrafos textuales, que dicen mucho de la sensibilidad humana de este compañero:

«Considero que en tu trabajo ahí —tu primer trabajo como corresponsal— has hecho un enorme esfuerzo. Te viste envuelto en una situación muy compleja y difícil, capaz de acobardar a cualquiera, pero te creciste y diste lo mejor y te esforzaste por hacerlo bien. Creo que esa actitud tuya tiene que ver bastante con lo que te ha pasado ahora.

«Has trabajado bajo mucha presión y creo que abusaste de tus energías.».

Un maremoto de adversas situaciones quebrantó mi salud, mas no mi fuerza de voluntad. Nacieron de la tormenta las páginas de mi libro azaroso: ¿Qué pasó en Polonia?

Siempre al servicio de la tierra que me vio nacer, por primera vez relato —en más de 50 años de profesional— un segmento de mis vivencias.

Como corresponsal, lejos de vanalidades y presuntos privilegios materiales, prefiero vivir entre fuegos.

Un período de particular significado

Por Miguel Lozano

En 1975 ingresé a Prensa Latina, recién graduado de la Universidad de La Habana y me he mantenido en ella por 40 años. Toda una vida.

De las asignaciones de trabajo cumplidas, una etapa de particular significado fue la transcurrida en la Unión Soviética, de julio de 1988 a diciembre de 1991, cuando estaba finalizando el llamado período de Perestroika y Glasnost y se iniciaba la desintegración de aquella unión.

Fue un verdadero reto para los periodistas de la agencia que cubrimos aquellos acontecimientos, que por momentos nos parecían inverosímiles, pese a estar presenciándolos.

Teníamos en Moscú cuatro corresponsales y un equipo técnico encargado de mantener las comunicaciones las 24 horas del día, porque la oficina era un centro de comunicaciones de la agencia y debía garantizar el tráfico de informaciones de nuestros corresponsales en Europa y Asia hacia la central en La Habana.

En una vorágine de acontecimientos hacíamos todo lo posible por prever y preparar condiciones para lo que pudiera ocurrir, como fórmula para competir con las otras agencias, las cuales contaban con mayor cantidad de corresponsales y de recursos técnicos y financieros, aunque nuestra oficina tenía lo necesario para hacer un papel decoroso.

Recuerdo en particular el golpe de Estado del 19 al 21 de agosto de 1991 dado al presidente Mijail Gorbachov, por un grupo que consideraba el Nuevo Tratado de la Unión y el desarrollo de movimientos nacionalistas una amenaza para la unión.

Realmente los acontecimientos indicaban que iba a suceder algo. En la oficina, ubicada en la calle Petrovka número 15, a unos 500 metros del Kremlin, comenzamos a hacer una reserva de alimentos, preparamos alternativas para que los corresponsales que no pudieran llegar siguieran trabajando desde otros sitios y organizamos un plan de aviso, en el cual comprometimos a algunos soviéticos y periodistas amigos.

El 4 de agosto Gorbachov se fue de vacaciones a Crimea hasta el día 20, cuando a su regreso debería firmar el nuevo tratado de la Unión. Parecía que los corresponsales en Moscú íbamos a disfrutar de algunos días apacibles de verano. Pero la realidad fue otra.

El 19 de agosto en la madrugada todo comenzó a funcionar como habíamos previsto para el caso de un golpe. Recibimos el aviso, nos alertamos e iniciamos el desplazamiento hacia Petrovka. La idea era avanzar en automóvil hasta donde pudiéramos llegar, cada uno por distinta vía, y luego seguir a pie hasta la oficina.

Pensábamos que, por la cercanía del Kremlin, la zona quedaría rodeada desde los primeros momentos y ahí comenzaron las sorpresas: todos llegamos sin contratiempos hasta los bajos del edificio, no observamos barricadas ni soldados en las calles. La vida transcurría normalmente.

De inmediato nos distribuimos las coberturas. Un corresponsal fue asignado al Kremlin, otro a la plaza Manezhna, centro de las manifestaciones de la oposición, otro recorrería la ciudad y uno

se quedó en la oficina recibiendo y transmitiendo las informaciones obtenidas por teléfono y procesando los partes de la radio y la televisión y los reportes de fuentes propias.

Entre estos últimos recuerdo a un ruso, muy cercano a la oficina, que era admirador de Fidel Castro, y de Boris Yeltsin. El nos mantenía informados de las actividades de Rusia Democrática, donde no podíamos estar por la limitación de personal y la gran variedad de acontecimientos.

La apariencia era de completa tranquilidad. Muchos moscovitas estaban en las calles como un día habitual y hacían sus compras en el Diteski Mir, el GUM y el TSUM; pero en la plaza Manezhna, contigua al Kremlin, comenzaron a concentrarse grupos opuestos al golpe. Nuestro corresponsal asignado a esa plaza reportó la llegada de los primeros tanques alrededor de las 10 de la mañana; entrevistó a un oficial y este le confesó delante de la multitud que tenían órdenes de no disparar.

Los tres días hasta el restablecimiento de Gorbachov en el poder transcurrieron con visos de irrealidad. Muy pocos elementos coincidían con los de golpes militares clásicos. El 21 de agosto, con el regreso de Gorbachov a Moscú, la oficina volvió a su ritmo habitual, aunque nada tranquilo: prácticamente 24 horas al día reportando suceso tras suceso.

De un amplio grupo que pasó por esa experiencia, algunos seguimos en la agencia, como Moisés Pérez Mok y Eduardo Rodríguez-Baz, y estoy seguro de que para ellos también ese período constituyó una escuela muy fuerte, independientemente de que una característica del periodismo y, sobre todo del de agencia, es que por muchos años de trabajo que tengamos, todos los días sigues aprendiendo algo.

Otro acontecimiento trascendental cubierto por la corresponsalía en Moscú en esa época fue la firma por Yeltsin de la ilegalización del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) el 6 de noviembre de 1991, mediante un decreto para suspender sus actividades en Rusia y confiscar sus propiedades.

Fue una sensación irreal observar como una organización de 20 millones de miembros se disolvió sin resistencia, demostración de hasta dónde los errores de sus altos funcionarios, que propiciaron la separación de las bases y la cúpula, conjugados con la propaganda de los enemigos de la URSS, habían deteriorado el partido.

Más increíble resultó la celebración del 74 aniversario de la Revolución de Octubre, la primera después de ilegalizar el PCUS. A diferencia de los fastuosos y multitudinarios desfiles, varios cientos de personas se concentraron frente a la estatua de Lenin en la avenida Kutuzovski.

Contrario a las celebraciones anteriores, la policía intentó bloquear la llegada de la marcha a la Plaza Roja. Fue una impresión impactante la de ver los restos del Partido Comunista enfrentándose a los agentes para cumplir con el recorrido y llegar hasta el mausoleo de Lenin.

Junto a ellos caminamos calles y callejuelas por donde iban buscando la forma de llegar hasta la Plaza Roja. Un camino hasta hacía poco recorrido con alegría y entusiasmo se volvió una marcha prohibida. Finalmente pudo llegar a su objetivo, pero entró a la plaza en sentido contrario al del recorrido habitual, resultado del pulseado con la policía y signo de los nuevos tiempos.

Mucho se ha dicho y escrito del papel de los altos dirigentes del PCUS en todo aquel proceso, pero ese día me llamó la atención que no observé en aquella manifestación a ninguno de los

exmiembros del Buró Político ni del Secretariado del PCUS, que habían sido numerosísimos y con grandes privilegios.

Fue un comunista de una organización de base de Radio Moscú, el entonces periodista Víktor Anpílov, quien, megáfono en mano, encabezó la marcha.

Si aquellos días fueron una dura prueba periodística para los corresponsales de Prensa Latina en Moscú, hubo otras asignaciones que, al regreso a la ciudad nos provocaban la sensación de llegar a un mundo plácido, organizado, pacífico y seguro.

Rusia

El poder divide y mata

Por Luis Enrique González

La destrucción de un gran país como la Unión Soviética no resultó tan dramática o violenta como la crisis del poder político en su principal sucesora, Rusia, liderada por uno de los artífices del fin del socialismo, Boris Yeltsin.

Las reformas neoliberales emprendidas a principios de 1992 y sus terapias de choque conducían a la nación hacia el precipicio, el gasto social prácticamente era nulo, los precios de los artículos de primera necesidad sufrieron un alza desenfrenada, abriendo las puertas a lo que no pocos consideraban un genocidio económico.

A principios de 1993, Yeltsin acusa al Parlamento de frenar el programa de reformas propuesto y desarrollado por Anatoli Chubais y Egor Gaidar, entre otros. El Parlamento, liderado por Ruslan Jasbulatov, responsabiliza al presidente ruso del caos y suma a su favor al vicepresidente Alexandr Rutskoi.

El peligro de guerra civil aumenta. El mandatario pierde a su segundo en el poder, Alexandr Rutskoi, exgeneral y héroe de la guerra de Afganistán.

Moscú retoma el pulso, luego de la aparente calma meses después de la destrucción de la URSS. Medios de prensa de todo el mundo, advertidos o no de lo que sucedería, con apoyo de Estados Unidos y Occidente, llegan a la capital y se posicionan ante un tenso teatro de operaciones.

Nuestro búnker, Petrovka 15

La calle Petrovka, en el mismo corazón de Moscú, se convirtió en un sitio privilegiado para seguir los acontecimientos. En su número 15, Prensa Latina daba espacio temporal a la agencia mexicana Notimex y al diario español El Periódico. La colaboración resultaba clave para tratar de abarcar todo lo que ocurría.

Los hechos se suceden con celeridad. Yeltsin decreta el 21 de septiembre de 1993 la disolución del Parlamento, que, a su vez, considera ilegal la acción del ocupante del Kremlin y lo destituye, nombrando, según establecía la Carta Magna, al entonces vicepresidente Rutskoi.

La vida en la capital se torna intensa, manifestaciones populares de respaldo a los opositores, barricadas en torno a la sede legislativa, conocida como la Casa Blanca, forcejean con la decisión de Yeltsin de concluir la misión iniciada con la destrucción de la Unión Soviética, acabando con alguna mínima esperanza de retorno. Las Fuerzas Armadas titubean y sus máximos jefes aseguran que respaldan al Presidente para evitar la guerra civil.

En la corresponsalía, donde también residíamos, contábamos con las agencias Itar-Tass e Interfax como fuentes principales, además de la televisión y alguna que otra estación radial. Sin embargo, transmitíamos lo que acontecía teniendo como testigo la calle. El ruido nada agradable de los equipos de teletipos no dejaba ni pestañar en medio de momentos complicados y durante los cuales apenas se dormía.

La solidaridad reinaba entre colegas, y entre todos aportábamos algo que comer o tomar, en

medio de la tensión, el cierre de mercados y la escasez reinante.

Contábamos entonces con una línea directa con la central en La Habana para recibir informaciones y mensajes a través de los artefactos ruidosos. La labor ingeniera nos había facilitado hacía unos meses el trabajo, adaptando una computadora de mesa, ya casi obsoleta, para transmitir a la velocidad y usanza de los teletipos.

Se alistaba un asalto definitivo a la Casa Blanca, donde unas 700 personas, diputados y seguidores, se atrincheraron en su batalla por el poder. El movimiento de máquinas de guerra aumentaba. La calle Petrovka fue testigo del paso de carros blindados que estremecían viejos edificios y señalaban el camino al famoso teatro Bolshoi, a apenas 200 metros, y de ahí, casi nada, a la Plaza Roja y el Kremlin.

Una de las tarde noche, ya de finales del frío septiembre o de los dos primeros días del no menos gélido octubre, debimos correr escaleras abajo para evitar ver que los autos de la corresponsalía fueran convertidos en chatarra. Una caravana de blindados y piezas artilleras se desplazaba hacia el centro de Moscú y nos obligó a moverlos, con algo de trabajo, hacia la parte trasera del edificio, a través de un arco.

El medio piso del tercero, pues frente teníamos otra oficina, trabajaba las 24 horas hacía ya unas dos semanas, se veía venir el desenlace fatal.

Los colegas decían que de Yeltsin podía esperarse cualquier cosa, sobre todo por lo insospechado de su reacción a una sobredosis de bebida.

Ostankino, primera batalla

Los medios dan la señal de alarma. Avisan del avance opositor, la toma de la alcaldía y del intento de ocupar la torre de televisión Ostankino, controlada por efectivos de tropas especiales del Ministerio del Interior.

Fuimos en esa dirección. Barricadas, alambradas, vehículos en llamas, algunos volteados, y gente corriendo con los conocidos cocteles Molotov en mano conformaban un panorama de guerra.

No logramos llegar. Nos separaban unos 600 metros de la torre televisiva y el fuego de fusiles y de algún armamento pesado dejaba su huella de muerte; en este escenario se fijó en más de 60 personas, casi la totalidad de los defensores de Ostankino.

Por nuestro lado pasaba alguna ambulancia, escaso servicio entonces, con heridos. Disparos con dirección escapada se sintieron cerca y nos obligaban a mantenernos de espectadores, parapetados en cualquier objeto que garantizara un mínimo de seguridad, soportando los consejos reiterados de quienes, al pasar, con gritos característicos del lenguaje rudo ruso, nos decían que nos fuéramos del lugar.

Ya en la noche de ese 3 de octubre baja la intensidad, la destrucción impide la señal de la televisión, pero los seguidores de Yeltsin derrotan a los partidarios de Jasbulatov y

Rutskoi, dejando apenas un foco de guerra, la sede del Parlamento, junto al río Moscú, frente a la importante avenida Kutuzov, con su arco del triunfo y el museo de ese momento épico en la historia que fue la batalla de Borodinó.

La toma de la Casa Blanca

El movimiento castrense se consolida en una dirección, la Casa Blanca. Yeltsin tiene el

respaldo del mando militar. La historia reveló que Washington le había aconsejado no demorar el fin violento de los opositores, al precio que fuere necesario.

Al amanecer del 4 de octubre, el imponente edificio se convierte en un tiro al blanco, con empleo del más diverso calibre; el humo por las ventanas descubre el fuego provocado en el interior de varios pisos superiores.

Desde algo lejos, apostados en una de las riberas del Moscú, pues resultaba imposible acercarse por los controles castrenses, observamos apenas una columna negra que se elevaba al cielo provocada por el bombardeo y escuchamos el sonar de la artillería.

Por momentos la calma reinaba, luego supimos que respondía a cortas treguas con el propósito de permitir la salida de legisladores que se rendían. La intensidad del cañoneo aumentaba y una vez más se detenía hasta pasado el mediodía, cuando los mandos fieles a Yeltsin ordenaron la toma de la sede parlamentaria con sus fuerzas élites.

Piso a piso sofocaron la rebelión y se llevaron como trofeo de guerra a los líderes sublevados, Jasbulatov y Rustkoi. La puerta trasera, más bien en la dirección de la embajada de Estados Unidos, sirvió para sacar también a algunos heridos y los cuerpos de los caídos en la defensa de la sede parlamentaria.

La represión aplastaba poco a poco la resistencia popular, los retenidos fueron muchos, aunque nadie se atrevió a dar precisiones. Quedaba así el escenario listo para que Yeltsin impusiera todo su poder presidencialista. La destrucción de la Unión Soviética, en 1991, promovida por Yeltsin, había dejado tres víctimas fatales, apenas sin disparar un proyectil.

Una cifra exacta de víctimas es difícil de definir; el parte oficial reconoce unos 200 muertos y menos de 500 heridos, aunque diversas fuentes sitúan los fallecidos en un número próximo a los dos mil.

La cobertura periodística se nos hizo complicada con las medidas impuestas por un presidente con las manos sueltas, sin control ni contraparte.

De inmediato decretó el estado de excepción, el propio 4 de octubre, que mantuvo vigente hasta el 18. Por esos días, en dos ocasiones, pasadas las nueve de la noche, fuimos retenidos en los diversos controles castrenses, aunque la credencial periodística pesaba en algo para solo ser apenas advertidos y dejarnos continuar a lo que denominamos entonces el bunker de Petrovka.

Yeltsin consolida el poder a partir de los llamados decretazos. Prohíbe organizaciones de izquierda y otras partidarias de los depuestos legisladores. Ordena el cierre de publicaciones con líneas editoriales opositoras. Obliga a dimitir a Valeri Zorkin, titular del Tribunal Constitucional, por haber calificado de ilegal todas las maniobras contra el Parlamento. Para finales de 1993 impone una Carta Magna a su estilo.

El golpe de Yeltsin tiene su punto culminante en las elecciones presidenciales de 1996 cuando, tras una primera vuelta en la que termina igualado con el dirigente comunista Guennadi Ziuganov, se declara vencedor en la segunda y decisiva ronda en un escrutinio fraudulento, como evidenciaron investigaciones posteriores, y reconoció hace ya algún tiempo el primer ministro Dimitri Medvedev.

Las tribulaciones de un corresponsal de prensa

Por Félix Albisu

Los momentos, las coyunturas no tan agradables están también presentes en la labor del corresponsal de prensa, junto con el trabajo cotidiano invisible, las gestiones administrativas y las actividades protocolares.

Ocurre de todo, incluidas situaciones de riesgo. En mi caso debí cubrir la caída del Muro de Berlín al final de una permanencia de ocho años en esa ciudad, un suceso que para bien de la humanidad transcurrió con ciertas premisas de paz, pero sin dejar de estar presente la posibilidad de que se apretaran botones muy peligrosos, que hubieran puesto al mundo ante la realidad de una Tercera Guerra Mundial.

Cabezas calenturientas de políticos de primer nivel, de uno y otro lado del Muro, no dejaron de manejar la opción desastrosa de la guerra y la violencia. Pruebas de ello están en documentos ya públicos.

Ver levantar delante de tus narices con una simple grúa la famosa garita de Checkpoint Charlie para llevarla a un museo o atravesar la prohibida Puerta de Brandenburgo en ambos sentidos fue algo impactante, tenso, espectacular. Ya no estaban allí los guardafronteras de ambas partes del muro que saludaba casi a diario, en el paso a Berlín Occidental.

Tal vez nunca antes se reunieron en un mismo sitio tantas cámaras de TV de todo el mundo como en aquella parte más visible del famoso límite. Berlín había sido desde la II Guerra Mundial la primera trinchera de los conflictos de la Guerra Fría en el corazón de Europa. Por ello, se vivía en un vértigo permanente en aquellas interminables semanas de finales de los 80 del siglo pasado, cuando literalmente la República Federal Alemana y sus aliados se tragaron a la República Democrática Alemana.

Otro momento tenso en el trabajo de corresponsal lo constituyó para quien suscribe estas líneas cuando se me mantuvo incomunicado durante 24 horas en un salón de protocolo del aeropuerto de Sujumi, República de Abjasia, en la entonces Unión Soviética.

El vocero del presidente Mijail Gorbachov, el publicitado Guenady Guerasimov, a quien se le identificaba entonces como la imagen visible de la Glasnost, nos alentó para que fuéramos allí a una reunión de los ministros de Deportes de los Países Socialistas con el Presidente del COI de aquellos tiempos, Juan Antonio Samaranch, para decidir la participación de bloque en la Olimpiada de Seúl.

Allá nos aparecimos, pero cuando llegamos a la portada de aquel exuberante centro de recreo, en medio de un frondoso bosque, agentes de la KGB nos expulsaron del lugar en forma poco amable.

Sujumi era un balneario donde acudían muchos turistas alemanes y en esa lengua quise identificarme de manera precaria con los policías de civil, y explicar mis propósitos. Raus (fuera

de aquí), con ese auténtico y viril acento ruso, fue la respuesta cortante que recibí del jefe del grupo.

Debí pasar esa noche en una base de campismo cercana a la cumbre deportiva. Allí, en una helada madrugada, viví el mayor peligro de mi vida. Varios lugareños ebrios a dos metros de mi cabaña desataron un reyerta con armas blancas y vi cómo quedó tendido inerte un hombre sangrando, que la policía y los cuerpos médicos de auxilio retiraron ya con los rayos del sol.

Una familia de alemanes de la RDA me sacó del lugar en su combi Warburg crema, con el argumento de que corría allí un grave peligro. Me dejaron en el aeropuerto de la ciudad, donde fui a gestionar, decepcionado, un boleto de avión para retornar a Moscú. Una fracción de la KGB, vinculada a la reunión deportiva, que ya sabía de mi presencia en la ciudad, fue la que me incomunicó en el aeródromo, aunque tratándome correctamente y facilitando mi alimentación.

Para conseguir nuestra salida del lugar debió ocurrir un hecho insólito. Al final de la reunión deportiva, Samaranch se apareció en la pista del aeropuerto transportado en un Shaika negro. Ya al ascender al jet del COI, expresó que quería ir al baño y lo condujeron al salón desde donde observaba impotente por una ventana de cristal la despedida.

Lo abordé en el propio toilette tan pronto terminó. Tuve la suerte de que me reconociera como hombre de Prensa Latina de otros grandes eventos deportivos. Le expliqué mi situación y observé que en su mirada había una marcada compasión y me dijo: «Para compensar esta aventura que has vivido con el fin de entrevistarme, te voy a dar una primicia: Los países socialistas definitivamente no van a Seúl.

«De todas maneras voy ahora mismo hacia Crimea, donde Gorbachov está de vacaciones, para hacer un último intento sobre la participación de la URSS en Sudcorea».

Supe después que el líder soviético, quien había suspendido las apariciones públicas en aquellos días, en medio de una gran especulación por su ausencia del Kremlin, le ratificó a Samaranch la referida ausencia.

El titular del COI salió conmigo del baño público del protocolo tomándome por el brazo y le narró mi situación al Ministro de Educación Física y Deportes de la URSS, quien le esperaba ya dentro de aquella sala. Este me escrutó con una mirada de fuego y dio órdenes a sus subordinados en baja voz para que me montaran en el primer avión que saliera para Moscú. Lo hice al momento en un Ilyushin atestado de pasajeros, llevando el equipaje sobre mis piernas. No recuerdo haber pagado el pasaje.

Circunstancias similares vivimos años después en otros hechos no menos inesperados. Ocurrieron en Vietnam y México.

En Hanoi debí cubrir primero la epidemia del Síndrome Respiratorio Agudo Severo (SRAS) y ya casi en la despedida, tras cinco años en la capital vietnamita, el fenómeno de la gripe aviar.

Tras la primera muerte de un ciudadano chino en Hong Kong, se reportó el deceso de un italiano. Se trataba de un doctor radicado en Hanoi como parte del programa de la Organización Mundial de la Salud para la atención a las enfermedades tropicales.

El experto de la salud fallecido en Bangkok era un amigo ocasional, a quien abracé al salir de una recepción en el hotel Meliá Hanoi, solo 48 horas antes que se reportara su deceso. Había viajado a Tailandia para inspeccionar un presunto caso de contagio del SRAS.

Fue un momento muy desgarrador, pues, con mi esposa, habíamos compartido con su familia en más de una ocasión, junto a otros amigos.

Debimos visitarle por última vez para darle el pésame a aquella joven y esbelta mujer, acompañada por los tres pequeños rubitos de ambos, a la postre huérfanos de padre.

México nos reservó la cobertura de un tercer foco infeccioso de carácter internacional: el virus de la influenza AH1N1.

Esa epidemia me llevó también a una circunstancia que hasta el momento no había vivido. Con nasobuco en el rostro debí cubrir una parada de la Copa Mundial de Clavados en el Complejo Deportivo Juan de la Barrera, sin público, con el fin de evitar el contagio del virus por aglomeraciones de personas. No había que hacer el pedido habitual de silencio a las gradas para la concentración de los competidores a la hora del salto.

El Distrito Federal nos deparó a su vez otro momento de peligro, entre otros episodios menores de riesgo, cuando una célula de la Familia Michoacana, encarcelada en la prisión de máxima seguridad del Altiplano, del vecino estado de México, quiso extorsionarme en mi función de director de PL en aquel país, exigiendo por vía telefónica el pago de impuestos por los servicios de seguridad de las «verdaderas fuerzas de protección de la nación».

Después supe que utilizaban teléfonos celulares alquilados de los propios policías de custodia del presidio para realizar esas fechorías.

La SIEDO (Subprocuraduría contra la Delincuencia Organizada), que nos prestó en nuestro caso un apoyo prioritario y altamente profesional, comprobó que se trataba de un dispositivo real del narco, el cual contaba con grupos asociados fuera de la cárcel, encargados de pasar la cuenta a los desobedientes que no contribuyeran. Medidas precautorias posteriores evitaron males mayores.

Cuando quisimos alargar más la conversación mencionada, para ganar tiempo y sacar los mayores detalles posibles de la amenaza, una voz norteña de matón me interrumpió para decir: «Mira hijo de la chingada, no te me hagas más el listo. Si no depositas tres mil dólares en una cuenta bancaria, cuyo número te vamos a dar después, voy a ordenar que salgan par de camionetas para allá con nuestra gente y volaremos el edificio y esa cagada de la prensa extranjera».

Todo esto que he relatado hasta aquí forma parte también de los avatares que enfrenta en la vida cotidiana un corresponsal extranjero, lo que pudiera llamársele una profesión bastante sui generis.

El Muro de Berlín y la reunificación de Alemania

Por Fausto Triana

Desde Bonn, la capital de Alemania Federal, en 1989 todo se veía distinto y, aunque los aires de conspiración de Occidente se respiraban siempre en relación con la República Democrática Alemana (RDA), nadie se aventuraba a vaticinar el final del Muro de Berlín.

Si bien pasaron muchos años desde aquel acontecimiento histórico, me ha tocado en numerosas ocasiones volver sobre el tema para hacer algunas precisiones.

Levantado en 1961, el Muro de Berlín no era precisamente una frontera entre las dos Alemanias. Fue tal vez el punto álgido de la Guerra Fría que en su momento marcaba las distancias entre los Aliados y la Unión Soviética (URSS).

Después de la Segunda Guerra Mundial y hacia 1949, Alemania fue dividida en dos partes y Berlín continuó como capital, con la particularidad de que los Aliados (Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña) dominaban la parte oeste de la urbe y la antigua URSS el segmento este.

Bonn, donde nació Ludwig van Beethoven, asumió el papel de ciudad principal de la RFA por su ubicación geográfica y ambiente apacible. Con apenas 280 mil habitantes en ese entonces, cedió gradualmente el protagonismo de la flamante Alemania a partir de 1990.

Berlín se ubicaba en el centro de la desaparecida RDA y al traspasar la ciudad de lado a lado, el viajero se mantenía de hecho en territorio oriental.

En la noche del 12 al 13 de agosto de 1961, de forma secreta y sorpresiva, tropas de la RDA, ayudadas por el ejército soviético, construyeron el Muro de Berlín, planificado por Erich Honecker, luego líder del Partido Socialista Unificado de Alemania.

El Muro de Protección Antifascista, como fue llamado en sus inicios por la RDA, comprendía 45 kilómetros de extensión para separar la capital en dos y 115 kilómetros que deslindaban a Berlín Oeste de todo el territorio este de Alemania Oriental.

Surgió entonces el inolvidable Checkpoint Charlie en la avenida Friedrichstrasse, convertido en el paso por excelencia de extranjeros, embajadas de los Aliados, militares y trabajadores de las dos Repúblicas.

Refuerzo para el Muro

En La Habana, luego de cerrar la oficina de PL en Bonn por razones financieras, supe de la caída del Muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989. Dos días después, Víctor Carriba, entonces editor jefe internacional, me informó que debía partir de inmediato para la RDA.

Justo el 19 de noviembre de 1989 aterricé en Berlín y camino a la oficina de PL fui dibujando la primera crónica de impresiones muy fuertes sobre lo que ya era un hecho: Alemania había iniciado la cuenta regresiva para su reunificación.

Con Félix Albisu, jefe de la corresponsalía de PL en la RDA, y Livia Agacino, segunda al mando, intensificamos los intercambios de criterios, probables escenarios futuros y alternativas,

además de la concepción informativa de nuestra agencia, ante el asombroso desmoronamiento del campo socialista de Europa del Este.

Empero, los sucesos se precipitaron de una manera insólita. En uno de los más memorables briefings en el centro de prensa del todavía Berlín socialista, el vocero se daba el lujo de apelar a la expresión en inglés del *by the way* (por cierto) con estilo genérico y vago.

Anunciaba, al final del encuentro con los periodistas, nada menos que la apertura total de las fronteras de la RDA con la RFA a partir de diciembre, límites que terminaron de desaparecer el 1º de julio de 1990.

Me tocó en diciembre de 1989 cubrir el Festival de Documentales en Leipzig, una de las ciudades más «calientes» dentro del crudo invierno germano en las manifestaciones que ponderaban la fusión de Alemania.

Filmes de marcada intencionalidad política, acorde con los tiempos, acentuaron las tensiones en la ciudad sajona, cuna de Richard Wagner y asiento de las carreras de Bach, Mendelssohn y el filósofo Nietzsche.

Berlín insólito

De vuelta a Berlín y justo después de Noche Buena, el 25 de diciembre de 1989, me fui con Félix Albisu a otro acto histórico en la capital teutona, la apertura del Muro de Berlín en la emblemática Puerta de Brandeburgo (Brandenburger Tor).

Lo que hoy es un símbolo que identifica a primera vista a Berlín, estaba prácticamente escondida, sin acceso de ninguna parte y fuertemente custodiada.

Si bien el Muro de Berlín ya no existía de modo virtual, la Puerta de Brandeburgo permanecía oculta, en terreno de nadie. En la noche del 25 de diciembre a la madrugada del 26, fue derribada la pared de esa área y nos hicimos entonces de sendos pedazos de concreto.

Inaugurada en 1791, cercana a la Pariser Platz, en el umbral de la avenida Unter den Linden, se erigió como símbolo del triunfo de la paz sobre las armas. Fue concebida por el arquitecto Carl Gotthard Langhans, inspirado en el acceso a la acrópolis de Atenas.

Meses más tarde llegaría la unificación de la moneda, en realidad la permanencia del marco occidental en detrimento del marco oriental.

Luego de una estancia relativamente corta en La Habana, retorné a Berlín para ser testigo, en ese momento en solitario como periodista, de otro hecho histórico, la reunificación de Alemania el 3 de octubre de 1990.

El vicio de atravesar Berlín del lado este al oeste por el Checkpoint Charlie se hizo un imperativo cotidiano para tratar de comprender el cambio sustancial que experimentaba Alemania.

Lo hacía en ocasiones acompañado de Vicente Suárez y Juan Morales, los dos especialistas de comunicaciones destacados en Berlín. En el Checkpoint Charlie comenzaban a pulular los vendedores ambulantes con pedazos de Muro, gorras del Ejército soviético y banderas de inminente desaparición de la RDA.

Descubrir la vida en la avenida Ku'damm (Kurfürstendamm) acentuaba el concepto de que el Berlín de 1990, ya con más de ocho millones de habitantes, sería una de las capitales con mayores asimetrías arquitectónicas y sociales en Europa.

En la noche del 3 de octubre de 1990, Juan Morales quedó de guardia en la oficina y nos fuimos Vicente y yo a recorrer la urbe.

Había alegría, tristeza, escepticismo y manifestaciones radicales, sobre todo de «cabezas rapadas» neonazis que terminaron por enrarecer el ambiente; y familias enteras que se preguntaban si la nueva Alemania llenaría las expectativas de la población.

Momentos de gran riesgo

Por María Grant

Cuando se produjeron los hechos que culminaron con el fusilamiento del entonces presidente de Rumanía y secretario general del Partido Comunista Rumano, Nicolae Ceaucescu, y su esposa, en diciembre de 1989, yo me encontraba trabajando como periodista de Prensa Latina en la delegación de Moscú, adonde había llegado procedente de Bucarest en mayo de aquel año, luego de haber sido corresponsal de PL en la capital rumana durante dos años.

A Bucarest arribé también en mayo, pero de 1987, con alguna información acerca de la situación política y social que allá existía, que luego corroboré en la práctica gracias a mis relaciones con muchos ciudadanos comunes: mi maestra de idioma rumano, los empleados de la oficina de PL y de la embajada cubana, gastronómicos de lugares de frecuente visita, peluquera, manicurista, y algún que otro vecino.

En diciembre de 1989, en aquella pequeña nación centroeuropea se produjo un estallido popular, organizado y dirigido por sectores opositores al Gobierno imperante en Rumanía y que tuvo su antecedente en 1988, en Brasov, un importante centro industrial y turístico, donde una manifestación de obreros y población en general había atacado el local del Partido Comunista y otras instituciones oficiales, causando daños considerables.

En 1989, los sucesos se agravaron durante un acto frente a la sede del Comité Central en Bucarest, cuando el presidente Ceaucescu, desde un balcón, se dirigió a los asistentes y estos comenzaron a abuchearlo; luego se produjo una verdadera revuelta popular dirigida por la oposición interna con protestas y demandas, unidas en su desarrollo con elementos armados que comenzaron a ocupar puntos importantes, como la central de la televisión y la radio. Otras fuerzas se posesionaron de la plaza frente al edificio sede del Comité Central y del Parlamento. Tales actos fueron reprimidos por la Policía y el Ejército, provocando muertos y heridos. Hechos similares se registraron en otras importantes ciudades del país.

Este era el panorama vigente en Rumanía cuando la central de PL —dado mi dominio del idioma rumano y mi experiencia de dos años allá— decidió trasladarme a Bucarest como refuerzo de la corresponsalía y, ante las peligrosas circunstancias existentes en aquel país, debía hacerlo acompañada de mi esposo. Dispuesta la partida, fue imposible que viajáramos por vía aérea porque el aeropuerto de Bucarest estaba cerrado.

El 22 de diciembre emprendimos el viaje por ferrocarril desde Moscú hacia Bucarest, un recorrido que en condiciones normales se hacía en unas 14 o 15 horas. Hasta Moldavia, fronteriza entre la entonces Unión Soviética y Rumanía, la situación transcurrió con normalidad, pero a partir de ese punto, comenzaron las numerosas paradas de nuestro tren, que no podía avanzar porque las líneas se interrumpían cada tres o cuatro horas, para dar paso a los trenes militares que transportaban tropas y armamentos. Era un verdadero estado de guerra, estábamos atrapados en los vagones llenos de personas de todos los signos, bajo la zozobra de desconocer qué ocurría en realidad.

Alrededor de las 10:30 de la noche del 25 de diciembre llegamos a la «Gara del Norte» o Estación Central de Bucarest. No podía ser peor el panorama: la hermosa edificación se encontraba prácticamente desolada y bajo una tenebrosa oscuridad. ¿Qué haremos? ¿Cómo saldremos de aquí? Porque en aquellas circunstancias era improbable encontrar un vehículo para trasladarnos hasta las oficinas de PL. La ciudad estaba apagada, las calles desoladas. No había nadie ni nada, solo se escuchaban tiroteos, unos más cercanos, otros más lejanos.

Después de una hora de inquietante incertidumbre, tirados en la acera, al lado de nuestros bultos, apareció un auto, con ocho jóvenes y un hombre que portaba grados de capitán, los que al parecer andaban de ronda. Nos paramos y fuimos corriendo a su encuentro; tras detenerse me identifiqué ante sus ocupantes como periodista cubana que había arribado al país. Luego de cachearnos y registrar el equipaje, accedieron a oír mi petición y accedieron a llevarnos hasta nuestro destino.

Y comenzó de nuevo otra odisea de la cual pensé que no saldríamos con vida. En tiempos normales, el trayecto de unos cuatro kilómetros desde la Estación Central hasta la oficina de PL lo hacíamos en auto apenas en unos minutos, pero aquella terrible noche se prolongó durante horas. Los tiroteos no cesaban, cada tres o cuatro cuadras, patrullas mayoritariamente de jóvenes detenían el vehículo y a pesar de que «el capitán» les explicaba quiénes éramos y hacia dónde íbamos, nos bajaban, sacaban y revolcaban el equipaje en medio de la calle, nos preguntaban, nos replicaban, y hasta rastrillaban sus armas para atemorizarnos. Esta escena se repitió hasta el infinito. Parecía que nunca llegaríamos. Por cierto, en una de esas ocasiones, uno de los jóvenes que integraba la patrulla que nos tocó de turno, al ver nuestros pasaportes gritó eufórico: «¡Cubanos de la Cuba de Fidel Castro; viva la Revolución cubana!». Tal expresión a esa hora, en medio de la noche, en una ciudad oscura y bajo los tiros, proveniente de quien estaba echando abajo el llamado socialismo rumano, nos pareció una paradoja. Sin embargo, nos confirmó la gran insatisfacción que sentía aquella gente ante las medidas implantadas por las autoridades rumanas y que, por suerte, no las identificaban con el proceso revolucionario cubano.

Tras casi dos horas de deambular en aquel auto por las calles oscuras de Bucarest, con el acompañamiento sonoro de los intercambios de disparos, acosados por las patrullas que inundaban las vías, sin hacernos entender ni apenas escucharnos. Llegamos a la oficina de PL. Tras el saludo de rigor, apenas perceptible dadas las circunstancias, encendimos un pequeño televisor en blanco y negro que a esa hora nos mostraba las figuras de Ceaucescu y su esposa, Elena, quienes estaban siendo sometidos a un juicio sumario. Solo se escuchaba la voz de fondo del interrogador, cuyo rostro nunca apareció en la pantalla, y al entonces Presidente que repetía hasta el cansancio: «Soy el presidente de Rumania y solo responderé al pueblo rumano». Tal vez pasaron 30 minutos o quizá más, o a lo mejor, menos. Pero tras finalizar aquel diálogo de sordos, ante nuestra vista sobre un piso de cemento en un área aparentemente rural, estaban tirados los cuerpos sin vida del matrimonio gobernante.

Me tocó hacer el despacho cablegráfico en el cual informaba a la central del trascendental y terrible hecho acaecido en aquel instante en la pequeña nación centroeuropea.

Durante las jornadas que se sucedieron, aquella escena del juicio y la muerte de la pareja fue repetida hasta el cansancio por la radio y la televisión. A la vez, los medios de prensa reproducían

partes contradictorios de las autoridades emergentes sobre enfrentamientos en distintos lugares de la geografía rumana. Y en la capital, era evidente que la normalidad resultaba aún lejana, dado que se escuchaban con frecuencia intercambios de armas de fuego. Fueron los últimos días de 1989 que vivimos invadidos por sentimientos encontrados ante aquellos acontecimientos que sobrepasaron los límites de nuestras experiencias.

Recibimos el 1990 en una pequeña buhardilla de la oficina de PL en Bucarest, donde pasamos momentos de gran riesgo para nuestra integridad personal y de muchas interrogantes por el futuro del pueblo rumano.

Masacre de Beslán, secuelas del terrorismo

Por Mario Hubert Garrido

Transcurridos 10 años de la llamada masacre de Beslán, en Osetia del Norte (Rusia), el 3 de septiembre de 2004, cuando un grupo de extremistas irrumpió en la Escuela Pública No. 1 y sometió a un infierno a más de mil rehenes por tres días, las secuelas del terrorismo están vigentes en las víctimas, sus familiares y también en los periodistas que reportamos aquellos acontecimientos.

Viajé a Moscú el 2 de julio de 2003 para relevar a mi colega Antonio Rondón. Tres días después, dos jóvenes de características caucásicas, denominadas viudas negras, explotaron sus cuerpos en una larga fila para comprar boletos de entrada a una discoteca, en las afueras de la capital rusa.

Le sugerí a Tony (Antonio Rondón), quien preparaba ya su regreso definitivo a Cuba tras cumplir exitosamente su misión, que me ocuparía de darle seguimiento al tema. Y así fue durante más de una semana después de aquellos abominables hechos, que estimé excepcionales.

Cuál no sería la sorpresa, pues nunca imaginé que en ese entuerto de describir los problemas nacionales del país euroasiático, los atentados terroristas y, como regla, la presencia de la muerte violenta y sobre todo el incremento de víctimas fatales, muchos de ellas civiles inocentes, sería algo constante en mis coberturas y análisis sobre las diferencias entre Rusia y Chechenia.

Aquel 1° de septiembre de 2004, varios colegas extranjeros asistíamos, como es tradicional, a los actos centrales por el inicio del curso escolar, proceso en el que estaban además involucrados nuestros propios hijos. Por eso, en particular la noticia desde Osetia del Norte parecía descabellada en sus orígenes, pero varias fuentes se encargaron de confirmarnos la tragedia.

Con ayuda de la cancillería, incluso, algunos reporteros logramos recorrer el convulso escenario, aunque por pocas horas, debido a la necesidad de atender otros asuntos de trabajo en el mismo Moscú.

Fue así como constatamos el paso de terroristas en camiones GAZ, tras burlar la presencia de policías (meses después se manejó la versión de tener informantes dentro del cuerpo de seguridad), y conducir hasta un gimnasio por la fuerza y a punta de armas de fuego a unas mil 800 personas, entre ellas, niños de siete y jóvenes de 18 años, profesores y familiares de los alumnos, algunos ya de edad más avanzada.

Desde los primeros momentos del ataque, los terroristas presentaron a las autoridades rusas un paquete de demandas para liberar a sus rehenes, entre ellas separar a Chechenia de Rusia, retirar las tropas rusas de Grozni y que se presentaran en el lugar mediadores como el médico Leonid Roshal, pero también el presidente Vladimir Putin, algo que no procedía en condiciones de fuerza.

Meses después, desde sus lechos de convalecencia en hospitales, varios de los sobrevivientes de aquella masacre comentaron a PL que los mantuvieron más de 50 horas apresados por el pánico, pero sobre todo rodeados de cargas explosivas que colocaron con cintas adhesivas en las instalaciones de una sala de baloncesto.

Susana Dudieva, al frente de la Organización de Madres de Beslán, señalaba a la prensa que años después la gente aprendió a vivir con su dolor, aprendió a esconderlo, pero el comportamiento de muchos es todavía inadecuado. El infierno por el que pasaron los afectó psicológicamente, agregó.

Para llegar al desenlace de aquella irrupción de los terroristas pasaron tres largos días, en los cuales los reporteros apenas pudimos dormir.

El propio Roshal (asumió similar papel en la crisis de rehenes en el teatro Dubrovka de Moscú, en octubre de 2002) explicaría más tarde a Prensa Latina que desde el mismo inicio del secuestro, la principal preocupación en el proceso de mediación era la vida de los niños y de otros rehenes.

En esta ocasión, los extremistas lograron romper las ventanas de la sala deportiva en la que tenían a sus prisioneros y colocar a los niños como escudos de defensa.

Las conversaciones con los secuestradores se realizaron mediante altavoces, hasta que después consiguieron hacerles llegar un teléfono celular para estar en contacto de manera permanente.

En ese proceso liberaron a una decena de enfermeras y madres con sus hijos, los más chicos, pero vimos algunas que tuvieron que decidir a quién de los suyos tomar en brazos y salir de aquel lugar, para dejar atrás a otros de sus descendientes, un verdadero drama que selló la segunda jornada de negociaciones, en las que también jugó un importante papel el expresidente de Ingushetia Ruslán Áushev.

Sin embargo, los tiroteos no cesaron y hubo rehenes que fueron asesinados como medida de presión de los terroristas, ya desesperados al ver que el Kremlin no cedía ante sus principales demandas.

El colegio se mantuvo todo el tiempo rodeado de carros blindados de las tropas especiales, pero también de familiares de los niños que portaban armas de fuego domésticas.

El desenlace de esa tensa situación duró escasas horas. La televisión pública logró instalar pequeñas antenas parabólicas y grupos de control remoto para transmitir en vivo aquel caos y luego la inolvidable y desenfrenada carrera hacia la libertad.

Algunos sobrevivientes aseveran que en medio de la tensión por la falta de respuesta a las demandas de los terroristas, una de las cargas explosivas cayó al suelo y la detonación motivó la caída estrepitosa de parte del techo, que aplastó a decenas de rehenes y algunos secuestradores.

Ahí se produjo la batalla caótica y al mismo tiempo la estampida: padres, madres y abuelos lanzaban desde las ventanas al patio a sus propios hijos, casi todos en ropas menores por el intenso calor y la falta de agua, quienes luego corrían hacia los portones de entrada de la escuela para abrazar a otros familiares o a los uniformados que acudían a su rescate.

Al mismo tiempo entraron en el edificio las tropas especiales y el intercambio de disparos casi cuerpo a cuerpo con los asaltantes se hizo más intenso.

Aseguran que el saldo final fue de 334 muertos (186 de ellos niños), decenas de desaparecidos y heridos.

La contundencia de la intervención también contó con la presencia de unidades del ejército regular y del Ministerio de Interior, así como helicópteros de combate.

Los secuestradores provocaron más explosiones, destruyendo totalmente el gimnasio e

incendiando buena parte del edificio, mientras las fuerzas especiales perforaban las paredes para permitir la huida a los rehenes.

En la tarde del 3 de septiembre, dos horas después de que se iniciara el asalto, el mando militar a cargo de la operación de rescate de los rehenes declaró que tenía bajo control casi todo el colegio, aunque no fue así. El enfrentamiento siguió y tres terroristas fueron localizados en el sótano del edificio y abatidos, aunque antes sacrificaron a sus rehenes.

El presidente de Rusia, Vladimir Putin, ordenó luto nacional los días 6 y 7 de septiembre. Durante la última de esas jornadas, 135 mil personas se manifestaron contra el terrorismo en la Plaza Roja (Moscú).

En 2005, Eva Ewart y Leslie Woodhead presentaron el documental llamado Los Niños de Beslán (Children of Beslan), que reúne testimonios de los supervivientes de la masacre.

En medio de la batalla griega contra la austeridad

Por Antonio Cuesta

Cuando llegué a Grecia en el verano de 2011 me encontré con un panorama de creciente agitación política y una ascendente radicalización de las protestas, por parte de un movimiento popular que trataba por todos los medios de hacer descarrilar las duras políticas de austeridad que el Gobierno comenzaba a aprobar.

Sin apenas tiempo que perder, tuve que aprender sobre la marcha cuáles eran las organizaciones más combativas y dónde se situaban en las protestas; cómo actuaba la policía y qué señales precedían a las cargas; y en medio de todo ello, conversar con los manifestantes, tomar notas y alguna foto, y estar siempre atento a buscar una vía de escape en caso de necesidad.

Existían muchos pequeños detalles que convenía no pasar por alto, para no quedar atrapado entre las piedras y las bombas incendiarias que venían de una parte de la plaza y los potes de gases lacrimógenos que llovían desde la otra. Los pequeños grupos de encapuchados que se movían con agilidad entre las abarrotadas calles por donde confluían los manifestantes, el movimiento de ciertas unidades antidisturbios alrededor de la marcha, alguna breve columna de humo saliendo de una papelería o, en fin, el sonido de los petardos que anunciaban el inminente inicio de las hostilidades, eran señales que no se podían descuidar y que solo permitían el tiempo justo para sacar la máscara antigás y valorar hacia dónde se movería el grueso de la manifestación en el momento en que comenzaran los disturbios.

Esas descargas de adrenalina me retrotraían a los momentos de tensión vividos, ocho años antes, en el Iraq cercado por la guerra. Y como entonces, de nuevo sentía la amenaza de las huestes armadas del sistema capitalista, aunque en este caso el escenario fueran las calles de Atenas y la violencia la protagonizaran escuadrones de antidisturbios, que con total impunidad atacaban a decenas de miles de manifestantes. Así, mientras los uniformados se lanzaban con sus armas, pertrechos y escudos a garantizar los intereses de la élite financiera y los especuladores internacionales, el pueblo se aprestaba a defender con sus manos los derechos sociales y laborales de los que estaban siendo despojados.

En esas situaciones me llenaba de orgullo formar parte de Prensa Latina, pues el trabajo, llevado a cabo desde las filas de los que resisten, buscaba saber «quién sufre, para tratar de aliviarlo, y quién ríe, para gozar con su alegría; quién es sojuzgado para ayudarlo a liberarse, y quién sojuzga para combatirlo con todas nuestras fuerzas», como expresara en una ocasión el primer director de nuestra agencia, Jorge Ricardo Masetti.

En pleno ímpetu del movimiento popular, una tarde de febrero de 2012, y tras tres días de protestas en el centro de Atenas contra el endurecimiento de las políticas de austeridad, tuvo lugar una de las manifestaciones más multitudinarias de la historia reciente de Grecia. Más de 300 mil personas se congregaron frente al Parlamento para tratar de poner fin a unas medidas que estaban

barriendo la democracia y el Estado de bienestar, y poniendo punto final a unos derechos conseguidos tras décadas de lucha. La tensión era muy grande, pues el vasto despliegue policial no auguraba nada bueno. Minutos antes de que se diera inicio a la marcha, y sin que mediara provocación o aviso, los seis mil agentes antidisturbios destacados cargaron contra los manifestantes con saña, gases y porras. En ese momento yo me encontraba cerca del veterano cantante Mikis Theodorakis, de 86 años, quien se iba abriendo paso junto a sus seguidores para tratar de dirigir unas palabras al pueblo. Él fue una de las primeras víctimas de la brutal actuación policial.

A partir de ese momento los enfrentamientos se generalizaron por el centro de la ciudad. Grupos de manifestantes de todas las edades cortaron entonces varias avenidas con barricadas y desafiaron a los antidisturbios con piedras y bombas incendiarias, destrozando escaparates de bancos y quemando algunos de ellos. Pese al desmesurado despliegue de uniformados y al abundante uso de gases lacrimógenos, miles de personas continuaron durante horas resistiendo en los alrededores del Parlamento, mientras en su interior se votaba una nueva vuelta de tuerca contra la soberanía popular y la ficción democrática.

No había refugio ante las embestidas de la policía, y constatar tales actuaciones desde las filas de los manifestantes se convertía en una opción informativa y militante no exenta de peligros (muchos grandes medios prefieren hacerlo desde la — relativa— protección que brindan las unidades de antidisturbios en su avance por las calles). Pese a contar con una máscara antigás, la atmósfera de las calles era irrespirable y los voluntarios multiplicaban su asistencia a los afectados por los gases. Hacia las 10 de la noche nueve edificios del centro se encontraban en llamas y, según la policía, hubo más de 100 heridos y decenas de detenciones.

Justo una semana después, un pequeño grupo de periodistas e inmigrantes fuimos víctimas de una agresión racista en Corinto, mientras conversábamos sobre sus deplorables condiciones de vida en los vagones de carga de la abandonada estación de tren de la ciudad.

Un grupo de cuatro o cinco hombres llegó hasta las inmediaciones y agredió a la primera persona que vieron —un anciano que cocinaba en una lumbre improvisada—, pero la rápida intervención del resto de compañeros consiguió, en un primer momento, poner en huida a los asaltantes. Sin embargo, uno de ellos, tras introducirse en su automóvil, se lanzó a toda velocidad contra nuestro grupo, dejando gravemente heridos a un joven marroquí y a otro argelino, antes de darse a la fuga.

Con ser grave la agresión, fue más denigrante la actuación policial que disculpó al agresor (al que conocían) y trató de evitar nuestra denuncia por intento de homicidio. Las acusaciones de connivencia entre grupos paramilitares de extrema derecha y agentes policiales comenzaron a generalizarse a medida que se acercaban las elecciones generales y tanto el Gobierno, como el partido neofascista Amanecer Dorado, querían demostrar su tolerancia cero con la inmigración.

Precisamente durante una de las multitudinarias redadas raciales que se llevaron a cabo en el centro de Atenas en los días previos a la convocatoria electoral, fui detenido y trasladado a comisaría por tratar de informar sobre la arbitraria e ilegal actuación de la policía.

En medio de la grave crisis en la que se encuentra el sistema capitalista la tarea del periodista es, sin duda, una labor de riesgo, pero sobre todo si su compromiso es hacia los intereses del

pueblo.

Notas

¹Aunque Bahamas no está ubicada geográficamente en el mar Caribe, sino en el océano Atlántico, por razones históricas y culturales se le considera una nación caribeña. Lo mismo sucede con las islas Turcas y Caicos.[<<](#)

²Lo mismo sucedió con la proyección de nuestro país hacia la región hasta la década de 1970, fenómeno descrito por estudiosos del tema como la investigadora Milagros Martínez Reinoso en su artículo «El Caribe en la política exterior cubana».[<<](#)